

Higinio Noja Ruiz

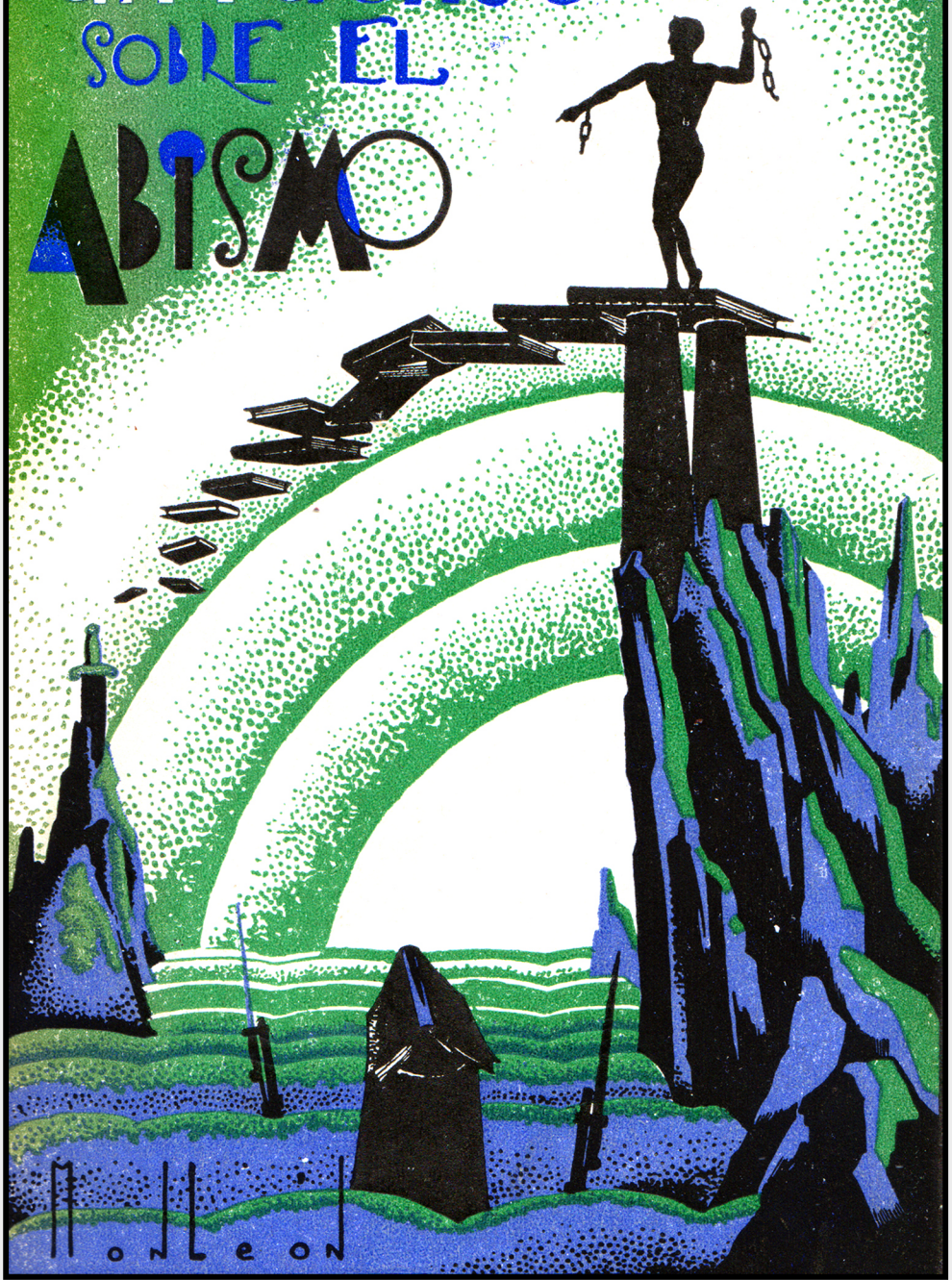
UN PUENTE SOBRE EL ABISMO



El escritor, ensayista y militante anarquista Higinio Noja Ruiz publicó en 1932 la novela *Un puente sobre el abismo* en la Editorial Estudios de Valencia. En ella Noja abordó el tema de las guerras y la lucha contra ellas a través de su protagonista, Guillermo Arjona, un joven burgués mallorquín muy influido por su lectura de las novelas sobre la Primera Guerra Mundial y casi obsesionado con esta temática.

En el estudio preliminar de Javier Navarro, se analiza la figura de Noja Ruiz (1894-1972), prolífico novelista social a la vez que ensayista y pensador libertario de las décadas de 1920 y 1930. La trayectoria de Noja es inseparable de la de la revista cultural y editorial libertaria valenciana *Estudios* (1928-1937), en la que Noja tuvo un muy importante rol y donde publicó numerosos artículos, libros y folletos. *Estudios* se caracterizó, entre otros temas, por su postura combativa en contra de la guerra y el militarismo, y a favor de la paz y el internacionalismo. Allí se difundieron ensayos y libros de esta temática, y también las más conocidas novelas del momento, muchas de carácter testimonial, que mostraban la vida en las trincheras o la retaguardia durante la Gran Guerra, a cargo de autores como Remarque, Barbusse, Glaeser, Renn, etc., y reseñadas por el propio Noja en sus páginas. *Un puente sobre el abismo* es en buena medida el resultado de todo ello.

H. NOJA RYIE
UN PUNTO
SOBRE EL
ABISMO



ONLEON

Higinio Noja Ruiz

UN PUENTE SOBRE EL ABISMO

NARRACIÓN



Ediciones ESTUDIOS

Valencia, 1932

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Estudio preliminar: Un puente sobre el abismo, de Higinio Noja
Javier Navarro Navarro

- I. 1930. Última decena de enero
- II. Guillermo era el fruto de la unión
- III. Hacía meses que Guillermo
- IV. A interrumpir bruscamente
- V. Guillermo comió poco, mal y aprisa
- VI. Nieto y Sureda venían hablando
- VII. Sin cambiar ni una sola palabra
- VIII. Contra lo que esperaba Guillermo
- IX. En vano procuró
- X. Por espacio de algunos días
- XI. Tras una larga semana
- XII. Mugió sordamente el claxon
- XIII. Encargada la bucólica
- XIV. Indolentes, sin apresuramientos
- XV. Regresaron por Deyá y Valldemosa
- XVI. Se encontraron en el bar
- XVII. Domingo. Víspera de la partida
- XVIII. Rugió la bronca sirena

ESTUDIO PRELIMINAR

Un puente sobre el abismo, de Higinio Noja Ruiz (1932). Cultura libertaria y literatura pacifista de entreguerras

Javier Navarro Navarro¹

Al menos me quedará la satisfacción de haber procurado tender en nuestra inquietante época un puente sobre el abismo que amenaza tragarnos a todos. Y eso, ya es algo que vale la pena.

Higinio NOJA RUIZ,
Un puente sobre el abismo (1932)

1 Universitat de Valencia. El autor pertenece al Grupo de Investigación de Excelencia Prometeo de la Generalitat Valenciana, GEHTID (Grup d'Estudis Histories sobre les Transicions i la Democracia, GVPROMETEO/2020/050) y al Grupo de Investigación GIUV2013-060 de la Universitat de Valencia.

En este texto se analizan tres planos estrechamente vinculados entre sí. Por un lado, la figura y obra del escritor y militante anarquista español Higinio Noja Ruiz (Nerva, Huelva, 1894–Valencia, 1972), escasamente conocidas todavía en la actualidad. Muy dinámico propagandista ácrata en los años del llamado *Trienio bolchevique* en Andalucía, Noja se convertiría posteriormente en un buen ejemplo del perfil del intelectual libertario cenetista autodidacta de las décadas de 1920 y 1930: maestro racionalista, literato, periodista, conferenciante, ideólogo y pensador social, etc. Sus novelas y cuentos publicados desde esos años, y también su producción ensayística y doctrinal, tuvieron una amplia acogida y una importante influencia en los medios obreros y específicamente libertarios hasta el final de la Guerra Civil.

El segundo ámbito tiene como eje *Estudios. Revista Ecléctica*, publicación anarquista de carácter cultural editada en Valencia entre 1928 y 1937 y sucesora a su vez de *Generación Consciente*, aparecida en Alcoi en 1923. *Estudios* se convirtió en abanderada y difusora de determinadas cuestiones afines a la sensibilidad libertaria del momento, en particular aspectos como la defensa del control de la natalidad, la eugenesia y la reforma sexual (por los que fue particularmente conocida), aunque también el naturismo o la medicina alternativa, y en general temas de divulgación cultural habituales en los medios obreristas de la época. Asimismo, *Estudios* tuvo en el antibelicismo y el pacifismo

uno de sus principales ejes temáticos, y difundió en sus páginas y catálogos de librería muchos de los títulos de los escritores más representativos de la literatura antibelicista y pacifista internacional de entreguerras, en primer lugar la que se centraba en denunciar lo ocurrido en la Gran Guerra de 1914–1918 (con autores como Erich Maria Remarque, Romain Rolland, Henri Barbusse, Ludwig Renn, etc.), al tiempo que alertaba sobre la inminencia de una nueva conflagración mundial.

Higinio Noja Ruiz fue precisamente director literario de *Estudios*, y responsable de su sección de “Bibliografía” durante gran parte de la vida de la publicación.

Por último, se analiza aquí *Un puente sobre el abismo*, novela escrita por el propio Noja Ruiz y publicada por la Editorial Estudios en 1932. Su protagonista es Guillermo, un joven burgués de la Mallorca de aquellos años, particularmente influido –casi obsesionado– por la lectura de esa literatura de denuncia de los horrores de la Gran Guerra. Ello hace que se desarrolle en él una especial sensibilidad pacifista, lo que le lleva a comprometerse finalmente en la difusión publicística de esta literatura y en una activa pedagogía contra la guerra. *Un puente sobre el abismo* es un ejemplo de la recepción e interpretación de esa corriente literaria pacifista de entreguerras a la que antes aludíamos, por parte del propio Noja, así como una síntesis de las preocupaciones reflejadas en las páginas de la revista *Estudios* y en su catálogo de librería por aquellos años, y en

general de la opinión de amplios sectores del movimiento libertario, sobre la cuestión.

La figura de Higinio Noja Ruiz

Higinio Noja fue autor de más de una treintena de libros o folletos (y casi otros tantos títulos inéditos), así como de innumerables artículos en periódicos y revistas entre 1910 y 1939. Las temáticas que abordó fueron extremadamente diversas: puede decirse que Noja Ruiz escribió sobre prácticamente todos los temas de interés para el público lector obrerista de las décadas de 1920 y 1930. Todo ello contrasta con el escaso conocimiento actual de su figura o la escasez de investigaciones monográficas en torno a su vida o su obra².

2 Una aproximación global a la vida y la obra de Noja ha sido desarrollada en Javier NAVARRO NAVARRO, “Las caras del militante. Higinio Noja Ruiz (1894–1972): cultura y acción en el movimiento libertario español”, en Marta GARCÍA CARRIÓN y Sergio VALERO GÓMEZ (eds.), *Tejer identidades. Socialización, cultura y política en la España contemporánea*, Valencia, Tirant Lo Blanch, 2018, pp. 137-165. En 1996, se recogieron en un libro parte de las memorias noveladas inéditas del autor referidas a su etapa como maestro en Alginet a principios de los años veinte, así como testimonios de antiguos alumnos de Noja, un listado de su obra y un estudio introductorio: Higinio NOJA RUIZ, *La Armonía o la escuela en el campo (Alginet, 1923)* Prefacio y presentación de Marianne ENCKELL y Vicente MARTÍ. Prólogo de Paco MADRID, Barcelona–Lausanne, Virus–CIRA, 1996. Una reseña biográfica de Noja, en Miguel ÍÑIGUEZ, *Enciclopedia del anarquismo ibérico*, Vitoria, Asociación Isaac Puente,

Higinio Noja Ruiz nació en Nerva (Huelva) en 1894, junto a las minas de Riotinto. Su padre trabajaba como químico en la *Riotinto Company Limited*, donde también se empleó Noja en su adolescencia y primera juventud. Allí se despertó su conciencia de la explotación laboral y la desigualdad social, y en paralelo a su curiosidad intelectual (y un interés temprano por la pedagogía que le llevó a iniciar estudios de Magisterio) y a su voracidad lectora, empezó a escribir ya desde los 15 años artículos sobre la situación de las minas en la prensa obrera local y provincial. Fue relacionándose con círculos obreristas y específicamente anarquistas y, tras la huelga de 1913 en la comarca, fue despedido definitivamente de la *Riotinto Company Limited*. Abandonó Nerva y comenzó así un periplo vital y un nomadismo –con

2018, tomo II, pp. 1.896–1.897. Sobre su pensamiento social y económico, Xavier PANIAGUA FUENTES, “Introducció a l'obra d'Higinio Noja Ruiz”, en *El País Valencia: 1931–1939*, Arguments, 1, L'Estel, Valencia, 1974, pp. 47–58, e ídem, *La sociedad libertaria: agrarismo e industrialización en el anarquismo español, 1930-1939*, Barcelona, Crítica, 1982, pp. 237–250. Referencias sobre su colaboración al inicio de la década de los veinte en la Editorial Renovación Proletaria dirigida por Aquilino Medina en Andalucía, y donde publicó sus primeros folletos en Alejandro CIVANTOS URRUTIA, *Leer en rojo. Auge y caída del libro obrero (1917–1931)*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 2017, pp. 137, 147, 149–150, donde se califica a Noja de “proteico propagandista onubense” (p. 137). Para referencias en general sobre sus libros y folletos publicados, Ignacio C. SORIANO y Francisco MADRID, *Antología documental del anarquismo español, VI.I. Bibliografía del anarquismo en España, 1868–1939. Enriquecida con notas y comentarios*

[http://www.cedall.org/Documentacio/IHL/Antologia%20Documental%20del%20Anarquismo%20espanol Bibliografia.pdf](http://www.cedall.org/Documentacio/IHL/Antologia%20Documental%20del%20Anarquismo%20espanol%20Bibliografia.pdf) (10a ed., aumentada, mayo 2021).

los habituales cambios de trabajo y domicilio– que le llevaría primero a Barcelona, donde asentaría con sus contactos su militancia anarquista. La trashumancia asociada a ella le trasladaría en los años de la Primera Guerra Mundial a Andalucía, donde participó activamente como agitador y propagandista ácrata y confederal en los años del llamado *Trienio Bolchevique*: orador en mítines, conferenciante, maestro de escuelas racionalistas, colaborador y fundador de periódicos y publicaciones anarquistas, escritor de folletos, etc., Noja se fue especializando en una actividad militante relacionada más específicamente con la propaganda y la labor cultural. En particular en el mundo periodístico, pero también en el pedagógico, actuando como maestro en Valencia o en localidades cercanas como Alginet, donde se refugió tras la persecución policial de la que eran objeto los militantes cenetistas en los años del pistolero, y donde ejerció como maestro hasta 1923³.

Desde entonces, y hasta 1933, residió en varios lugares: Tarragona, Barcelona, Andalucía o París, pero sobre todo en Palma de Mallorca, donde se acabaría asentando estos años y que sería escenario por cierto de la novela en la que nos centraremos aquí: *Un puente sobre el abismo*. Desempeñó diversos trabajos (por ejemplo, en un taller de fotografía o

3 Referencias a NOJA RUIZ durante el *Trienio Bolchevique* en Juan DÍAZ DEL MORAL, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Madrid, Alianza, 1984 (1a de 1928), pp. 230, 235 y 270. Sobre la etapa de maestro en Alginet en general, el ya citado NOJA, *La armonía*.

en la Editorial Espasa Calpe). Aunque participó al parecer en la reunión fundacional de la FAI en Valencia en 1927⁴, su vida militante más activa y propagandista se atemperó algo durante esos años de la dictadura de Primo de Rivera; no desde luego en lo que se refiere a sus colaboraciones en prensa (con un fondo más doctrinal y cultural, eso sí), a su labor como escritor de folletos y sobre todo a lo literario, que es lo que más nos interesa aquí.

Sería a partir de 1923 cuando Noja comenzó a publicar varias novelas sobre temas sociales, algunas de éxito en los medios obreristas, entre ellas: *Los galeotes del amor (almas cautivas)* (1923), *Los sombríos* (publicada en París en 1925), *La que supo vivir su amor* (1928), *Como el caballo de Atila* (1929) o *Un puente sobre el abismo* (1932). Estos títulos son tan solo una parte de una prolífica producción literaria –paralela a la ensayística– centrada en el terreno de la novelística y el cuento. Esa fue una de las fuentes de su prestigio en el mundo obrerista y libertario. En un artículo de 1929, a raíz de la aparición de su última novela, *La que supo vivir su amor*, se señalaba en la revista *Estudios*:

La clase proletaria no ha dado todavía un novelista, un escritor que saque a la publicidad todas sus fatigas, todos sus sinsabores y sus inquietudes con los anhelos reivindicadores: es cierto que se han hecho y se hacen diferentes ensayos publicándose muchas novelas cortas

4 Juan GÓMEZ CASAS, *Historia de la FAI*, Bilbao, Zero, 1977, pp. 128.

con las cuales se vislumbran en algunos autores futuros novelistas de excelentes cualidades para abordar de lleno este género literario, pero hasta la fecha no ha salido el escritor que busque sus expansiones en este género, o sea en la novela grande [...]. Hace falta que aparezca el Gorky que trace la novela del pueblo, del pueblo sufrido, del que produce, puesto que Blasco Ibáñez dio su *Catedral*, su *Bodega* y su *Intruso*; Pio Baroja nos hizo esas otras novelas ideológicas indefinidas; Concha Espina con *El metal de los muertos*, y Ciges Aparicio trazaron en sus novelas las fatigas de los mineros, pintándonos su dolorosa vida de trabajo [.]. Higinio Noja es sin duda uno de los escritores jóvenes que tiene más aptitudes para la novela, y pudiera ser quien emprendiera la labor que más arriba indicábamos, pues sus andanzas de provincia a provincia, sus conocimientos, su temperamento y su exquisito modo de describir las cosas y el ambiente, lo hace ser un novelista de cuerpo entero [.] es el novelista que se espera surja a describir la vida del paria del trabajo, que a pesar de todas sus miserias busca elevarse de su nivel cultural que las clases directoras les regatean⁵.

5 Emilio SANTOLARIA, “Siluetas. Higinio Noja Ruiz”, *Estudios*, n° 71 (1929). Por su parte, Vladimiro MUÑOZ señala que NOJA RUIZ, “como escritor libertario, fue una de las mejores plumas de España” (*Antología ácrata española*, Barcelona, Grijalbo, 1974, p. 159). El también conocido militante anarquista Josep PEIRATS le califica asimismo de “novelista de mucha talla” (“Para una monografía de escritores anarquistas españoles”, *Ruta*, 2° época, n° 7 (1972)).

Se hacía referencia en esta reseña a dos de las novelas publicadas anteriormente por Noja: *Los galeotes del amor (almas cautivas)* (1923) y *Los sombríos* (1925). La primera era una historia de amor entre dos *seres libres*, muy en la línea de los temas habituales de la colección *La Novela Ideal*, el proyecto de *La Revista Blanca* y la familia Urales, que por cierto empezaría su andadura dos años después⁶. *Los sombríos* reflejaba la vida en una comarca minera, como la de Riotinto que tan bien conocía el autor. Noja siempre quiso inscribirse en lo formal en la tradición de la novela realista española, pero concibiendo asimismo su literatura como medio de expresión y expansión del ideal y como textos de tesis donde se reflexionara sobre temas de interés y debate colectivos (la violencia, el pacifismo, la pena de muerte, las relaciones de pareja, la desigualdad social, la educación) a partir de personajes atravesados por esos conflictos, internamente y/o en su relación con los demás⁷.

6 Marisa SIGUÁN BOEHMER, *Literatura popular libertaria. Trece años de "La Novela Ideal"*, Barcelona, Península, 1981; Brigitte MAGNIEN, Serge SALAÛN y Carlos SERRANO, "Le discours amoureux dans *La Novela Ideal*. Tristes topiques", en *Le discours des groupes dominés: domaines ibérique et latino-américain*, París, Publications de la Sorbonne Nouvelle, 1986, pp. 101–109; Brigitte MAGNIEN, "La Novela Ideal (1925–1938) a la conquete de la conscience publique... avec de l'amour et des idées", en Marie-Claude CHAPUT y Julio PÉREZ SERRANO (coords.), *De l'anarchisme aux courants alternatifs: XIXe–XXIe siècles*, Nanterre, Publidix/ Université de Paris X Nanterre, 2009, pp. 381–394.

7 NOJA dedicó su novela *Como el caballo de Atila* (Valencia, Estudios, 1929–1930) al conocido escritor Ramón Pérez de Ayala, "cuyas obras tanto deleite me han proporcionado, dedico esta obrita, como homenaje de

Paralelamente a esta obra literaria, que continuaría en años posteriores, Noja intensificó asimismo su labor ensayística, muy prolífica. Esta comenzó con sus colaboraciones en la prensa libertaria y muy destacadamente en revistas de pensamiento o culturales del mundo ácrata, como *Generación Consciente–Estudios* –que se iniciaron en la década de los veinte y que mencionaremos a continuación–, y pronto a través también de folletos y libros. Noja fue desgranando así su producción doctrinal y de reflexión en torno a múltiples temas sociales y culturales: desde la sociología y la economía al feminismo, la sexualidad o el control de la natalidad, pasando por el arte, la literatura, etc., así como en aspectos centrales de la organización social y económica de la revolución y la futura sociedad libertarias, a lo largo de la década de los treinta. Durante los años republicanos, la figura de Noja Ruiz acabará destacando en el terreno doctrinal dentro de los medios libertarios, tal como lo estaba haciendo en lo literario. Sus artículos y folletos en torno a la crisis económica del capitalismo y la necesidad de su superación, así como sobre los fundamentos de la nueva sociedad posrevolucionaria le otorgaron difusión y prestigio en este ámbito⁸.

A ello ayudó el hecho de no ocupar cargos dentro de las organizaciones anarcosindicalistas, o el no identificarse

simpatía y admiración”.

8 PANIAGUA, “Introducció a l'obra” y *La sociedad libertaria*, pp. 237–250.

particularmente dentro de la lucha de tendencias que vivió el mundo confederal-anarquista en esos años, al igual, por cierto, que ocurrió con *Estudios. Revista Ecléctica*. Su militancia se situaba en la FAI, pero nunca ocupó cargos ni participó en su vida orgánica, más allá de su aportación doctrinal y de reflexión, como cuando el Pleno de Regionales celebrado por la FAI en 1933 le designó como ponente de un informe (dentro de una comisión en la que también figuraban Eusebio Carbó, Isaac Puente y José María Martínez) sobre el concepto de comunismo libertario y los planes a seguir después de la revolución. Asimismo, su lectura de la obra de Besnard y Cornelissen, y sus contactos con Marín Civera, director de la revista *Orto* y próximo a Ángel Pestaña (con quien Civera compartiría la aventura del Partido Sindicalista), le hicieron otorgar una mayor valoración a la estructura sindical en el esquema postrevolucionario y en general mostrar más permeabilidad a la influencia de las tesis sindicalistas⁹.

Como ha subrayado Javier Paniagua, en su pensamiento social Noja defendía –con un enfoque profundamente evolucionista– la necesidad de una nueva organización social a partir de la constatación de la crisis contemporánea del capitalismo y la incapacidad manifiesta de éste para servir

9 GÓMEZ CASAS, *Historia de la FAI*, pp. 163–164; Xavier PANIAGUA FUENTES, *Educación y economía en el sindicalismo de Marín Civera*, Valencia, ICE, 1979.

adecuadamente a las necesidades humanas¹⁰. Era partidario de una socialización global y de la desaparición de la propiedad privada; ello conllevaría la igualdad efectiva al tiempo que el pleno desarrollo de las fuerzas productivas, en un proceso que no debía protagonizar el Estado, sino la colectividad en su conjunto (a través en concreto de fórmulas como el municipio libre o la federación local de sindicatos), garantizándose plenamente así la auténtica libertad individual. Todo ello iba revestido de un pedagogismo que constituye también un elemento central del pensamiento de Noja, tanto en lo teórico como en su práctica docente como maestro, actividad que desarrollaría de una u otra manera a lo largo de toda su vida, bien en escuelas municipales u obreras (siguiendo el ejemplo de los maestros racionalistas inspirados –siguiendo la tradición libertaria– en el modelo de la Escuela Moderna de Ferrer y Guardia), bien como profesor particular.

A partir de mediados de la década de los treinta, Noja se estableció definitivamente en Valencia, y también durante los años de la Guerra Civil. En palabras de Pere Solá, allí actuó como el “intelectual orgánico” del anarquismo valenciano¹¹. No sabemos si hasta ese punto, pero lo cierto es que Noja formaría parte por ejemplo del Consejo de Economía

10 PANIAGUA, “Introducció a l'obra” y *La sociedad libertaria*, pp. 237–250.

11 Pere SOLÁ i GUSSINYER, *Educació i moviment llibertari a Catalunya (1901–1939)*, Barcelona, Edicions 62, p. 208.

constituido en esa ciudad. En este período se interesó especialmente por el fenómeno colectivizador y la dimensión económica del proceso revolucionario, analizando su trayectoria, posibilidades y obstáculos en distintos libros y folletos aparecidos en esos momentos. Por otro lado, participó en mítines y conferencias, presidió la Asociación de Amigos de México en Valencia (constituida en marzo de 1937) y continuó sus colaboraciones en forma de artículos en distintas publicaciones anarquistas. Cabe destacar en especial su protagonismo en muchas de las iniciativas de carácter cultural –grupos, publicaciones en forma de revistas y libros, actos públicos, etc.– desplegadas por los círculos cenetistas y anarquistas de Valencia, y fue uno de los principales animadores de la vida cultural libertaria en la ciudad durante la contienda¹². Afiliado a la sección de Periodistas y Escritores del Sindicato de la Industria Gráfica de la CNT, fue director de varias publicaciones culturales libertarias, como es el caso de *Libre–Studio (Revista de Acción Cultural al Servicio de la CNT)* y *Semáforo* (portavoz del Comité Ejecutivo de Espectáculos Públicos de Valencia, UGT– CNT). Desde ambas escribió, por ejemplo, sobre su concepción del teatro social en general y en la nueva coyuntura revolucionaria.

El final de la guerra y la victoria franquista supuso para

12 Javier NAVARRO NAVARRO, *A la revolución por la cultura. Prácticas culturales y sociabilidad libertarias en el País Valenciano (1931–1939)*, Valencia, Universitat de Valencia, 2004, pp. 222–224.

Noja el ocaso de su vida pública. En primer lugar, e inmediatamente, con la prisión, desde su detención en el Puerto de Alicante el último día del conflicto y hasta que en enero de 1941 se le concedió la libertad condicional. Volvió a Valencia y allí residió hasta su muerte en 1972. Sobrevivió dando clases particulares, entre otros trabajos, y continuó –como había hecho siempre– escribiendo de manera prolífica, ahora textos que quedarían sin embargo inéditos. Durante el franquismo, el anonimato y la lucha por la supervivencia marcarían la vida de un maestro, pensador y escritor libertario bien conocido hasta 1939, y sobre cuya obra y recuerdo se depositaría a partir de entonces un grueso manto de silencio y olvido¹³.

Noja, *Estudios* y el pacifismo

Como apuntábamos, un hecho fundamental en la trayectoria y obra de Noja fue su vinculación a la revista cultural libertaria *Estudios* (Valencia, 1928–1937), incluso ya desde los tiempos en que esta cabecera recibía el nombre de *Generación Consciente* (antes de la censura impuesta por la dictadura de Primo de Rivera sobre las publicaciones antinatalistas y que motivó el cambio de denominación),

13 NOJA, *La armonía*, pp. 115–119, y NAVARRO, “Las caras del militante”, pp. 156–158.

surgida en Alcoi en 1923. Desde aquellos años veinte hasta el final de la vida de la revista, Noja mantuvo su colaboración con ella. El resultado fueron numerosos artículos (casi 40 solo en *Estudios*) sobre una amplia variedad de temas próximos a la sensibilidad social y cultural obrerista-anarquista: economía, revolución social, educación, arte, literatura, feminismo, control de natalidad, reforma sexual, etc. A ello hay que añadir la publicación de algún poema y de un relato en la colección “La Novela Mensual de *Estudios*” (*El pueblo de la Virgen Brava*, n. 76, diciembre de 1929).

Por otro lado, sus comentarios y reseñas bibliográficos aparecieron en muchos números de la revista. De hecho, Noja fue el titular de su sección bibliográfica durante gran parte de la vida de la publicación. Asimismo, *Estudios* contaba con un activo servicio de publicación de libros y un amplio catálogo editorial, y diversos títulos de Noja aparecieron también allí, tanto novelas como ensayos. Así pues, la obra de Noja se vincularía siempre y muy estrechamente a *Estudios*. Fue uno de sus principales animadores e inspiradores intelectuales, y en la práctica su auténtico director literario, junto al también escritor y militante libertario Antonio García Birlán (*Dionisyos*), quien desempeñó asimismo en la publicación un papel similar al de Noja, y tal vez (por la frecuencia de sus colaboraciones y su ascendiente en los temas médicos y sexuales que caracterizaban a la revista) al médico anarquista alavés Isaac

Puente. Según Hermoso Plaja, Noja compró los derechos editoriales de *Estudios* a su propietario, el militante cenetista Joaquín Juan Pastor, nada más iniciarse la Guerra Civil¹⁴.

Estudios. Revista Ecléctica, publicada mensualmente en Valencia hasta 1937 (y con un total de 165 números contando desde la aparición de *Generación Consciente* en 1923), era una revista cultural libertaria, cuyas páginas cubrían una amplia variedad de campos, desde la ciencia, medicina, salud y sexualidad hasta la literatura, pedagogía, arte, filosofía o historia, pasando por la sociología o economía y temas como el naturismo, feminismo, pacifismo, anticlericalismo, etc. Su objetivo declarado era la formación cultural y ética de las clases populares en un sentido global, lo que incluía desde la cultura general hasta el debate sobre aspectos relativos a la transformación revolucionaria de los hábitos y conductas de vida ya mencionados. Toda esta labor se complementaba con un muy activo servicio de distribución de libros y folletos sobre esta amplia variedad de temas y una editorial propia, que llegó a publicar más de 150 libros y folletos a lo largo de la trayectoria de *Generación Consciente–Estudios*. Tal vez el rasgo más distintivo de la

14 Ignacio Clemente SORIANO JIMÉNEZ, “Hermoso Plaja y Carmen Paredes Sans. El anarquismo silencioso, 1889–1982”, tesis doctoral, Universidad de Salamanca, 2002, p. 559. Joaquín Juan Pastor ha sido acusado por algunas fuentes libertarias de enriquecerse con este exitoso proyecto editorial, la revista *Estudios* y su amplio catálogo de librería (Salvador CANO CARRILLO, “Hombres del Movimiento Libertario. Higinio Noja Ruiz”, *Cénit* (Toulouse), 201 (1972)).

publicación, y que lo hacía más reconocible entre su público, era su apuesta por la difusión de la teoría y la práctica del neomalthusianismo y la eugenesia entre los medios populares y obreros, así como el debate en torno a los distintos temas relacionados con la reforma sexual –como era conocida en la época– y, en segundo lugar, su defensa del naturismo y la medicina alternativa¹⁵.

Pero otra característica de la revista fue su postura combativa en contra de la guerra y el militarismo y a favor de la paz y el internacionalismo, temas clásicos por otra parte del discurso anarquista, también en España¹⁶. Ya desde sus primeros números –y desde la época de *Generación Consciente*–, la publicación situó esta cuestión como uno de sus temas de atención; como muestra, está por supuesto el elevado número de artículos dedicados a ella (más de 70 solo en *Estudios*), pero también su presencia en su catálogo de

15 Sobre *Estudios*, Fco. Javier NAVARRO NAVARRO, ‘*El paraíso de la razón*’ *La revista Estudios (1928-1937) y el mundo cultural anarquista*, Valencia, Alfons el Magnanim, 1997. Su dimensión transnacional en Javier NAVARRO NAVARRO, “Reforma sexual, control de natalidad, naturismo y pacifismo. La cultura libertaria trasatlántica en las décadas de 1920 y 1930: *Estudios. Revista Ecléctica* (1928–1937) y su proyección y redes en América”, *Historia y Política*, 42 (2019), pp. 145–174, <https://doi.org/10.18042/hp.42.06>.

16 Entre otros, José ÁLVAREZ JUNCO, *La ideología política del anarquismo español (1868–1910)*, Madrid, Siglo XXI, 1991 (1º ed., 1976), pp. 247–279; Lily LITVAK, *Musa libertaria. Arte, literatura y vida cultural del anarquismo español (1880–1913)*, Barcelona, Antoni Bosch, editor, 1981, pp. 42–45; Rafael NUÑEZ FLORENCIO, “Patria y ejército desde la ideología anarquista”, *Hispania*, LI/2, 178 (1991), pp. 589–643.

libros y folletos, como veremos. Se trataba de concienciar sobre la necesidad de la paz universal, revelando lo absurdo y la locura de la guerra. En realidad, esta aparece como la derivación más monstruosa de la manipulación de las mentes propia de la sociedad burguesa y el sistema capitalista, que recurre a los más bajos instintos humanos (el *patriotismo*) para expandirse o simplemente perpetuarse, y por tanto no había *guerra justa*. Efectivamente, entre sus causas figuraban, en opinión de la revista, los manejos económicos del capitalismo –en particular los ataques a las industrias y al comercio de armas, “vendedores de la muerte”, eran constantes–, los nacionalismos y por último, la síntesis aberrante de ambos factores: el fascismo, concebido como la continuación del más abyecto espíritu militarista en la sociedad civil¹⁷.

Así, en el contexto concreto de aquellos años, asistimos en *Estudios* a una denuncia creciente de la hipocresía de las grandes potencias internacionales, que se armaban en previsión de una nueva guerra mientras por otro lado pretendían mantener la paz mediante la ficción de teatrales conferencias organizadas por la Sociedad de Naciones. Efectivamente, la percepción mayoritaria entre los colaboradores de la publicación era que se preparaba un

17 Entre otros artículos, F. R., “La barbarie organizada”, *Estudios*, n° 124 (diciembre 1933); Jorge LANDSMANN, “Los vendedores de muerte” (n° 134, octubre 1934); Rudolf ROCKER, “Los preliminares de la última guerra” (n° 140, abril 1935) y Robert DESNOS, “Mercaderes de la muerte. Sir Basil Zaharoff” (n° 154, junio 1936).

nuevo conflicto –dibujado con tintes apocalípticos debido al avance imparable de las tecnologías de la destrucción–, como mostraba el aumento constante de los presupuestos militares. Como respuesta a ello, se defendía la lucha contra la guerra y por la paz en todos los ámbitos, por ejemplo mediante el boicot a la participación en los conflictos y la defensa de la objeción de conciencia (y del lema “No iré”), así como una educación global en pro de la paz. Esta era parte intrínseca de la lucha libertaria, al atacar de raíz la manifestación más monstruosa del autoritarismo (y del militarismo y el Estado), causa última de la violencia, junto con la desigualdad propia del sistema capitalista¹⁸.

Pero además de ser parte, junto con el internacionalismo, de la ideología ácrata, el pacifismo era también una actitud moral en general que podía ser compartida con otros sectores e individuos no anarquistas, en una campaña común. Así, en *Estudios* se reprodujeron artículos de autores, escritores y personalidades de todo el mundo en favor de la paz, como fue el caso de Albert Einstein, a cuyo prestigio como científico se unía su pacifismo militante, y de quien se publicaron varios artículos y declaraciones en ese sentido¹⁹. Asimismo, en *Estudios* se dio cuenta de la

18 Gaston LEVAL, “El zafarrancho de la muerte”, *Estudios*, n° 142 (junio de 1935). Precisamente en “No iré” (n° 137, enero 1935) se reproduce un capítulo del libro de Gaston LEVAL, *El prófugo*, al que después haremos referencia. Juan MONEYA PUYO, “¡Abajo la guerra! Paz” (n°137, enero 1935).

19 Albert EINSTEIN, “Pacifismo militante”, *Estudios*, n° 94 (junio 1931) y

existencia y actividad de organizaciones pacifistas internacionales surgidas en este período de entreguerras, a través de artículos sobre las mismas o noticias sobre sus iniciativas, como es el caso de los Hogares Libres Internacionales, o de asociaciones como la Liga de Refractarios de la Guerra o la Liga Internacional de Combatientes por la Paz.

Sin duda, en todo lo dicho hasta aquí el ejemplo de la Gran Guerra de 1914–1918 jugó un papel fundamental, convirtiéndose en un ejemplo recurrente de la locura bélica y de la memoria pacifista y antimilitarista internacional. Y así ocurrió también en *Estudios*, donde se la recordaba a menudo, y en particular su balance de víctimas y destrucción. Así se hacía por ejemplo en una sección habitual de la revista titulada “¡Abajo la guerra!”. En ella era frecuente reproducir testimonios de supervivientes de la guerra europea, así como obras literarias ambientadas en ella, que describían con dureza la barbarie de la lucha y la muerte en las trincheras. También se recogían en este apartado declaraciones antibélicas de escritores y pensadores del más variado signo. La nómina de autores cuyos textos aparecieron aquí resulta significativa y abarca desde autores del pacifismo del XIX hasta personalidades del momento, así como novelistas del período de entreguerras (y muchos de ellos antiguos combatientes) en boga por entonces: Octave Mirbeau, Edmundo de Amicis, Leonid

“Lo que yo creo”, n° 152 (abril 1936).

Andreiev, Leon Tolstoi, George Duhamel, Anatole France, Max Deauville, Albert Einstein, Bertrand Russell, Thomas Mann, Romain Rolland, Henri Barbusse, Ludwig Renn, Rudolf Rocker, Max Nordau o José Ingenieros, entre otros.

En el apartado de “Bibliografía” de *Estudios*, donde se recogían reseñas y comentarios sobre novedades en libros, folletos y revistas, y cuya autoría correspondió –recordemos– en muchos números de la publicación a Higinio Noja Ruiz, aparecieron críticas sobre ensayos (libros o folletos) de temática antibelicista, antimilitarista o pacifista, como las obras del escritor rumano Eugen Relgis a las que haremos referencia más adelante, el folleto de Otto Lehmann, *La Internacional Sangrienta de los Armamentos* (versión española de la Editorial Cénit, 1929) o el libro del conocido anarquista francés Gaston Leval dedicado al tema, *El mundo hacia el abismo*, publicado por la propia Editorial Estudios (1934), entre otros²⁰. Pero lo que más llama la atención es el peso que en esta sección tuvo la literatura y el espacio dedicado al comentario de conocidas novelas sobre la Gran Guerra. Ello ocurrió sobre todo en el período 1929-1933, y a partir del *boom* de las publicaciones de la editorial Cénit (y otras similares), con su colección “La novela de guerra”, especializada de alguna manera –entre otros

20 También el libro *Todos, ahora, contra la guerra*, del escritor anarquista de Argentina Jacobo MAGUID, publicada por Ediciones Nervio de Buenos Aires (1935), conocida revista ácrata de ese país, muy similar en sus características a *Estudios*.

temas– en la difusión de esta literatura, de las que *Estudios* se hizo eco, y alrededor del éxito internacional de *Sin novedad en el frente*, de Erich Maria Remarque, en 1929 (versión española publicada por la editorial España ese mismo año)²¹. Así, se comentaron en la sección de “Bibliografía”, casi siempre positivamente, *Los que teníamos doce años*, de Ernst Glaeser, y *Paz* del mismo autor; la ya mencionada *Sin Novedad en el frente*, de Remarque, y *Después*, también de este escritor alemán; *Cuatro de Infantería*, de Ernst Johannsen; *El Sargento Grisha*, de Arnold Zweig; *El fuego*, de Henri Barbusse, y *Hay novedad en el frente*, de Helen Zenna Smith²². Además, se acogían muy favorablemente las novelas de un escritor social también muy popular en esos años en estos medios, el rumano Panaît Istrati, aunque no centradas estrictamente en la Gran Guerra, pero sí con una clara orientación pacifista y progresista²³.

21 Sobre *Cénit*, en particular, véanse las obras de Gonzalo SANTONJA, entre ellas, *La República de los libros. El nuevo libro popular de la II República*, Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 39–99. Recientemente también CIVANTOS, *Leer en rojo*, pp. 230–251.

22 Véase la sección de “Bibliografía” de la revista en los números 75 (noviembre 1929), 77 (enero 1930), 78 (febrero 1930), 80 (abril 1930), 92 (abril 1931) y 96 (agosto 1931). También se comentó “La Guerra”, obra teatral de Eugenio Navas, publicada por Ediciones “Teatro Selecto”, de Buenos Aires, y de la que se afirmaba que no estaba bien escrita, pero que la salvaba “la idea” (“Bibliografía”, *Estudios*, 69, mayo 1929).

23 *Los cardos del Baragán*, una de las novelas más conocidas de Istrati, sería publicada también por la editorial Estudios.

Por otro lado, un análisis del amplio catálogo de distribución de libros y folletos de la revista –que sumaba a los de su propia editorial los de otras muchas casas hasta llegar, según se anunciaba de manera general en 1929, a más de 2.000 títulos– revela asimismo la presencia de un significativo número de ellos relacionados con esta temática antibélica, antimilitarista y pacifista²⁴. En lo literario, las novelas mencionadas en el párrafo anterior –y publicadas en España por las editoriales Cénit, especialmente, España o Lux– también fueron vendidas y distribuidas por *Estudios* en su catálogo, a las que habría que añadir, por ejemplo, *Entre dos frentes. Novela de Paz, de Amor y de Justicia. Memorias de Madame Smit*, de Eduardo Granada C. (Lux, 1930).

Pero centrándonos en los títulos publicados directamente por la Editorial Estudios sobre esta temática esos años, encontramos sobre todo ensayos (libros y folletos). Hemos contabilizado alrededor de una decena de títulos. Dos títulos del escritor libertario rumano y creador del “humanitarismo” Eugen Relgis (*Los principios humanitaristas* y *La Internacional Pacifista*, ambos de 1932); el ya citado *El mundo hacia el abismo* de Leval; el folleto *El militarismo y la guerra* (1931?); *La fabricación de armas de guerra*, de Rudolf Rocker (1932), así como una recopilación de textos antibélicos aparecidos en la colección popular de libritos “Ayer, Hoy y Mañana”, que puso en marcha la editorial: *La*

24 NAVARRO, *El paraíso*, p. 220, y en general, para un análisis de esta “Biblioteca” de *Estudios* y sus características, véanse pp. 219–231.

guerra (1933); otro del mismo corte en esa colección con el título *Patriotismo y nacionalismo* (1934), y el folleto clásico de Bakunin, *El patriotismo*, editado ya en 1938. Atención especial merece asimismo el libro del propio Higinio Noja Ruiz sobre la figura de Gandhi: *Gandhi, animador de la India*, aparecido en 1932.

La Editorial Estudios se centró sobre todo en ese ámbito de los ensayos más que en el literario, ya que de alguna manera, como vimos, lo esencial de la literatura antibélica europea más conocida había sido publicada en castellano por las otras editoriales españolas comerciales ya mencionadas. No obstante, *Estudios* editó en concreto una obra teatral: “*¡Abajo la Guerra!*”, *drama social en tres actos*, original de Helios (seudónimo del militante anarquista valenciano Vicente Sanchis Palacio), en 1936, y uno de los volúmenes de las memorias de Gaston Leval, *El prófugo* (1935), en el que el anarquista francés narra, entre otras cosas, su huida de Francia tras negarse a participar en la Gran Guerra. Pero sin duda la contribución más importante de *Estudios* en el ámbito de la literatura antibélica fue la publicación en 1932 de la novela de Higinio Noja Ruiz, *Un puente sobre el abismo*.

Un puente sobre el abismo

En su catálogo editorial aparecido de 1932, la Editorial Estudios publicitaba la nueva novela de uno de los colaboradores más habituales de su revista en estos términos:

Ninguna de las muchas obras escritas acerca y después de la gran Guerra, puede compararse con esta exquisita novela que acaba de escribir Noja Ruiz. Porque todas las novelas llamadas de postguerra lo son por ex combatientes de uno u otro bando que en forma más o menos amena llevan a sus páginas la visión dolorosa y trágica de las horas vividas, de los sufrimientos padecidos, y, cuando más, un sentimiento de rebeldía puramente objetiva, que dejan en el ánimo del lector una impresión desoladora.

Hacía falta, pues, la obra escrita por un espíritu selecto, que hable al corazón y a la conciencia del mundo; que ahondando en el campo experimental de las causas que hacen posibles estas horribles luchas fratricidas, señale normas éticas, profundamente humanas, oriente al lector hacia finalidades elevadas, hacia una moral superior de convivencia humana que haga imposible la repetición de la bestialidad guerrera que ensangrentó los campos de Europa durante cuatro largos años y extirpó lo más bello y valioso de la raza. Y todo esto lo consigue Noja Ruiz en su preciosa novela, con una amenidad pocas veces igualada, interesando

al lector desde las primeras páginas en una narración que subyuga la atención con entusiasmo y con deleite insuperables.

Asimismo, la cubierta del libro estaba ilustrada por uno de los artistas que colaboraba frecuentemente con la revista, Manuel Monleón, que fue también cartelista durante la guerra. Las cubiertas de Monleón para los libros y folletos de la editorial y para los números de la revista *Estudios* –al igual que las de su otro artista habitual, Josep Renau– se caracterizaban por su colorido, aspecto llamativo y atrevidas composiciones y fotomontajes, y se convirtieron sin duda en uno de los elementos más atractivos en la revista y sus colecciones de libros y folletos. En este caso, bajo el título y el nombre del autor, encontramos una composición con el fondo de un gran sol naciente sobre el mar, elemento muy frecuente en estas ilustraciones de Monleón. A la derecha, una figura masculina desnuda, de aspecto clásico y aire prometeico, que acaba de romper las cadenas que lo mantenían preso y cuyos restos vemos todavía colgando de sus muñecas (otro motivo frecuente en esta iconografía), se yergue en lo alto de un acantilado o risco abierto que cuelga sobre el mar. Más allá, otro risco, y entre ambos un puente formado simplemente por libros (elemento también recurrente), que no llega hasta el otro extremo todavía, pero que intuimos podrá acabar completado. Abajo, sobre las aguas, restos de lo que parecen fusiles con bayonetas y algún libro.

Como veremos, la alusión a una de las principales ideas de la novela es aquí clara: la educación antibélica y la cultura pacifista acabarán a la larga, aunque no lo han hecho todavía, con las guerras.

El protagonista de *Un puente sobre el abismo* es Guillermo Arjona, un burgués mallorquín contemporáneo al momento de escritura del relato. No nos encontramos aquí, por tanto, con un protagonista proletario, sino con un joven comerciante acomodado. Sobreexcitado por sus lecturas –fundamentalmente novelas, es decir, material literario– del conflicto y acosado por sus reflexiones e incluso las visiones del horror bélico que aquellas le provocan, Arjona va a encontrar finalmente en la lucha contra las guerras y el compromiso con la pedagogía antibélica su razón de ser. También resulta significativo su origen familiar: un padre comerciante, hombre hecho a sí mismo, andaluz de nacimiento (como el propio Noja), de origen muy humilde y que labró su fortuna desempeñando todo tipo de oficios. Ello le llevó a viajar, a recorrer el mundo para ganarse la vida e imprimió en su carácter y pensamiento un espíritu cosmopolita y una vocación internacionalista:

Yo soy un ciudadano del mundo. En todas las latitudes he vivido y he sido amigo del hombre. La diferencia de idiomas y costumbres no me ha inducido a odiar a nadie. Ni el amor a mi tierra me ha arrastrado a mirar con encono a los que nacieron en otro suelo, del mismo modo que para amar a mi madre no me ha sido necesario odiar a las

madres de los demás. Lo que separa a las personas no son las fronteras, sino el recelo que emana del mutuo desconocimiento. Conocerse y comprenderse es el método más seguro para acabar con los antagonismos de patrias y razas que son, en el fondo, una majadería²⁵.

Arjona fue burgués progresista, algo librepensador, pero no amigo de revoluciones. Guillermo hereda ese espíritu nómada y el afán viajero de su padre. Sin embargo, Guillermo Arjona es al inicio de la novela un burgués de vida tranquila y previsible en su Mallorca natal. Será precisamente el efecto de esas lecturas antibélicas y su compromiso pacifista lo que obrará una transformación decisiva, como veremos, en el personaje. No obstante, también es un soñador, algo romántico e inquieto, que no se conforma –al menos en sus reflexiones– con lo que le ha reservado el destino. A la muerte de su padre, cuando contaba 18 años, tuvo que hacerse cargo del negocio familiar, pero esa ocupación no le satisface lo más mínimo. Carece de interés por lo empresarial o lo comercial. Le gusta dejarse llevar por sus ensoñaciones en sus paseos por Mallorca; le apasionan los paisajes y la historia de su tierra natal, pero también arde en deseos de ver mundo. Guillermo, sin embargo, aprovechó los años de la Gran Guerra para aumentar la fortuna familiar comprando y vendiendo. Y así, Arjona representa para Noja –pese a la

25 Higinio NOJA RUIZ, *Un puente sobre el abismo. Narración*, Valencia, Editorial Estudios, 1932, p.12.

diferencia social y a las distancias de todo tipo que separan a ambos caracteres, hay algo común entre Noja y Arjona más allá de la pista que proporciona la similitud de nombres— esa burguesía de los años del enriquecimiento rápido de tantos fabricantes y comerciantes de la España neutral durante la Primera Guerra Mundial; una burguesía que, por cierto, fue la que vio crecer a la CNT en medio del abismo de desigualdad social que se abrió en España en esos años. Algo hay en la novela de proceso de redención del personaje —aunque no se haga referencia explícita a ello—, por ese pasado en que se lucró beneficiándose de la masacre en los campos de Europa. Y, por tanto, algo también del poder redentor de las ideas que caracteriza el *ethos* libertario²⁶.

La vida sentimental de Guillermo, sin embargo, no ha corrido pareja a su éxito en los negocios. Tras un desengaño amoroso, extrae de ello la lección de que la concepción romántica del amor es un fraude, y que conviene desenmascararlo de esas ficciones. Tan solo es real el “amor sexual” y la “pura fisiología, el contacto de dos epidermis”. Aquí aparece uno de los dos personajes femeninos de la novela. Es Margarita, la *mantenida* de Guillermo, quien recurre también en este caso a esa costumbre burguesa. Se trata de una joven campesina mallorquina a quien Guillermo

26 ÁLVAREZ JUNCO, *La ideología*, pp. 115–137. Arjona ama la paz y llega a decir que lo daría todo por la paz mundial: “Sin embargo, hubiera sacrificado su posición y su fortuna por instaurar sobre una base sólida, inmovible, la paz del mundo” (NOJA, *Un puente*, p. 16).

conoció en un baile de máscaras. Tras iniciar una relación con ella, le proporcionó un piso y medios para una vida cómoda, con la aquiescencia de la familia de ella. Resulta interesante este personaje, que va adquiriendo mayor entidad a medida que avanza la novela y que va sorprendiendo a Guillermo (que no veía en ella más que a una joven simple y casquivana, sin cerebro) con sus maduras reflexiones en torno a su propia condición como *mantenida* y las causas sociales y económicas que la explican:

Debía pagar la honradez a un precio demasiado elevado y llegué a odiarla con toda mi alma y a desear deshacerme de ella cuanto antes. Entre la deshonestidad limpia y dorada y la decencia claudicante y fatigosa, durmiendo sobre basura, vistiendo cuatro andrajos y entreteniéndome el hambre, preferí aquélla como la preferiría cualquier persona sensata. ¡Qué quieres! Los ditirambos a la honradez serán letra muerta mientras existan miserables. Solo se hallan en condiciones de ser honrados los ricos, y estos no necesitan serlo [...]. Yo no tenía nada que vender en nuestro mundo de mercaderes y me vi precisada a hacer almoneda de mi belleza. Nada más lógico²⁷.

Aunque al principio Guillermo la desprecia secretamente por haberse acomodado a una situación que él mismo ha preparado –lo que contradice incluso los propios principios

27 NOJA, *Un puente*, pp. 102–103.

que el protagonista dice mantener²⁸, el personaje de Margarita mostrará en sus opiniones una coherencia y una entidad moral finalmente superior a la del propio Guillermo:

El amor es un sentimiento muy respetable y un bello motivo para componer novelas y poemas, mas yo no le podía dedicar ni el más leve espacio en mi alma. Lo que me preocupaba muy especialmente era salir de la miseria [.]. Mayor pecado es ser pobre. [.]. En una sociedad fundamentada en el poder del dinero, lo peor es carecer de él. Hay que apresurarse a conquistarlo a toda costa, puesto que significa poder, bienestar, dicha, placeres. Por él vende el artista los frutos de su inspiración, el hombre de ciencia su talento, el obrero sus fuerzas, el militar su sangre. ¿Con qué derecho tildamos deshonoroso que la mujer venda su belleza? [.]. A mi juicio, la sociedad que no se cuidó de asegurarme una existencia llevadera y digna en la honestidad, no tiene derecho a inmiscuirse en mis asuntos personales. Sin contar que el comercio sexual no tiene nada que ver con el honor²⁹.

En realidad, las opiniones de Margarita, con su condena de la doble moral sexual burguesa, la denuncia de su hipocresía y con la argumentación sobre la motivación económica y

28 “Comprobó en su trato íntimo con Margarita que ella conceptuaba aquello como el ejercicio de una profesión cualquiera, ni más ni menos deshonorosa que otras, y, en cambio, más cómoda y productiva [...] Le hubiera complacido que ésta hubiese fingido hallarse subyugada por el amor” (ibídem, p. 55).

29 Ibídem, pp. 104–106 y 149.

social que explica su condición, vienen a reflejar la tradicional toma de postura del anarquismo español en torno la cuestión de la prostitución: exonerando a la prostituta de toda responsabilidad en una actividad absolutamente censurable, y considerando víctima a ésta de la explotación derivada de un orden social desigual y de aquella doble moral³⁰. Este se convertirá en un subtema de la novela, a partir de las conversaciones entre Guillermo y Margarita, y finalmente, como veremos, con la despedida del primero al concluir el relato.

Otro personaje clave de la novela, también femenino, es Magda, la hermana de Guillermo, emancipada e independiente. Es una mujer libre, culta, compañera intelectual de su hermano, capaz de discutir con él sobre múltiples temas, entre ellos esa obsesión pacifista que constituye el tema central de *Un puente sobre el abismo*. Ha decidido no unirse a ningún hombre que “no la respetara enteramente y en todo momento y ocasión”. Quiere “mantenerse independiente, no obedecer más ley que su capricho, hacer lo que quisiera sin sujetarse a otros límites que los que a sí misma se impusiera”, y por ello renuncia al

30 ÁLVAREZ JUNCO, *La ideología*, pp. 281–308; LITVAK, *Musa libertaria*, pp. 80–93; Gérard BREY, “La prostitution dans la presse anarchiste espagnole (1881–1907)”, en Raphael CARRASCO (ed.), *La prostitution en Espagne. De l'époque des Rois Catholiques a la lie République*, Besançon, Centre de Recherches sur l'Espagne Moderne–Université Franche–Comté, 1994, pp. 345–357; NAVARRO, *El paraíso*, pp. 128–137.

matrimonio y a la maternidad, aunque en palabras de Noja, al renunciar a ello se condenara a ser “una mujer incompleta”³¹. Las conversaciones entre Guillermo y Magda serán nucleares en la novela, junto a las que el primero mantendrá con su compañero de tertulia, Pepe.

Porque el perfil burgués de Guillermo se completa con otro de sus hábitos sociales: ser amigo de tertulias que suele compartir en un café con otros jóvenes. Aquí Noja completa las *dramatis personae* de esta novela y nos ofrece un cuadro vivo de esos compañeros de conversaciones y también a veces de excursiones por la isla: abanico variopinto de caracteres diversos, pero unidos todos ellos por su condición de jóvenes burgueses algo desocupados y ociosos, y de aire diletante. Entre ellos destaca Pepe, otro joven culto como Guillermo: individualista, polemista, y sobre todo antagonista y contrapunto de éste en sus largas discusiones –cumpliendo así sin duda un papel instrumental en la novela que permite el desarrollo de las argumentaciones–, pero en el fondo pasivo y conformista, como el resto de amigos (marcados por el tedio y la inercia), telón sobre el que destacará la decisión final de Guillermo de partir para Madrid y dar un nuevo rumbo a su vida.

Sin duda, la crítica a las guerras y sus estragos y la lucha antibélica son el tema principal de esta novela. Abundan aquí las reflexiones, a partir de los diálogos entre los

31 NOJA, *Un puente*, pp. 26–27.

personajes o de las meditaciones del protagonista, en torno a sus orígenes y causas, o sobre los medios para evitarlas. Estamos ante una novela fundamentalmente de ideas, en sintonía con una literatura social anarquista. Pero conviene resaltar que es asimismo un relato en que son frecuentes las descripciones de escenas y paisajes bélicos, ambientados en particular en el frente occidental durante la Primera Guerra Mundial. Son numerosos los fragmentos que reproducen, en un tono claramente apocalíptico, estos ambientes de trincheras, deuda evidente de la literatura sobre la Gran Guerra del período de entreguerras, y a la que la novela rinde sin duda un claro homenaje. Aparecen como visiones y ensoñaciones aterradoras del protagonista, que son frecuentes a lo largo de la novela. Herederas de las descripciones de esa literatura a menudo testimonial del conflicto, lo son también de sus representaciones visuales e incluso de la iconografía propagandística de la contienda. En una de las primeras visiones de Guillermo, sobre el paisaje nocturno de un campo desolado castigado por las bombas y el fondo de una ciudad incendiada y en ruinas se yergue un ser colosal y monstruoso, en realidad un enorme esqueleto tocado por un *kepis*, que porta en su cadavérica mano una bola del mundo en llamas –una representación de Marte, dios de la guerra, tal como se nos revela en la novela– y que nos recuerda muy claramente las composiciones de la cartelística de aquella guerra. Según el propio Guillermo, se trata de una visión apocalíptica de “lo que será la próxima guerra”, tal vez la definitiva.

Asimismo, y ocupando el espacio central de la novela y un capítulo entero de la misma, tenemos una sucesión de estas visiones y ensoñaciones del protagonista que se convierten en auténticos frescos descriptivos y narrativos de la Gran Guerra. El protagonista, agotado por sus cavilaciones y las discusiones sobre el tema en las que se enfrasca, descansa en su casa: no sabe si es un sueño o una ensoñación, pero Guillermo se convierte en espectador de cuatro escenas sucesivas que agitan su imaginación. La primera lo sitúa en agosto de 1914, al inicio del conflicto, en medio del entusiasmo de la movilización, en una ciudad francesa y en otra alemana. La segunda es ya un paisaje de trincheras presidido por las ametralladoras y los cañones; como en un desfile macabro, asistimos al despliegue de las peores armas de la guerra, concienzudamente mencionadas casi a título informativo para el lector: obuses, gas, tanques, etc. En la tercera escena, un bucólico pueblo enclavado en un verde valle es bombardeado y reducido a cenizas por la aviación; presenciamos también un combate aéreo en los cielos, seguido del ametrallamiento desde una escuadrilla a una columna de reclutas (como se cuenta, por cierto, en *Sin novedad en el frente*). En la última secuencia, nuestro protagonista se halla en una retaguardia castigada ya por el hambre y las privaciones de una larga guerra. Dos personajes sentados junto a él conversan: uno de ellos es el superviviente del hundimiento de un barco torpedeado por un submarino y que provocó que la mayor parte de su tripulación se ahogara en el mar; el otro es un espía.

El ascendiente de esa literatura sobre la Gran Guerra a la que aludíamos, tan en moda en la época y que Noja conocía bien, es evidente en la novela y no se esconde. Además de esas escenas aludidas de la guerra de trincheras, tan frecuentes en las alucinaciones y sueños de Guillermo, aparecen referencias explícitas a algunos de esos títulos, por cierto los mismos que, como veíamos, aparecían reseñados en la sección de “Bibliografía” de *Estudios*.

Hacía meses que Guillermo venía entregándose con predilección al estudio de una literatura sugestiva, altamente interesante. Sobre la mesa de un despacho y en el momento de presentarle en escena, se veían distribuidos con cierto desorden “Sin novedad en el frente”, “Los que teníamos doce años”, “Cuatro de Infantería”, “Guerra”, “El sargento Grischa”, “El fuego en las trincheras”, y algunas estadísticas curiosas. Toda esta literatura bailoteaba en su cerebro una infernal zarabanda [...]. Aquellos libros reseñaban, cada uno en su tono, el resultado de aquel viento de locura que sopló en la vieja Europa durante cuatro años largos y que estremeció al mundo de uno a otro polo sembrando la desolación y el desconcierto en todas partes. La horrible sucesión de las espantosas escenas de barbarie evocadas por aquellos escritos, desfilaba impasible y tercamente ante los ojos de Guillermo, animadas a todo color, como algo vivo y palpitante³².

32 Ibídem, p. 19.

Asimismo, en una de las reuniones con sus compañeros de tertulia, Guillermo comenta con ellos *Sin novedad en el frente*, de Remarque, auténtica sensación editorial del momento. La mayoría de ellos coinciden en que se trata de una interesante e intensa novela, aunque tanto Guillermo como Pepe subrayan que resulta menor en su potencial crítico respecto a la guerra de 1914–1918 que *El Fuego*, de Barbusse. Sin embargo, a diferencia de ésta, todos destacan que la novela de Remarque ha encontrado mejor momento en su aparición (1929) –once años después de la finalización de la guerra, y en un contexto en que el pacifismo parece cobrar cierto auge– que la de Barbusse, contemporánea al propio conflicto (1916).

Por otra parte, resulta interesante el espacio que *Un puente sobre el abismo* dedica a la discusión sobre la utilidad o no –en un sentido antibélico– de estas novelas, y en general del papel de la literatura para activar una toma de postura y un “cambio en las conciencias”, en este caso en la condena de las guerras y la defensa de la paz. Este tema protagoniza varias conversaciones y debates en la novela –en los que participan significativamente sus personajes más importantes–, en primer lugar, la charla que sostienen Guillermo y Magda, su hermana, y que ocupa varias páginas. Guillermo trata de convencer a su hermana de la importancia de esta literatura antibélica, en la que Magda ve solo en principio curiosidad y morbo en sus lectores. Si para Guillermo, esta puede contribuir a la instauración de la paz,

dado que “desnuda la conciencia humana”, muestra las causas y las consecuencias de la guerra, y por ello a la larga revela las contradicciones y errores de nuestra sociedad, para Magda, sin embargo, estos relatos conmueven, pero no enseñan. Para ella, profundamente pesimista, volverá a instalarse el sentimiento nacionalista y probélico en cuanto se presente de nuevo la ocasión. Guillermo, no obstante, se muestra a la vez la optimista y posibilista: el sentimiento de horror a la guerra que comunican estas novelas ya induce por ello a la reflexión y estimula de alguna manera el ánimo de evitarla. Significativamente, la conversación con Magda induce a Guillermo a profundizar en sus razonamientos. No se trata de quedarse en el rechazo de la guerra: hay que partir de esta condena, pero completarla con la apuesta por la reorganización de la sociedad. En todo caso, estas novelas constituyen un primer paso en la reflexión –como ha sucedido con el propio Guillermo–, al remover las conciencias, revelar la inutilidad de aquella enorme carnicería y mostrar los errores y carencias presentes en esta sociedad y la necesidad de su transformación.

Y aún más: el diálogo con Magda tiene su continuación en una conversación en torno al mismo tema que Guillermo tiene con sus compañeros de tertulia en el Café Alhambra, remarcando así el papel central de este debate en la novela de Noja. Para Pepe, *partenaire* habitual de Guillermo en sus discusiones y siempre incansablemente discrepante de sus opiniones, esta literatura no tiene valor para evitar la guerra

–“Crear lo contrario es excesivamente pueril. La guerra no puede evitarla la literatura”–, ya que esta se producirá de igual manera (preparar la paz... “¿editando libros?”). Para Pepe, la única literatura que puede tener éxito es aquella que proporcione “distracción y deleite, y no enseñanzas”. De una manera más general, en su argumentación Pepe se muestra como un darwinista social y así expone un punto de vista absolutamente contrario al de su amigo, y al anarquista en definitiva sobre la cuestión. La Naturaleza se encuentra siempre en permanente conflicto: nunca hay paz en ella, y en el ser humano los impulsos bélicos son también evidentes. Cree, sin embargo, que las cosas podrían cambiar, pero tras un “proceso educativo de siglos”. Mientras tanto, “la gente leerá a Remarque, a Barbusse, a Renn y demás autores, pero no volverá la espalda al enemigo o al que como tal le señalen”. Para Pepe, los datos sobre el rearme de las principales potencias internacionales en esos años muestran que el pueblo será engañado de nuevo; se instrumentalizará otra vez el miedo, “un sentimiento más fuerte que el odio y que le arrastrará infaliblemente a una nueva conflagración”. No hay espacio para la esperanza: si al pueblo se le ordena de nuevo “uniformarse y empuñar el fusil, obedecerá sin chistar. Ha nacido y se le ha educado para eso”³³.

El pesimismo escéptico de Pepe resulta un buen contrapunto al optimismo idealista de Guillermo y así se van sucediendo las argumentaciones sobre las causas y

33 Ibídem, pp. 41–50.

consecuencias de la Gran Guerra, y en general de los conflictos bélicos, en ocasiones muy prolijas. No es posible detenerse aquí en el análisis de todas ellas, pero sí en dos conclusiones a mi juicio fundamentales en este proceso de maduración de las reflexiones de Guillermo a partir de las conversaciones con Magda o Pepe, y que se observan a medida que transcurre la novela.

En primer lugar, la percepción de que, en el fondo, nos encontramos ante un problema colectivo, de origen social. La percepción de la brutalidad de la guerra fue para Guillermo el momento del despertar de su conciencia, pero no le pareció suficiente con el sentimiento antibelicista que despertó en él la lectura de esas novelas sobre la Gran Guerra. Por el contrario, un análisis racional le lleva a concluir que “todo se haya organizado para que la vida sea una cruel manifestación de la brutalidad ancestral, una cadena sin fin de cobardes asesinatos, un coro ensordecedor permanente de lamentos, gritos de triunfo y ladridos de odio”. De esa manera, la guerra del 14-18 se convierte en el catalizador que despierta esa conciencia social, la convicción de que “es preciso dar a la vida un sentido nuevo”. Ese conflicto puso en evidencia la fragilidad de los valores morales de una sociedad y una civilización en declive. Es el momento de imprimir “un derrotero humano a la Vida, darle sentido, a concluir con su brutalidad”. Un sentimiento humanitario, igualitario y fraterno, a través del cual el “hombre ha de hacerse hermano y aliado del hombre para

apoderarse del planeta [...] y ser verdaderamente el rey absoluto de la Naturaleza”. Ello implica acabar con la división de la Humanidad en grupos tribales, en clases y castas, estableciendo la concordia y extirpando todo lo que sea elemento de rivalidad y enemistad. Para ello, “se necesita fundir todas las patrias existentes en una sola y hacer de la Humanidad una inmensa familia bien avenida”. Una llamada al sentimiento internacionalista de superación de las patrias, elemento discursivo claramente libertario³⁴, como también lo es esa apelación a la Humanidad en su conjunto como destinataria de la lucha emancipatoria y no a una clase en concreto. Pero, ¿cómo? Ello solo será posible si se produce la desaparición de la desigualdad social: “Mientras la desigualdad económica nos agrupe en clases enemigas no es lógico esperar que esa necesaria concordia se establezca. Luego es preciso empezar por combatir para acabar con esa desigualdad, vivero de tantos males y eficiente principal de todas las guerras”³⁵.

En realidad, el andamiaje social se sustenta en la fuerza y la guerra: “Es una necesidad vital del Estado mantenerse armado y en pie de guerra”. De nuevo encontramos aquí la argumentación discursiva anarquista: el origen de la guerra

34 ÁLVAREZ JUNCO, *La ideología*, pp. 247–255.

35 NOJA, *Un puente*, pp. 121–123. Como apuntábamos, esta lucha no tiene por qué tener una definición o etiqueta ideológica precisa, ya que, en sintonía con un *leitmotiv* anarquista habitual, la lucha no es solo por la liberación de una clase, sino de la humanidad entera: “—¿Te sientes socialista? —No. Me siento hombre”.

se sitúa en la doble perversión de la desigualdad social y el autoritarismo del Estado, que es el garante de ésta. Las soluciones reformistas no sirven mientras subsista esta desigualdad. La guerra, desde esta perspectiva, es un absurdo para los pueblos, ya que de ella se benefician muy pocos, a costa del empobrecimiento general. Acarrea la miseria. Por el contrario, la paz es el “principal elemento civilizador”, “puesto que es en el seno de ella que se desenvuelven las artes, se perfecciona el hombre y se aumenta el patrimonio universal del progreso y de la cultura”³⁶.

En segundo lugar, como hemos visto, la crítica y condena de las guerras no resulta suficiente por sí sola. También en línea con el discurso anarquista y la primacía en él de la *acción*, hay que *actuar* para evitar un nuevo conflicto, la posibilidad de otra guerra. Para conseguirlo, la única solución definitiva y efectiva es la demolición de la actual organización social y la llegada de una nueva época que contemple la transformación del orden social. Esa es en esencia la solución discursiva escogida en la novela y, como venimos diciendo, plenamente coherente con el pensamiento de su autor. Es la acción –y no meramente la reflexión o la capacidad dialéctica–, así como su decisión de trabajar efectivamente por la paz y el progreso social, lo que distinguirá –más allá de sus palabras y opiniones– a Guillermo de la pasividad que encarna Pepe, profundo

36 Ibídem, pp. 62–63.

individualista y caracterizado por la lucidez de sus reflexiones, pero al mismo tiempo por el conformismo y la pasividad. De tal manera que, paradójicamente, la acción y la lucha para producir esa redención social son equiparadas a una guerra, pero a una guerra con sentido. Para Guillermo,

eso de la paz me suena falso. Vivimos en perpetua guerra, y, lo que es peor, en guerra estúpida. Yo me propongo dar sentido a esa guerra y aferrarnos para que venga la verdadera paz y alcance en ella el individuo-hombre la plenitud de su desarrollo. Fácilmente se comprende que entre mi guerra y la que hasta el presente ha venido fraccionando el mundo, existe la misma diferencia que entre la efusión de sangre producida por el bisturí de un cirujano y la producida por el puñal del asesino. La una salva y la otra destruye³⁷.

No obstante, y hay que subrayar esta idea, cabe entender necesariamente esta acción –igual que la totémica apelación a la *acción directa* en el anarquismo– de una manera amplia, polisémica. En ella cabe sin duda la labor formativa y cultural, o simplemente propagandística –considerada entre los libertarios como una *siembra*, tan importante como la lucha en las fábricas o las calles–, como la que caracterizaba la acción militante del propio Higinio Noja Ruiz³⁸. Por otro

37 Ibídem, pp. 138–139.

38 Javier NAVARRO NAVARRO, “Los educadores del pueblo y la ‘revolución interior’. La cultura anarquista en España”, en Julián CASANOVA (coord.), *Tierra y Libertad. Cien años de anarquismo en*

lado, cuando en la novela Guillermo se interroga sobre el origen y causas de la Gran Guerra, ve el juego de los intereses económicos, de la industria armamentística y de la competencia capitalista en general por la conquista de los mercados. Pero se subraya asimismo aquí la importancia central que tuvieron las motivaciones ideológicas, y en particular el nacionalismo y el “patrioterismo” que se hallan en el origen de la “borrachera de entusiasmo” de 1914 y que nos habían devuelto en definitiva a la “bestia humana” y los instintos más primarios. Una locura colectiva que preparó el terreno para la carnicería y que fue posible gracias a la “propaganda envenenadora de las mentes” que había inoculado previamente el sentimiento patriótico y belicista en niños y jóvenes. Esta propaganda nacionalista, pensada para perpetuar el orden social, permitió que se viera en el prójimo al “enemigo natural” y que la guerra se produzca así “de manera lógica”³⁹.

Dentro de esta labor propagandística, es significativo el espacio que Noja concede en su novela a la crítica de la prensa burguesa, reiterada una y otra vez. El autor que, como sabemos, intentó abrirse paso como periodista en Madrid entre 1919 y 1920 sin éxito y que conocía bien este mundo⁴⁰, denuncia de manera vehemente cómo aquella

España, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 191–217.

39 NOJA, *Un puente*, pp. 89–90.

40 Posteriormente ya se movería exclusivamente en el ámbito de la prensa obrera. Tras su paso por Madrid, NOJA partió en 1920 para Valencia, donde

sembró el odio y así “todo lo que nos distancia de la bestia quedó ahogado”:

En la prensa se propalaban noticias especiosas, se falseaban hechos, se desarrollaban campañas, con la mira puesta en caldear los ánimos y mantener a toda presión la atmósfera nociva de celos y odios en todos los sectores de la sociedad, y en todos los rincones de la Tierra⁴¹.

Así, por tanto, una tarea similar, pero en sentido contrario, es necesaria, y a ella decidirá finalmente Guillermo dedicar el resto de su vida. Se trata de un proyecto que va perfilando y que tiene una finalidad educativa y a largo plazo:

La enseñanza en todos los grados. La prensa. La literatura. El cine... Sí, sí. Estos elementos eran los que habían de utilizarse para cimentar la paz, para desterrar *per secula seculorum*, el odioso espectro de la guerra. ¡Educación! Un concepto nuevo de la vida basado en la

se integró en la redacción de *Solidaridad Obrera*, el diario portavoz de la CNT que, ante las dificultades por las que atravesaba la organización confederal en Barcelona, decidió trasladar a Valencia su publicación, bajo la dirección de Eusebio Carbó. La prensa burguesa recibe las críticas más contundentes y ácidas en la novela: “¡Es un gran poder el de la Prensa! Poder educador dicen los farsantes y los imbéciles, pero en realidad no es más que una funesta embaucadora, una deshonesta damisela que sonrío a quien mejor le paga y está siempre dispuesta a defender las causas que no tienen defensa. En ella todo es superficial. Cultiva la mentira con verdadero amor” (ibídem, p. 49).

41 Ibídem, p. 84.

educación. [...] El hombre es hermano del hombre y debe ser ciudadano del mundo. Grabar esta verdad en el corazón humano será la inauguración de una era de paz tal vez inalterable y no puede grabarse sin dar un sentido nuevo a la enseñanza, hacer que la Prensa sea un verdadero vehículo de cultura, que el libro, el teatro y el cine, llenen una misión noble y educadora y que el hombre de ciencia trabaje para la vida⁴².

En la práctica, es un proyecto a la par educativo y propagandístico: “Pagaré, editaré y venderé a un precio mínimo, toda obra inspirada en tal sentido. Fundaré periódicos y revistas que respondan su contenido a lo que entiendo debe ser la Prensa. Procuraré que los maestros den a la enseñanza un valor de humanidad”⁴³. En lo concreto, el plan de Guillermo tiene un contenido claramente editorial, ya que incluye un diario, una revista, una colección de novelas cortas y un catálogo de librería con “obras selectas” Un proyecto que recuerda extraordinariamente, por cierto, al de la propia revista y editorial de *Estudios* y que Guillermo plantea, no como un negocio, sino como una labor de difusión social y más aún, como “una especie de apostolado”⁴⁴. Pero además de este despliegue editorial, el plan de Guillermo prevé la participación de pedagogos que orienten una obra educadora que tiene como fin “que el

42 Ibídem, pp. 85–90.

43 Ibídem, p. 90.

44 Ibídem, pp. 119–120.

hombre vea con certeza cuáles son sus destinos y considere al hombre, sea cual fuere el pigmento de su pierna y el país en que haya nacido, como su hermano y aliado natural”, planteándose incluso la creación y sostenimiento económico de “algún centro de enseñanza inspirado en el nuevo programa”. También aquí la similitud con algunas revistas y empresas editoriales culturales libertarias del momento es clara, y muy específicamente con *Estudios*, de manera muy reveladora al referirse concretamente a recabar la colaboración de sociólogos y de “eugenistas competentes para exponer a la consideración del mundo, que en obras de valor destacado y permanente, todo lo relativo al problema de la eugenesia en su relación con el individuo y con la especie”⁴⁵.

En definitiva, un proyecto ambicioso y de altos vuelos que Guillermo considera casi prometeico, ya que en esta vasta empresa “cabe todo lo que tienda a hacer del hombre un Dios, amo y señor de sus destinos, capaz y dispuesto a vivir su vida sin manchas en la vileza”. Es una tarea de concienciación que prevé a largo plazo, con el concurso de “muchas generaciones”, una siembra para un futuro en que la humanidad destierre el recurso a la violencia: “Nuestros tiempos marcan el alborear de una época nueva: la de la lucha contra la violencia *que ya no es necesaria* como vehículo de progreso. En la actualidad se inicia un ciclo evolutivo durante el cual desaparecerá de las relaciones

45 Ibídem, pp. 126–127.

humanas toda idea de opresión y violencia”. Es una batalla que hay que emprender en un momento crítico entre dos épocas –“la época que muere y la época que nace”–, entre las que se abre un “abismo espantoso” y sobre el que Guillermo se plantea tender precisamente el puente que da título a la novela⁴⁶.

Una entrega idealista, desinteresada, en la que Guillermo quiere invertir todos sus recursos y esfuerzos. Un “apostolado” que, muy significativamente, es criticado por su hermana Magda. Ésta, aunque le promete su apoyo, ve en este plan de Guillermo no solo una empresa inútil y utópica, sino también un ejercicio diletante y narcisista:

Solo te preocupas de ti mismo. No estás contento del rumbo que hasta ahora has seguido, te aburres y, por deporte, y también por vanidad, quieres asignarte el papel de redentor. Declaro sin ambages que eso me desagrada. Nunca me gustaron los redentores, pero me gustan infinitamente menos cuando lo son por egoísmo⁴⁷.

Sin embargo, Guillermo no se ve mal en ese rol de apóstol, de modelo ético tan querido por la cultura libertaria⁴⁸. “Había que luchar, que tornar al poeta en guerrero, que hacer del soñador un apóstol”, y acaba autopercibiéndose

46 *Ibíd.*, pp. 92–93. En cursiva en el original.

47 *Ibíd.*, p. 92.

48 Javier NAVARRO NAVARRO, “El perfil moral del militante en el anarquismo español”, *Spagna Contemporánea*, 25 (2004), pp. 39–67.

como un auténtico “guerrero pacifista” que quiere laborar por la paz y, por amor a ella, “encender y avivar una guerra gigantesca”⁴⁹. Decide llevar adelante el proyecto mencionado pero, para ello, debe trasladarse a Madrid y dejar a Margarita. Esa aura de apostolado que Guillermo otorga a su plan le lleva a considerar un contrasentido “sostener a una hembra de placer”, ahora que “planeaba un plan de campaña para la redención del mundo”, revistiéndolo así de un componente puritano tan cercano a determinadas modulaciones de la ética y la cultura libertarias en España⁵⁰. La respuesta de Margarita incide en esa coherencia moral y consideración positiva del personaje y su crítica a la doble moral sexual burguesa, como apuntábamos. Se ofrece a unirse al plan de Guillermo (“Trabajaremos juntos”), marchar con él a Madrid y ser su compañera. La respuesta de Guillermo, pese a desearlo también, es negativa (“No debo asociar a nadie a mi empresa. Y menos que nadie a ti”), y en ese momento éste reconoce sus propias contradicciones: “Él, que acariciaba el ensueño de la fraternidad universal, no poseía el suficiente valor moral para unirse a su querida a cara descubierta y hacerla madre”⁵¹.

Guillermo se despide finalmente de sus amigos en el

49 NOJA, *Un puente*, p. 99.

50 *Ibidem*, pp. 95–96. ÁLVAREZ JUNCO, 124–133; NAVARRO, “El perfil moral”, pp. 56–62.

51 NOJA, *Un puente*, p. 151.

puerto de Mallorca a punto de embarcarse hacia la Península y viajar a Madrid. Su hermana Magda lo acompañará más adelante, cuando él se instale en Madrid, y lo seguirá en su cruzada editorial. Pepe le reitera una vez más su escepticismo ante el éxito de esa misión, a la que califica de sueño destinado al fracaso. Mientras el barco enfila ya las aguas del Mediterráneo, Guillermo medita sobre ello:

¿Que no triunfaría? ¡Bah! ¡Qué más daba! Derrota y triunfo apenas si significan nada en el ánimo del luchador de abolengo. Avanzamos por la vida repartiendo y recibiendo mandobles. De esta lucha se deriva el progreso del hombre. Adelante. A los pies de la humanidad se ha abierto ella misma un profundo abismo. Es preciso salvarlo tendiendo sobre él un puente. En nuestra parte están el dolor, la barbarie y también la voluntad creadora. En la otra, en la opuesta, nos espera un futuro del que parten infinitas sendas que se orientan todas hacia el Superhombre ¡Hala! A pesar de los perezosos, de los escépticos y de los malintencionados, ¡manos a la obra! A tender un puente sobre el abismo⁵².

Así pues, y en síntesis, asistimos a una maduración ideológica en el personaje que le conducirá al pacifismo –recordemos, desde la sensibilización antibélica que le provocaron inicialmente esas novelas sobre la Gran Guerra–, y sobre todo a la convicción de que no se puede acabar con

52 Ibídem, p. 157.

las guerras sin la transformación social global que acabe con la desigualdad, causa profunda, junto con el impulso autoritario, de aquéllas y de la violencia en general. Evidentemente, estamos ante una conclusión que se vincula con el pensamiento libertario del autor. Sin duda, el tema escogido por Noja enlaza con un tema de amplia tradición en el pensamiento radical y obrerista: el antibelicismo, antimilitarismo y pacifismo, con un importante peso en particular en la ideología y la cultura anarquistas, como vimos, y que resultaba muy familiar para los libertarios.

Otros elementos en la novela apuntan a esa orientación ideológica, y en particular a la visión de Noja del anarquismo. Es evidente, por ejemplo, el peso que tiene el elemento moral y la transformación personal del protagonista, que le lleva de un humanitarismo idealista a esa apuesta socialista/libertaria por el cambio social revolucionario. Recordemos por otro lado que el protagonista no es un héroe proletario, sino un burgués enriquecido de hecho durante la Gran Guerra, pero persona inquieta y fundamentalmente honesta que, a través de su búsqueda personal (como en todas las novelas de Higinio Noja Ruiz), experimentará a lo largo de la novela esa transformación moral que le decidirá por la acción, en este caso la tarea de despertar la movilización contra la guerras y el cambio social en lo que él mismo califica de una “especie de apostolado”. También es significativo –y de clara inserción en el discurso anarquista– el peso que se otorga aquí a la educación y la

formación en esa “revolución interior” y “de las conciencias” como elemento necesario en la emancipación social⁵³, en particular en autores libertarios como Noja, partidarios de una concepción de la revolución tan culturalista, gradual y evolucionista.

No es casualidad tampoco que la campaña editorial, educativa y propagandística de carácter antibélico y pacifista que decide emprender al final el protagonista, y que planea convertir en su razón de ser y objetivo vital, sea en muchos puntos tan similar a la que protagonizaban en aquellos años revistas y editoriales culturales obreristas y, en este caso, específicamente libertarias.

Revistas, colecciones de libros y folletos a precios asequibles para su difusión popular, orientaciones pedagógicas y eugenistas... Como ya apuntamos, todo recuerda extraordinariamente el perfil de *Estudios. Revista Ecléctica* y su editorial, donde el antibelicismo y el pacifismo (junto con otros temas como la reforma sexual, el neomaltusianismo, la eugenesia, el naturismo o la medicina alternativa) se hallaron muy presentes, tanto en los números de la revista como en su catálogo de distribución de libros y folletos o en el de su propia editorial.

Asimismo, y por las razones que también subrayamos anteriormente, la trayectoria de Noja Ruiz resulta

53 NAVARRO, “Los educadores del pueblo”, pp.191–196.

absolutamente inseparable de esta: fuera en lo literario o en lo ensayístico, Noja y *Estudios* siempre estuvieron estrechamente vinculados.

Por otro lado, no es tampoco coincidencia que Noja ambientara su novela en una Mallorca en la que había estado residiendo varios años, que conocía bien y que sin embargo pronto abandonaría para trasladarse a Valencia. Otro homenaje, por tanto, que Noja decidió rendir aquí, en este caso a la isla y a sus paisajes. La Naturaleza de Mallorca es otro de los personajes de la novela y está siempre presente a lo largo de esta. También hay alusiones a la historia de la isla o a sus gentes, pero es sobre todo su Naturaleza la protagonista y Noja nos proporciona vívidas descripciones tanto de Palma y sus alrededores, como del mar, el campo y la montaña de la isla, como se relata en una excursión a Sóller. Hay una cierta exaltación aquí de la Naturaleza –tan frecuente por otro lado en el arte y la literatura anarquistas⁵⁴–, que se erige a menudo en el telón de fondo que activa las reflexiones del protagonista. Más aún: ésta acaba por convertirse en una analogía del horizonte de liberación y redención social. Una “Mallorca universal”, un paraíso de la Naturaleza a la vez que de la fraternidad humana⁵⁵.

54 LITVAK, *Musa libertaria*, pp. 1–28

55 Como también apunta LITVAK, la belleza del paisaje se puede convertir por tanto en una alegoría que aluda a la propia anarquía (ibídem, p. 26). “El genio del hombre puede transformar nuestro planeta en una Mallorca

Conclusiones

En 1932 el escritor, ensayista y militante anarquista Higinio Noja Ruiz publicó la novela *Un puente sobre el abismo* en la Editorial Estudios de Valencia. En ella, Noja abordó el tema de las guerras y la lucha contra ellas, al igual que había hecho anteriormente con otras cuestiones sociales y culturales del momento que constituían también parte de sus preocupaciones y objeto de sus artículos en la prensa libertaria de aquellos años: las relaciones de pareja en *Los galeotes del amor (almas cautivas)*; la situación social de una comarca minera en *Los sombríos*, o la pena de muerte desde el punto de vista de un verdugo (*Como el caballo de Atila*), por ejemplo. Estos temas sociales se encarnaban en novelas donde un/una protagonista solía experimentar un proceso de crecimiento (o caída), en conflicto interno y pugna paralela con un contexto que planteaba vivamente esas situaciones.

Como hemos visto, Noja Ruiz conocía buena parte de la literatura pacifista (sobre todo novelas) de aquellos años de

universal en la que se adunen por modo logrado la belleza una y varia de los paisajes, las dulzuras del ambiente y la jocunda alegría de vivir, pero antes es necesario limpiar de abrojos los caminos, purificar las almas de las macas del vicio y del rencor” (NOJA, *Un puente*, p. 100).

entreguerras, literatura que había experimentado un cierto auge internacional de nuevo desde finales de la década de los veinte (alrededor en particular del éxito de *Sin novedad en el frente*, de Erich Maria Remarque en 1929). En España la editorial Cénit y otras dieron a conocer en español buena parte de esta novelística que se ambientaba en la Gran Guerra, fuera o no de carácter testimonial, con una voluntad más o menos crítica y caracterizada por mostrar vivamente la vida en las trincheras o la retaguardia, así como las consecuencias del conflicto. El propio Noja reseñó algunas de estas novelas –y también ensayos antimilitaristas o pacifistas– desde la sección de “Bibliografía” de *Estudios*, de la que fue titular durante buena parte de los números de la publicación, lo que prueba su lectura de las mismas, que en general solían recibir allí críticas bastante positivas. Es lógico, por tanto, que un Noja familiarizado con esta literatura y su éxito y difusión social esos años se planteara abordar la cuestión en una de sus novelas. *Un puente sobre el abismo* pudo funcionar así como un homenaje del autor a una literatura que sin duda le había influido, como prueban las referencias directas en la propia novela, o las escenas descritas en los sueños o visiones del protagonista (muy numerosos y presentes a lo largo del relato), claramente deudoras de aquella.

La novela aparece así por tanto casi como una especie de balance, dietario o libro de notas del propio Noja en torno a esa literatura. Es un ejercicio en buena medida metaliterario.

Aparte de las referencias directas a esas novelas, o los pasajes ya mencionados, conviene recordar que varios diálogos y conversaciones entre personajes presentes en *Un puente* giran en torno a ellas, se comentan sus características y, especialmente, su utilidad en la concienciación antibélica y pacifista (debate que ocupa varias páginas y distintos fragmentos de la novela). Asimismo, hay que recordar que es precisamente esa literatura la que ejerce un efecto catalizador sobre la conciencia del protagonista, la que le generará la inquietud (y el estado febril y casi alucinatorio en el que parece moverse sobre todo al inicio como consecuencia de estas lecturas) que le llevará a abandonar su vida de burgués conformista y sedentario y, tras un proceso de maduración personal, a la decisión de dedicarse por entero a la difusión del pacifismo, finalmente dentro de un plan general de transformación social muy próximo al ideario socialista-libertario.

Un puente sobre el abismo es una novela a menudo prolijamente discursiva, en la que abundan extensas discusiones y diálogos donde se exponen concienzudamente los distintos puntos de vista de los personajes, o amplias meditaciones y razonamientos del protagonista. Todo ello lastra sin duda lo narrativo. Asimismo, están presentes, por un lado, como apuntábamos, las descripciones y alusiones a los paisajes y lugares de Mallorca, así como –de manera muy significativa– pasajes que podríamos llamar *alucinatorios*, fragmentos que reproducen los sueños o visiones del

personaje, a veces de carácter apocalíptico y que nos remiten a la imaginería bélica del conflicto de 1914–1918 y la guerra de trincheras, con presencia muy destacada de elementos procedentes de las descripciones literarias, periodísticas o artísticas de ésta.

Por las razones que hemos ido argumentando a lo largo de estas páginas, *Un puente...* constituye un buen ejemplo de la recepción, asimilación y reinterpretación de las novelas sobre el conflicto de 1914–1918 en los círculos obreristas españoles y específicamente libertarios, en este caso por parte de un escritor e intelectual perteneciente a ellos como Higinio Noja Ruiz, y también dentro de un proyecto editorial y cultural ácrata como es el caso de la revista–editorial *Estudios*. También de la opinión de estos medios sobre las guerras a la altura de inicios de la década de los treinta, dentro de un tema sobre el que tanto habían escrito y debatido los anarquistas y que constituía un eje temático de su discurso: el antibelicismo, el antimilitarismo y el pacifismo. Como vimos, *Estudios* desarrolló una activa campaña antibélica en varios frentes, y en ella la apelación al recuerdo de los desastres de la Gran Guerra fue habitual. Desde la revista se recibieron favorablemente estas novelas, así como los textos, declaraciones e iniciativas de escritores, intelectuales, pensadores y distintas personalidades a favor de la paz, o de organizaciones del pacifismo internacional. Poco a poco, a partir de 1933, con la llegada de los nazis al poder en Alemania y la agresiva política exterior de estos y

de Mussolini, el fascismo fue personificando crecientemente esta amenaza militarista y bélica. En julio de 1936, el golpe militar en España y la guerra que desencadenó situaría a los anarquistas en un dilema –ante la necesidad de la lucha antifascista y la defensa de la República o la revolución– que pondría en debate y cuestión su clásico lema: realmente, ¿no había guerra justa?



Higinio Noja Ruiz

UN PUENTE SOBRE EL ABISMO

I

1930. Última decena de enero. Mallorca. Tiempo espléndido. Primavera. El sol brilla, refulge, en un cielo despejado, límpido, de un azul claro hermosísimo.

Los campos empiezan ya a vestirse de gala. Como flecos de esmeralda, como agujas flexibles que riza el más tenue sopro, brotan los tallitos del trigo y los cebadales. Los habares ostentan entre la verde lozanía de sus hojas los albos racimillos de sus flores, campanillas perfumantes, graciosos esencieros que pronto serán frutos. Los almendros, aun no tienen hojas ni apenas brotes tiernos y ya aparecen ataviados con el ropaje níveo de la floración, tan pródiga, que basta el jugueteo de la brisa más suave para cubrir el suelo con una alfombra de pétalos.

Anticipo de primavera en pleno invierno. Orgía de resplandores. Variedad infinita de tonalidades. Cambiantes juegos de luz. Olor penetrante, sutil, de savia nueva. Eclosión

de claridades. Mallorca que se engalana como una novia coqueta. La Isla de Oro que, arrullada por las olas –azul y azogue– del Mediterráneo, su cuna y su espejo, se despereza y parpadea al sol, saluda a la gaya diosa que este año anticipa su visita, sin duda alguna, deseosa de hacernos olvidar la crudeza desusada del invierno anterior.

En las calles de Palma, animación. Risas. Bullicio. Alegría de pueblo en fiesta. Se busca la caricia cálida de Febo. C’as Catalá, Porto–Pí, Génova, concurridísimos. Se dejan ver los pinares lavados, brillantes, remozados. Excursiones. Esplendente renacer. Adorables mañanas del Borne, del Puerto, del Malecón. Desde la casa de los Prácticos hasta la farola, por el magnífico paseo del rompeolas, abigarrada multitud circula, como por la arteria principal de una gran urbe, especialmente las mañanas domingueras. Murmullos del mar y risas femeninas. Bisbiseos amorosos y raudales de luz viva. Renacer...

Verdaderamente el panorama que se abarca desde el artístico malecón, no puede ser más bello y sugestivo. Las casitas verdicolores de El Terreno y Porto–Pí se destacan fuertemente, emergiendo del mar, sobre el fondo verdinegro de los pinares de Bellver. Hacia la derecha, Santa Catalina, la populosa barriada obrera, parece agruparse buscando el cobijo de la pesada mole de la torre de la iglesia de San Magín. Y más al fondo, el sentido círculo de cerretes redondos como cúpulas de templos enanos y las aristosas montañas, ásperas y jugosas, cuya coloración varía con los

múltiples cambiantes de la luz ofreciendo matices diversos, abigarrada policromía, verdaderas sinfonías del color. A diestro y siniestro, el mar centelleante y azul, la bellísima y amplia bahía sembrada de destellos cegadores, el Puerto erizado de mástiles en los que tremolan banderitas de alegres y vivos colores. Decoración de magia. Paisajes brujos. Vistas panorámicas únicas. Una postal impresionista cada rincón, como es una estampa de Watteau cada casita de la llanura, circundada de verdor y flores y con la inquieta rosa octógona, gris y verde, de sus típicos molinos de viento. Primeras horas de la mañana. Ambiente tibio y perfumado. Zafir y nácar el cielo. Embriagadora claridad.

Guillermo Arjona, ajeno al mágico esplendor del día, encerrado en su despacho, lanzó una bocanada de humo azulado y se rebulló visiblemente inquieto en el amplio y muelle butacón. Harto notoria era su agitación interior. Fumaba maquinalmente y tan aprisa, que la atmósfera del despacho hacía por momentos más densa e irrespirable.

Se hallaba bajo el imperio fascinante de una visión endiablada que no podía precisar exactamente si era la resultante de un ensueño o la objetivación lograda de una imagen simbólica que forjara su cerebro sobreexcitado a consecuencia de determinadas lecturas a que venía entregándose desde hacía un mes largo y que, obedeciendo a un fenómeno psíquico para él desconocido, proyectárase de dentro a fuera, tan perfectamente materializada que se confundía con la misma realidad ambiente.

Dicha visión se le hacía por momentos más y más insoportable, y su persistencia en destacarse con todo relieve en la zona de su visualidad, le irritaba sordamente y, al mismo tiempo, le intrigaba. Hasta había llegado a suponerle un propósito deliberado, inteligente. Propósito que él, Guillermo, estaba obligado ineludiblemente a desentrañar y poner en claro cuanto antes.

–Bueno –pensó casi en voz alta–. Es preciso estar loco de remate para concebir majadería de tal calibre. Lo que me sucede haría reír a un guardacantón.

Porque, ¡miren que suponer que una quimera fuertemente acusada, sí, pero que, al fin y al cabo, ha forjado mi imaginación, tiene algo que decirme...! ¡Vamos, vamos, Guillermito! Ese cerebro tuyo se va de la rosca, está enteramente destornillado.

Sonreía amargamente, compadeciéndose a sí mismo, y... caía nuevamente en la misma aberración.

Claro que el fantasma quiere decir algo –insistía–. No cabe la menor duda. Eso, desde luego. Pero, ¿qué quiere decir? He ahí el problema. Ello es que ha hecho acto de presencia y, sea cual fuere la causa a que obedece, no me deja en paz ni a sol ni a sombra, está perennemente plantado ante mis propias narices, como si quisiera decirme con su antipática tozudez:

Hijito, aquí me tienes. Has de ocuparte de mí y hacer alguna cosa. Si no, ¡pobre de ti! Voy a convertirte en un pelele risible y grotesco.

Bien. Pero, ¿qué es lo que he de hacer? ¡Que me empalen si lo entiendo!

Excitadísimo, se encogía y se estiraba, cambiaba y volvía a cambiar de postura en el cómodo butacón, encendía un cigarrillo que se fumaba en un decir amén, para encender otro de seguida, y luego otro, y así hasta lo infinito.

La visión que tan fuera de sí le tenía no era, excepción hecha de la singularidad del fenómeno, ninguna cosa extraordinaria. Tal vez sería el recuerdo de algún grabado, dibujo o fotografía que, por haberle impresionado hondamente se mantenía vivo y latente en su retina, o quizá la expresión gráfica de una idea propia que adquirió relieve y carta de naturaleza, por decirlo así, durante el sueño, una especie de simbolismo de los pensamientos que desde hacía días venían martilleándole incesantemente el cerebro.

De cualquier modo, la tal visión le traía, como suele decirse, de cabeza, y no le dejaba sosiego para nada. A todas partes le acompañaba, insistencia atrozmente molesta que hacía estar de un humor insufrible.

Hasta entonces jamás se le pudo reprochar, con justicia, ni un solo gesto de impaciencia inmotivado. Comedido, cortés,

ecuánime, atentísimo, todos sus conocidos elogiaban su corrección, su buen sentido, su afabilidad nunca desmentida, su natural don de gentes. Pero ahora... Ahora no podía aguantar a nadie arriba de dos minutos y tenía que evitar cuidadosamente el contacto con sus amigos más íntimos para no incurrir en imperdonables groserías. ¡Madre mía y cuánto había cambiado!...

La obsesión perturbadora, el fantasma de su delirio, de su ensueño o de lo que fuera, presentaba un aspecto marcadamente macabro.

Se trataba de un campo en la noche.

El fondo del cuadro era de un matiz griz-azulenco.

Sobre la tierra áspera, no se veía ni una planta ni nada que acusara vida ni siquiera en germen. Allá lejos, muy al fondo, casi esfumada en la lejanía, recortábase la silueta de una ciudad en ruinas, como devorada por un incendio o cosa así. Sus edificios semiderruidos, sus torres desmochadas, sus abolladas cúpulas, los huecos de los paredones ahumados y desconchados, paredones que se mantenían en pie a duras penas, no ostentaban ni una sola abertura en la cual se adivinasen vestigios de puertas o ventanas. La sensación neta que produce la contemplación de esta población desmantelada y desierta es la misma que suscitarían en el ánimo del observador las ruinas de una ciudad antigua perdida en un páramo desolador en el cual no se apreciara

la más insignificante manifestación de vida. Eso. sí. pero no exactamente. Todavía habría que despojar a estas ruinas venerables de la melancólica poesía que emana de las cosas que fueron. Sólo así tendríamos una imagen imperfecta de la ciudad en ruinas del cuadro.

En el primer término de este cuadro, y dominando casi toda su área, se destaca arrogante una figura siniestra.

Es un bípedo gigantesco, vestido de andrajos que recuerdan arreos militares muy estropeados y cubiertos de sangre coagulada, mugre y lodo. Se ve al instante que el descomunal personaje carece de músculos.

Por los desgarrones del maltratado uniforme, se ven a trechos las costillas mondas, una clavícula y una porción de esternón, el húmero de un brazo, un trozo de tibia, la rótula y una parte del fémur de la pierna que avanza... La cabeza es una calavera cubierta con un viejo kepis abollado. En las esqueletadas manos porta un esferoide que lanza una llamita tenue por uno de sus polos. A primera vista parece una granada, pero no lo es. El esferoide es el mundo. Se destacan en su superficie con toda realidad los continentes y los mares. En la actitud agresiva y feroz del siniestro bípedo se adivina, casi se ve, que va a lanzar el mundo al vacío y que éste va a explotar y hacerse añicos...

Tal la visión de Guillermo.

– Indudablemente –pensaba– este tío de tan odiosa y fea catadura que lleva en las manos la Tierra cargada de metralla y amenaza hacerla estallar de un momento a otro, simboliza a Marte, dios terrible de la desolación y el espanto. Bien. Pero a mí ¿qué me cuenta? Si yo fuera pintor... Aunque es una tontería. Si yo fuera pintor no haría con los elementos de esta visión un lienzo más acabado ni de expresión más macabra que los que dejó el pincel de Valdés Leal en sus soberbios cuadros «Jeroglíficos de nuestras postrimerías».

Momentos de duda e inquietud durante los cuales hasta el aliento retenía.

¿Y si quiere decirme algo? ¿No puede simbolizar esto, algo así como la premonición de una nueva guerra? Sería horrible. Concedido. Otra guerra... Bueno. Pero esto es enteramente idiota. Amenaza, aviso o premonición, ¿qué voy a hacerle yo? ¿Puedo algo, por ventura, contra la estulticia humana? Todavía si esta obsesión la padeciéramos todos...

Llegado a este punto, una voz interior parecía decirle:

– Puesto que tú has visto, haz ver.

Aunque era irreplicable el acento de aquella voz oculta, él replicaba:

– Pero ¿qué he visto, vamos a ver?

Y la voz misteriosa respondía, dejando caer sílaba a sílaba, las palabras:

– Lo que será la próxima guerra.

–¿Lo que será la próxima guerra? ¡Hum...! Bueno. ¿Y qué tengo que hacer yo?

– Eso es cuenta tuya. Lo que tú has visto deben verlo todos,

– ¡Bah! Si los que han vivido en toda su dramática intensidad esto que yo sueño ahora se han olvidado ya de todo, ¿qué puedo hacer yo contando la historia de mis visiones? En el mejor de los casos, el ridículo. Los que me escuchan dirán: «Está chiflado». Y puede que tengan razón.

Y de tal guisa se torturaba hacía ya varios días el pobre Guillermo.

II

Guillermo era el fruto de la unión de un andaluz con una mallorquina.

Su padre fue un espíritu inquieto, enamorado de lo imprevisto, aventurero y un poco demasiado soñador y andariego.

La principal preocupación de su vida constituyóla el deseo de crearse una posición independiente que le permitiera ser libre como el aire y, como el aire también, viajar por todos los países.

Nos ata a la esclavitud un grillete pesado e irrompible: el cordón umbilical –aseveraba–. La libertad será un sueño mientras el estómago nos inquiete con sus exigencias. Las libertades públicas, el derecho escrito y otras zarandajas por el estilo, son camelos y continuarán siéndolo en tanto nos

robe lo mejor de nuestro tiempo y de nuestra existencia la necesidad de buscarnos la manducatoria. Para hacer lo que te de la gana, que eso es ser libre, tienes que tener seguro el yantar, si no, sólo gozarás de la libertad de los mendigos, es decir, podrás moverte para procurar llenar este único fin: comer.

Otras veces decía:

– Yo soy un ciudadano del mundo. En todas las latitudes he vivido y he sido amigo del hombre. La diferencia de idiomas y costumbres no me ha inducido a odiar a nadie. Ni el amor a mi tierra me ha arrastrado a mirar con encono a los que nacieron en otro suelo, del mismo modo que para amar a mi madre no me ha sido necesario odiar a las madres de los demás. Lo que separa a las personas no son las fronteras, sino el recelo que emana del mutuo desconocimiento. Conocerse y comprenderse es el método más seguro para acabar con los antagonismos de patrias y razas que son, en el fondo, una majadería.

Y otras:

– La revolución... ¡Bah! Le llaman revolución a eso de andar a trastazos por las calles. ¡Boberías! Las revoluciones las preparan y las realizan los sabios desde el apacible retiro de sus laboratorios. Quiero decir las verdaderas revoluciones, no esas algaradas que promueven las gentes de sangre caliente excitadas por las prédicas de ilusos o ambiciosos. El teléfono

y el telégrafo, la navegación a vapor, la aviación, todas las conquistas de aplicación universal que el hombre de ciencia va logrando con su paciente laborar, son las que de verdad revolucionan. Y si algún día somos positivamente libres, se deberá a que la ciencia habrá puesto en nuestras manos todas las fuerzas naturales convertidas en bestias sumisas que obedeciendo a nuestra voz trabajen por nosotros.

Apenas llegado a la adolescencia, abandonó el hogar paterno y se lanzó a rodar por esos mundos. Luchó como un Titán. Ocupándose en toda suerte de oficios, midió el compás de sus piernas la Tierra, de uno a otro hemisferio. Fue buhonero, fue fotógrafo ambulante, cargador en los puertos, minero, mozo de cordel, peón de albañil, estanciero. Aquella vida azarosa, llena de sorpresas y altibajos, le encantaba.

Un día, ya bien granadito, aunque ágil y vigoroso aun, un tanto fatigado de su asendereado peregrinar y con algunos ahorrillos, no muchos, arribó a Mallorca. Le gustó el país. Bonito. Buen clima. Buena gente. Un hombre como él podía hacer mucho en la bella isla. Y se quedó.

No tuvo por qué arrepentirse. Las cosas le fueron al pelo. Una vez orientado, se dedicó al negocio de pieles. Primero como corredor. Después tomó el traspaso de una tenería en la Calatrava. Fundó, más tarde, una tienda modesta que poco a poco fue ensanchándose hasta convertirse en un almacén de relativa importancia.

Ya empezaba a fatigarle la existencia tranquila que llevaba en la Isla Dorada, cuando enamoróse de una muchacha de Felanitx, hija única de unos payeses bien acomodados, y no tardó en matrimoniar con ella.

Era una hembra estupenda. Las mujeres de Felanitx gozan merecida fama de hermosas y arriscadas. Son arrogantes, fuertes, de tez trigueña, ojos grandes, rasgados, negros y soñadores, talle esbelto y cimbreante cual caña de bambú. La dulzura cadenciosa del lenguaje mallorquín se hace musical y melodiosa, se alquitara, en los labios de fresa de estas andaluzas de Mallorca.

Un tanto excesivamente devota, era la mujer elegida por el inquieto andaluz, pero esto a él no le importaba mucho:

– La verdad está en todas partes –decía–. Lo que uno cree sinceramente, eso es la verdad. Por otra parte, yo la quiero, y aunque fuese más celoso que Otelo, que no lo soy, no me inquietaría mucho un rival que está en los cielos.

Hubo dos hijos en el matrimonio, Magdalena y Guillermo, y esto acabó de matar en nuestro trotamundos la nostalgia de su azaroso vagabundaje.

Guillermo parecíase mucho a su genitor, así en lo físico como en lo moral. Ciertamente hubiera sido un vagabundo como él de no haberlo impedido las circunstancias.

Primero, el autor de sus días pasó a mejor vida cuando el

muchacho apenas frisaba en los diez y ocho años, y fue preciso apechugara con la carga del negocio y asumiera la responsabilidad del jefe de familia. Magda contaba dos años más que él pero era mujer. Con la madre no había que contar. Tenía bastante con sus devociones, a las que se entregaba tan fervorosamente que se pasaba buena parte del día en la iglesia de Santa Eulalia. Después, cuando la buena señora falleció, sintióse Guillermo más ligado que nunca a su hermana, soltera todavía y sin mucha inclinación al matrimonio, y continuó vegetando en Palma, llevando con tino el negocio y sin otra mira inmediata que asegurarse una renta suficiente que le permitiera vivir sin preocupaciones de mayor monta.

Nada más ajeno a la vocación de Guillermo que las funciones mercantiles. El era ante todo y sobre todo, un soñador. Le seducían la contemplación y el éxtasis. Entonar los ojos y tejer filigranas y fililíes en los rosados celajes de la Ilusión. Cabalgar a la grupa del alado Pegaso de la Quimera y dialogar con los diablillos inquietos y trapaceros del Ensueño.

Con frecuencia deambulaba por la ciudad saturándose de su gracia callada y recóndita, de su encanto dulce y melancólico. No le atraía con preferencia el hermoso paseo de Sagrera con su doble hilada de palmeras susurrantes de sabor oriental, de frescura de oasis perfumado por la brisa yodada del mar, ni el despejado bulevar del Borne, ni la deslumbrante luminosidad del rompeolas. Gustábale

ensoñar ante las retorcidas columnas de la Lonja, ante el Palacio Real dorado por la pátina del tiempo, ante la graciosa mole de la Catedral, joya valiosa y atrevida de la arquitectura gótica, ante los viejos murallones que circuyeron con su pétreo cinturón a la antigua ciudad que fue cuna de audaces navegantes, de trovadores y de artistas.

Internábase en el barrio de la Almudaina, de la Catedral o de la Calatrava y se creía en plena Edad media. Callejuelas estrechas y sombrías; plazas enlosadas, silenciosas, recoletas, en las cuales las pisadas repercuten con extraña sonoridad; puertas esculturadas y balcones panzudos; soberbios capiteles con adornos calados o en relieve; majestuosas escaleras que acusan la existencia de interiores espaciosos y suntuosamente decorados con columnas de mármoles y jaspes; herniosos zaguanes románticos y acogedores que exhiben la hojarasca caprichosa del herraje de sus fuentes. Todo le hablaba al espíritu de un ayer lleno de encantos. En aquellos barrios solitarios y silentes percibía el palpitar del alma cargada de ensoñaciones y dulcedumbre de Mallorca. Allí lograba desentrañar el secreteo de la indolencia de los mallorquines, su resignación mansa, su aceptación del destino, su dejarse mecer blandamente sin ofrecer resistencia, por el ímpetu del oleaje de la vida que no logra penetrar en el recinto murado de la ciudad.

Otras veces le acosaban pasajeras murrias.

Solía acontecerle esto cuando recordaba algún relato

pintoresco de su padre referente a sus andanzas y aventuras en remotos países.

Vida brava. Y poética. Tener por casa propia la inmensidad del mundo. Hacer de la existencia una epopeya que tenía por escenario todos los países de la Tierra. Inquietud. Azar. Emociones fuertes. Caminar con la frente alta al encuentro de lo imprevisto. Ver la cara al sol bajo todos los climas. Adaptarse a todas las costumbres. Vencer todas las situaciones. Eso, eso era vivir. Y así vivió su padre con extraordinaria intensidad. También él hubiera llevado tal género de vida. Pero... El autor de sus días fue un hombre y él sólo era un comerciante. Y con un gesto de amarga resignación procuraba sacudir sus murrias y entregábase a sus ocupaciones ordinarias mientras en sus oídos resonaban estos nombres exóticos: Singapur... Sanghai... Tokio...

El negocio no marchaba mal, pero tampoco extraordinariamente bien. El capital íbase acrecentando, eso sí, mas no con la rapidez que deseaba Guillermo. De seguir de aquel modo, se veía condenado a vivir siempre atento a su desarrollo, sin entrever la posibilidad de retirarse con el riñón bien cubierto.

La Gran Guerra favoreció sus propósitos.

Aquellos años de fiebre le arrebataron en su torbellino, fue audaz y avisado, y realizó una serie de negocios fabulosos. Su casa fue el recipiente de un río de pro que la inundó toda.

Hizo millones sin que él mismo comprendiera cómo. Compraba y vendía. A veces, aun no había satisfecho el importe de una operación recién ultimada y, sin desembalar el género, ya lo tenía vendido por el cuádruple de su coste. Hízose rapaz. No pensaba más que en la ganancia. El toma y daca fenicio, le embriagó como una fuerte dosis de vino centenario. Oro. Se destrozaban los hombres en los esquilados campos de Europa. Bien. Aquello era oro. Reinaba en las ciudades el luto, el hambre, la inquietud y la zozobra. Bueno. Él no quería saber nada. ¡Oro... oro!

Y el tintineo del rubio metal, resonaba en sus oídos con la más dulce y sugestiva de las melodías. Fue una embriaguez que más tarde le avergonzó. Pero de ella salió hecho un Crespo. Había bebido y se había empapado como una esponja en la áurea vena, y ahora ya podía permitírsele todo, hasta avergonzarse...

Aunque la guerra, que a tantos millones de criaturas destrozó y a tantos hundió en la desesperación y la ruina, le subió al pináculo de la fortuna, era y fue siempre un ferviente partidario de la paz.

Amaba el dinero. Consideraba que en las actuales circunstancias, un hombre pobre no puede ser otra cosa que lo que los demás le permitan, y él quería ser él mismo. Sin embargo, hubiera sacrificado su posición y su fortuna por instaurar sobre una base sólida, incommovible, la paz del mundo.

Se mantenía célibe.

Sin ser misógino, le inspiraba la mujer cierta repulsión, sobre todo, cuando se trataba de elegir esposa.

Este sentimiento que le inducía a tratar al bello sexo con irónica compasión, provenía de un desengaño amoroso sufrido en su primera juventud, cuando aun era un romántico sensiblero y un tantico ridículo.

Conoció a Colometa en un baile de sociedad y prendóse fulminantemente de ella. Suspiros. Endechas. Languideces. Melancólicas miradas de convaleciente mimado y mimoso. Homenajes de rendida adoración... Y, al fin, la bella dignóse aceptar sus pleitesías y se mostró propicia a calmar su amoroso anhelo.

Colometa era una señorita deliciosa, rubia como las candelas, de nacarada tez suavemente arrebolada en las mejillas, boquita de querube de labios bien dibujados y siempre encendidos como la grana, ojos grandes y luminosos que talmente parecían dos cuentas de esmeralda moteadas de oro y engastadas primorosamente en la tersura nítida ligeramente azulada de dos pétalos de nardo, y cuerpo estatuario digno de ser inmortalizado en mármoles del Pentélico o de Carrara...

Ingenua y candorosa como una ursulina, escuchaba embobada y toda ruborosa los madrigales galanteos de

Guillermo que la adoraba con sublime ceguera y traducía todos los iluminismos de su alma borracha de ideal en líricas parrafadas que desgranaba a sus oídos con fervores de poeta y trémulos de melódica musicalidad.

Fue un idilio almibarado, casto, de alma a alma, como sólo se ven en las novelas dulzonas y lacrimosas que hicieron las delicias de nuestros abuelos.

– En las sedosas alas del céfiro juguetero que besa tu casta frente, te envió un suspiro de mi alma enamorada, ¡amada mía!

– ¡Huy! ¡Qué bonito! –palmoteaba ella.

– De los pétalos suaves de una camelia blanca voy a hacerte un joyero para tus piecitos de diosa.

– ¡Oh!

– Miremos los dos a un tiempo aquella estrellita que como un corazón luminoso palpita en el espléndido tapiz del cielo y así se besarán castamente en las alturas nuestros pensamientos inmaculados.

Y así siempre.

La niña se dejaba querer. Apenas habían pasado por ella los esplendores de diez y ocho primaveras y era ya un hermoso fruto en sazón. Formas impecables. Esbeltez de

palmera oriental y deliciosas exuberancias en las rotundas caderas y en el pecho levantado y firme. Pie diminuto. Manos blancas, aristocráticas, bien cuidadas. Cuello de cisne. Toda ella eurythmia y ritmo. ¡Y tan inocente...! Esto era lo que más encantaba a Guillermo.

Duró algunos años el amoroso embeleso. Y en todo aquel lapso apenas se había aventurado Guillermo a acariciar furtivamente una manita de su novia. Nada más que el esbozo del más inocente atrevimiento la ponía enferma de vergüenza.

En determinadas ocasiones, pudor tan exagerado le crispaba los nervios, la verdad, pero en cuanto lograba serenarse confesábase a sí mismo que así le gustaba más. No le agradaban las jovencitas descocadas que fingen hallarse de vuelta de todo. Él quería una esposa como su Colometa de su alma, tan enteramente en el limbo que tuviera que ir iniciándola él, delicadamente y con cautela, en los sabrosos secretos del amor.

Tanto se remontó en su delirio que la caída fue como para romperse el alma.

Menos mal que la providente casualidad le abrió los ojos a tiempo, que si no le hubiera minotaurizado a todo trapo la muy... pendona.

Una tarde, presentóse a hora desacostumbrada en casa de

su prometida. No halló a nadie en el recibidor ni en la sala y ya iba a retirarse extrañado cuando oyó murmullos apagados en una habitación contigua y creyó reconocer la voz aterciopelada de Colometa. Ganoso de proporcionarle una sorpresa, avanzó de puntillas y se deslizó en la habitación sin hacer ruido. El sorprendido fue él, pues encontró a su inocente adorada en indecente postura dejándose cabalgar sabrosamente por un primito de cara de serafín y bastante más joven que ella.

El estupor, la rabia, el dolor y los celos, le dejaron hebetado unos instantes que a él le parecieron siglos. Cuando reaccionó, exhaló una carcajada de loco, saludó irónico y escapó a todo correr, mordiéndose los puños por no morderle las entrañas a la impúdica.

Más tarde supo que el primito barbilindo no había sido el primero en libar el placer en la copa de aquellos labios y enfermó de despecho y rabia, pero curóse para siempre del sarampión romántico.

Desde aquella fecha, ya lontana, no le faltaron enredos, mas no llegó a interesarse seriamente por ninguna hija de Eva. ¿Para qué? El amor sexual es pura fisiología, el contacto de dos epidermis. Nada de ensueños ni de idilios romancescos. Lo más práctico y lo más natural es amar como las bestias, sin idealismos y sin cargar con enojosas obligaciones.

Al comenzar nuestra historia, cuenta cuarenta años y hace cinco que se retiró de los negocios para vivir a su antojo sin sujetarse a ninguna disciplina. Continúa siendo un poquitín fantástico y no logra acomodarse en la vida. Dispone de elementos suficientes para vivir, si no feliz, sin inquietudes, pero... Bueno. Lo que sigue explicará el contenido expresivo de ese pero.

III

Hacía meses que Guillermo venía entregándose con predilección al estudio de una literatura sugestiva, altamente interesante. Sobre la mesa de su despacho y en el momento de presentarle en escena, se veían distribuidos con cierto desorden «Sin novedad en el frente», «Los que teníamos doce años», «Cuatro de Infantería», «Guerra», «El sargento Grischa», «El fuego en las trincheras», y algunas estadísticas curiosas.

Toda esta literatura bailoteaba en su cerebro una infernal zarabanda.

La visión de la guerra le traía desconcertado y desazonado. Era tremendo lo que decían aquellos libros. Tremendo y desconsolador. Escalofriante. Amargo. Acíbar quintaesenciado. Quemante como un cauterio en carne viva. Y bochornoso como un ultraje infamante.

¡Qué atrocemente cruel y estúpido es el género humano!

Aquellos libros reseñaban, cada uno en su tono, el resultado de aquel viento de locura que sopló en la vieja Europa durante cuatro años largos y que estremeció al mundo de uno a otro polo sembrando la desolación y el desconcierto en todas partes.

La horrible sucesión de las espantosas escenas de barbarie evocadas por aquellos escritos, desfilaba impasible y tercamente ante los ojos de Guillermo, animadas a todo color, como algo vivo y palpitante.

Veía con toda precisión el trágico semicírculo trazado por la ametralladora que tableteando y vomitando balas, siega vidas a centenares. Los embudos practicados por la explosión de los obuses que bordan de cráteres el suelo del campo de combate, haciéndolo semejante a la fotografía de un paisaje lunar, si este campo no estuviera sembrado de cuerpos destrozados, de entrañas palpitantes, de sangrientos despojos. Estos embudos llenos de agua cenagosa, de piltrafas humanas, de cachos de hombres, de cadáveres mutilados sobre cuya carroña pestífera y repugnante pululan y hierven los gusanos y las larvas. El campo de batalla, esquilmado, raído, removido y volteado, cubierto de esquirlas de granadas, cascos de obuses, rollos de espino metálico, trozos de cable, harapos, soldados descuartizados, heridos que sangran y se arrastran de embudo en embudo, esquivando la muerte, rabiando de

desesperación y dolor, cazados a tiros como alimañas en la selva. Legión de gentes mozas hundidas en las trincheras, comidas por los piojos, manchadas de sangre, chapoteando en la suciedad, esperando la bala o el casco de metralla redentor, o la cortina de gas que las asfixie, o la aparición del tanque, horrible apisonadora de hombres y trincheras. La eterna noche de los refugios, verdaderas gazaperas convertidas muchas veces en trampas y en tumbas. El fuego implacable de los incesantes bombardeos que dan la sensación de que las nubes, coléricas, vomitan sobre la tierra muerta hierro y fuego en diluvio inacabable. Escuadrillas de aviones bombardeando e incendiando poblaciones, o segando con el certero disparo de sus ametralladoras columnas enteras de hombres. Ciudades y pueblos pereciendo por el hambre, por las enfermedades, por la peste y por las balas. Multitudes huyendo despavoridas, perseguidas por el bronco retumbar del cañón y diezmadas por la explosión del obús o la granada. Hambre, muerte, crimen, dolor, sangre, devastación, lucha en todas partes, lo mismo en la tierra que en las aguas y que en los aires.

Y todo eso ¿para qué?

La ineludible interrogación llena de frío el alma.

¡Ay! Todo eso para nada.

El mundo se ha estado destrozando durante cuatro eternos años; millones de criaturas han perecido, han

sufrido, han laborado, se han impuesto enormes sacrificios, para nada. Es decir, que tan tremendo azote, tan atroces sufrimientos, tan gigantesca carnicería, ha sido enteramente inútil. La Humanidad no ha sacado ventaja alguna de tan grande esfuerzo. Se le ha pedido mucho y no se le ha dado nada en cambio. Durante cincuenta y dos meses, todos hemos vivido casi exclusivamente para el furor bélico, para alimentar al monstruo de la guerra, para hacerle más destructor e implacable, y, al final, cuando el total aniquilamiento de los bandos contendientes ha desarmado a los supervivientes del desastre, nos hallamos nuevamente en el punto de partida, maltrechos y desorientados, incapaces de emprender un nuevo camino, imposibilitados hasta de olvidar la gran majadería que nos arrastró al gran crimen.

Rememoraba ahora Guillermo los primeros meses de guerra.

¡Qué magnífica eclosión de entusiasmos bélicos!

Aquello no era una guerra de conquista y anexiones arbitrarias; no era el abuso del fuerte que impulsado por vesánica megalomanía pretende sojuzgar al débil a cañonazo limpio. ¡Qué había de ser! ¡Si era una guerra en cierto modo romántica! Los aliados iban a la contienda para defender el Derecho, la Libertad y el Progreso que amenazaba aplastar bajo sus sucias botas la bestia salvaje y ensoberbecida del imperialismo germánico empeñado en hacer del mundo un cuartel. Y todo eran himnos, arengas y loas, ensalzando el

valor humano de la noble empresa. Empresa que venía a ser algo así como los dolores de un parto Colectivo del que nacería sano y robusto un mundo nuevo.

¡Qué explosiones de entusiasmo! ¡Con qué efusiva ternura se despedía a los héroes que al son de marciales himnos y encendidos en fervores marchaban al combate a vencer y aniquilar al monstruo del militarismo teutón! Sobre aquellas huestes que partían hacia la gloria, volaba y trazaba gallardos círculos y espirales, el águila augusta de la victoria. ¡Sus y a ellos, valientes! ¡Nadie duda que vais a triunfar, a formar con vuestra carne generosa un sólido muro de contención contra el cual choque y se estrelle la horda odiosa de los modernos bárbaros! ¡Adelante, adelante...!

A tal extremo arrastra a las multitudes la locura guerrera que todo otro sentimiento enmudece empequeñecido. La más insignificante vacilación en el cumplimiento del deber, es unánimemente reprobada como un crimen de lesa humanidad. Los viejos envidian a los jóvenes el honor de ir a las primeras líneas de fuego, y las mujeres abominan de su sexo que les impide correr al encuentro del enemigo. ¡Gran borrachera de entusiasmo que hizo perder la cabeza hasta a los más ardientes partidarios de la paz! ¿Acaso no era aquella una guerra pacifista? ¿No se emprendía para imponer después el desarme universal? Pues... ¡a ver! Era la última guerra, el postrer sacrificio que imponía a los pueblos la causa de la civilización.

El mismo Guillermo experimentó el deseo vehemente de que España rompiera su neutralidad y se sumara al conflicto, de parte de los aliados, naturalmente. Conceptuaba una humillación y una deshonra, un signo indudable de atraso, que nos mantuviéramos cruzados de brazos al margen de la lucha cuando en los campos de Europa se zurraban de lo lindo grandes masas de hombres que lo abandonaron todo para salvar la civilización en peligro.

¡Oh! ¡Qué locura! ¡Qué imperdonable locura!

Pasó. La ola de entusiasmo perdió ímpetu hasta quedar reducida a una simple onda tan poco perceptible que apenas si rizaba la superficie social. Y advino la desesperación, el desaliento, la incertidumbre. Era aquello excesivamente largo y demasiado costoso. La gente se cansaba. Nada quería saber de la guerra. Que se acabara cuanto antes era lo que todos deseaban.

Y entretanto, generaciones enteras, cada vez más tiernas, caían en los frentes inmensos. El rojo licor de la vida hacía barro púrpura en los campos yermos, y los cuerpos humanos servían de abono a las tierras que el hombre araba con sus cañones, removía con sus obuses, y sembraba de metralla y de crímenes, y regaba con sangre y lágrimas.

Firmóse, al fin, la paz.

Los ciegos, los locos, los mutilados, formaron legión. Los

millones de muertos, si pudieran apilarse, formarían un macabro Everest. Con el dinero y la energía gastados, pudo hacerse del planeta un Edén. Y lo más desconsolador era que el mundo había muerto. La humanidad destrozada no podía ser sino una repugnante piltrafa y eso era. Fue a combatir por ideales y volvía maltrecha y escéptica. Ahora ya sabía lo que era la civilización y conocía el contenido de las palabras sonoras y huecas que sirvieron para arrastrarla a la masacre. Derecho. Libertad. Cultura. Democracia... ¡Bah! Todo aquello era... ¡mierda! Que la dejaran descansar en paz. Quería gozar lo más posible a cambio del menor esfuerzo. Sólo que todo se hallaba destrozado, en ruinas, y era urgente poner manos a la faena para no reventar de hambre. Había que reconstruirlo y reorganizarlo todo y se encontraba tan cansada...

Bien.

Todo esto se desprendía de aquellos libros escritos por supervivientes de la matanza. Pero todo ello no era suficiente. Quien leyera aquellos volúmenes, sentiría el alma estremecida, quizá invadida por el odio a la guerra, mas no era bastante. Hacía falta algo más.

Era preciso organizar la paz sobre una base firme, impedir a toda costa que cuestiones tan importantes como la paz y la guerra, estuvieran en manos de media docena o de un centenar de personas que, a lo mejor, no gozan de cabal juicio.

Estos ex soldados, estos hombres de sensibilidad aguda que vivieron todo el horror de la campaña haciendo la vida de trincheras; extenuándose en las fatigas de las marchas y contramarchas; respirando el vaho de la sangre, el humo de la pólvora y el hedor dulzón de los cadáveres en descomposición e insepultos; con la muerte siempre suspendida sobre la cabeza, muerte que adoptaba los aspectos más insospechados y terribles; lejos de sus familiares, desligados de todo afecto (aparte la camaradería, efímera flor que segaba la Implacable), cual ramas desgajadas del árbol de la humanidad; y que volvieron del frente milagrosamente vivos aunque con el alma enferma, transida de horror, envejecida en la contemplación y en la activa participación en la tragedia ingente, llena de dolores, acusaciones y protestas, supieron volcar en la albura de las cuartillas la abominación de sus vidas malogradas y ofrecerlas al mundo como una imprecación, un lamento o una protesta. Y, quizá también, como una antorcha satánica que alumbraba cosas siniestras, algo así como el cohete luminoso que se cierne en la noche lóbrega e ilumina con su vivo resplandor el campo del crimen sembrado de muertos, de moribundos y de hombres en acecho, siempre alertas y prestos a matar y morir, cual si les poseyera el loco demonio de la destrucción.

Pero, ¿era aquello suficiente?

Cada uno de aquellos libros era un grito, y, ¡qué grito!, mas ¿resultarían eficaces?

Guillermo meditaba no sin cierta dolorosa perplejidad.

Buenos eran el grito y la protesta. Y también la diatriba, la imprecación y la blasfemia. Era necesario aplastar al mundo bajo montañas de papel impreso en el cual resaltara con toda propiedad, sin atenuaciones, la gran infamia que había consumado la humanidad guiada por su estulticia. Meter en la sesera de todos los nacidos la iniquidad de la sin par tragedia. Pero no bastaba, no.

El horror de la guerra puede hacerla odiosa, pero no la evita. Mostrar el dolor inútil que ocasiona, es meritorio, mas insuficiente. Con la guerra no pueden acabar el odio y el miedo, sino la comprensión y la buena organización de la paz.

Antes de la Gran Guerra, la humanidad parecía francamente pacifista. Por lo menos había grandes sectores de opinión antiguerrera. La propagación y universalización de las ideas humanas nacidas al calor del amor que hacia el bien y la justicia sintieran espíritus elevados y generosos, diríase que hacía imposible tan tremendo choque como luego se produjo.

Y, no obstante, fue posible.

Bastó que la Prensa manejara algunos tópicos que por inservibles se habían retirado de la circulación y yacían arrinconados y dormidos en el polvoriento desván del olvido,

para que todas las cuestiones quedaran relegadas a segundo término. Internacionalismo, fraternidad humana, cuestión social, necesidad de cambios y reformas en el andamiaje político y en el orden económico, espíritu renovador, sentimientos de concordia y tolerancia, propósitos de perfección, creación y mejora, todo, en fin, lo que significa la voz civilización, todo lo que nos distancia y diferencia de la bestia prehistórica, de nuestro primitivo antecesor, quedó ahogado por la necesidad de guerrear.

¡Cuán pronto cayó el ligero barniz de cultura de que tan ufanos y orgullosos nos mostrábamos! Todas las cuestiones debían aplazarse. Lo primero era la patria en peligro. Había que colocarse bajo el pabellón nacional y llevar su sagrada enseña a través de campos cubiertos de muertos, hacia la victoria. El honor patrio lo exigía así y todo el que así no lo entendiera era un traidor y un cobarde. Lo principal en tan críticos momentos era combatir al enemigo exterior, hacerle morder el polvo de la derrota. Después, al retornar de la honrosa lid, oliendo todavía a sangre y pólvora, sería tiempo de pensar en lo demás. Entonces se arreglaría todo a pedir de boca. Los combatientes victoriosos, los héroes esforzados que lo olvidaron todo para ofrecer sus generosos pechos al plomo enemigo salvando del oprobio a la patria amada, exigirían como recompensa legítimamente ganada la reorganización del mundo, la instauración de una paz inalterable y eterna.

La más desastrosa y terrible de las guerras fue posible. Y el

mundo estremecido asistió al espectáculo asombroso que ofreció la barbarie científicamente organizada, con una perfección escalofriante.

Lo mismo podía acontecer nuevamente.

Aquella literatura antibélica tendiente a hacer impopular la guerra y que no bien aparecida daba la vuelta al mundo hablando a las multitudes de la formidable hecatombe, ciertamente llenaba una importante misión hurgando en el sentimiento de los hombres, haciendo vibrar sus fibras más recónditas, pero no creaba un ambiente franca y eficazmente antiguerrero.

La gente leía y aplaudía, cierto. Mas las grandes potencias del mundo aumentan sus presupuestos de guerra, enriquecen sus efectivos militares, multiplican sus esfuerzos para amontonar el mayor número posible de elementos mortíferos. Fábricas y laboratorios trabajan sin interrupción investigando, ensayando y gastando energías y millones para descubrir y crear nuevos medios de destrucción y muerte. Inventos admirables, pasmosas combinaciones químicas, aplicaciones maravillosas de la electricidad, prodigios de la mecánica, investigaciones microbiológicas, todo, todo, se estudia y experimenta para aplicarlo con la máxima eficiencia en la próxima guerra, que no será europea sino mundial.

ante tal contumacia en la fatal locura, el mundo no hace

nada, los lectores de esa impresionante literatura antibélica, conservan una indiferencia asombrosa; cual si no les atañera el problema, cual si no estuvieran llamados a ser las víctimas en la venidera matanza,

Guillermo pensaba todo esto y se apenaba o enfurecía, mas también meditaba.

No. No bastaba escribir, a secas, contra la guerra. Había que actuar y había que actuar pronto y eficazmente contra toda posibilidad de un nuevo conflicto. Había que grabar a fuego sobre la carne viva de la humanidad el noble postulado de la paz universal. Hacía falta reformarlo todo de arriba a abajo. Había que buscar, descubrir y presentar el remedio contra todas las guerras, aunque este remedio consistiera en demoler con mano dura todo lo que en la actual organización social apareciera defectuoso.

Sí. Eso... Era preciso crear sin dilación una época nueva. Hacer comprender que si no lo renovamos todo, pereceremos sin remedio y la Sociedad se hundirá indefectiblemente en la barbarie.

Encendió otro cigarro.

Entre las azules espirales del humo creyó vislumbrar la visión que le venía torturando, pero ya no le inspiraba desazón alguna.

¿Sería esto lo que pretendía?

¿Le habría martirizado aquel fantasma para impulsarle a obrar?

¡Quién sabía! De todas maneras estaba dispuesto a hacer algo. Pero ¿qué? Allí radicaba la dificultad del problema. ¿Qué es lo que un hombre de buena voluntad debe hacer frente a una cuestión que ofrece tantas esquinas?

IV

A interrumpir bruscamente sus meditaciones vino Magda.

–¡Uf! –exclamó–. ¡Qué insoportable olor a tabaco! No sé cómo puedes resistirlo.

Y sin cesar de bufar, abrió de par en par puertas y ventana.

La clara luz del día inundó el despacho, antes en penumbras, y el ambiente enrarecido comenzó a purificarse.

¡Ajaja! –expresó Magda–. Así me gusta. ¡Aire! Aire y luz. ¡Con lo bonita que es la luz en nuestra Roqueta]

Después, dirigiéndose a su hermano que dijérase se escondía en la amplia butaca, inquirió:

¿Se puede saber qué es lo que te pasa?

¡Pchs! Nada...–contestó displicente él.

–Como parece que te escondes... ¡Con el día tan hermoso que hace!

Magda es una mujercita avispada, inteligente, de una gran vivacidad. En la actualidad no tiene nada de guapa ni de hermosa. Es de estatura mediana, delgadita, pecosa. Físicamente no conserva de mujer sino la fragilidad y la delicadeza. Parece una niña, a pesar de ser dos años mayor que Guillermo. En cambio, es sumamente simpática y de una voluntad cuya enérgica entereza nadie sospecharía.

En sus buenos tiempos trajo de cabeza a más de un galán. Es cierto que no fue nunca una belleza de primera fuerza, pero su irresistible don de gentes lo suplía todo. Sin embargo, rechazó a todos sus pretendientes. Y no por no sentirse mujer, sino por todo lo contrario.

Magda es un tipo de mujer que no abunda. Es muy femenina. Nada la hubiera hecho más feliz que ser madre. Pero nada la hubiese hecho más desdichada que ser la esposa de un hombre que no la respetara enteramente y en todo momento y ocasión.

Entiéndase que ella quería mantenerse independiente, no obedecer más ley que su capricho, hacer lo que quisiera sin sujetarse a otros límites que los que a sí misma se impusiera. Ser la sierva del marido no la seducía. Y conste que al pensar en el presunto marido se representaba un hombre ideal, cariñoso, tolerante, comprensivo, dispuesto siempre a darla

gusto. Pues ni aun así le agradaba la perspectiva. Por excelente que fuera, siempre sería el amo y a ella le venía muy cuesta arriba sacrificar la partícula más insignificante de su personalidad en holocausto de un amo por complaciente que éste fuese. Se cerró, pues, a la banda y no aceptó marido. Claro que así renunció también a la maternidad ya que, a pesar de su criterio amplio de la vida, no fue capaz de hacer por tener un hijo lo que no haría con la frente alta una mujer de nuestra clase media que se respete. Puesto que carecía de condiciones para ser lo que se llama una buena esposa y para satisfacer sus legítimos anhelos de maternidad no aceptaba otro expediente digno y discreto que el del matrimonio, al renunciar a éste se condenó asimismo a ser mientras viviera una mujer incompleta. De todos modos confiaba que Guillermo se casaría y entonces ella sería la tía solterona que lidia en todo instante con los bebés. No fue el pesar menos agudo de su vida el que le proporcionó la muerte de esta última esperanza. Había leído mucho y no discurría mal. No tomaba con excesivo calor ninguna idea, pero todo lo que preocupara seriamente a su hermano, polo magnético de todos sus afectos, tenía la virtud de interesarla vivamente.

Después de brujulear un poco por el despacho, arrastró una butaca hasta colocarla junto a la de su hermano y dijo con afectuosa jovialidad:

¡Ea! Ya mismito me estás contando ce por be lo que te sucede.

Sonrió él con ternura y repuso:

¡Si no me sucede nada, mujer! Es que esos libros...

¡Ah! ¿Son los libros? A ver...

Se levantó rápida. Aproximóse a la mesa. Lanzó una ojeada a los libros y apuntó:

Sí... Literatura de la postguerra. Trincheras... Gases asfixiantes... Obuses... Shrapnells... Tableteo de ametralladoras... Combates aéreos... Bombardeos... Porquería... Sangre... Lodo... Carroña... Dolor y muerte y devastación... ¡No me gusta!

¿No?

No. Todos esos libros me parecen delirios insanos de mentes enfermas. Hay en ellos realidad y arte, pero, ¡qué crueles son!

Volvió a sentarse al lado de su hermano. Cruzó una pierna sobre otra. Apoyó un codo en la rodilla y la barbilla en la mano, actitud que era en ella habitual, y quedó pensativa.

Guillermo quiso cambiar ideas con ella.

Esa literatura es dolorosa, pero buena y necesaria –dijo–. Pintar a todo color la barbarie de la guerra puede contribuir mucho a la instauración de la paz.

¿Lo crees tú así? –inquirió Magda tras un momento de meditación.

En parte.

Yo, no. La mayoría de los que devoran con avidez el contenido de esos libros, tengo para mí que son buscadores de sensaciones fuertes que gozan sabiendo cómo han sufrido los otros. Casi ninguno piensa seriamente en hacer imposibles las guerras después de leer una narración de esas. El que más y el que menos se encoge de hombros y piensa que no es fácil que él personalmente, se vea metido en un fregado semejante. Si es impresionable le torturarán un poco las visiones espeluznantes de las escenas cuya descripción ha leído, pero no tardará en ahogar sus cogitaciones y en proseguir el curso ordinario de su vida. En afirmar la paz del mundo pensará tanto como yo en hacerme un collar con las estrellas del cielo.

¡Qué pesimista eres!

¿Acaso eres tú optimista?

Sí. En cierto modo, sí.

Permíteme que lo dude.

Puedes dudar cuanto quieras, pero yo creo sinceramente que esta literatura llena un papel importantísimo en el mundo.

No lo niego. Son documentos para la historia y, aun en tal sentido, poseen un valor muy relativo, pues yo creo que el historiador suavizará mucho los tonos cuando haya de narrar esa tragedia. Por otra parte, no es tampoco muy interesante enterar a humanidades futuras de qué manera se mataban los hombres en 1914–18, sino narrar cómo vivían.

Es un punto de vista que revela que has meditado sobre la cuestión, mas tu meditación no ha sido muy completa y te ha llevado a sentar conclusiones poco sólidas.

Según como lo mires.

No, hijita. Sin según. Fíjate bien que sólo conociendo los errores adquirimos la experiencia necesaria para no incurrir en ellos.

Exacto.

¿Ves tú? Pues bien. Para narrar cómo vivimos en nuestra época es imprescindible hacer resaltar cómo nos matamos. Precisamente en la absurda organización de nuestra vida residen los prolegómenos de la Gran Guerra y sólo conociéndola bien podemos comprender por qué se produjo, y narrando detalladamente su enormidad y sus consecuencias ofrecemos una provechosa lección al futuro. De modo que, aunque esos libros no tengan otros méritos que el de meros documentos para la Historia, ya revisten por eso solo un alto interés humano. De otra parte, ofrecen

motivos de reflexión que son muy dignos de tenerse en cuenta.

El éxito de crítica y de venta que alcanzan, dice mucho acerca de lo que el mundo actual piensa sobre la guerra. Es una especie de luz que pone manifiestamente al descubierto muchas cosas. No sólo deja entrever las causas de la catástrofe y describe sus proporciones y desnuda, por decirlo así, la conciencia humana en el estado en que se hallaba durante los años de pesadilla de la locura bélica, sino que prueba elocuentemente que el hombre de la postguerra abomina con toda su alma de la barbarie guerrera. Me parece esto tan evidente que no comprendo cómo no lo has tenido en cuenta.

Sí lo he tenido en cuenta.

Pues no se comprende.

Magda reflexionó un momento y dijo después:

Vayamos por partes. No pretendo dominar el tema aunque no ha sido poco lo que me ha hecho cavilar. No se puede enjuiciar bien acerca de un hecho cuyas causas se desconocen y las causas de la Gran Guerra yo no las he puesto en claro, a pesar de haber estudiado a fondo esos libros. ¿Puedes iluminarme tú?

Un poco. Esas causas son bastante complejas. Sin embargo, se ve claro que la guerra se produjo porque todo

estaba preparado en el mundo para que se produjera. Quien siembra coles no puede cosechar remolachas.

Eso es una perogrullada.

Así son todas las verdades de peso.

Bien. Se deduce entonces que la guerra fue laboriosamente preparada por todas las naciones del mundo civilizado, ¿no?

Claro.

Pues ahí tienes lo que son las cosas y lo que yo quiero significar. A pesar de tanta obra maestra contando los horrores de la campaña, el mundo insiste en organizarse más perfectamente aún para otra guerra más científica y de mayores proporciones: eso lo ve un ciego.

Justo.

Pues...

Es que Zamora no se tomó en una hora.

No. Es que los libros que combaten la guerra hablando sólo al sentimiento, conmueven pero no enseñan. Todas esas narraciones que tienes sobre la mesa hablan al sentimiento de la mayoría y quizá inspiren un santo horror hacia la barbarie guerrera, mas no evitarán nuevas colisiones entre

los pueblos como no las evitó jamás el sublime sentimiento de las madres que llorando lágrimas de sangre y con el corazón hecho pedazos, vieron partir a los hijos de sus entrañas al encuentro de la muerte. En cuanto el mundo se halle otra vez suficientemente preparado para sostener una nueva lucha, la sostendrá sin duda alguna. El sentimiento es así de contradictorio. De Alfredo Nobel, fabricante de cañones y perfeccionador del algodón pólvora, hace un ferviente pacifista y puede hacer del hombre más delicado y pusilánime, un Alejandro o un Napoleón. No se opondrán, ciertamente, al desarrollo de la nueva guerra los millones de almas sensibles que se conmueven leyendo novelas del frente. Con un poco de ruido y algunos lugares comunes manejados con habilidad o sin ella, se crea en unos días una corriente de opinión francamente belicosa, y los sentimentales que la víspera abominaron de la barbarie y recordaron los relatos de Barbusse y de Remarque, partirán voluntarios y cantando himnos entusiastas, a matar y a morir. La exaltación del sentimiento puede provocar explosiones que destruyan ciertas imperfecciones, pero en tratándose de construir, es de lo más inhábil y el problema de la paz es de organización y construcción.

En todo eso que dices hay mucho de cierto, pero, la verdad, no sé adonde vas a parar.

A ninguna parte, si te parece. Opino simplemente acerca del resultado probable de esa literatura a la que tú concedes tan capital importancia.

Entonces ¿qué crees tú concretamente? Vamos a ver.

Pues... eso. Que para el mundo, esos gritos de dolor no son nada más que novelas, es decir, cosas de entretenimiento, frutos bien madurados del ingenio humano, buenos para matar el tedio de unas horas.

Y, ¿nada más?

Nada más. ¿Qué más esperas que sean?

En mi criterio esos libros no traerán la paz, pero la preparan.

Ya lo he comprendido.

¿Y opinas?

Que nunca te creí tan iluso.

¿Iluso?

Sí, hombre, sí. No pongas esa cara. Iluso. Bastará que lances una ojeada a tu alrededor para que te convenzas. ¿En qué piensa la juventud? En vivir. A las cuestiones serias las llama tabarras; a los ideales nobles, romanticismo trasnochado. Lo único importante para ella, es el baile de moda, los deportes y... el dinero. Se ha hecho muy práctica y muy escéptica. ¡A cualquier hora se va a dejar engatusar por nada que exija esfuerzo sin provecho inmediato! Y, fíjate,

que es esta juventud la llamada a sufrir el peso de las calamidades que nos traerá la próxima guerra. Si esta consideración no la impulsa a laborar por la paz, ¿cómo quieres que la impulse la fuerza emotiva de algunos libros?

Y ¿por qué no? Ciertamente que la juventud de ahora es muy distinta a la anterior a la guerra. Los tiempos han cambiado. Quizá asistimos al despertar de un mundo nuevo. ¡Quién sabe!

Magda se encogió de hombros, escéptica.

¿Cómo podía nacer un mundo nuevo en donde la fe ardorosa de la juventud, que es faro, piqueta y fuerza creadora, no se vislumbra por parte alguna? ¡Bah! Ilusiones. El viejo mundo, muy defectuoso, es cierto, quedó destrozado en el campo de batalla en el transcurso de la Gran Guerra y la humanidad agotada y empobrecida, era incapaz de crear otro ni mejor ni peor. Tal era la dolorosa verdad.

No obstante, ella quería creer lo contrario. Deseaba que aquella lucecita que creía ver nacer en el alma de su hermano, se convirtiera en potente fanal que la deslumbrara. No estaba muy satisfecha de la vida que llevaban. Presentía que vivir era más.

Al cabo de un rato lanzó la sonda de una pregunta:

Tú mismo ¿qué has sacado en limpio de esas lecturas?

Mi horror a la guerra.

Ya lo sentías antes.

Sí. Pero ahora más acusado, más firme, y... más consciente.

Bueno. Mas con el horror a la guerra solamente, no se impone la paz.

En eso pienso.

Ese es otro cantar. Pensando se puede hacer algo.

Pues, querida, a pensar me han inducido esos libros.

Magda guardó silencio un largo rato. Reflexionaba. Efectivamente, aquellos libros no ofrecían soluciones, pero el horror que se desprendía de ellos predisponía el ánimo del lector a inquirir y aceptar los medios conducentes a la evitación de la guerra. No había caído en ello. Resultaba que nunca creyó que el sentimiento fuera capaz de salvar al mundo y mucho menos de organizarse razonablemente. En su concepto, empresas de tan alto empeño no podía acometerlas y darlas cima sino la razón fría, disciplinada y serena. No rectificaba ahora, mas entreveía cómo el sentimiento podía actuar de acicate de la razón y predisponerla a obrar.

Justamente. Si sobre el alma humana estremecida de horror ante la crueldad inútil de la guerra arrojamos

soluciones prácticas, claras y viables, la paz puede ser un hecho.

Así, aquella literatura cumplía, indudablemente, un destino noble. Sólo faltaba completarla exponiendo y haciendo ver la manera de organizar la sociedad para que la paz dejara de ser un sueño.

No se le ocurrían cuáles y de qué naturaleza debían ser aquellas soluciones prácticas, claras y viables, mas ya era suficiente pensar que existían y creer que podían hallarse estudiando atentamente el problema.

Tras aquella laguna de silencio reflexivo, arguyó:

Te concedo que esos libros son un excelente estimulante.

¿Ves? –repuso él–. Ya empezamos a estar de acuerdo. Para mí esos libros vienen a ser algo así como la primera reja dada a un campo en barbecho. Ahora hay que elegir la semilla y arrojarla al surco. ¿Me explico? De modo que, el conocimiento casi exacto de la magnitud del desastre remueve mi alma y pone en actividad viva mi cerebro para inquirir la forma de evitar su repetición. Eso es, precisamente, lo que meditaba cuando entraste.

Bien. Confieso de buen grado que no anduve muy acertada.

No lo aprecio yo del mismo modo. En sentido general,

cuanto has manifestado es cierto. Quizá sólo piense en laborar seriamente por la paz el uno por cada diez mil de los lectores de ese género literario, pero predispone el ánimo a aceptar cualquier solución razonable y esto ya es algo.

Verdad.

Hubo una nueva pausa, tras la cual indagó Magda:

Y ¿se puede saber lo que has pensado?

Hasta ahora, nada. Busco. Busco y encontraré. El problema es complejo, pero haré lo imposible por resolverlo. Ya sabes que soy tenaz y obstinado. Desde luego, si saco algo en limpio, serás la primera en conocerlo. Siempre me ha gustado discutir contigo mis ideas y me inspira tu buen sentido una confianza ilimitada.

Gracias por el piropo. Ahora, tómallo con calma y no te tortures demasiado. ¿Sabes lo que yo haría en tu lugar en este momento?

¿El qué?

Salir a que me diera el aire. Hace un día hermosísimo.

No. Ahora no quiero salir. Después de comer saldré.

Como quieras, pero... ya sabes. No hay que calentarse mucho los cascos.

Dicho esto, Magda se levantó y abandonó la estancia.

Guillermo la vió alejarse sonriente. Luego encendió un cigarrillo, retrepóse en la butaca, entornó los ojos y abismóse nuevamente en sus reflexiones.

Allá dentro, en las últimas dependencias de la casa, se dejó oír el eco dulzón y melancólico de un tango. De la calle subían vagos rumores. Algún grito aislado. El campanilleo y el trepidar de los tranvías. El bronco mugido de los cláxones. El bordoneo de la vida que pasa...

V

Guillermo comió poco, mal y aprisa. La tensión nerviosa determinada por el esfuerzo mental que venía desarrollando, persistía.

Después de haber comido, salió.

Verdaderamente hacía un día espléndido de esos que sólo en Mallorca suelen disfrutarse. No soplaba la menor ráfaga de aire. El ambiente, tibio, sereno. El Sol derramaba sobre la ciudad el polvo de oro de su luz alegre y cálida. Todo era luminoso, brillante, limpio.

La calle del Sindicato, sinuosa y estrecha, es gran centro del comercio de Palma y una de las principales arterias del tráfico. Es notoriamente insuficiente para la circulación febril de la vida moderna, pero es muy típica. Repta como una sierpe monstruosa desde las grandes vías del ensanche hasta el corazón de la ciudad, ya estrechándose ya ensanchándose,

ofreciendo a trechos ángulos entrantes y salientes, curvas suaves y aberturas de callejuelas estrechas trazadas en líneas quebradas que recuerdan el trazado de las antiguas ciudades moras. Las fachadas de sus casas, viejísimas, ofrecen un conjunto abigarrado, policromo. Hasta se ve en ella un edificio precedido de un doble patio amplísimo con palmeras y macetones que da la impresión del patio andaluz que perdura en Sevilla desde la dominación árabe. En esta calle está situada la casa de Guillermo.

A pie, sin apresurarse mucho, casi con desgana, se encaminó hacia la calle de Colón. Antes de llegar a ésta, delante de los almacenes de La Palmera, detúvose un momento. Frente a él se retorció, estrecha y al margen de todo tráfico, la calle de la Platería, habitada por gentes bulliciosas que discuten a gritos de acera a acera; comercian en todo, especialmente en platería y joyería, y que, descendientes de judíos conversos no gozan de las simpatías de los mallorquines, cristianos viejos más supersticiosos que devotos, que les apellidan despectivamente chuetas y más despectivamente aún chuetons. Son una gente en la cual predomina fuertemente acusado el tipo moral y físico del semita. Nariz aguileña, color oliváceo, ojos negros de mirar melancólico, carácter tímido, untuoso, muchas disposiciones para las artes, sobre todo para la música; instinto comercial innato y cierta flexibilidad espiritual que les permite adaptarse a todas las circunstancias sin perder de vista el propio camino y sin dejar de seguirle con tenacidad. A pesar

de ser cristianos y observar rigurosamente los preceptos de la Iglesia Católica, no han logrado hacerse perdonar su ascendencia y viven al margen, como en un mundo aparte, sin confundirse con el resto de la población. No es frecuente que un mallorquín de pura cepa entronque con una familia chueta. En toda España los judíos conversos han llegado a fusionarse con los cristianos viejos hasta el punto que la cuestión semita no existe. Aquí no. Aquí el antiguo odio determinado por la diferencia de religión y de raza, se conserva en estado latente. Claro que no se les persigue y hasta se les tolera, pero no se les ama ni se quiere tener en cuenta las buenas cualidades que les adornan.

Guillermo titubeó un poco.

Quizá sería mejor ir por el coche al garaje, y tomar el café en C'as Catalá o en el Brístol, frente al mar. Pero desistió con un expresivo gesto de fastidio. Aunque la hermosura del día convidaba a pasear por las afueras de la ciudad, no le sedujo la idea de tomar el volante. No. Pasearía a pie por cualquier parte hasta que se cansara. Era lo más acertado.

Cruzó resueltamente, enfiló la calle de Colón, despejada y recta vía que desemboca en Cort, y, por la derecha, descendió lentamente. En el Ritz, sentado en la terraza, vio a Nieto. Saludó y siguió de largo. Tentado estuvo de invitarle a pasear, mas venció la tentación. ¿Para qué solicitar la compañía de nadie? No estaba de humor para nada.

Al desembocar en la plaza de Cort, especie de polígono irregular que forma plano inclinado hacia la cuesta de Santo Domingo, se detuvo un rato en la amplia acera dando la espalda a la Casa Buades. Reinaba bastante animación. En los bancos de mampostería de la fachada de la Casa Ayuntamiento, había, como de ordinario, buen número de desocupados. En la parada del tranvía para el Molinar, se veían animados grupos que, sin duda alguna, se disponían a pasar la tarde en la bella barriada marítima. Por las aceras cruzaban, iban y venían los transeúntes. Por todo el ámbito de la plaza y en todas direcciones, coches, carros, peatones, tranvías...

Atravesó la plaza y siguiendo en derechura la calle de Palacio, por la acera del magnífico edificio del Círculo Mallorquín, llegó a un pequeño y agradable jardinito en el cual, sobre esbelta columna, se ha erigido el busto en mármol de Quadrado, y encaminóse hacia la plaza de la Seo, triste, solitaria y silenciosa. A un lado Capitanía, antiguo palacio de los reyes de Mallorca. Al otro, la hermosa fábrica de la Catedral, joya valiosa de estilo gótico. Una amplia escalinata pone en comunicación la plaza con el coronamiento de las murallas convertido en paseo.

Desde la parte superior de esta escalinata, admírase una vista panorámica soberbia. La hermosa bahía de Palma se abre como un lago de azogue y zafiro espejeando al Sol y encerrada en la comba gigantesca que traza la tierra firme desde la punta de Porto-Pi hasta el Cap de Ende Rocat. El

horizonte despejado; el aire yodado, cargado de sales marinas; el Mediterráneo que palpita y centellea, tapiz de esmeralda sobre el cual dibuja arabescos cambiantes la espuma que hace y deshace la ola y riela el rubicundo Febo; las blancas gaviotas que se mecen un rato en las planchas azogadas y reverberantes, se elevan después trazando espirales ideales en el aire diáfano para descender acto seguido en rápida diagonal cual venablos disparados por un arquero mágico oculto en el azul cendal del cielo; la transparente luminosidad de la atmósfera; todo, despierta en el ánimo del contemplador una grata emoción poética, una sed insaciable de belleza.

Por encima de la vetusta muralla se extiende en línea quebrada un paseo de suelo terrizo por el que Guillermo solía deambular con frecuencia.

Excelente sitio para tomar el sol en invierno y gozar en estío, a la caída de la tarde, viendo morir el Sol que tiñe de arrebol y oro las olas, de frescura deliciosa.

Descendió lentamente por la amplia escalera. Al terminar el segundo tramo, a uno y otro lado del rellano, hay dos especies de miradores circundados de bancos de piedra empotrados en los muros. En ambos había parejas de soldados y niñeras de igual modo que arriba, en los bancos de la fachada de la Catedral que mira al mar, se veían viejos, canónigos y algún que otro turista.

Recientemente se ha plantado en la parte del paseo de las murallas que se extiende desde la fachada trasera del antiguo Cuartel de Caballería, hoy Zona de Reclutamiento y Reserva, hasta el Parque de Artillería, una doble hilera de palmeras que realzan la belleza acogedora de este lugar, bello de suyo, y a diestro y siniestro de la escalera que baja de la plaza de la Seo, dos glorietas con estanques y surtidores, de ordinario secos, completan el improvisado jardín.

Guillermo paseó un poco, confundido entre los concurrentes de ambos sexos y de todas las edades que hoy, como tantas otras veces, gozaban las delicias del día en el agradable paseo. Al llegar al Parque de Artillería, retrocedió. Caminó hasta la esquina del Cuartel, descendió por unas escaleras y se halló frente al Puerto. Allá lejos, rodeado de frondoso parque y coronando las cumbres cimeras del monte, se destaca la mole dorada por el sol del Castillo de Bellver, fortaleza gótica que parece una acrópolis de juguete. Delante de nuestro amigo, abrían el esmeraldino abanico de sus palmas las añosas y esbeltas palmeras que forman entre la Lonja y el Puerto una de las avenidas más bellas de Palma: el Paseo de Sagrera.

¡Bah! Se aburría. ¿Y si se dirigiera al Borne? Quizá hallaría en el Velo a alguien cuya compañía le interesara y contribuyera a disipar su murria. O tal vez en el Alhambra... Sí. Mejor era esto último. En el Alhambra encontraría a sus habituales contertulios. En todo caso podía escuchar música.

Y, sin vacilar más, hacia el Alhambra se encaminó, Avenida de Antonio Maura adelante.

El café Alhambra tiene una extensa galería encristalada que, vista desde la calle, parece un invernadero. A pesar de ello, el interior del salón, excepción hecha de la citada galería, es bastante sombrío y triste.

Guillermo solía reunirse allí, desde hacía varios años, con algunos amigos tan ociosos como él. Allá, en el ángulo que forma chaflán a mano derecha entrando por la puerta que da a la cuesta del Conquistador, tenían su peña y en ella discutían con desenfado cuanto hay que discutir. Realmente el sitio es bueno. Aparte la animación que a todas horas del día reina en este extremo de la población, se dominan desde él dos jardines, pequeños pero bonitos: el que hay ante la fachada del Teatro Lírico, chiquito, coquetón, bien cuidado, y el de la Reina, algo más descuidado pero exuberante y frondoso.

Al penetrar Guillermo en el salón, una tufarada de aire cálido le azotó el rostro y le ofendió la pituitaria. Tentado estuvo de retroceder. Era enteramente idiota encerrarse en aquella jaula en día tan espléndido, mas ¿qué hacer? Allí estaban sus amigos Gabriel y Pepe. Lo más práctico era quedarse. Y se quedó. No tardaron en presentarse Sureda y Nieto.

Los miembros de esta tertulia, no tienen nada de singular,

pero es interesante y necesario hacer un breve bosquejo de ellos.

Gabriel es un tipo rechoncho, de rostro lleno y mofletudo, un tanto abotagado. No se apasiona por nada. Razona acerca de todo con una flema verdaderamente británica, mas todo lo que exija acción le horroriza. Es indolente como un musulmán. Charlar en la mesa del café, apaciblemente, mientras hace la digestión, no le desagrade, aunque le place más oír o hacer que oye. Es rentista. Toda su actividad se ciñe a cortar el cupón y a ir viviendo. No discurre mal. Frecuentemente suele ver claro en el fondo de los problemas más abstrusos, pero su indolencia le induce a no meterse en cavilaciones muy hondas. Algunas veces le inquietan impulsos de acción. Sólo que son fugaces como parpadeos. En el acto ve la cantidad de esfuerzos que es preciso desarrollar para hacer algo y, acobardado, se repliega en sí mismo como el caracol en su concha y... lo deja para mejor ocasión. Sin embargo, se le ocurren buenas ideas, y, generalmente, las expone con claridad y concisión.

Pepe es un espíritu inquieto que muchos conceptúan escéptico. Resulta siempre el mejor informado de la reunión, sea cual fuere el asunto que se discuta. Tiene un memorión terrible, y la manía de estudiar a fondo cuantas estadísticas caen en sus manos. Por otra parte, no hay cuestión cuyo estudio no le interese. No suele ilusionarse. Piensa y razona más que sueña. No se deja sorprender por el bello ropaje con que suelen aderezarse las ideas. Las prefiere desnudas,

escuetas. Y cuando se le presentan así las somete a un severo examen que no siempre las deja bien paradas. Parece que goza señalando el punto flaco de las cosas. Empero hay que hacerle la justicia de que sabe iluminar la porción de valor real que late en cada teoría. Es a semejanza del corvillo y la podadera. Desnuda, desmocha, hiere, pero sus golpes despiadados van dirigidos certeramente contra la hojarasca inútil respetando en todo momento lo sólido y verdadero. ¡Es lástima que no sienta inclinación a expresar sus ideas con la pluma! Llevaría a cabo una labor muy necesaria y utilísima.

Sureda es un charlatán sempiterno, inaguantable. Se deleita explicando las cosas más anodinas con todo lujo de detalles. Como por otra parte tiene la dentadura desportillada, no pronuncia bien y molesta oírle tanto por lo tabarra que es como porque es preciso esforzarse mucho para poner en limpio lo que dice. Es de estatura mediana, más bien bajo, delgadito y poco cuidadoso del pergeño de su persona. Se licenció en Ciencias, pero desde entonces es seguro que no ha vuelto a abrir un libro, lo que quiere decir que su cultura no es muy allá, aunque él cree todo lo contrario. No hace nada de provecho. Pasea. Sus rentas no son como para vivir a lo grande, mas para él, solterón irreductible de necesidades muy modestas, basta y sobra. No es mala persona. Y, la verdad, en la tertulia no es muy tostón. Sabe dominar su flaqueza y hay que apuntarle el mérito de que, por regla general, las cuestiones más serias es él quien suele plantearlas.

Nieto es el más joven de la tertulia. Veintiocho años a lo sumo. Es un hombrecito de estatura mediana, grueso, muy aficionado a la música, a la buena mesa y a la buena cama. Lee mucho y no enjuicia mal aunque no le gustan ni pizca las lecturas serias. Infantil e ingenuo, las novelas blancas y las de aventuras le deleitan sobre toda ponderación. Y también las eróticas y las superficialmente humorísticas.

No suele intervenir en las discusiones que acerca de temas de alcance se suscitan en la tertulia. Sin embargo, es bastante hablador. Por su aspecto físico puede catalogársele entre los temperamentos flemáticos de emoción fácil. No es así. Su nervosismo anormal no le permite estar mucho rato en un mismo sitio, ni perseverar en nada. La menor contrariedad le excita y le hace explotar. Entonces se sulfura y grita. Le pasa pronto el revesino y le pesan sus arrebatos, sin perjuicio de volver a reincidir en ellos en la primera ocasión. Pasa fácilmente del entusiasmo más acentuado al desaliento, y viceversa.

Es también supersticioso. En la tertulia se le conceptúa un buen chico, noble, incapaz de hacer mal a nadie, un poco demasiado crédulo, fácilmente impresionable. Y lo es.

También suele incorporarse a la tertulia alguna vez que otra, Horta, el anticuario, un individuo que sólo habla de mujeres y de coches y cuya principal preocupación es la de ganar mucho y gastar lo menos posible. Se aburre como una ostra oyendo a sus contertulios, y no tarda en hacer mutis.

Tiene la cualidad de ser muy prudente y muy trabajador. Además es llanote, campechano, cariñoso.

A Guillermo ya le conocemos y, por tanto, la presentación de los miembros de la tertulia es completa.

VI

Nieto y Sureda venían hablando del libro de Remarque.

Es una cosa estupenda –dijo Sureda después de sentarse y saludar.

¿El qué? –indagó Gabriel.

«Sin novedad en el frente» –repuso Nieto.

Verdaderamente –adujo Pepe– es un relato bien coordinado, sobrio, veraz y de una gran fuerza emotiva. Se tiene bien merecido el éxito alcanzado, aunque no es lo mejor que se ha publicado acerca de la Gran Guerra. A mi juicio «El Fuego», de Barbusse, le supera en mucho. A mí, más que el libro, me interesa el autor. Es joven y ha vivido con una intensidad asombrosa. El loco entusiasmo de los primeros tiempos de guerra; la vida infernal, sucia y terrible de las

trincheras, comido de piojos, nadando en mugre, pasando hambre y frío y viendo por doquier escenas de destrucción y muerte. Después, al regreso del frente, con el alma destrozada, sin ilusiones ni creencias, todavía un muchacho y, sin embargo, ya viejo, el desconcierto de la sociedad en ruinas, la imperiosa necesidad de abrirse paso y conquistar un puesto, la implacable e inclemente lucha por la existencia. Se halla muy cansado, pero debe despabilarse. Si se salvó de la metralla en el frente donde hasta la tierra quedó muerta, no fue para reventar de hambre ahora como un hombre convertido en despreciable guiñapo por la cobardía. Y se lanza al torbellino de la lucha. Emprende numerosas rutas y fracasa en todas. Finalmente deambula por el mundo. Recala en Montecarlo. Juega. La suerte le es propicia, y gana. Retorna a su patria. Es un hombre práctico y no está dispuesto a comerse sus ganancias en la ociosidad. Ahora puede desarrollar con mayores probabilidades de éxito el negocio en automóviles en el cual fracasara antes. Y, efectivamente, las cosas le salen bien. Disfruta de relativa holgura, puede permitirse el lujo de descansar algunas temporadas y se entretiene redactando el manuscrito de «Sin novedad en el frente». No piensa darlo a la imprenta. Él no es ni quiere ser un profesional de la literatura. Pero, algunos amigos que conocen el admirable escrito, le instan reiteradamente para que lo dé a la publicidad, y cede.

La obra se edita y en el breve plazo de un año da la vuelta al mundo y hace a su autor millonario al mismo tiempo que

glorioso. Remarque cuenta sólo treinta y un años. ¿No parece esto la reseña de una película americana?

¡Qué suerte! –exclamó Nieto–. Ahora puede reírse del mundo.

Yo –dijo Guillermo– no veo en la obra de Remarque, en el sentido literario, claro está, un mérito excepcional. Atribuyo su éxito a la índole del asunto que trata. El mundo, horrorizado del desastre que ha padecido, odia la guerra y todo libro que a semejanza de «Sin novedad en el frente» hable al sentimiento de las multitudes relatando la tremenda catástrofe, tiene asegurado el éxito.

También creo lo mismo –abundó Gabriel–. Todo ha sido cuestión de oportunidad. Así se explica que la obra de Barbusse, la mejor lograda indiscutiblemente, de cuantas sobre la guerra se han escrito, no alcanzara tan enorme difusión. Fue menos oportuna.

– Sí –convino Guillermo–. Fue menos oportuna y, además, no se odiaba tan universalmente la guerra, aunque, a decir verdad, no sé si el odio a la guerra es una resultante de la literatura antiguerrera, o si es la literatura antiguerrera una consecuencia del odio a la guerra.

De todo hay –opinó Sureda–. De todos modos, esta clase de libros influirá mucho en el sentido de hacer imposible otra guerra semejante.

Quizá –dijo Gabriel, aunque sin mucho calor.

Hubo un paréntesis de silencio.

El café parecía un enjambre alborotado. La orquesta interpretaba Maruxa con bastante discreción y Nieto aplicaba el oído, impacientándose cada vez que el ruido reinante en el salón le impedía percibir con limpidez alguna nota.

Pepe, que había escuchado con atención lo dicho por sus contertulios y amigos, expuso con su calma habitual:

Yo no opino como vosotros. La literatura antibélica no tiene mucho valor en lo que a la evitación de la guerra se refiere. Creer lo contrario es excesivamente pueril. La guerra no puede evitarla la literatura. Somos belicosos por naturaleza, instintivamente. Observad un poco, y veréis que a nuestro alrededor todo es lucha, violencia, choque, crueldad inconsciente y fría. El mundo es un campo de batalla inmenso. Todos los seres vivos estamos organizados para la pelea. La Naturaleza nos dotó de instintos y de armas para el combate, estableció un feroz antagonismo entre las especies que nacen para devorar y ser devoradas, nos impuso como ley de vida matar para no morir. Doquiera la vida se manifieste, se manifiesta asimismo la lucha encarnizada, la competencia, la enemistad, el cruel asesinato del débil por el fuerte, las escenas repugnantes de sangre y exterminio. No existe una sola especie sin su enemiga. Y cuanto más nos elevamos en la escala zoológica,

mayores y más numerosos son nuestros adversarios. El hombre mismo que ha logrado imponerse a todas las bestias es enemigo del hombre y, además, se siente atacado persistentemente por legiones invisibles de microbios y bacterias que le devoran y aniquilan. Su existencia es un largo suplicio sin objeto aparente y todo puede pedírsele menos que sea pacífico. Tiene que luchar sin contemplaciones para conquistarse un puesto y después continuar luchando para sostenerse en él. Y el que vacila, el que obedeciendo a la cobarde voz del sentimiento, esquiva la pelea, sucumbe sin remedio, vencido sin combate. Y es justo que así suceda, puesto que la vida es un duelo eterno, sin tregua ni cuartel, en el que sólo triunfa el mejor preparado para el ataque y la defensa y en el que los vencidos sirven de pasto a los vencedores.

«Yo me he entretenido muchas veces a pensar en esto. En los rincones más bellos y apacibles de nuestra isla, en medio de sus paisajes de ensueño, he visto cómo infinidad de bestezuelas indefensas no han hecho más que abrir los ojos a la luz cuando ya han sido devoradas vivas. Millares de gusanillos sucumben diariamente bajo el pico de los pajarillos, y millares de pajarillos perecen en cepos y redes que les prepara el hombre y bajo el corvo pico de las aves de rapiña. Y generalizando la observación, salta a la vista que desde la larva hasta el mamífero más perfecto, sin olvidar las especies vegetales, ni la magnífica eclosión de vida que vibra y palpita en los remansos de los ríos. en el lecho de los lagos,

en el seno de los mares y en la azul inmensidad del aire, se da el mismo espectáculo. Uno procura hallar una explicación lógica a todo esto y no puede lograrla. ¿Cómo el hombre, que lucha contra todo, muchas veces con éxito, cae vencido frecuentemente bajo los ataques de un diminuto microbio? ¿Por qué en la melena del león, majestuoso señor de la selva, vive tan ricamente el asqueroso piojo? ¿Qué utilidad tienen los insectos, los reptiles, los parásitos de toda laya? Por mucho que nos esforcemos no hallamos nada más que una respuesta: la mitad de las especies conocidas no son útiles sino para alimentar a la otra mitad, tan inútiles, por lo menos, como las demás. Es que la Naturaleza crea combatientes y no hermanos amorosos. Si creó al pájaro para cazar al gusano, a la comadreja y al hurón para beberse la sangre del gazapo, al gato para engullirse al ratón, está claro que se complace en crear seres para la lucha. Lo lógico sería fijar unas cuantas especies útiles y bellas con cualidades para acomodarse pacíficamente a las condiciones de la existencia, si es que en el plan de la Naturaleza entró la idea de hacer del mundo un edén en el cual no tuvieran representación la brutalidad y la violencia. Al no proceder así, es preciso atribuirle el propósito deliberado de hacer de cada ser un verdugo y una víctima, es decir, un guerrero.

«Y así es. En la Naturaleza no existe la paz ni siquiera en los sepulcros. Todos, todos, somos combatientes que, rodando incesantemente de la derrota a la victoria y de la victoria a la derrota, venimos a concluir, fatalmente, en la derrota

inevitable de la muerte. La paz es un mito, una majadería, y creer en su realidad, acusa limitación mental o hipocresía. Lo único real y lo único vital, es la guerra, y por eso la literatura no puede evitarla mientras sobre el suelo de la Tierra subsista el más leve vestigio de vida. Ni más ni menos.

Tras un rato de meditación, dijo Gabriel:

Bueno, pero nosotros no nos referimos a ese aspecto de la guerra. Al hablar de la paz, se sobreentiende que aludimos a la paz entre los hombres. Guerrear unos contra otros, carece de sentido, es enteramente estúpido. Puesto que podemos entendernos y hemos sabido crear una civilización portentosa y floreciente y una organización social compleja, debemos preocuparnos de no hostilizarnos los unos a los otros, sino de pelear de común acuerdo contra la Naturaleza, monstruosa y ciega la más de las veces, y domarla y corregirla. Es decir, que la paz, en nuestro sentir, es la guerra bien entendida, bien organizada y bien orientada en un sentido humano.

¡Claro! –remarcó Guillermo–. Las energías que gastamos neciamente en hacernos trizas mutuamente, deben invertirse con mayor provecho en destruir cuanto nos es nocivo o molesto, ya que somos la especie mejor lograda que ha creado la Naturaleza hasta el presente. Esa guerra es nuestra paz.

A eso iba –insistió Pepe tranquilamente–. Aceptando la

guerra como un instinto, como una manifestación de vitalidad, hemos de aceptar sin discusión que los impulsos bélicos residen en nosotros como el pez en el agua, como el perfume en la flor y como el veneno en la cicuta: naturalmente. Bien. Supongamos que cuando la humanidad olvide –y hay que convenir que olvida con excesiva premura– el descalabro sufrido en la Gran Guerra, no habiendo hecho nada práctico para encauzar, en el sentido que indicáis, nuestra belicosidad, el mundo se halla preparado para otra nueva guerra, hipótesis nada fantástica, pues hay que ver la prisa que se da en prepararse. ¿Creéis que no se producirá la catástrofe? Pues estáis en un error. La gente leerá a Remarque, a Barbusse, a Renn, y demás autores, pero no volverá la espalda al enemigo o al que como tal le señalen. En un momento se producirá otra literatura bastante copiosa que entusiasmará al mundo y le convertirá en vivac y en campo de batalla. Es que la literatura sirve para todo y muy especialmente para despertar en nosotros, en un momento dado, la bestia íntima y desatarla. De ahí que no crea en la eficacia pacifista de esos libros. Opino con vosotros que deben canalizarse y educarse nuestros instintos guerreros para hacer del planeta algo que valga la pena de vivir en él, mas para eso se necesitan soluciones que iluminen tanto como libros que emocionen. Aun así, no habrá poder divino ni humano que nos libre del azote bárbaro de la próxima guerra que por sus proporciones hará parecer la que hemos sufrido poco ha, un inocente juego de niños. Es preciso soñar menos y pensar más. La organización

de la humanidad en el sentido necesario para acabar con estas matanzas colectivas es cuestión de un proceso educativo de siglos y, hoy por hoy, a pesar de libros tan interesantes y que tan magistralmente pintan la inútil monstruosidad de la guerra, apenas si contamos con una docena de individuos diseminados por la faz de la Tierra que tengan una visión clara del problema, y sus voces se pierden en el vacío. La inmensa mayoría se encoge de hombros y murmura: «Es horroroso, pero ¿qué le hemos de hacer?» ¿Qué puede ante todo esto media docena de obras maestras? Por eso digo y sostengo que la literatura antiguerrera carece de valor en cuanto a la evitación de la guerra se refiere. Somos aún demasiado primitivos, demasiado bárbaros.

Bueno –comentó con acritud Guillermo–. En parte tienes razón, pero tú no has pecado nunca de optimista.

Es verdad. ¿Y tú? –contestó con cierto retintín Pepe.

Yo, en cierto modo, sí –repuso con firmeza Guillermo.

Pues confieso que no veo la razón –objetó Pepe con parsimonia–. Tú has sido siempre pacifista, lo que no impidió fueras aliadófilo rabioso.

Fue un error. En cambio tú... –empezó Guillermo.

Pero Pepe le interrumpió vivamente diciendo:

Yo no incurrí en ese error porque yo no soy nada. Simple espectador solamente, que no tiene interés en catalogarse.

No hay Dios que lo entienda –murmuró Sureda.

Querido –repuso Pepe–, la vida no es más inteligible. Yo me limito a ver las cosas sin antiparras que las limiten o deformen. Si no me hago entender, quizá se deba en buena parte a que no me explico con la suficiente claridad, pero también es debido a que no tenéis en cuenta la realidad. Si Guillermo, de cuya sinceridad no dudo, pudo declararse partidario decidido de uno de los bandos contendientes, siendo como era un ferviente pacifista, no comprendo por qué tiene ahora tanta fe en los sentimientos de paz de gentes que no tienen sentimientos ningunos, sino instintos sin desbravar.

Ahora es distinto –replicó Guillermo.

¡No! –negó Pepe–. Ahora es igual.

Sí –intervino Gabriel –, que tienes razón no puede negarse. Resulta un poco cándido esperar que las novelas de guerra, tan en boga ahora, creen una corriente de opinión antiguerrera capaz de evitar en lo sucesivo las guerras. Sin embargo, sería absurdo negarles toda eficacia en ese sentido. Que en cierto modo preparan el terreno, es innegable.

¡Bah! No te hagas muchas ilusiones –arguyó Pepe.

Nada de ilusiones –contestó Gabriel–. Que existe una regular corriente de opinión contra la guerra, es evidente. Lo prueba la rápida y enorme difusión que alcanza la literatura de que nos ocupamos.

Eso puede probar también –observó Sureda– deseos de saber cómo se las componían en el frente los ejércitos beligerantes.

Sí –convino Gabriel–, pero sean cuales fueren los móviles, lo cierto es que se lee y que de esa clase de lecturas sale robustecido el odio que inspira la guerra.

Eso no lo niega nadie –afirmó Pepe.

Entonces... –apuntó Guillermo.

Lo que no está claro –insistió Pepe–, es que el odio a la guerra instaure la paz. Existe en el alma humana, además del instinto bélico, un sentimiento más fuerte que el odio y que le arrastrará infaliblemente a una nueva conflagración.

¿Y es? –indagó Guillermo..

El miedo –respondió rotundo Pepe.

El miedo también puede arrastrarle a la paz –contraopinó Gabriel.

Quizá –repuso Pepe–, mas por lo pronto prepara la guerra

activamente y es natural esperemos lo que se va elaborando y no lo que sueñan cuatro señores que sólo nos ofrecen bellas palabras que bien analizadas no encierran ninguna solución práctica.

Por algo se empieza –dijo Nieto.

Hubo una larga pausa.

La concurrencia había disminuido bastante en el salón. Las tres. Hora de tornar cada cual a sus ocupaciones. Los músicos enfundaron sus instrumentos, recogieron sus papeles, arrinconaron atriles. Sólo quedaron en el café los infatigables jugadores de dominó, algunos jovenzuelos aburridos hojeando con displicencia la prensa gráfica y algún que otro viejo dormitando.

Nuestros amigos halláronse más a sus anchas ahora.

Durante un rato miraron con atención hacia la calle a través de los turbios cristales de la galería cual si les interesara mucho el ir y venir de los transeúntes y el movimiento de coches.

Después rompió Gabriel el silencio para decir:

Indudablemente el problema es difícil. Todo se halla sabiamente organizado para la guerra. Muchas industrias, de la guerra viven. En los mejores astilleros, para la guerra se trabaja. Buen número de químicos de gran capacidad,

estudian y experimentan nuevas combinaciones cada día con objeto de utilizar gases tóxicos de fulminante eficacia en la próxima contienda. La aviación se perfecciona y se procura exaltar y emular la intrepidez de los pilotos batiendo siempre nuevos records de velocidad, altura y maniobras difíciles que cuestan muchas vidas, no mirando a la rápida y pacífica comunicación entre los pueblos, sino para darle mayor eficiencia destructora en campañas bélicas. La especie humana se multiplica sin ton ni son, insensatamente, y se hacina y amontona en ciudades populosas que son colosales hormigueros en los cuales convive la extrema miseria con la más fabulosa opulencia, y alientan, como la larva en la viscosidad de la carroña, todas las pasiones aviesas, las ideas más suaves se tornan picudas y agresivas, y el aullido del odio se hace sentir y repercute cada vez que se afloja un tanto la mordaza del miedo o pierde vigor la mano férrea que oprime y azota. El mundo es una jaula de locos furiosos en la que todo conspira para la guerra y el crimen. Pero, precisamente por ser eso una verdad dolorosa y terrible, es preciso laborar por la paz. Ya sabemos que es difícil, mas si sólo nos cuidáramos de acometer las empresas fáciles, aun estaríamos en las cavernas y por único vestido usaríamos, si acaso, el elemental taparrabos.

Si no dices nada más que eso...—dijo Pepe.

—¡Hombre! —exclamó Gabriel—. Digo eso respondiendo a tus ideas.

Ya lo considero –repuso Pepe–. Sólo que es necesario hacer una ligera observación: yo no expongo mis ideas. Mis ideas personales, si las tengo, no cuentan para nada en esta conversación.

Como Gabriel hiciera un gesto de impaciencia, Pepe recomendó, calmoso:

¡Ten un poco de paciencia, hombre! Puesto que hablamos de esto y no tenemos nada mejor que hacer, bueno es dejar las cosas bien sentadas. Cuando nos cansemos hacemos punto final y asunto concluido. Después de todo, no depende de este coloquio la salvación del mundo.

Calló un momento, tras el cual continuó:

Como decía, no expongo mis ideas. Claro que, como no me conceptúo un bárbaro, aunque lo sea, no soy partidario de la guerra, que no es otra cosa que la barbarie organizada. Pero, ya digo, mis ideas no cuentan. Me remito a la realidad, y la realidad me dice con elocuencia incontestable que lo que se prepara es la guerra y no la paz. No sé si os habéis informado de cómo marcha el mundo a ese respecto. Yo os puedo comunicar brevemente y de pasada algunos datos tan curiosos como ciertos que hacen mucha luz sobre el asunto y demuestran hasta qué punto los pacifistas tocamos el violón.

¿A ver? –inquirió Guillermo.

Ahí van –repuso Pepe–. La Gran Bretaña tiene repartidos entre cuarenta y dos arsenales, treinta fábricas de armas y municiones y otras tantas de elementos complementarios, dos millones de hombres aproximadamente. Además ha creado escuelas y secciones especiales que se ocupan de las armas químicas y de la investigación de gases. En Francia, distribuidos entre quince arsenales, ciento noventa fábricas y talleres anexos, se ocupan un millón de hombres en la producción de material de guerra. Los Estados Unidos de Norteamérica ocupan a más de millón y medio de operarios en la construcción de material bélico, diseminados entre doscientas cincuenta usinas, ciento treinta depósitos especiales y ochenta hangares, y, solamente en lo que llamamos guerra química, lleva gastados, según datos oficiales, desde 1914–27, la respetable suma de catorce mil millones de pesetas. Italia tiene organizada oficialmente a la manera de Norteamérica la guerra química y ocupa a más de medio millón de obreros en once arsenales y ciento sesenta fábricas. Polonia, Checoslovaquia. Rusia, Bélgica y el Japón, dedican al asunto atención preferente. No bajará de diez millones el número de mecánicos que en el mundo civilizado se ocupan exclusivamente en fabricar granadas, obuses, bombas de mano y otros juguetes por el estilo. Esto ateniéndonos con escrupulosa exactitud a los datos oficiales que, como se comprende, no han de pecar por exceso precisamente, sino por todo lo contrario. Imaginen ahora, ante estas realidades, lo que significa una chachara de desocupados sostenida en la mesa de un café en un rincón

apacible, en un día apacible y en una apacible ciudad de provincia, ni lo que valdrán media docena de novelas, muy emocionantes y que dan la vuelta al mundo, sí, pero que se leen y se olvidan acto seguido. Naturalmente, todo ello no es una razón para que nos crucemos de brazos y renunciemos a laborar por la paz, mas lo cierto es que así procedemos. La paz no nos interesa mayormente. Los presupuestos de guerra que agobian y esquilman al contribuyente y empobrecen a las naciones, se votan casi sin discusión y se cubren regularmente. Cada uno de por sí desea que su patria se equipare a las primeras potencias del mundo y ve con secreto gozo cómo aumentan los efectivos militares, cómo se prepara para pegar mejor y más fuerte. En tales condiciones, alardear de sentimientos pacifistas es necio o hipócrita. La verdad es que deseamos la paz cuando hayamos logrado descalabrar al vecino. Los Estados fuertes piensan en aplastar a los débiles y los débiles en hacerse fuertes para aplastar en lugar de ser aplastados. De ahí que el mundo se haya convertido en un arsenal o en un laboratorio inmenso en el cual sólo se labora para la muerte.

Supongo tendrás en cuenta el viejo aforismo, *si vis pacem para bellum* –apuntó Sureda.

¡Bah! –repuso Pepe, despectivo–. Ese aforismo es de una idiotez desconcertante. Si quieres paz prepara la paz. Eso es lo sensato.

Bueno –observó Gabriel–. Todo eso lo sabíamos ya. En la

atmósfera de recelos y mutuas desconfianzas en que nos desenvolvemos, es natural que las naciones, aun reprobando la guerra, procuren perfeccionar su eficiencia guerrera por lo que pueda tronar, pero ¿y el pueblo?

¿El pueblo? –respondió Pepe–. Pues ya lo ves: tan campante. Al pueblo no le preocupan estas cuestiones. Si se le ordena uniformarse y empuñar el fusil, obedecerá sin chistar. Ha nacido y se le ha educado para eso.

¿Y si se negara a obedecer? –sugirió Guillermo.

No pases cuidado –repuso Pepe–, no se negará.

Pero, ¿y si se negara? –insistió Guillermo.

En ese caso... prescindirían de él –afirmó Pepe convencido.

¡Atiza! –exclamó Sureda–. Tú estás peor.

¿Sí? –preguntó con sorna Pepe, alargando mucho la i.

¡Claro! –remachó Sureda–. ¿Cómo puede hacerse una guerra sin soldados?

– No hay ni la más remota esperanza –sostuvo Pepe– de que ese fenómeno se produzca, pero si se produjera, insisto en que la guerra no sería imposible dada nuestra organización social, ni alcanzaría menos proporciones. No puede producirse porque para eso contamos con la Prensa,

esa fuerza formidable incondicionalmente al servicio de los poderosos que pagan y pegan, que puede poner al rojo blanco en ocho días al espíritu menos inflamable y más ecuánime. Ya se encargará esa potencia, fragua, martillo y yunque de la opinión, de caldear los ánimos oportunamente. Le sobrarán argumentos. Los chicos de la Prensa, que por una sonrisa del poderoso son capaces de todo, llenarán su misión de envenenar el ambiente con la pericia a que nos tienen acostumbrados, y los escritores serios, los verdaderamente capaces, los que piensan lo que escriben, los decorosos, callarán de grado o por fuerza como siempre en situaciones análogas, o sumarán su voz al griterío de los cretinos y de los que van a caza de prebendas y sinecuras, comprándolas con la prostitución de sus pobres intelectos. ¡Ah! ¡Es un gran poder el de la Prensa! Poder educador dicen los farsantes y los imbéciles, pero en realidad no es más que una funesta embaucadora, una deshonesta damisela que sonríe a quien mejor le paga y está siempre dispuesta a defender las causas que no tienen defensa. En ella todo es superficial. Cultiva la mentira con verdadero amor. Y la injusticia es su espíritu, su carne y su armazón ósea. Glorifica a un boxeador, a una ramera con pretensiones de artista, a un bandido adinerado, y hace befa y escarnio de las venerables figuras de los proceres del pensamiento, de la ciencia y del arte, a los cuales envidia y odia y teme.

Dedica planas y planas al desgraciado que asesinó a su padre y apenas dedica unas líneas, a regañadientes, a la obra

señera del que dedicó toda su vida al cultivo de una actividad útil a la colectividad.

«Pues, bien; esta palanca accionada por unos centenares de gacetilleros que reventarían de hambre si no les ocuparan en destilar veneno en las cuartillas ya que carecen de cultura y de toda habilidad para ganarse el pan de cada día en cualquier profesión que exija talento o esfuerzos, esta palanca, repito, bastará para que el pueblo, desorientado, vaya con entusiasmo a la matanza inútil y nada gloriosa, convencido de que cumple, como los buenos, un deber sagrado, de que va a escribir con su sangre una página sublime en los fastos de la Historia, de que va a preparar a humanidades futuras, el acceso a una era nueva, de que va a romper la dura cancha para abrir nuevas rutas al progreso.

«Pero supongamos que no es así; que el pueblo, tantas veces engañado y vapuleado, se niega a que le brumen las costillas una vez más. ¿Creéis que se evitará la guerra? ¿Sí? Pues en ese caso no entendéis del asunto ni tan siquiera una palotada. En la próxima guerra no es el soldado un elemento imprescindible. Seremos soldados, a la trágala, todos: las mujeres y los hombres, los niños y los viejos. Bastarán unas cuantas escuadrillas de aviones y unos centenares de pilotos aviadores como fuerzas de ataque. El resto, la población civil, cumplirá trabajando, como ahora, para la guerra y esperando la muerte. Un ratito de vuelo sobre Nueva York, Londres, París, Berlín, unas toneladas de bombas cargadas de gases asfixiantes o de bacterias, y esas ciudades se

convertirán en cementerios y en focos de infección. ¿Qué falta hacen soldaditos? Hemos progresado tanto que es suficiente para destruir el mundo que a un vesánico con poder y contando con algunos químicos, varios bacteriólogos, unos millares de mecánicos y dos docenas de aviadores intrépidos se le antoje quedarse solo.

«Meditad un momento, y decidme qué papel pintan en el mundo y en el actual momento histórico esos millones de soldados con sus vistosos uniformes y sus brillantes arreos militares, que hacen ejercicios en los campos de instrucción y deslumbran a los babiecas en paradas y en correctos desfiles.

Un silencio agobiante siguió a estas palabras.

Evidentemente, el mundo corre alocado hacia su propia destrucción.

¡Salve, salve, homo sapiens, rey de la creación, soberano de la Tierra! ¿Qué te falta? Transmites tu pensamiento y tu figura a través de las ondas aéreas; te meces en el espacio azul en la cabina, en el vientre, de pájaros mecánicos que tu ingenio descubrió y tu habilidad guía; navegas sobre y bajo las hirvientes olas del mar; no existen para ti las distancias y cada día es menos necesario el esfuerzo físico; mandas la muerte a través de centenares de kilómetros; no hay quien te resista. Has progresado tanto que por doquier siembras maravillas dejando atrás las prodigiosas quimeras

imaginadas por nuestros abuelos. ¿Qué te falta, pues? ¿Por qué no eres feliz? Te falta, ¡ay!, ese chispazo de luz que es la conciencia. Eres grande, sí. Bajo la bóveda de tu cráneo nacen resplandores que iluminan el Universo, fuerzas que te dan la audacia necesaria para intentar dominarlo todo, pero te falta algo esencial. Muñeco maravilloso, mas incompleto. Eres cobarde y cruel. Puedes dominar la vida, poseerla plenamente, gozarla hasta la saciedad, multiplicar sus encantos y sólo eres un harapo vil, un esclavo de la Muerte. ¡Maldito seas, homo sapiens, maldito seas...!

Pero, no. Tú rectificarás. Todavía eres un ciego que busca a tientas su camino. Lo encontrarás. Lo encontrarás acuciado por tus dolores, y entonces ningún dios será más grande que tú ni más magnánimo. ¡Busca, busca!

Como un relámpago pasaron estas ideas por la mente de Guillermo. Tal vez sus contertulios pensaron lo mismo, o quizá no pensaron nada.

Silencio. Silencio pesado, abrumador como una túnica de plomo.

Nieto fue el primero en reaccionar.

¡Mozo! –gritó–. Tráete una copa de ron dulce.

Después, encarándose con sus amigos, dijo:

¡Qué puñetas! Puesto que vivimos de milagro... ¡vivamos!

Desde ahora no tendré más preocupación que gozar lo más que pueda, molestándome lo menos posible. Este mundo es una porquería.

De todos modos habría que hacer algo –expuso con gravedad Guillermo.

¿Para qué? –respondió Nieto–. De cualquier manera pueden rompernos el alma cuando se les antoje.

Ciertamente –dijo Gabriel–, Pepe tiene razón, pero yo estoy con Guillermo. Hay que hacer algo y hay que hacerlo con toda urgencia.

Sí, pero ¿qué? –concedió e indagó Pepe.

Lo que sea –repuso Guillermo–. Cruzarse de brazos es cobardía criminal. Si de todas maneras estamos destinados a morir en la próxima guerra, vale más perecer luchando para evitarla. Es más digno.

Sí, pero es preciso hallar la solución –reflexionó Pepe–. Ya veis que fracasó Versalles, fracasó Locarno y que en Ginebra los hombres más conspicuos de todos los países no hacen más que ejercitarse en torneos oratorios que nada resuelven.

No quiero yo decir que nos entretengamos en hacer discursos –repuso Guillermo.

Entonces, ¿qué? –insistió Pepe.

No sé... Algo... –dudó Guillermo.

Después, tras un instante de vacilación, concluyó por decir:

La verdad es que estoy completamente desorientado. Vengo meditando acerca de todo esto desde hace una porción de días y aun no he sacado nada en limpio.

No lo dudo –repuso Pepe–. El problemita se las trae.

Sin embargo, debe tener solución –observó Gabriel.

¡Claro! Con que se una Europa en una Liga de Naciones y se lleve a cabo el desarme, ya está –afirmó Sureda.

¿Y América y Asia? –inquirió Pepe.

Seguidamente razonó:

No se resolvería nada desarmando un continente mientras los restantes se mantengan en pie de guerra. Además, la creación de una especie de Estados Unidos de Europa ofrece muy serias dificultades. Habría que dar a los Estados de la Unión cierta homogeneidad respetando en lo posible la idiosincrasia particular de cada uno. Y ¿qué patrón adoptaríamos? ¿Aceptaríamos la forma de gobierno de las Repúblicas Soviéticas o la de la monarquía democrática de Inglaterra? ¿Llegaríamos a ponernos de acuerdo? No me

parece fácil. Pero, aun conciliando felizmente tan opuestos intereses, no adelantaremos gran cosa. La guerra entre naciones de un mismo continente quizá se evitaría, lo que no es muy seguro, mas de continente a continente serían inevitables, y esto es un serio obstáculo para el desarme. No es de ayer que el Japón y Norteamérica se enseñan los dientes por la hegemonía en el dominio del Pacífico que ambas potencias se disputan. Por otra parte, la rivalidad entre el Tío Sam y John Bull⁵⁶, se acentúa más cada día y se traduce en el aumento de los efectivos navales y militares de ambos colosos. Por si no fuera esto bastante, ahí están Rusia y la China dándose de cintarazos. Como veis, el asunto ofrece más espinas que un puerco espín, y no hay por donde cogerle sin hacerse daño.

Verdaderamente, eso del desarme es cuestión muy delicada –dijo Gabriel–. Sería equivalente a desarmar a un explorador en medio de una selva poblada de bestias feroces.

Justo –aprobó Nieto.

Pues en ese caso –observó Sureda–, lo mejor es dejarlo estar.

Dejarlo estar, no –replicó con viveza Guillermo–. Es decir, al menos yo no pienso dejarlo estar. La guerra es criminal,

⁵⁶ Tío Sam, suele designar al capitalismo estadounidense y John Bull al inglés. [N. d. T.]

inútil, odiosa, y es el hombre el llamado a evitarla. Por difícil que sea el problema, hay que resolverlo. Y hay que resolverlo sobre la marcha.

Pues, querido, no sé cómo te vas a arreglar –contestó Sureda.

Yo tampoco –concedió Guillermo–, pero es seguro que algo haré.

Otra vez reinó el silencio y ahora definitivamente.

La tertulia se disolvió.

Gabriel y Pepe, se encaminaron hacia el Puerto. Sureda, con su aire encogido, enfiló la Cuesta del Conquistador. Guillermo y Nieto se dirigieron al Borne.

Las cuatro. El sol pone áureos reflejos en las fachadas de las casas. El día, al declinar, ha refrescado un poco. En las calles reina menos animación.

VII

Sin cambiar ni una sola palabra, siguieron Nieto y Guillermo, Borne adelante hasta la calle de la Unión. Guillermo se hallaba excesivamente preocupado para iniciar y sostener un diálogo cualquiera. Su cerebro era una especie de enjambre zumbador de ideas apenas delineadas. La confusión que le poseía, antes había aumentado que disminuido con el coloquio sostenido en el Alhambra.

Siempre en silencio enfilaron la calle de la Unión. Al pasar por el jardín de la Plaza del Mercado, especie de glorieta que adopta la forma de un trapezoide en la cual entre el follaje de las palmeras y los pinos, y entre artísticas canastillas y lujuriosos cuadros de adormideras de todos los colores, se ha erigido recientemente un monumento a la memoria del ilustre mallorquín don Antonio Maura, Nieto aventuró una observación respecto a dicho monumento, a la que Guillermo respondió con un gruñido. Sin discutir el mérito artístico del monumento destinado a perpetuar la memoria

del hombre que en vida influyó tanto en la política española, ni detenerse a analizar sus merecimientos, lo cierto era que no le gustaba. El pedestal, color de chocolate, recuerda, visto a distancia, el conocido cromo que simboliza la escala de la vida. En la cúspide yérguese la estatua en bronce de Maura en actitud tribunicia que no tiene nada de particular y abajo, destacándose contra el pedestal y como ofreciendo alguna cosa al renombrado hombre público, una escultura de mujer en mármol blanco, lo mejor logrado del monumento. No. No le gustaba. Es cierto que no le gustaron nunca esta clase de monumentos en los cuales la hipocresía humana rara vez rinde respetuoso homenaje al mérito verdadero.

Al llegar a las escaleras del Principal, lugar animadísimo, especialmente durante las horas de la mañana, pues parece una feria por la infinidad de puestos, tenderetes y paradas en los cuales se exhiben los artículos más diversos y que sitúan en el graderío vendedores ambulantes de todas las categorías que ofrecen a voz en grito sus mercancías y de la misma manera discuten, regatean y efectúan sus transacciones, los dos amigos se separaron.

Guillermo siguió por la acera del Principal hacia la Rambla.

¿Adonde iría?

Siguiendo por la Rambla, solitaria ahora, hacia el Instituto, llegaría a cierto pisito en el cual podía pasar agradablemente unas horas al lado de Margarita, amable muchacha cuyo

boato y lujo él sufragaba a cambio de sus complacencias y de una dudosa fidelidad.

Tal vez obraría acertadamente procurando ahogar sus cavilaciones entre los brazos sedosos y mórbidos de su bella amiga. No sería la primera vez. Ya en otras muchas ocasiones fueron sus arrumacos y caricias excelente antídoto contra el veneno de sus cogitaciones y no había una razón plausible para suponer que no sucediera ahora lo mismo...

Durante un breve espacio de tiempo se entregó a tal idea con viva complacencia.

Rememoró la historia de aquellos amoríos.

Conoció a Margarita en uno de esos bailes de máscaras que suele organizar con su buen gusto insuperable La Velada.

El aburrimiento le llevó al baile y el aburrimiento le indujo a enzarzarse en un chispeante coloquio con la atrayente mascarita, a quien sentaba a las mil maravillas el traje de payesa rica que adoptó como disfraz. Estaba deliciosa. ¡Qué cuerpo! Era una escultura viva. Y traviesa y zalamerilla que no había más que pedir. Hasta tal punto rayaba en esto, que de no pronunciar tan correctamente el mallorquín la hubiese creído Guillermo forastera, ya que las mujeres del país ni amando de veras suelen pecar de excesivamente cariñosas.

Le gustó. Y cuando se quitó el antifaz acabó de volverle loco. ¡Era monísima! Lo que se dice una preciosidad. Una

morenaza de ésas que harían pecar a un santo y convertirían en disoluto e incorregible libertino al más austero anacoreta. Nada. Que Guillermo quedó prendido en la invisible red de sus hechizos y estaba dispuesto a hacer cualquier disparate por gustar el sabor de los besos de aquella boca carnosita, incitante y encendida como una amapola.

Lo que aconteció después, ni él mismo sabría explicarlo.

Margarita fue suya y lo fué, sin duda alguna, con la aquiescencia de los padres que la preferían bien acomodada a mal casada. Es decir, que antes que legítima esposa de un modesto artesano la querían protegida por un señor que la tratara bien y no fuera muy tacaño.

Este extremo nunca lo pudo poner en claro Guillermo. Deducía que así debía ser, por cuanto no hubo que vencer obstáculos de mayor monta para realizar sus propósitos *non sanctos* y porque, además, entre la hija y los padres no se alteraron lo más mínimo la cordialidad de las relaciones después de lo sucedido y se visitaban mutuamente con toda naturalidad.

No concebía Guillermo una moral tan elástica y acomodaticia, mas hubo de rendirse a la evidencia cuando comprobó en su trato íntimo con Margarita que ella conceptuaba aquello como el ejercicio de una profesión cualquiera ni más ni menos deshonrosa que otras, y, en cambio, más cómoda y productiva.

Aunque tan singular criterio simplificaba mucho la cuestión, pues le eximía de toda responsabilidad moral y le ponía a salvo de posibles complicaciones sentimentales, enfrió mucho los entusiasmos de Guillermo. Al hombre le place sobremanera aderezar estas cuestiones con la salsa del engaño. Aun en el amor venal desea aparecer como conquistador irresistible y quiere que así se le considere, aunque él esté persuadido de que no pasa de la categoría de comprador o alquilador de una mercancía expuesta al público y adjudicada al mejor postor. Por eso a Guillermo le picó en lo más vivo la cruda franqueza de su conquista. Le hubiera complacido más que ésta hubiese fingido hallarse subyugada por el amor.

A pesar de todo se aficionó a ella más de lo regular. Preciso es consignar en su abono que Margarita valía la pena. Como mujer, físicamente hablando, era un ejemplar estupendamente bien logrado. Alta, esbelta sin ser delgada, bien modelada, guapa, parecía una diosa pagana. Hermosa no podía serlo más. Y, además, simpática, amable, entretenida, poco exigente, con mucha pupila para darse cuenta al primer golpe de vista del estado de ánimo de él y gran ductilidad de carácter que le permitía callar y hablar a tiempo y, sobre todo, cariñosa y de un buen humor inalterable.

Al principio dejaba algo que desear su trato y se comprende fácilmente teniendo en cuenta la humildad de su origen. Pero el tiempo, su voluntad, sus cualidades de

adaptación y las lecciones de él, ayudadas por la observación y el estudio, hicieron de ella una perfecta señorita, en la cual era difícil reconocer a la muchacha disfrazada de payesa y encontrada una noche, por casualidad, en un baile de máscaras.

A la sazón hacía seis años que duraba aquel enredo.

Guillermo y Margarita se llevaban bien. No disputaban por nada. Nuestro amigo era lo bastante sensato para cerrar bondadosamente los ojos ante algunas veleidades de ella y ella por su parte, era lo suficiente discreta para evitar ponerle en ridículo de una manera muy ostensible.

Claro está que el apasionamiento de los primeros tiempos había remitido tanto en él que casi había terminado. Iba con mucha frecuencia a visitarla, pero más bien atraído por su agradable trato que por el incentivo poderoso de sus encantos físicos. Y lo cierto era que a su lado se encontraba muy a gusto.

Sí. Lo más acertado era ir a esperar la hora de cenar charlando con ella. Era preferible eso a calentarse los cascos pensando en cosas difíciles de las cuales no sacaba, a lo mejor, nada limpio. Nada. Decididamente optaba por ello. Pero...

Vaciló. Consultó, irresoluto, el reloj. Pronto serían las cinco.

¡Bah! Para charlar de cosas frívolas no se hallaba en las mejores condiciones y para escarceos sexuales no estaba de humor. No. No iría. Por otra parte, aunque se hiciera el ánimo y fuera, no lograría nada. Comprendía perfectamente que hiciera lo que hiciese, no dejaría de cavilar en la inquietante cuestión que ocupaba totalmente su pensamiento y le robaba todo sosiego. Había que pensar... Tenía que continuar pensando...

No comprendía bien en virtud de qué fenómeno no se le había ocurrido hasta hoy que tenía el deber ineludible, no sólo de pensar, sino de hacer algo práctico para salvar la civilización en quiebra, mas lo evidente era que este pensamiento había dado fe de vida inopinada e inesperadamente y se había posesionado en el transcurso de unas horas de todo su ser. Era como si hasta entonces hubiera caminado a tientas en la noche y de pronto se hubiese alzado en el horizonte una luz trazando en rápido relampagueo una interrogación misteriosa y obsesionante.

Sí. El problema presentóse de improviso. Y ¡con qué caracteres! Él, que invirtió los mejores años de su existencia luchando para crearse una situación independiente y sólida con la mira puesta en vivir al margen de toda inquietud, sin ver en la vida otro objetivo, se halló de pronto y cuando todas sus aspiraciones se habían convertido en realidades vivas, con que la vida es más, con que no radica todo en crearse uno a sí propio un mundillo, sino que es preciso también preocuparse de los demás, del gran mundo sobre

cuya accidentada superficie pasan ambicionando, sufriendo, odiando y amando, tantos millones de criaturas. Y se encontraba con un mundo derruido, en franca bancarrota, que era urgente reconstruir, no sólo obedeciendo al nobilísimo sentimiento de humana solidaridad, sino por egoísmo animal, por instinto de propia conservación, ya que, en la enorme crisis que atravesaba la humanidad, si no se acudía pronto con el remedio eficaz, se hundiría todo estrepitosamente.

¡Caramba! El problema no era cuestión de poco más o menos.

Antes de la Gran Guerra, el mundo marchaba mal, pero marchaba. Los viejos procedimientos, la organización de la sociedad, si no perfecta, era soportable y en apariencia suficiente. Existía un principio de autoridad en cierto modo desprestigiado, mas respetado en esencia y aceptado universalmente. La entidad gubernativa parecía eficiente y capaz. La religión cristiana, aunque maltrecha y malherida por las críticas demoledoras del librepensamiento y por el desenvolvimiento progresivo de las ciencias, todavía tenía un valor apreciable como sistema moral enraizado en las costumbres. Los sistemas políticos y económicos daban la sensación de algo defectuoso en su organización, pero perfectamente en armonía con los intereses generales de la comunidad social. Había ideales, en suma, y una civilización compleja y, al parecer, sólidamente fundamentada.

Pero estalló la guerra y todo se derrumbó cual un edificio pesado mal apuntalado, construido aprisa y sin precauciones sobre cimientos de barro. El prestigio de la autoridad se hizo pedazos; la autoridad gubernativa no se halló en ningún país al nivel de las circunstancias; los sistemas políticos y económicos demostraron patentemente su imprevisión e impotencia; los militares resultaron aprendices de guerreros harto atrasados en los menesteres de su profesión; el cristianismo sufrió el más rudo y certero golpe en el corazón de su credo de paz y de amor al tener que aceptar la horrible realidad de la matanza; el socialismo y con él todos los ideales que preconizan el desarme y la paz universal, hicieron quiebra escandalosa al aceptar y prestar ayuda al bárbaro conflicto; la civilización que no supo prevenir la guerra ni pudo facilitar el laurel de la victoria a ninguno de los bandos en lucha (pues la contienda terminó a causa del agotamiento de los contendientes y dejando en todos un sedimento de repugnancia, cansancio, vergüenza y odio) quedó fragmentada y cubierta de ignominia. Todo, absolutamente todo, quedó destruido y con la agravante de que en el general naufragio no había quedado a flote ni la tabla más insignificante a que asirse para tomar algún respiro y otear el horizonte para emprender una ruta nueva que ofreciera posibilidades de arribar a puerto seguro.

Faltó la fe. Nadie creía en nada. El mundo de la postguerra era un mundo de apetitos desordenados y groseros. Ostentaciones de nuevos ricos sin pizca de espiritualidad.

Trepidación y dinamismo sin objeto. Afán de vivir superficialmente. Hambre. Calamidades. Revoluciones. Dictaduras rojas y blancas. Destrucción. Desquiciamientos. Oleaje de locura entre el cual no se veía brillar ni el más fugaz chispazo de un propósito de estirpe noble, de superior categoría.

¿Ideales? ¡Bah! ¿Qué ideales? ¿Fueron capaces de evitar el desastre? Lo que urgía era vivir, aturdirse, resarcirse de los dolores y privaciones y zozobras de los años de guerra. Nada de ideales. El romanticismo es una memez. A lo práctico. A conquistar una posición sea cómo sea. Y venga charleston, blakbottom y jazzband. La vida es una gran mentira. La civilización, unas cuantas frases sonoras y... mucha porquería. Nada de cosas serias. A llenar la andorga y a reír.

Y la prensa se hizo aun más trivial y anodina, cosa que parecía imposible. Las glorias nacionales fueron el púgil afortunado, el futbolista de moda, el campeón de no importa qué deporte. La preocupación predominante en la juventud, la suprema distinción, saber trenzar el tango en boga o el último grito de los dislocantes bailes exóticos, estar informado minuciosamente de lo que sucede y de lo que va a suceder en el mundillo deportivo, conceder una importancia capitalísima a cosas tan trascendentales como los concursos de belleza, de cocktails, de pantorrillas, de... narices. La literatura se hace pedestre, cultiva el chiste chabacano, la majadería, la idiotez quintaesenciada y disfrazada, mal desde luego, su absoluta inanidad con la

capa de un seudohumorismo que se queda muy por debajo de la vulgar payasada, ya que ni siquiera emociona, ni hace reír, ni inspira otro sentimiento inmediato que el de odiar la letra impresa. Menos mal que nadie lee.

Entretanto los que gobiernan los Estados, abominando de las aventuras guerreras y temiéndolas, se preparan concienzudamente para el próximo estallido. Caminan a ciegas. En el universal desconcierto no saben hallar un sendero practicable. Discuten. Organizan conferencias internacionales. Elaboran proyectos. Pretenden crear ligas de naciones y tribunales especiales para que la diplomacia dirima todos los *casus belli* y evite la guerra. Todo inútil. Se discursa excesivamente y no se hace nada positivo. Una palabra es suficiente para catalogar y reducir a un común denominador a todos estos retóricos que hablan, hablan, mientras sus respectivos países se preparan mutuamente para romperse el alma con el máximo de garantías en la primera ocasión: INCAPACES. Y lo son incapaces. Si saben que no pueden imponer la paz, ¿por qué charlan tanto? Valdría más que callaran. Al menos no pondrían tan en evidencia su absoluta incapacidad. Ni harían el ridículo. No se cura tan arraigado mal con cataplasmas de retórica indigesta. Soluciones, soluciones. La palabra está desacreditada, es un valor en baja que no engaña a nadie. ¡Se ha abusado tanto de ella!...

A vuelta con estas ideas, subió Guillermo por la pina calle de los Olmos y se halló, sin saber cómo, en la de San Miguel.

Estaba cansado. ¡Si pudiera imponer silencio, dominar como se domina a un niño, su facultad de pensar!...

Pero, ¡ca! El pensamiento continuaba burbujeando en su cerebro como las pompitas de ácido carbónico en la copa llena del espumoso champaña. Y le torturaba atrozmente. ¡Maldita preocupación! ¿Por qué se le había ocurrido enfrascarse en el estudio de tan endiablado asunto? ¿Qué podía hacer él?

Calle de San Miguel adelante, en dirección al centro de la ciudad, continuó rumiando sus ideas.

Los escaparates y las tiendas, ya iluminados, reflejaban sobre el pavimento de las aceras rectángulos de luz pálida.

La calle ofrece el espectáculo de una gran animación. Las aceras están ocupadas por pelotones de obreros que, terminada la diaria jornada, tornan a sus respectivos hogares.

Guillermo salió, por una travesía estrecha, a la plaza del Aceite, y de ésta, por la calle del mismo nombre, a la del Sindicato, que se hallaba también a tales horas concurridísima.

Una vez en su casa suspiró con cierto alivio.

Se encaminó directamente a su despacho, en el cual no tardó en reunírsele Magda.

¿Qué? –preguntó ésta jovialmente–. ¿Se han disuelto tus preocupaciones al claror del día?

A la inversa –repuso él–. Se han agudizado.

Mal síntoma.

Malo, ¿por qué?

Porque la persistencia de esa preocupación puede degenerar en idea fija.

Pues no la puedo desechar. La rechazo y vuelve a mí como el abejorro que se empeña en pasar a través del cristal de una vidriera: con doble ímpetu.

Magda hizo un gesto de incompreensión y dijo:

–Pero ¿cómo se te ha ocurrido meterte en semejante berenjenal? Bien dice el adagio que cuando el diablo no tiene nada que hacer se entretiene en matar moscas con el rabo.

Hijita, el cerebro es como una habitación abierta y las ideas se cuelan en él como Pedro por su casa: sin pedir permiso.

Pues hay que desalojarlas o dominarlas.

Eso procuro.

Pausa.

Magda puso la mente en actividad para hallar un motivo de conversación que desviara la atención de su hermano hacia otros cauces. Inútil esfuerzo. También ella sentíase extrañamente atraída por el mismo problema. Durante el día había meditado mucho y encontraba un interés creciente en el asunto que lentamente, pero de modo seguro, se posesionaba de ella.

Con tanta atención como Guillermo había leído todas las novelas de guerra traducidas al castellano en los últimos tiempos y se había estremecido con tan cruentos relatos. Claro que conceptuaba la guerra como una calamidad inevitable y ni por un momento se le ocurrió pensar que hubiera quien pensara seriamente en evitarla. La conversación sostenida con su hermano aquella mañana, la indujo a creer todo lo contrario y hasta a desear, si llegaba Guillermo a perseverar en sus ideas y se disponía a hacer algo en pro de la paz, ayudarle en cuanto de ella dependiera.

Al cabo de un rato dijo:

– También yo he pensado sobre el particular. Con menos vehemencia y exclusividad que tú, claro está, pero, vamos, también he pensado lo mío.

Es natural –repuso él–. Yo creo que es una cuestión interesantísima para toda persona que tenga dos dedos de luz y un adarme de sensibilidad.

Calló un momento para preguntar después, con mal disimulado interés, a su hermana:

¿Y has llegado a sentar alguna conclusión?

Reflexionó ella y luego dijo:

En definitiva, no. La guerra sigue pareciéndome una calamidad pública inevitable mientras no se imponga el buen sentido y sea posible el desarme universal.

«Largo plazo me ponéis» –declamó él, entre festivo y grave.

¡Pchs! Ya he dicho que no logro ver claro en el fondo de la cuestión.

Es intrincada y difícil.

Sin duda alguna.

Nueva pausa.

Guillermo succionó repetidas veces la punta del cigarrillo y arrojó sendas bocanadas de humo al espacio.

Naturalmente –dijo al fin–, el desarme universal sería un seguro contra la guerra efficacísimo, pero es quimérico esperar que se lleve a cabo, al menos con la urgencia necesaria. Todo el andamiaje social de nuestro tiempo se cimenta y gravita sobre la punta de las bayonetas. Suprímelas de golpe y

porrazo y sobrevendrá el caos. Es una necesidad vital del Estado mantenerse armado y en pie de guerra, no sólo para intimidar a los enemigos exteriores y salvar la integridad del territorio nacional, sino para sofocar en todo momento las manifestaciones del descontento en el interior. Has de tener en cuenta que existe en el orden social una desigualdad irritante que sólo por la fuerza puede ser mantenida y, por tanto, no pueden deponerse las armas mientras subsista esa desigualdad. Quizá si existiera un partido internacional poderoso fuertemente interesado en acabar con toda manifestación de violencia y al tanto de lo que es necesario hacer para eso, el desarme sería factible. Mas ese partido no existe. Ni ese ni ninguno. La guerra ha tenido la triste virtud de destruirlo todo. Ahí radica, precisamente, la mayor dificultad que ofrece la solución del problema. Es preciso hacer mucho y apenas contamos con nada.

¿Tienes en cuenta el sentimiento de patria?

No. ¿Por qué lo preguntas?

Como hablas de un partido internacional...

La idea de humanidad debe anteponerse al sentimiento de patria cuando se trata de la paz del mundo. Por otra parte, con el establecimiento de una verdadera cordialidad en las relaciones entre los hombres y los pueblos, el patriotismo evolucionaría enormemente hasta el punto de hacer del planeta una sola patria, unida, feliz, próspera y grande. Lo

malo es que no existe ese partido. ¿Ves tú? Si el comercio y la industria se dieran cuenta de lo que no convienen las guerras a sus intereses, éstas no se producirían. El comercio y la industria son, en esencia, internacionales, y, como entidades abstractas, carecen de patria. Lo que sucede es que, en ciertos aspectos, creen que las guerras les favorecen y antes las fomentan que las evitan. Repara que las guerras modernas obedecen en la mayoría de los casos a la necesidad de conquistar mercados y de arruinar a competidores molestos. El progreso industrial, intensificando la producción, se ve obligado a dar salida a sus productos o a sujetar su actividad productora al ritmo regular de una especie de diástoles y sístoles en el que alternan las épocas de laboriosidad con las de descanso. Ahora bien: si se hace esto último es inevitable la guerra dentro de casa, pues la inmensa falange de obreros sin trabajo alterarían el orden social establecido acuciados por el hambre. Es más lógico procurarse mercados, sea como sea, y cuando las condiciones impuestas por la libre competencia son intolerables, entonces cualquier pretexto es bueno para venir a las manos y la guerra se produce.

«Cierto que las ventajas así obtenidas son pura ilusión. En el mejor de los casos, ambos grupos beligerantes quedan arruinados, destrozados para una regular temporada, con lo que hartos harán con atender a las propias necesidades. Los mercados conquistados, si se conquistan algunos, representan bien poca cosa aun en el caso de que el

vencedor pueda atender inmediatamente a las necesidades de éstos por haber quedado en estado floreciente su industria después de la victoria, pues ha de tenerse en cuenta que una nación no vende sus productos y manufacturas por contar con un ejército poderoso e invencible, sino por la insuperable calidad y baratura de los mismos comparados con los de sus competidores.

«Además, los gastos que ocasiona la guerra, mantener y aumentar los efectivos militares en tiempos de paz, vigilar las fronteras y las costas para evitar el contrabando, y sostener una verdadera legión de empleados que hacen la función del perro del hortelano, superan en mucho a los beneficios obtenidos con la conquista de algunos mercados, y todo esto sale de los bolsillos del contribuyente. Está claro como la luz del día y es preciso que el Comercio, la Industria y la Banca, cierren los ojos para no verlo. Es verdad que algunos se benefician con la catástrofe: el Comercio vende como le da la gana los géneros buenos y los averiados, aprovechando el universal desconcierto y la universal escasez; la Industria liquida sus productos rápidamente y a un precio que no soñó alcanzar en tiempos normales; la Alta Banca negocia empréstitos fabulosos en condiciones inmejorables. Pero todo eso es pura ilusión. Tras la época de las vacas gordas viene pisándole los talones la época de las vacas flacas. El país se empobrece, el desenvolvimiento normal de la vida sufre graves quebrantos y, finalmente, cuando las cosas tornan a sus cauces ordinarios, nos

hallamos con que algunos audaces se han enriquecido fabulosamente, mas en sentido general, reina la más desoladora ruina, es decir, que la colectividad no ha sacado del conflicto sino perjuicios innumerables y una agudización notoria de sus males de siempre. No hay más que tener en cuenta que, para que la Banca se desenvuelva bien, es necesario que el Comercio y la Industria se hallen en estado floreciente y que esto sólo puede lograrse con la paz, ya que la guerra lo paraliza bruscamente todo, excepción hecha de lo que a su desarrollo y sostenimiento contribuye.

¡Vaya un parrafito, hijo mío! ¡Cualquiera adivina adonde vas a parar!

No es preciso adivinarlo, pues yo lo explicaré si no te fastidia oírme.

¿Fastidiarme? No. Al contrario, me interesa mucho.

Pues bien; si las tres potencias aludidas unidas por la comunidad de intereses, ya que representan la producción, la distribución y el cambio, comprendieran que la guerra no las favorece en lo más mínimo, la paz sería un hecho acto seguido. Y obtendríamos, automáticamente, un beneficio positivo y seguro, puesto que la extinción de la guerra determinaría el desarme y licenciamiento de los ejércitos y, como es natural, la anulación de los enormes presupuestos que traen a mal traer el Tesoro Público de todas las naciones. ¡Calcula la cantidad de energías y de millones que nos

obligan a gastar el miedo, el recelo, la desconfianza, y cuántas cosas útiles y bellas podrían llevarse a cabo con todo ello bien invertido! Como que, actualmente, se nos puede aplicar el contenido expresivo de la leyenda del rey Midas: somos ricos y nos morimos de hambre.

«La organización, pues, existe. Lo que ocurre es que está mal orientada. Erróneamente se cree que la guerra es beneficiosa en el sentido económico, por lo menos, para el que de ella sale victorioso, y no se quiere ver que todos salimos de ella vencidos, empobrecidos y maltrechos, y, lo que es peor, sin gloria. Observa que el vencedor ha de imponer una indemnización de guerra al vencido que le compense de los gastos y que éste, hallándose exhausto, difícilmente puede atender. Claro que el primero puede anexionarse una parte del territorio del segundo, pero en este caso resulta más caro el collar que el perro, ya que el beneficio así obtenido lo anula el gasto que impone un ejército de ocupación. En el mejor de los casos al vencedor le cuesta el dinero conservar su conquista. ¿Dónde radica entonces la utilidad de la guerra?

«En otros tiempos, la guerra, a pesar de su brutalidad específica, era un arma civilizadora, pero hoy no. La civilización no necesita para expandirse y llevar sus beneficios a los rincones más apartados del planeta, de ese bárbaro y cruel procedimiento. Es la paz, la paz bien afianzada en el interior y en el exterior, el principal elemento civilizador, puesto que es en el seno de ella que se

desenvuelven las artes, se perfecciona el hombre y se aumenta el patrimonio universal del progreso y de la cultura.

Magda observó atentamente a su hermano unos instantes y dijo:

Ahora empiezo a ver claro, pero...

Pero ¿qué?

Se me ocurre pensar que tenemos guerra para rato.

Y no vas descaminada.

¿No será entonces absurdo preocuparse de lo que no tiene remedio?

¿Absurdo? No, querida. Nada de absurdo. El mal existe y extirparlo no es empresa fácil, pero tiene remedio. Que tengamos que padecer aún durante algún tiempo el flagelo de la guerra no quiere decir que así deba ser siempre.

No. Pero oponer al torrente que se desborda impetuoso la pobre resistencia de un débil junco, no es sino una locura.

Concedido. Mas ¿no encuentras de una belleza sublime el valor suicida del débil junco que desafía el ímpetu del torrente?

Belleza, quizá.

Bien. Pues yo quiero ser ese junco y desafiar a pie firme el ciego torrente belicoso. ¡Quiero! Entre el clamor horrísono que levantan los émulos de Atila, quiero que se alce estentórea mi voz de enemigo irreductible de la barbarie, y en la noche sombría y tenebrosa que nos envuelve quiero que mis ideas de paz rutilen como las chispas de un incendio, que esclaten en claridades como el resplandor de la aurora, que iluminen esplendorosas como constelación de soles.

¡Retórico! –iba a decir Magda. Pero se contuvo. Cada vez que Guillermo pronunció la palabra quiero vibró en ella una fuerza desconocida, sonó como un cañonazo disparado por la voluntad.

Literalmente, la frase resultaba artificiosa y amañada, pero el tono en que pronuncióse, la dió valor de cosa nueva, de algo salido del alma, y, por tanto, absolutamente sincero.

Así, pues, reprimió su impulso. Contempló a su hermano con una expresión en la cual se aleaban casi en igual proporción la extrañeza y una simpatía nueva. ¡Magnífico! Era un hombre nuevo y era su hermano el hombre que hablaba así. Impulsos la acometieron de colgarse a su cuello y llenarle el rostro de besos. ¡Bravo! Allí había ímpetu y fuerza. Sí. Vale más ser junco sabiendo uno que lo es y desafiar al torrente no ignorando su fuerza indómita.

¡Ah, quiere! –exclamó.

Y la misma vibración extraña que su hermano dió al vocablo, imprimióle ella inconscientemente.

Sí. ¡Quiero! –afirmó él–. Quiero y... algo grita en mi interior que también puedo. He pasado lo mejor de mi vida comprando y vendiendo pieles y amontonando oro. Mientras los hombres gemían bajo la metralla, la bestia rapaz que hay en todo mercader extendió sus zarpas y guardaba para mí cuanto se ponía a mi alcance. ¿Para qué tanta codicia? Para poder llenar la andorga holgazaneando. Es decir, qué todo en la vida lo cifraba en las exigencias de mi estómago. ¡Oh, qué ideal más sucio y repugnante! Pues bien, no. La vida es más. No comprendo su objetivo, pero, de todos modos, no puede ser el de comprar y vender. Hay algo más. Es preciso prodigarse en acciones bellas, no ir al hombre con la sonrisa en los labios y la idea puesta en saquearle el bolsillo, sino tenderle la mano cordialmente y conducirse con él como con un hermano. ¡Hermano, no mates! ¡Hermano..., hermano! Y que ese trisílabo se clave en todas las almas, haga sonreír todos los labios, ponga oleajes de ternura en todos los pechos. ¡Hermanos! Y el hambre, la desigualdad social y el inútil dolor físico, desaparecerán, quedarán enterrados bajo montañas de amor. ¡Hermanos..., hermanos!

Hubo una nueva pausa.

Sin querer se había dejado llevar Guillermo de la emoción. Procuró serenarse y después dijo:

– Pero no es esto precisamente lo que deseo hacer. Quiero trazar a mi vida una ruta y seguirla impertérrito. Llevar a cabo una obra de amor, serenamente, vigilando mi ternura y no dejando desbordar las fuentes de mi sensibilidad. Comprendo que no son lágrimas sino razones lo que necesita nuestra época, y, aunque debe henchirse la obra de emoción, hay que darle también una profunda significación humana. ¡Ah! No temas que haga el ridículo dejándome llevar de sensiblerías.

– Bueno. Pero ¿qué es lo que harás?

– Aun no lo sé. Desde luego, laborar por la paz. No sólo por la paz entre los pueblos, sino por la concordia entre los hombres. La obra es gigantesca y aun no veo claro cómo debo acometerla. Me esperan grandes sinsabores pues he de ponerme solo frente a todos, pero poseo dos palancas poderosas: la voluntad y el dinero. No venceré, claro. Mas habré trazado un camino y... habré vivido. Como el personaje de Pirandello podré decir la víspera del comienzo de la empresa magna: la vida comienza mañana.

– ¿Y entretanto?

– Entretanto, pienso. Soy como el estratega que prepara el plan de una gran batalla.

– Y... ¡viva la paz!

Guillermo rompió a reír.

– Tienes razón –dijo–. Soy un guerrero pacifista. ¡Qué le hemos de hacer! Amo la paz y quiero encender y avivar una guerra gigantesca.

Pero no hay en ello contradicción. Mi paz es la guerra contra lo perverso, lo injusto y lo nocivo. ¡Santa guerra!

Nuevamente reinó el silencio en la estancia.

No lograba comprender Magda la amplitud de los propósitos de Guillermo, mas advertía en él una voluntad resuelta y pronta a obrar, y esto le producía cierta inquietud. Intuía que una vez lanzado, fuese cual fuese la senda emprendida, nada sería capaz de contenerle. Le conocía perfectamente.

Su carácter no respondía al tipo corriente del mallorquín que discute a voces con vivacidad y apasionamiento cualquier nonada y, no obstante, siempre le parece pronto para obrar. Él no era así. Ganado por una idea, perseveraría en ella y la llevaría a marchas forzadas hasta sus últimas consecuencias.

Suspiró profundamente y dijo:

No sé lo que tramas, pero, sea lo que sea... no estarás solo.

El la tomó una mano, estrechándosela efusivamente, y repuso con ternura:

Lo sé, Magda. Tú estarás conmigo, por mí, por el profundo afecto que nos une y porque la obra vale la pena. ¡Tú lo verás!

Y ahora, el beso casto y puro, encendido en fervor fraterno, se deshojó sobre la frente de ella y llenó los ámbitos del despacho con un chasquido suave.

VIII

Contra lo que esperaba Guillermo, dado su estado de ánimo, apenas se dejó caer en la cama, y eso que se acostó más temprano que de ordinario, se quedó profundamente dormido. Una cosa le sorprendió: tenía conciencia de que dormía y, no obstante, pensaba. Es preciso interpretar esto al pie de la letra: no soñaba que pensaba sino que pensaba realmente.

El fenómeno no le era extraño. Ya otras veces había experimentado algo análogo.

Le aconteció en algunas ocasiones acostarse después de haber buscado en vano durante la vigilia la solución de un problema cualquiera cuya incógnita no lograba despejar, y luego, dormido, verle resuelto con una claridad admirable.

El caso no tiene nada de maravilloso.

Mientras dormimos, en las capas más profundas del

subconsciente, misteriosas fuerzas psíquicas trabajan sin descanso. Alguien ha comparado la subconsciencia individual con la superficie lisa de un encerado. Las impresiones que el sujeto recibe de su mundo externo, trazan sobre esa superficie una especie de jeroglífico que nada se cuida de borrar. Los trazos se superponen y entrecruzan en igual proporción que las impresiones se suceden y cuando una de éstas se ha impreso vigorosamente, escala el primer plano, domina a todas las restantes, se posesiona enteramente del individuo. Y como quiera que el subconsciente nunca duerme, labora sin que el sujeto se perciba y concluye por hallar la solución anhelada. No a otro fenómeno se deben, quizá, las ideas lúcidas repentinas y lo que hemos dado en llamar inspiración.

Esto lo había estudiado y comprendido Guillermo y por eso no se asombró mucho aunque le sorprendiera. No vió muy claro el fondo de la cuestión que tanto le preocupaba, pero pensó cosas muy sensatas y algo atrevidillas que a su debido tiempo expondremos.

Lo que sí le dejó maravillado fue el ensueño que padeció. No por su índole, claro está, pues en cuanto despertó vió de qué canteras habían sido extraídos los materiales precisos para construirle. Lo que le maravilló fue la extraña coherencia del ensueño que, al narrarle después, más parecía un capítulo de novela bien meditado que el relato verídico de un sueño.

Helo aquí.

Sin saber por qué había ido ni cómo efectuó el viaje, se halló en una populosa ciudad de Francia en los primeros días de agosto de 1914.

Gentío inmenso. Animación inusitada. Entusiasmo delirante. Banderitas tricolores. Discursos. Himnos. Sones vibrantes de alegre trompetería. Vítores. Patrullas de gente moza que canta a gritos la *Marsellesa*. Mujeres y hombres que se trenzan en abrazos de ternura. Cordial camaradería. Bullicio y algazara. Y por encima de todo, una palabra de efecto mágico en todos los tonos pronunciada: ¡Guerra..., guerra! Y se pronunciaba con rabia y deleite. El bisílabo que es sinónimo de ruina, destrucción, miseria, sangre, desolación y lágrimas, zumba y repercute en los ámbitos con inflexiones que lo expresan todo menos el espanto. Parece que en un momento se ha posesionado del espíritu de todos los seres su bárbaro significado, pero con un sentido nuevo y sublime.

Es la guerra, sí. La guerra, que a semejanza de un huracán de locura, todo lo saca de quicio.

La movilización se lleva a cabo con una rapidez increíble. Toda la actividad nacional ha sido paralizada y nadie se cuida de trabajar si no es para la guerra. Y nadie se queja, al contrario. Los trenes salen abarrotados de tropas que van al encuentro del enemigo, y son engalanados, cubiertos de flores

y despedidos con entusiasmo inconcebible. Diríase que batallones y columnas van a una fiesta improvisada y no a soportar las calamidades y horrores de la mayor y más desastrosa de las hecatombes. Entre el ensordecedor griterío se recogen frases que quieren parecer sensatas y que hablan de humillar la soberbia inaguantable de los Imperios Centrales para impedir la violación de la Libertad y el Derecho y concluir con el monstruo odioso de la guerra. Y estas frases se acogen y premian con entusiásticos aplausos y estruendosa algarabía de gritos.

Después se encontró Guillermo en una ciudad alemana y en el mismo momento histórico.

Igual entusiasmo desbordante, frenético, contagioso. Desfilan «columnas y más columnas de soldados en correcta formación.

Baterías, camiones, material de guerra, cocinas de campaña. Al paso de las tropas llueven flores y besos. Hay que castigar duramente, como en el 70, a los eternos enemigos de Alemania, el primer imperio del mundo, la cultura más completa, la potencia militar más poderosa. Alemania es un pueblo joven, pleno de vitalidad y bien dotado, que crece rápidamente y está llamado, por su capacidad incomparable, a dominar al mundo. Ha nacido para dirigir y no la dejan respirar. No le queda otro medio para alcanzar la plenitud de sus destinos, que hacer la guerra. Después de la victoria impondrá, bajo su inmediato

control, una paz sólida y duradera. Ellos, los enemigos, lo han querido, pues sea. Así aprenderán a su costa lo que se arriesga desafiando las iras de un coloso. ¡Menuda paliza van a recibir los aliados! Morirán como ratas. Un paseo militar que concluiría en París antes que cayeran las primeras lluvias otoñales. Luego empezaría la gran época para el gran pueblo. ¡Hurra, hurra! ¡A la victoria, valientes! Alemania necesita vencer y... ¡vencerá!

Tal se desprende del ánimo de la multitud, ebria de entusiasmo, mientras las tropas, en correcta formación, pasan en desfile interminable.

Una laguna en el sueño, y, a renglón seguido, un campo desolado y yermo. Es noche cerrada. Las estrellas titilan como lágrimas de diamante en el negro tapiz del cielo. Silencio absoluto. Imponente quietud. En medio de las sombras y la calma, palpita, sin embargo, como una amenaza siniestra.

Guillermo pasea una mirada inquieta y ávida por todo el ámbito. Sus pupilas perforan las tinieblas y lo ven todo hasta en sus menores detalles.

El suelo aparece removido y volteado. Se ven algunos árboles en la llanura ligeramente ondulada, retorcidos como si la mano vigorosa de un gigante les hubiera hecho girar sobre sí mismos. Hay alambradas deshechas y alambradas en relativo buen estado. En toda la superficie se descubren

oquedades y hoyos que parecen cráteres. ¡Vense, además, franjas obscuras, a trechos rectas, a trechos en suave curva, ya en líneas quebradas, ya sinuosas, que cortan el suelo de un extremo a otro y a derecha e izquierda del solitario campo.

De repente, estremece a Guillermo un escalofrío.

Allá, al extremo Norte de la franja obscura que se extiende a su derecha, una lanza de argento pulimentado se ha clavado en el corazón de las tinieblas. Esta lanza traza de Norte a Sur un semicírculo en lenta revolución talmente que lo haría el varillaje luminoso de un abanico colosal al cerrarse lentamente. Aquella luz melancólica y fría hace aparecer y desaparecer simultáneamente cuanto se halla comprendido en el área que recorre. Es un reflector. Luego, otros varios de diversa potencia y alcance, lanzan igualmente haces de reflejos. Parece que alguien oculto en las sombras pavorosas, se entretiene en azotar la tierra con armas triangulares forjadas con rayos de luna.

Guillermo espera ojo avizor.

Pero no sucede nada. Los reflectores cesan en sus relampagueos. Las tinieblas se adensan. Todo a su entorno parece un lago de tinta china. Silencio. Tan profundo, que se oye el golpear violento de su corazón sobre la tabla del pecho.

Lentamente van pasando y deslizándose los segundos por

la devanadera del tiempo. Y es tal la calma imperante que Guillermo se encuentra casi a gusto. Mas, de pronto, brilla un fogonazo. Rasa los aires una especie de bólido que silba estridente hasta producir frío y estalla después en zambombazo ensordecedor y lanzando al espacio un surtidor de polvo, humo y cascotes. A este fogonazo sigue otro y otro y otro. Es un bombardeo que no tarda en generalizarse. De una a otra franja se envían con largueza obuses y shrapnells que trazan líneas parabólicas en el aire y lo llenan con el trepidante ruido peculiar de los trenes en marcha. Guillermo está asistiendo como espectador al desarrollo de una escena de la Gran Guerra. Tiembla. Le castañetean los dientes. Cree percibir confuso rumor de voces humanas. Blasfemias. Gritos de rabia. Quejidos lastimeros. Imprecaciones. Debe padecer, indudablemente, alguna alucinación auditiva, pues en aquel infierno no es posible oír nada que no sea el silbido ululante de los proyectiles y el incesante estampido de las explosiones.

Tras una hora de cruel pesadilla durante la cual no se ha hecho sino vomitar fuego y metralla de franja a franja, renace la calma. Pero no es una calma silenciosa como la que reinaba antes de empezar el intenso cañoneo. Ahora sí que se oyen, netos y claros, rugidos y maldiciones, palabrotas y lamentos. ¡Cómo se quejan en todas partes! ¡Cuánta carne martirizada!

De las zanjas salen, casi a rastras, pelotones de bestias extrañas que avanzan cautelosas como los felinos cuando

acechan su presa. ¿Adónde van? ¿Qué intentan? ¿Qué siniestros propósitos les guían?

Guillermo les observa con atención y no sin espanto. Dan una carrerita. Luego, se aplastan contra el suelo. Reptan un instante. Levantan después la cabeza. Parece que olfatean. Se colocan en cuclillas. Avanzan otro poco. Se diseminan por el campo. Y surgen otros pelotones análogos que hacen las mismas evoluciones. Se comprende bien que pretenden asaltar las trincheras enemigas.

Vuelve a empezar el cañoneo con mayor intensidad.

Una cosa, una rayita blanca surca el aire, desde la tierra al cielo, rascándole como la punta de un diamante que mordiera verticalmente la pulida superficie de un lienzo de cristal. Las sombras misteriosas se agazapan. El artilugio misterioso explota sin ruido en la acerada comba del firmamento y de él se despende una bola rutilante que, pendiendo de un paracaídas, se mece en el vacío, iluminando el suelo cual si fuera de día. Es un cohete luminoso. Entonces se produce un endiablado coro de ladridos, una serie ininterrumpida de horrísonos tableteos. Son las ametralladoras que barren el suelo con sus abanicos de balas y cantan un fúnebre responso a los heridos y a los que intentan el asalto. Antes que se extinga el lívido resplandor de un cohete, se elevan otros. Además, las saetas, los cartabones de luz de los reflectores, giran incesantemente alumbrándolo todo.

Y más obuses.

Uno ha caído en medio de un grupo de hombres agazapados. Explota. Se ven volar por los aires piernas, cabezas, brazos, cachos de personas, confundidos entre la tierra y las piedras que ha levantado la explosión. Inmediatamente unas cuantas sombras se han precipitado de cabeza en el embudo recién abierto. ¡Magnífico! El enemigo les ha proporcionado un abrigo.

Otro obús explota sobre una ligera eminencia más atrás de las trincheras. Se ha clavado profundamente en la tierra blanda. Al estallar empuerca el aire con una lluvia de pestífera carroña y de huesos dislocados. Es que ha hecho explosión sobre una tumba reciente...

Cerca de las alambradas ha explotado otro y ha dejado clavados en las púas del espino artificial a media docena de hombres que oscilan en las actitudes más grotescas. Más allá, junto a un árbol esqueletado que extiende su ramaje desprovisto de hojas en gesto de infinita desolación, otra marmita ha estallado y ha desnudado totalmente a un hombre al cual ha dejado colgado después entre las ramas como un fruto extraño y espantoso. En algunos embudos se ven soldados clavados de cabeza en el fango, que, de tiempo en tiempo, agitan convulsivamente las piernas. Allá abajo ha explotado una mina bajo un refugio y nadie sabe el número de infelices que han quedado sepultados vivos.

Pero ¿qué es lo que ve ahora Guillermo en medio de este furioso infierno?

Truena el cañón. Silban los obuses. Trepidan los shrapnells. No cesan en sus ladridos siniestros las ametralladoras. Dan mandobles a las tinieblas, al polvo y al humo, las espadas flamígeras de los reflectores. Penden del cielo las peras radiantes de los cohetes luminosos. Sin embargo, de las trincheras, como los gusanos de la carroña, continúan saliendo masas de hombres que avanzan a intervalos, bajo el fuego y la metralla, saltando de embudo en embudo, aprovechando los menores repliegues del terreno. Pelotones enteros son segados por las ametralladoras. Grandes grupos de rezagados son diezmados o deshechos por los obuses. Pero los que quedan, como acometidos de rabiosa furia, avanzan deslizándose. Cuando pueden arrojan granadas de mano y no pierden la ocasión de clavar la bayoneta en el vientre o en el pecho del enemigo. ¡Oh! La humanidad ha enloquecido y se destruye a sí misma.

Guillermo desvía la mirada de este sector para fijarse en algo que le llama poderosamente la atención.

¿Qué significa aquella especie de sábana amarillenta que se extiende por un extremo de las trincheras allá abajo? ¿Diamicida? ¿Bromuro de bencilo? ¿Cloro? ¿Fosgeno? No. Debe ser sulfuro de etilo diclorado, el terrible gas mostaza de los ingleses, la iperita de los franceses, el terreno amarillo de defensa de los alemanes.

Un estremecimiento de horror sacude violentamente su cuerpo. ¡Bárbaros, bárbaros! Recuerda haber leído que la iperita atraviesa el calzado y la ropa, quema la carne y produce por infección una ulceración dolorosísima que se generaliza por todo el cuerpo y tarda mucho en cicatrizar.

Guillermo siéntese empapado en sudor frío. Percibe la sensación quemante del temible gas que muerde por todas partes la carne del que está expuesto a su acción, que recorre el cuerpo lamiéndolo y ulcerándolo como lo haría una llama poco viva pero inextinguible...

– ¡Bárbaros..., bárbaros! –ruge.

Y ve, imaginativamente, multitudes que sufren los efectos de todos los gases que la química al servicio de la barbarie ha ido descubriendo, combinando y aplicando. Gases irritantes, lacrimógenos, estornutatorios, tóxicos, sofocantes y vesicantes. ¡Ah, hombre! Eres la bestia más perversa, más despiadada y más cobarde de la creación.

Sin saber por qué piensa en el difenil-cloro-arsina, que se administra por medio de una bomba de aire en forma de humo sumamente irritante que penetra a través de la mayor parte de las máscaras protectoras que se han ideado contra los gases. Substancia traidora y asesina que se utiliza para producir una insufrible irritación en la mucosa nasal del individuo expuesto a su acción, irritación que hace intolerable la máscara protectoral e impulsa a tirarla lejos de

sí, dejando al soldado indefenso ante los gases de mortífero efecto.

No tiene Guillermo mucho tiempo disponible para pensar en esto.

Inmediatamente solicitan su atención unos monstruos metálicos que escupen fuego, avanzan pesadamente, cabeceando, apisonando el suelo, aplastando hombres, rasando trincheras y hoyos, destruyéndolo todo. Por donde pasan esos monstruos horribles, la destrucción, el espanto y la muerte les acompañan. Lo trituran todo. Después de pasar sobre una trinchera, se experimenta la sensación de que un mastodonte colosal ha posado sus patas sobre un hormiguero. No queda nada vivo. Tierra, personas, maderas, armas, todo queda aplastado en confusa amalgama. Son tanques. Bestias apocalípticas de las guerras modernas. Símbolos del poderío ciego del hombre que goza destruyendo. Pesados y monstruosos elefantes de hierro y acero sobre cuya epidermis metálica rebotan las balas, y avanzan implacables, agarrándose con sus cremalleras a los menores accidentes del terreno, sembrando por donde pasan la masacre y el terror. Ídolo bárbaro bajo cuya masa se reducen los seres vivientes a papilla.

Horrorizado, Guillermo, huye... huye...

Quiere escaparse del mundo. Cegar para no ver la barbarie que le circunda. Ensondecer para no oír el estruendo de la

destrucción, las imprecaciones de los combatientes y los ayes de los moribundos. Convertirse en piedra, en cosa inanimada, para no sentir. Perder la forma humana para no sufrir el bochorno, la vergüenza infinita de saberse hombre.

Y, alocado, huye... huye...

La aurora despunta en Oriente con lívido resplandor. Es una aurora fea y trágica. Algunos pelotones de nubes sombrías se tiñen de arrebol cual si las hubiera salpicado la sangre que a torrentes derraman los hombres en la tierra insensatamente. No cantan los pájaros saludando al día que nace. Todo parece muerto. Todo menos el odio insano que como un áspid se ha enroscado en el corazón del rey de la creación y le impulsa a matar, a destruir y a morir en holocausto de algo que no comprende.

No sabe precisar cuánto tiempo ha corrido ni qué distancias ha salvado. Es ligero, ingrávido como una pluma y corre más que el viento. Y no se fatiga. Dijérase que se ha substraído a las leyes de la gravedad o que le han brotado unas alas gigantescas.

Ya el Sol rutila bastante alto derramando la orgía de resplandores de su dorada luz por crestas, lomas, laderas, hondonadas y llanuras, cuando Guillermo oteó en lontananza, en un vallecico alegre y florido, un pequeño villorrio blanco y pulcro como el campo de la nieve.

Es verde el valle como una esmeralda de pulidas facetas. Y poético. Nada desentona en él.

Allá, en el repecho de una montaña que ofrece un matiz verdinegro, entre herbazales y arbustos moteados de flores, se ven algunas ovejas que pacen tranquilamente y completan la armonía del panorama con la albura un poco sucia de sus largos vellones. Más abajo se ve una alquería cuyas paredes encaladas brillan al sol como la nieve de los picachos y cuyos tejados pizarrosos despiden suaves destellos.

Arriates con flores. Macizos de geranios. Rosales. Azules campanillas que trepan por los setos. Cuadros de hortalizas. Guirigay de aves de corral. Arrullos. Ladridos de perros. Mugidos, gruñidos, relinchos. Frutales. Verdes prados. Pajarillos que cantan, revolotean y alborotan. Voces humanas que lanzan al aire gritos, risotadas, las notas de alguna canción...

Es la vida plácida y fecunda del trabajo bienhechor.

La alquería, el valle, las montañas, el villorrio, los campos labrados, no han visto aún la dura faz del dios de la guerra.

Se presiente que en medio de aquella paz y de aquel ambiente eglógico, van a dejarse oír los acordes de la lira de Orfeo acompañados de la melódica dulzura de la flauta de Pan, mientras la invisible Ceres colma de bendiciones,

traducidas en sazonados frutos, los campos bien cuidados y regados con el sudor del hombre.

Tras los horrores contempladas en el yermo páramo del campo de batalla, goza Guillermo en descansar la mirada en la limpia belleza del paisaje y en respirar a pleno pulmón el airecillo fresco saturado de perfumes balsámicos. Sueña. Poetiza. No le sorprendería ni chispa toparse de manos a boca con el rústico dios Pan soplando en su siringa sentado a la sombra y recostado sobre el rugoso tronco de alguna corpulenta encina centenaria, ni ver a una legión de faunos alegres y lúbricos perseguir a una tropa de ninfas deliciosas ni tropezarse en cualquier rincón de aquellos parajes con alguna fiesta dionisiaca, ni sorprender al borde de algún arroyuelo el ingenuo idilio de Dafnis y Cloe...

Le acomete el deseo de revolcarse en la tierra húmeda, de esconder la cara entre el suave fleco de la hierba fresca, de estrechar amorosamente en filial abrazo a nuestra vieja *nutrix* y besarla y pedirla con lágrimas en los ojos perdone la estulticia humana que allá lejos está esquilmándola, afeándola, convirtiéndola en inútil y muerta paramera.

A sus oídos llega inesperadamente, desde lo alto, un tac-tac extraño. Es algo así como el latido de un corazón metálico que palpitará en los aires, el tic-tac sonoro de un reloj descomunal e invisible que pendiera de la comba ideal del firmamento.

Con mirada azorada e inquieta escruta el cielo Guillermo.

No tarda en vislumbrar muy arriba siete pájaros raros que vuelan formando ángulo y a cuyos caparazones arranca el sol, de vez en vez, vivos centelleos. Es una escuadrilla de aeroplanos.

Planean. Trazan espirales de espiras cada vez menos abiertas. Se acercan. Ya se distinguen perfectamente. Se ven los pilotos dentro de la cabina. El palpitante de los potentes motores estalla sobre la cabeza de Guillermo como los estampidos de una traca.

El valle presenta un aspecto nuevo. Han enmudecido los pajarillos que antes lo llenaban todo con sus alegres trinos. Los moradores del villorrio corren decantándose hacia el campo libre, se apelotonan, miran ansiosamente al cielo, vacilan un momento y corren después en todas direcciones. Un terror pánico les posee. Se detienen un momento. Señalan hacia lo alto. Gesticulan. Luego, imprimen doble ímpetu a la loca carrera.

Guillermo, agazapado en tierra espera angustiado.

No tiene que esperar mucho. Sobre las techumbres rojinegras del poblado cae y explota la primera bomba. Después, otra y otra y otra, en rosario interminable. Los siniestros pajarracos, aguiluchos de la muerte, planean, planean... Hay gallardía y elegancia en su vuelo y no carecen

de gracia sus evoluciones. Y ¡cómo escupen fuego los condenados!

En un abrir y cerrar de ojos, el villorrio pulcro y blanco se ha convertido en un montón de humeantes ruinas. Algunas bombas caen en el risueño valle, hacen explosión entre los grupos de empavorecidos fugitivos sembrando la muerte y acentuando el espanto. Ya no es un trozo de edén, sino el sangriento escenario de una carnicería. ¡Cómo ha quedado todo! Árboles destrozados. Arbustos arrancados de raíz. Huertas, jardines y bancales, arrasados. En lugar de Ceres ha hecho acto de presencia la Parca impía, y en vez de oírse las dulces melodías de la flauta de Pan, se han dejado oír las bélicas trompetas de Marte.

Arriba, contra el cielo sereno de límpido zafir, el mosconeo de las aves siniestras que siembran la metralla en las mismas tierras que el hombre sembró pan, ha aumentado. Guillermo mira con ansiedad. El número de los temibles pajarracos, es ahora mayor. Antes eran siete unidades. En este momento cree Guillermo haber contado diez y seis. ¿Será que el miedo le hace ver las cosas dobles? No. Efectivamente son diez y seis. Los nueve recientemente llegados combaten bajo otra enseña. Sin duda alguna vinieron a evitar la destrucción del villorrio y a salvar de la muerte a sus moradores. Demasiado tarde. Sin embargo, pueden vengar el cobarde atentado y a ello se disponen. Hacen evoluciones, procurando envolver a los siete destructores del pacífico poblado. Se entabla la lucha. Suben. Bajan. Giran. Van y vienen. Se acosan y

persiguen. Castañetean las ametralladoras mandando chorros de balas. Las gigantescas águilas metálicas se acometen con loca furia. Conforme una logra elevarse un poco, se precipita contra la contraria y, itac, tac, tac!, las ametralladoras tabletean procurando perforar el depósito de la gasolina, destruir el motor, quebrar las alas y lanzar el aparato a que se estrelle contra el suelo.

Algunos aeroplanos voltigean en el vacío y dando volteretas caen a tierra como hojas de papel tiradas desde lo alto de una torre. Al hincar la hélice se produce a veces una explosión formidable, el motor se hace añicos, arde el fuselaje, se carboniza el piloto. Otros se incendian en el aire y caen en rápida diagonal envueltos en llamas y humo.

Uno. Ha caído uno. Ahora otro. Y otro. Aquel trata de escapar. No dispara. Indudablemente ha concluido las municiones. Quiere huir, pero no valen tretas. Otro le persigue y hostiga con encarnizamiento y, finalmente, ¡a tierra! Algunos hay que se enfrentan cual dos aves furiosas animadas por un odio inextinguible. Se atacan. Pasa uno por encima del otro. Disparan. Viran rápidos trazando curvas de una elegancia admirable. Se enfrentan nuevamente. Se acometen con más bríos. Y así, hasta que uno o los dos quedan fuera de combate.

De esta manera ha visto Guillermo caer, uno tras otros, casi una docena de aparatos. Los restantes acaban por perderse a lo lejos en la azul diafanidad del cielo.

Entonces, huye a campo traviesa. Salta setos, barrancadas y toda suerte de obstáculos, con la precisión y agilidad de un acróbata consumado. No se detiene por nada, ni ante nada. Recuerda confusamente que en el recorrido de su loca carrera vio numerosos heridos revolcándose en tierra que al verle tendíanle las manos suplicantes y angustiados. Pero él no se detiene. Corre..., corre. Muertos. Heridos. Otros muertos. Mas él no se para. Hay heridas espantosas. Boquetes tremendos. No comprende cómo pueden alentar aún cuerpos tan horriblemente maltratados. Tropezaba con brazos y piernas sueltos y ensangrentados, con pedazos de cabeza, con masas informes que han perdido enteramente la apariencia humana.

Y corre, corre, sin descanso, sin mirar atrás, sin fijarse en qué sitios pone los pies.

¿Adónde va? No lo sabe. Huye. Pretende escapar del planeta, hundirse en la nada, no presenciar el odioso espectáculo que ofrece la humanidad descuartizándose a sí misma.

Extenuado, sin sentido, cae en tierra. ¡Oh! ¡Qué dicha si fuera aquel su postrer instante! Tiene lacerada el alma y sólo apetece morir. Morir, sí. Dormirse para una eternidad en el frío regazo de la Descarnada. Sumergirse en las sedantes aguas del mítico Leteo y arrancar de su mente el clavo ardiente de sus recuerdos, borrar de su espíritu lacerado las escalofriantes escenas que ha presenciado, y

hasta olvidar que ha sido una célula viva que ha llenado una función en el organismo complejísimo de la bestia monstruosa que apellidan Humanidad.

Pero las saetas del inmenso reloj del Tiempo no han marcado aún su última hora.

Apenas ha reposado un momento, cuando ya su corazón recobra el ritmo normal y sus sentidos recuperan el necesario equilibrio. Se da cuenta de cuanto le rodea. Ha caído entre la hojarasca que bordea una carretera amplia y polvorienta. Le basta alzar un poco la frente para ver la cinta blanquecina del camino. ¿Adónde conducirá? ¡Bah! A pueblos en ruina o destinados fatalmente a perecer bajo la acción del incendio y la metralla. Quieto. No se moverá de allí por nada del mundo.

Mas, a poco, cuando va logrando perder la conciencia de sí mismo, le sobresalta y pone alerta un ruido acompasado y persistente. Es como el rumor de un torrente lejano. La tierra trepida. Pegando el oído al suelo se oyen como las percusiones de un corazón gigante.

Se incorpora a medias y cree vislumbrar allá lejos, como una nube de polvo que avanza. ¿Qué será? No muy sosegado frunce el ceño y espera aguzando el oído. El rumor se aproxima y se hace por momentos más claro y distinto. No tarda en deducir qué es ello. Son soldados. Guillermo se agazapa mejor y aguarda.

Pasan veloces los segundos. El corazón de Guillermo acelera de pronto sus latidos. Cree percibir el conocido bordoneo de un aeroplano. Pierde todo el propósito de recato y se levanta de un salto interrogando con la mirada al cielo. Justo. Allí está. Muy alto, altísimo, apenas es un pequeño puntito. Planea. Ya no se oye el motor. Parece que se aleja. Pero no. Desciende rápido, en diagonal. Fue un relámpago. El veloz aparato pasa, como una exhalación, rasando casi la carretera. Disparando la ametralladora cruza raudo y audaz por en medio de la compacta masa de soldados y después asciende, asciende, hasta perderse en la lejanía. Ha hecho lo suyo. Una columna ha quedado destrozada, segada por un torrente de balas. Los soldaditos bisoños que, no estando fogueados, no han sabido precaverse contra el peligro tirándose pronto a tierra, yacen ahora ensangrentados y exánimes en medio del camino. Luego, se recogen los heridos, se quitan de la carretera los muertos y... adelante.

Guillermo no espera más.

Cuando ha pasado el último soldado, lívido y tembloroso aun, se aleja por el borde del camino en dirección opuesta a la seguida por la tropa.

Arriba a una ciudad. A simple vista parece que la vida se halla en ella perfectamente regularizada, pero no hay que fiarse mucho de las apariencias. En todos los semblantes se ve retratada la inquietud, la tristeza y el hambre. La prensa

habla de grandes batallas, de heroicidades sublimes, de victorias gloriosas. No logra entusiasmar a nadie porque ya nadie se deja engañar. La gente calla. Se observan mutuamente con recelo y, encerradas en sí mismas, arrastran su vida dolorosa.

Nadie está tranquilo. No hace falta ser un lince para verlo en el acto. Todos viven atormentados por la zozobra de cómo se agenciarán el pan cotidiano, de si volverán de las trincheras sus próximos parientes y de si ellos mismos no estarán predestinados a perecer en uno de los raids aéreos que imponen la necesidad de no iluminar de noche ni las casas ni las calles.

Guillermo va y viene por avenidas y paseos. Lo escudriña todo atentamente. Observa cuanto le rodea. Ve que todo el mundo alienta bajo la impresión de la gran catástrofe cuya magnitud no puede abarcar, sin embargo, en toda su espantosa realidad.

Se halla cansadísimo. Las piernas se niegan a sostenerle. El pavimento de las calles se hace movedizo y se riza en ondas suaves como la superficie inquieta de un lago acariciada o azotada por la invisible y poderosa mano del viento.

Las casas oscilan, se aplastan, se yerguen, dan tumbos grotescos cual si estuvieran ebrias, se desdibujan, ofrecen perspectivas inverosímiles. Es que está borracho de fatiga, agotado, y esta fatiga y este agotamiento se traduce en la

sensación de movilidad extraña y alucinante que atribuye a cuanto hay en su entorno.

Con un supremo esfuerzo gana la acera y se sienta en un sillón de mimbre de la terraza de un bar. Cierra los ojos y cruza con beatitud las manos sobre el vientre. ¡Qué bien se encuentra ahora! Y ¡qué sosiego! Para ser feliz sólo le falta una cosa: inhibirse totalmente, no pensar en nada. Lo intenta, pero infructuosamente. No puede dejar de pensar acerca de cuanto ha visto en su asombrosa jornada. ¡No puede!

Apenas se ha repuesto un poco, medita.

En vano se esfuerza en hallar la utilidad de todo aquello. Concede que no debe esquivarse el dolor cuando es heraldo de algo bueno, útil o bello. Sufre la mujer, expone su existencia, soporta crueles desgarramientos y dolores acerbos, cuando se desprende de sus entrañas el brote tierno de una vida nueva. Está justificado, ya que así la raza se perpetúa. Se tortura el sabio y desafía peligros graves haciendo experimentos y combinaciones, intentando despejar incógnitas del sistema de ecuaciones del infinito desconocido, pero eso es fecundo y bienhechor, porque nos pone en posesión de nuevas fuentes de energía, de elementos valiosos para embellecer y superar la vida. Padece el minero en sus gazaperas tenebrosas arrancando a la tierra sus vísceras de metal o de carbón, mas ese padecimiento cristaliza en órganos de máquinas, en

herramientas de trabajo, en pan para la industria. Todo intento creador implica dolor, cual si todas nuestras conquistas nos impusieran un tributo, una especie de contribución que hubiera de hacerse efectiva en monedas de sangre y lágrimas. Bien. Todo esto lo comprendía y lo aceptaba Guillermo. Lo que no comprendía, lo que no podía comprender, era la utilidad de los horrores que había contemplado. ¿A quién beneficiaban? ¿Qué provecho, mediato o inmediato, obtendría la humanidad, derivado de la atroz carnicería?

Aquí mismo, sentado en la limpia y soleada terraza de este bar, en medio de una ciudad tranquila y bajo el esplendor de un hermoso día, está viendo cómo la monstruosa garra del dios de la guerra traza sobre la carne viva la desgarradura cruel del sufrimiento. Pasan mujeres, niños y ancianos, melancólicos, como abrumados bajo el peso de una carga excesiva para sus débiles hombros. Los rostros pálidos y los ojos agrandados por el amoratado círculo de las ojeras, hablan elocuentemente de hambres, privaciones, terrores, pesadumbres y zozobras. Se ve a las claras que todas las mentes están poseídas por el horror al desastre, que sobre todas las almas gravita la misma espantosa amenaza, y que todos se formulan idéntica interrogación angustiosa: ¿Hasta cuándo?...

¡Ah, qué época, qué época!

Por doquiera se esparza la mirada se verá el mismo cuadro

desolador. Campos convertidos en pudrideros de hombres. Bosques talados a cañonazos. Terrenos esterilizados por la metralla y hartos de beber sangre humana. Aldeas arrasadas e incendiadas. Tierras que labradas eran vergeles y ahora son páramos. Ciudades populosas transformadas en cementerios, en montones de escombros o en hospitales de sangre. Legiones de hombres que se dejaron algún pedazo de su cuerpo allá en el frente y legiones de hombres que hacia el frente van. Millares de infelices que no supieron resistir, sin enloquecer, la visión dantesca del campo de batalla y vagan por los bosques como bestias acosadas o languidecen en los sanatorios torturados por el horror de sus visiones. El trabajo útil en suspenso. El espectro lívido del hambre llamando a todas las puertas. La peste llenando los aires con sus escuadrones invisibles de mortíferos microbios y bacterias.

En la mesa frontera a la ocupada por Guillermo, aposentáronse en sendos sillones dos hombres. Hablaron. Guillermo interrumpió sus meditaciones para aguzar el oído.

Nos torpedearon –dijo uno de ellos– y aquello fue digno de verse. La del humo. Lo mismo que pasar del frío al fuego. ¡Qué desbarajuste! Aun me dura la impresión. La travesía fue buena como pocas. La mar, lisa como una carta. El barco se deslizaba como un cisne en una laguna. Es verdad que no las teníamos todas consigo. El que más y el que menos, llevaba sus miajitas de recelo, que no es cosa fácil en estos tiempos cruzar el mar plácidamente. Pero, en fin, ya hasta los más

desconfiados creíamos haber escapado en bien de aquel viaje, cuando asomó a babor el periscopio de un submarino. No había escape. Nos dieron diez minutos para intentar salvarnos, y antes que expirara el plazo trazó el torpedo una recta admirable, como tirada a cordel, y... ¡pam!, nuestro barco, herido de muerte en un costado, hincó el pico y se fue a fondo. Todo se concluyó en menos tiempo del que se precisa para contarlo.

¿Y la tripulación? ¿Y el pasaje?

Considera... La mayoría, *requiescat in pace*.

Sí. Así se procede ahora. La vida de un hombre vale menos que un pitillo. Y ¿qué piensas hacer?

¡Toma! Embarcar de nuevo. Soy hombre de mar. Sólo que quiero enrolarme en la marina de guerra. Ya me han torpedeado dos veces y me gustaría devolverles la china. Ningún sumergible debe quedar. Hay que hacerlos polvo. Son los bandidos del mar. Te siguen solapadamente días y días. Y cuando se les presenta la oportunidad... ¡al diablo! Te digo que es una vergüenza y un horror.

¡Pchs! Es la guerra...

Más parece una alevosa cacería. Fíjate que el submarino nunca da la cara. No combate: destruye.

¡Claro! Es preciso comprender... La misión de ellos no es

dar muestras de gallardía, sino hacer el mayor mal con el menor riesgo y la cumplen.

¡Son unos bandidos! La guerra debe ser otra cosa. Bueno. Y tú ¿qué?

Yo trabajo contra esos bandidos.

¿Desde tierra?

Sí... Hay muchas maneras de cazar ratas...

Se inclinó un poco y cuchicheó algo que no pudo oír Guillermo. Después:

¿Comprendes? –preguntó.

Sí, pero no me gusta –repuso secamente el otro.

Pagaron la consumación y se alejaron calle adelante. Guillermo continuó a vuelta con sus meditaciones.

Aquel breve diálogo le hizo reflexionar acerca de los horrores de la guerra submarina y de las vilezas del espionaje.

No quería dejarse llevar de un sentimentalismo en quiebra, ni tratar de representarse la horripilante escena de un torpedeamiento en la vasta serenidad espejeante del mar y bajo un cielo indiferente y limpio inundado de luz. Los millares de vidas humanas sacrificadas y que se tragaban

impasibles las azules ondas, apenas si lograban conmovérselas. Después de lo que había visto ¡qué importaban unos centenares más de víctimas! Lo que le atosigaba el alma no era el número de los caídos sino la significación del hecho en sí. Cuando se pierde el respeto a la vida no es el porcentaje de inmolados lo que asusta, sino que sea posible el bárbaro gesto, el enorme salto de regresión atávica, el cruel rebrote del primitivismo.

¿A qué detenerse, pues, en el examen de los efectos? Lo verdaderamente horroroso eran las causas. El hombre había dado un formidable brinco atrás, se había situado en el corazón de la barbarie, pero teniendo en sus manos los prodigiosos medios de destrucción que la civilización fue creando a través de siglos de paciente laborar, de incesantes investigaciones. Cada barco destruido, representaba manojos de nervios, porciones de encéfalos, haces de músculos, maravillosa suma de energías, experiencias e inventivas, derroches de ingenio, cadena infinita de descubrimientos en la cual cada eslabón implica una serie de ensayos que van de la pértiga al remo y del remo a la hélice; del leño ahuecado que marcha a la deriva, al elegante velero que empuja el viento en la azul inmensidad; del velero frágil al pesado transatlántico de entrañas de acero y epidermis metálica; de la fragata al acorazado y de éste al sumergible. Y todo eso destruía en un segundo, sin utilidad para nadie. Triste y doloroso, sí, pero era más triste y doloroso aún que tal fenómeno pudiera producirse.

Meditando así debió amodorrarse un poco.

Cuando recupera nuevamente la conciencia de sí mismo, reina la obscuridad más completa.

Un momento contempló no sin placer la curva ideal del cielo cuajada de topacios pulidos y centelleantes.

De pronto hendió los aires un silbido, algo semejante a un escape de vapor, y, a poco, una detonación formidable hizo retemblar el suelo. Se oyeron gritos lejanos. Después se multiplicaron los silbidos y los truenos. Era que desde arriba una escuadrilla aérea bombardeaba la ciudad.

Guillermo quiso huir, pero no pudo moverse. Estaba entumecido.

Delante de él, casi a sus mismos pies, cayó algo parecido a una bellota gigantesca. Voltigeó. Giró sobre sí misma y... ¡plam!, estalló, escupiéndole al rostro una fétida tufarada y un puñado de esquirlas. Exhaló un grito horrible y despertó sobresaltado.

Afuera, en la calle, vociferaba ululante el viento.

La tramontana poblaba el espacio de silbos, lamentos y ladridos agoreros.

IX

En vano procuró Guillermo conciliar nuevamente el sueño. De una parte, el coro de alaridos del viento y de otra, la persistencia en su campo visual de las imágenes de su ensueño, se lo impidieron.

Cansado de dar vueltas en el lecho, oprimió el botón del conmutador de la luz. Miró el reloj. Las cuatro. Es decir, que aun debía permanecer tres horas largas en la cama. Tentado estuvo de levantarse y matar el tiempo escribiendo minuciosamente el relato de cuanto había soñado. Pero no se halló con ánimos ni para mover un dedo. Encontrábase fatigadísimo. Le dolían todos los huesos de su cuerpo cual si se los hubieran quebrantado a golpes de barra.

Empero, pensar podía. Y pensaba con cierta lucidez. Parecía que una luz vivísima iluminaba algunos aspectos del complejo problema que con tanta intensidad le preocupara las últimas veinticuatro horas, acusándolos fuertemente.

Ciertamente, de la gran carnicería, del huracán de locura que asoló a Europa, resultábamos todos responsables. Era tonto acusar exclusivamente a determinadas potencias como agentes promotores del conflicto. Cada nación se había preparado y equipado según sus posibilidades para que el choque fuera más violento y terrible. Luengos años se laboró activamente, sin descanso y sin escatimar medios, para la guerra que se hacía inevitable. Se concertaron alianzas. Invirtieronse sumas fabulosas en crear y perfeccionar artefactos y elementos mortíferos. Sembróse a manos llenas la semilla del odio en el corazón humano. En las escuelas de primeras letras, profesores mal orientados envenenaban sistemática y metódicamente el alma infantil imbuyéndola en la desconfianza y la animadversión hacia el extranjero y procurando sugestionarla con el falso esplendor de las glorias guerreras. En Institutos, Universidades, Liceos y Colegios profesionales, tendían a mantener vivo en la juventud el sentimiento bélico exaltando el amor patrio, no para elevar el nivel de cultura del propio suelo natal, sino para prepararse idóneamente a fin de aplastar con las mayores garantías de éxito a los hombres nacidos allende las fronteras. En la Prensa se propalaban noticias especiosas, se falseaban hechos, se desarrollaban campañas, con la mira puesta en caldear los ánimos y mantener a toda presión la atmósfera nociva de celos y odios en todos los sectores de la sociedad, y en todos los rincones de la Tierra.

Y esto era el pan nuestro de cada día en todos los países

sin excepción. Para nadie era un secreto la inminencia de la guerra y nadie se cuidaba de evitarla, excepto cuatro retóricos que no bien se dispararon los primeros cañonazos, claudicaron de sus ideas de paz y pidieron a voces un fusil y un puesto entre la masa de combatientes.

Sí. Todos en igual grado responsables. No había por qué escurrir ahora el bulto y echar todo el peso de la culpa sobre las espaldas del vencido. Había que poner las cosas en su lugar y tener el valor de ser sinceros.

Bueno. Todo esto se presentaba claro como la luz del día, pero no satisfacía a Guillermo.

El deseaba ir más lejos, penetrar más hondo. No carecía de importancia, en verdad, ver quienes cargaron la mina que estalló luego sembrando tanto estrago y desolación tanta, mas lo que él quería ver no era aquello precisamente. Nada se adelantaría en el sentido de la paz depurando responsabilidades. Era preciso hallar el remedio, el antídoto eficaz contra el veneno de la guerra.

¡Muuu...! ¡Fsss...! ¡Hoooe...! –mugía pavoroso con sus mil bocas invisibles el viento.

Guillermo se agitó en el lecho. Le crispaba los nervios la estridente cantilena del furioso vendaval. ¡Cómo soplabo! Diríase que se habían desatado todos los demonios del infierno y que, encolerizados, hasta la demencia, batallaban

en los aires, lanzando berridos, silbos, lamentos, aullidos...

¡Muuu...! ¡Fsss...! ¡Hoooe...!

¡Caramba! No es poco haber deducido y sentado semejante conclusión –siguió pensando Guillermo.

Cierto. Si todos somos responsables, nadie se halla en condiciones de acusar y a nadie se puede presentar como enemigo. Ya es algo. De otra parte, sabiendo cómo y por qué se produjo el conflicto del cual todos hemos resultado víctimas, no tardaremos mucho en encontrar los medios adecuados para evitar que puedan producirse conflictos semejantes en lo sucesivo.

Ya no le aturdiría el mugir del viento que continuaba entonando su bárbara melopea. Ahora todo su ser se hallaba concentrado en la contemplación de aquel nuevo destello de su mente.

¡Oh, sí! Conocer las causas del mal, era situarse en una posición excelente para vencerle.

La enseñanza en todos los grados. La Prensa. La literatura. El Cine... Sí, sí. Estos elementos eran los que habían de utilizarse para cimentar la paz, para desterrar *per sécula seculorum*, el odioso espectro de la guerra. ¡Educación! Un concepto nuevo de la vida basado en la educación. Sí... Eso.

Pero...

Pero, ¿sería hacedero? ¿No implicaba aquello una tarea gigantesca propia de titanes? Porque tales elementos debían ser reformados radicalmente. ¿Podría él?...

Un momento le invadió la ola negra del pesimismo desalentándole.

¡Ah! Era una quimera lo que perseguía. Él no era más que un pobre hombre y semejante labor exigiría el concurso de generaciones enteras bien preparadas y mejor dispuestas. ¡Ay! ¡Cómo lamentaba su insignificancia!

Mas, reaccionó a poco.

¿Y qué? Haría lo que pudiera. Iniciaría la obra. Otros hombres de buena voluntad se le unirían y, ¡quién sabe! Al menos prodigaría su existencia en pro de una causa noble y elevada.

Nada. A la pelea sin vacilar. A trazarse el plan de acción y a desarrollarle sobre la marcha. Dispuesto estaba a gastar hasta su último minuto y a arriesgar hasta su última peseta. Algo haría, ¡qué diablo! Después, la máquina en marcha, no faltarían brazos robustos que le imprimieran nuevo impulso rumbo al futuro.

No sin alborozo saltó de la cama. Un buen baño. Una buena ducha. Luego, pluma en ristre, relató minuciosamente su ensueño. ¿Con qué objeto? Aun no lo sabía, pero no dejaría de tener su utilidad. Por lo pronto respondía a su necesidad de hacer algo.

X

Por espacio de algunos días hizo un tiempo infernal.

Desagradables sorpresas del clima de Mallorca. En pleno invierno os hará gozar las delicias de una primavera exuberante y pródiga, pero si le da por soplar a la gélida tramontana, las cosas cambian de medio a medio. Frío húmedo. Pelotones de nubes que cubren con penachos plúmbeos las crestas cimeras de las montañas que en graciosa medialuna se extienden por el Noroeste de la isla. Nubarrones viajeros que entoldan el cielo con turbios cendales, deshilacha el viento y vierten sobre el suelo el lagrimeo de la lluvia mientras el ventarrón ulula, enardece y crispa los nervios mejor templados.

Claro que estas bruscas mutaciones climatéricas hacen resaltar mejor la dulzura habitual de este clima incomparable.

A Guillermo, así como la lluvia le ponía de buen humor, el viento le deprimía. Las violentas rachas, ya soplaran del septentrión, ya vinieran de Occidente, le trastornaban y ponían fuera de sí. Desde pequeñín le ocurría esto. No es que el temporal ventoso le enfermara, era que le producía una inquietud y un malestar innominables. Su incesante ulular barrenábale los oídos, ponía tensos sus nervios, encendía su sangre, ponía fuego en su epidermis. Imaginativamente veía las grandes masas de aire dividirse al chocar contra los cables del tranvía, enmarañarse en la copa de los árboles, doblar el rugoso y flexible tallo de las añosas palmeras, aplastarse furiosas sobre el suelo y reptar a ras de tierra con sordo rumor de brava torrentera lanzando al espacio densas turbionadas de polvo y torbellinos de hojas secas. ¡Extraño personaje el temible Aquilón! ¡Cómo lo anima todo! ¡De qué tremendo ímpetu hace gala! A su paso se inclina reverente o se dobla medroso, en violenta genuflexión, el penacho altivo de la copa de los árboles; tiemblan estremecidos, en espasmódica convulsión, los tiernos arbustos; se riza en trémulo oleaje el aurífero verdor de los trigales; giran, en locas y vertiginosas revoluciones, los rosetones poligonales de los molinos. Y la invisible majestad, brinca, canta, susurra, ruge, pelea, mientras a su paso todo se pone en desordenado movimiento.

En esta ocasión, aunque soplabá con la violencia acostumbrada, casi no se dio cuenta Guillermo del inesperado cambio del tiempo. Se hallaba harto preocupado para

dejarse influir por nada que no fuera la causa de su preocupación.

Cuando la mañana que sucedió a la noche en la cual soñó lo que dejamos narrado en otro capítulo de esta historia, después de desayunar le siguió Magda al despacho, lo primero que hizo fue dar lectura al relato de su ensueño.

Escuchóle su hermana atentamente y comentó:

Es horripilante, pero no extraño. Te ha impresionado vivamente la lectura de las novelas de guerra y a ello es debido tu ensueño.

Conformes –repuso Guillermo y añadió: Fíjate, sin embargo, en un hecho que es harto significativo. Yo he visto en mi sueño toda la guerra de una manera sintética, pero muy completa. Sólo me ha faltado contemplar algunas de las bárbaras escenas que en las poblaciones de los países beligerantes se desarrollaron contra los presuntos culpables de espionaje; el hacinamiento de prisioneros en pontones y campos de concentración; el aprovisionamiento de esencia de los submarinos; y algún que otro detalle de mínima importancia.

Bien; ¿y qué?

Pues que este ensueño más parece una recapitulación, una especie de ordenación de estímulos conscientemente realizada con tendencia a preparar los elementos de

reflexión necesarios para la solución del problema que tanto me interesa.

No te comprendo.

Procuraré explicarme con más claridad.

Concentróse un momento en sí mismo Guillermo, y luego dijo:

En mi criterio, todo ensueño tiene su significación. Unas veces se adelanta el sujeto durmiente a los acontecimientos; otras, realiza sus deseos más caros; otras, repasa, vuelve a ver lo que durante la vigilia ha leído, escuchado o visto; y otras, debido a desórdenes nerviosos o de nutrición, o a cualquier lesión orgánica aguda o crónica, sueña disparates que deben catalogarse entre los fantasmas que forja el delirio provocado por una fiebre alta. Las causas de tales fenómenos se han estudiado detenidamente dando origen a teorías bastante ingeniosas a las cuales no necesitamos recurrir en este caso concreto. Bien. Mi ensueño se caracteriza, como habrás notado, por una ilación y coherencia nada corrientes. Singularidad que, al narrarle, induce a pensar si me habré entretenido en trazar un bosquejo de la guerra más que en contar una cosa soñada. No hay exageración en él y, en cambio, existe una notable vertebración en el desarrollo del drama y una visión de conjunto muy completa, ya que no perfecta. ¿No autoriza esto a suponer que yo mientras dormía he continuado pensando y

objetivando con toda realidad mis pensamientos? O, mejor dicho; en lugar de soñar, ¿no habré resumido subconscientemente cuanto he oído, leído y pensado acerca de la guerra para afirmarme en mis propósitos de luchar contra ella?

Magda miró de hito en hito a su hermano y esbozó, casi imperceptiblemente, una sonrisa irónica.

Quizá adivinó Guillermo lo que ella pensaba, puesto que dijo con viveza:

No. No me considero un instrumento de la Providencia. Desecha esa idea. Yo no creo en esa entidad misteriosa, especialmente, desde que he contemplado tantos horrores. No. Yo doy a mi ensueño, a lo que sea, una explicación lógica, enteramente racional. No necesito de la Providencia para interpretar el fenómeno. Yo he continuado pensando mientras dormía. Eso es lo que deduzco y lo que quise decir. ¿Me comprendes?

No mucho.

Pues, querida, lo siento, porque la verdad es que no sé explicarme mejor.

Pausa.

Ambos hermanos meditaron en silencio un largo rato. Después dijo ella:

Bueno. No creo que sea tan importante aclarar y hacer constar la naturaleza del fenómeno. Tú querías decir algo de más interés que el que pueda llevar en sí el análisis de tu ensueño. ¿Me equivoco?

No.

Pues dilo lisa y llanamente. Quizá lo uno explique lo otro.

Puede ser.

Reflexionó un instante y expresó con sencillez:

Después de despertar he meditado mucho y he concluido por ver con toda claridad mi camino.

¿Eh?

Sí. He visto mi camino. Y... estoy dispuesto a seguirlo, cueste lo que cueste. No, no. Nada de exaltación. Hablo serenamente y procurando embridar y atar corto el potro fogoso de mi imaginación.

No te ocultaré que el referido camino es largo y difícil, pero es seguro. Quizá deban avanzar por él en línea recta incontables generaciones antes de alcanzar la anhelada meta, mas no hay otro, es el único que conducirá a una paz durable y efectiva.

Me intrigas soberanamente.

Lo comprendo. Y, además... dudas de la solidez de mi juicio.

No. Te aseguro que no.

Más vale así.

¿Por qué había de dudar antes de oírte?

Es verdad.

Me intrigas porque el asunto es muy complejo y no veo la manera de ponerlo en claro. ¿Quieres explicarme?...

¡Claro! Pero antes es preciso hacer una crítica somera de nuestra organización social. ¿Te fastidiaría?

De ninguna manera. En estos momentos lo que más me interesa es comprenderte.

Pues escucha.

Breve silencio. Después empezó Guillermo su exposición dejando caer una a una las palabras, dándoles significado y sin restarles claridad.

En la sociedad todo se halla sabiamente organizado para la guerra. La fuerza bruta es la garantía del derecho. Todo tiende a mantener a los pueblos disciplinados y en pie de guerra para pegar fuerte. El descontento y el malestar son universales y, aunque sea paradójica, la barbarie sirve de

aglutinante poderoso a la civilización. ¿Cómo puede perpetuarse semejante estado de cosas que no hace feliz a nadie, que siembra desdichas a granel? ¡Ah! La respuesta no tarda en dársela el observador atento. Todo esto es posible porque todos laboramos tenazmente para que así sea. En la escuela de primera enseñanza, apenas se nos ha enseñado a silabear se procura hacer de nosotros buenos ciudadanos y buenos patriotas; la literatura se cuida más tarde de alimentar esos sentimientos cantando las glorias guerreras y la superioridad de nuestra patria; los periódicos ensalzan las excelencias de nuestro clima, de nuestras producciones de nuestras costumbres, la limpidez de nuestro cielo; la sonoridad, riqueza y dulzura de nuestro idioma; lo completo de nuestra cultura, y el deber sagrado que tenemos de jugarnos la piel en todo momento y ocasión para defender todo esto de la rapacidad y la barbarie de nuestros enemigos, que lo son todos los extranjeros; los hombres de ciencia investigan con ahínco para proporcionar a la patria nuevos elementos de defensa; el cine y el teatro propenden a ridiculizar a los que no nacieron en nuestro país natal y a presentarnos a nosotros como lo mejorcito que alienta y palpita bajo la capa del Sol. Y este juego trágico, esta labor nefasta, se lleva a cabo en todos los países sin excepción. Consecuencias: que el hombre ve en el hombre su enemigo natural y la guerra se produce de una manera lógica en cuanto los gobernantes de dos países lo juzgan oportuno, sin que nadie se queje ni proteste.

¿Y bien?

¿No adivinas a dónde voy a parar?

No me atrevo.

Pues no puede ser más lógico. Los mismos elementos que hasta ahora se utilizaron para hacer posible la guerra es preciso utilizar para acabar con ella. El hombre es hermano del hombre, y debe ser ciudadano del mundo. Grabar esta verdad en el corazón humano será la inauguración de una era de paz tal vez inalterable y no puede grabarse sin dar un sentido nuevo a la enseñanza, hacer que la Prensa sea un verdadero vehículo de cultura, que el libro, el teatro y el cine, llenen una misión noble y educadora y que el hombre de ciencia trabaje para la vida.

¿Y tú?...

Yo intento romper la marcha. Pagaré, editaré y venderé a un precio mínimo, toda obra inspirada en tal sentido. Fundaré periódicos y revistas que respondan en su contenido a lo que entiendo debe ser la Prensa. Procuraré que los maestros den a la enseñanza un valor de humanidad.

¡Qué problemático es todo eso!

Sin embargo, es el único camino y no podemos elegir.

Bueno. Veamos, sin detenernos en el estudio de las dificultades que ofrece el desarrollo de tu plan, sus resultados prácticos. ¿Opinas que la próxima guerra?...

Es inevitable. Se producirá fatalmente en cuanto el mundo se reponga del descalabro sufrido en la anterior. No profetizo: deduzco. Para evitar la espantosa carnicería que se prepara, habría de producirse un verdadero milagro y éstos no se realizan ya como cuentan las leyendas que se realizaban en los albores de la Humanidad.

En ese caso laborarás para atenuar la violencia del choque, ¿no?

No. Laboraré para que sea el último,

Y, ¿con qué elementos cuentas?

Con mi voluntad, por lo pronto. Después, confío atraerme la ayuda de todos los hombres de valía, de los que sinceramente creen que la vida tiene un objetivo más elevado que estudiar para amargárnosla. Magda frunció el ceño y reflexionó un largo espacio de tiempo. La verdad era que no la convencían las ideas de su hermano. ¡Menuda faena! Dar cima a tal empresa, era superior a las fuerzas humanas. No dudaba de la sinceridad de Guillermo, pero comenzaba a poner en entredicho la madurez de sus juicios. Concebir tales proyectos acusaba una imaginación poderosa y viva, mas pretender realizarlos era sentar plaza de loco.

Empero, a su pesar, sentíase seducida por todo aquello. «El acendrado afecto que me inspira va a jugarme una mala pasada», pensó. Porque lo evidente era que, si no lograba hacerle ver lo absurdo de sus planes, se uniría a él para ayudarlo. «Un loco hace ciento», remusgó mientras decía en voz alta:

Me dejas maravillada, mas no convencida. A mi juicio el esfuerzo que has de realizar es enorme y el resultado dudoso.

– Dudoso, no; seguro.

¿En qué fundamentas esa seguridad?

Querida, es muy sencillo. Si las armas que pienso esgrimir para el bien han sido tan poderosas para producir el mal, no veo la razón para dudar de su eficacia.

De todos modos no creo adelantes gran cosa.

Ni yo tampoco. No soy tan iluso que espere el coronamiento de la difícil obra que voy a emprender. Apenas si podré trazar sus lineamientos generales. He meditado bien y aprecio en toda su extensión la magnitud de la empresa. Hay que transformarlo todo. Nuestros sistemas económicos evidentemente injustos, el sentido erróneo de la enseñanza, la orientación de la Prensa, la organización de la sociedad, en una palabra. ¡Ah! No es grano de anís ni labor de un día lo que es preciso hacer, no. Muchas generaciones habrán de

avanzar por la ruta que yo pretendo iniciar, antes de que la humanidad se vea libre de la horrible mancha de las luchas fratricidas. Quizá la confusión aumente y la sangre corra a raudales empurpurando la tierra a consecuencia de mi actuación. Tal vez promueva desastrosas tempestades. Es posible que deba arrostrar peligros ignorados. Pero nada me arredrará. Estoy decidido a todo. La existencia que he llevado hasta el presente me confunde y sonroja. He sido un hombre práctico. Todo lo he cifrado en la ganancia sórdida. Comprar y vender ha sido mi única preocupación. Amontonar dinero a toda costa. Toda una vida desvelándome y haciendo cálculos para agenciar con que llenar la andorga y poder comprar algunos placeres tan mezquinos como efímeros. ¡Oh! ¡Qué pequeño me resulta todo ello! Y ¡qué vil! Vil, sí, hermana mía. Una fortuna como la que yo he logrado reunir no se amasa sino apilando una sobre otra las vilezas. Pues bien; ¡basta ya! Quiero vivir dignamente el resto de mis días. Quiero que se olvide al traficante rapaz y que el hombre deje de su paso por la vida una estela de luz. ¿Me comprendes? No me inquieta saber si podré o no realizar mis propósitos. Lo que deseo es vivir para algo que no sea mi propia conveniencia, no medir mis esfuerzos por la suma de beneficios que puedan dejarme, sino lanzarme al torbellino de la vida, gastar sin contar mi caudal de energías, ofrecer mi corazón a los hombres, darlo todo sin reservas por el embellecimiento del mundo.

Confieso que me desorientas, Guillermo.

Él la miró asombrado y ella insistió:

Sí. Me desorientas, no pongas esa cara de bobo. Siempre has sido un poco fantástico y me ha sido difícil entenderte, pero ahora... En realidad, no sé qué papel pinta la humanidad en lo que vienes tramando. Parece que te preocupa su porvenir y de tus palabras se desprende que sólo te preocupas de ti mismo. No estás contento del rumbo que hasta ahora has seguido, te aburres y, por deporte, y también por vanidad, quieres asignarte el papel de redentor. Declaro sin ambages que eso me desagrada. Nunca me gustaron los redentores, pero me gustan infinitamente menos cuando lo son por egoísmo.

Imagino que no me has entendido.

Quizá no te has explicado bien.

Quizá. Yo parto del deseo que me anima de que la humanidad sea feliz.

¿Es sincero ese deseo?

En absoluto.

¿No confundes con ese deseo tu anhelo de dejar de tu paso por la vida una estela de luz?

No. La gloria me tiene sin cuidado. Te concedo que antes de ahora la humanidad y su dicha me importaban un comino.

Hoy no. Hoy tengo un concepto nuevo de los destinos humanos. El hombre no debe cuidarse exclusivamente de su bienestar particular, sino que debe allanar el camino a humanidades futuras. Nuestros tiempos marcan el alborear de una época nueva: la de la lucha contra la violencia, que ya no es necesaria como vehículo de progreso. En la actualidad se inicia un ciclo evolutivo durante el cual desaparecerá de las relaciones humanas toda idea de opresión y violencia. Derivamos hacia la fundación de una patria única y todos nuestros esfuerzos tenderán a hacer de esa patria un vergel. Esto lo creo firmemente y por eso deseo poner manos a la obra que no tardarán en secundar todas las inteligencias despiertas del mundo. Ni vanidad ni egoísmo me impulsan. Soy un modesto obrero que ha comprendido su misión y se dispone a llenarla sencillamente y sin pereza.

–¡Caramba! –murmuró Magda–. La cosa es más grave de lo que suponía.

Después, en alta voz:

En fin –dijo– la idea es noble pero, ¡cuán utópica!

¡Bah! No tanto. Tengo la seguridad de que en cuanto medites detenidamente acerca de ello, te pondrás a mi lado.

¡Oh! En cuanto a eso, no hay que dudar siquiera. Siempre estaré a tu lado.

Ya lo sé. Pero deseo estés por cariño y por convicción.

Veremos.

Verás. Yo lo tengo ya visto todo. Entre la época que muere y la época que nace, hay un abismo espantoso y yo tengo la seguridad de que tú me ayudarás con entusiasmo a tender un puente sobre ese abismo. No... No me digas nada. Reflexiona. ¡Oh! Eres una mujercita de un valor incalculable. Nadie, ni tú misma, te conoce como te conozco yo. Me ayudarás. ¡Vaya si me ayudarás! Y más de una vez disiparás mi desaliento con tu dulce sonrisa. ¡Si lo sabré yo!...

XI

Tras una larga semana, durante la cual reinó un temporalazo endiablado, amaneció un día espléndido.

Ni una nube en el cielo. Ni el más tenue soplo de aire. Serenidad luminosa. Ambiente tibio y balsámico. Ríe bonachonamente el Sol desde su dorada cuadriga de fuego. Sacude las hebras rutilantes de su rubia cabellera y presta cegadores reflejos a las azogadas planchas del mar, turquesa líquida festoneada por la espuma, sobre la cual se mecen las albas gaviotas y recortan su airoso perfil las velas latinas de las barcas pesqueras. Tornasola las montañas. Inunda con su alegre esplendor todos los ámbitos. Tiende su regio tapiz por los campos en cuyo afilegranado bordado casan admirablemente el oro con el cadmio, la esmeralda con el ópalo, el zafiro con el violeta intenso, la nieve con la púrpura y el rojo espinela.

Guillermo salió de casa. Bullicio. Risotadas. Parloteo de gentes felices a quienes basta un rayito de sol para hallar amable la vida. Animación y algarabía de inquieta pajarera, en calles inundadas de luz.

Le fueron muy útiles aquellos días desapacibles de ventoso temporal. Recluido en casa, al amor de la lumbre, su cerebro trabajó con actividad y con éxito. Ya tenía perfectamente ultimado un plan.

Un plan vasto, eso sí, como para ser desarrollado por una legión de gigantes. Al exponerlo a Magda, ésta le hizo ver el enorme cúmulo de dificultades que ofrecía. Ni con cien cerebros portentosos podría llegar a diseñar su empresa y mucho menos a darla cima. Mas a él no le inquietaba esto gran cosa. Pondría manos a la obra y llegaría adonde llegara. Dentro de sí sentía palpitar y multiplicarse energías sobrehumanas. No experimentaba ni impaciencias ni prisas por comenzar. Siempre estaría a tiempo. Serenamente se lanzaría y una vez lanzado, nada le detendría en su trayectoria. Estaba seguro. Desengaños, sinsabores, neutralización de sus esfuerzos al chocar contra la cancha de la universal indiferencia, oposición, escarnio, todo lo que pudiera alzarse en su camino, se estrellaría contra su inquebrantable resolución de laborar en un sentido humano.

Una cosa le preocupaba. Era algo de índole sentimental a lo cual no concedió al principio la mayor importancia y que después representó un serio obstáculo no fácil de superar.

Los mallorquines comprenderán esto con que apuntemos solamente que Guillermo debía abandonar de una manera definitiva Mallorca, para el mejor éxito de su empresa.

El mallorquín no es reacio a viajar. La mayoría, como seducidos por los dilatados horizontes del mar, embarcan rumbo a la Península, o hacia América, o hacia Francia. Pero, así como el gallego padece de morriña y el portugués de saudade, él sufre de enyorança. Su Roqueta encantadora le atrae con extraña fuerza y tiene que retornar a ella, bañarse en el sortilegio de su límpida luz, ensoñar en medio de la magia de sus paisajes brujos. Partir para siempre, no puede. Va y viene. Fuera de la isla se considera como de paso. Su casa, su morada, se halla enclavada aquí y aquí ansia exhalar su último suspiro. Lejos de la dorada perla del Mediterráneo, enferma de nostalgia, se posesiona y enseñorea de él la melancolía y tiene que volver aunque no sea más que por una temporada. El caso de Palau y Coll, el poeta insigne autor de «La campana de la Almudaina», que renuncia a la gloria conquistada ya de una manera envidiable por no salir del patrio lar, no es un fenómeno aislado, excepcional. El mallorquín ama con fervor su tierra, de cuyas bellezas se siente orgulloso. Y la ama sobre todas las cosas de este mundo.

Guillermo debía trasladarse a Madrid si quería dar a su obra la importancia que ésta requería, y harto se le alcanzaba que no podría volver. Esto le dolía en lo más vivo, mas no pensó ni por un momento en renunciar. ¡Estaría

bueno que él que iba a proclamarse muy pronto ciudadano del mundo cesara precisamente por no poder dejar de ser mallorquín! Sin contar que el amor que le inspiraba su patria chica antes debía alentarle que retrotraerle al cumplimiento de su deber.

Sí, pero...

Por lo pronto aquello le torturaba más de lo regular.

De otra parte, allí estaba Margarita. Otro problema. ¿Qué haría de ella? ¿Abandonarla? ¿Llevarla consigo? Faltaba averiguar si ella le seguiría. Y aunque estuviera dispuesta a seguirle, no le parecía acertado continuar aquellas relaciones. Sostener una hembra de placer antojábasele un contrasentido ahora que planeaba un plan de campaña para la redención del mundo.

Ya sabemos que no amaba a Margarita. Renunciar a ella no le costaría ni mucho esfuerzo ni mucha pena, mas no por eso ofrecía la solución del problema menos dificultades. En el fondo le acusaba la conciencia. Indudablemente ella era una predestinada a caer y hubiera caído con otro si no le hubiese conocido a él oportunamente, pero, de cualquier manera fue él quien la inició en el gustoso pecado y era natural le preocupara lo que iba a ser de ella cuando él la abandonara como se abandona a una fámula cuyos servicios han dejado de ser necesarios. ¿Rodaría dando volteretas por el plano inclinado de la degradación? ¡Oh! En cuanto a eso no le cabía

la menor duda. Era fatal. Su destino era rodar de unos brazos a otros brazos, con sereno impudor.

– Bueno, bueno. Todo esto es cierto, mas yo no tengo la culpa. No voy a encadenarme a ella sin amarla, por escrúpulos de conciencia. Lo mejor es romper y que siga su camino. De todos modos, más pronto o más tarde había de suceder.

No le tranquilizaba esta reflexión.

Claro que, en su criterio, él no era responsable de la caída de ella puesto que se limitó a tomar al pasar un fruto en sazón que estaba deseando entregarse, pero ¿se hallaba totalmente exento de culpa? No. Aunque su egoísmo le pusiera tupida venda sobre los ojos habría de ver que actuó de corruptor prevalido de su dinero. Las mujeres se venden porque hay quien las compra y si se ven inclinadas a hacer almoneda de sus encantos es porque la vida es dura y despiadada y nos obliga a apechugar con muchas vilezas.

Margarita era guapa, tenía buen tipo, amaba el lujo y la vida regalona y fácil, no sentía la menor inclinación al trabajo que agosta y no proporciona al que trabaja sino miseria y embrutecimiento. ¿Cómo había de rechazar la feliz oportunidad que se la ofrecía de vivir como una señora a cambio de tirar la vergüenza a la calle? ¿Quién podía acusarla? ¿La sociedad? ¿Guillermo? ¡Bah! La sociedad debió cuidarse de hacer imposible ese indecente tráfico y

Guillermo debió abstenerse de aprovechar para su placer la miseria de una desgraciada.

Decididamente había procedido mal y ahora debía epilogar su maldad con una nueva infamia. Porque aquello había de terminar. Y había de concluir con el rompimiento. Meditando en todo esto, fue al garaje. A poco cruzaba la sucia y tortuosa calle del Teatro Balear, desembocó en la de San Miguel, descendió por la de los Olmos y viró hacia el Instituto. Detúvose ante la casa, nido de placer, de Margarita. Entró. Tenía un propósito deliberado. Si ella no se oponía, irían a pasar parte del día en la casita de campo que poseía Guillermo en las inmediaciones de Génova. Allá, aprovecharía la primera oportunidad para exponerle sus planes y hacerle ver la conveniencia de que aquel enredo terminara. La joven le recibió, como siempre, con la más encantadora de sus sonrisas. Estaba guapa, la indina. Arrogantísima, deliciosa con su sencilla *robe de chambre* que modelaba su incentiva venustidad, sus formas impecables de hembra de placer, emocionó un tanto a Guillermo que no pudo vencer la tentación de estampar un beso en sus carmíneos labios.

Adivinación –dijo ella–. Pensaba en ti. Te esperaba.

¿Sí? –inquirió él por decir algo.

Sí –confirmó ella con su dulce y bien timbrada voz de soprano–. ¡Hace un día tan espléndido!...

Pues vengo para que gocemos de él. ¿Qué te parece si nos fuéramos a pasar el día a Génova? Abajo tengo el coche.

Ella saltó al cuello de Guillermo y mientras le sofocaba a besos decía:

¡Eres divino! ¡Déjame que te bese! Nada podría hacerme más feliz que eso.

¿Que el qué? ¿Que besarme o lo otro? –indagó él riendo.

Las dos cosas.

Bueno. Pues arréglate y... *en route*.

En un instante, *rara avis*, acicalóse la joven y pronto el auto descendía por la Rambla, calle de la Unión, Borne y Avenida de Antonio Maura; tomó por la derecha el Paseo de Sagrera, enfiló la calle de San Magín y por la carretera de Porto–Pí rodó hacia el Terreno.

Es una excursión magnífica.

Conforme se sale de Santa Catalina, ofrécese a la vista una decoración de magia. A la izquierda recortan la curva suave de sus lomas una serie de cerros que forman gracioso conjunto con el monte Bellver, cubiertos de pinares frondosos que trepan hasta las cumbres, se desparraman por las laderas, invaden las cañadas, lo llenan todo con su verdor y fragancia.

Entre la fronda de este mar verdinegro y perfumado de lujuriosa vegetación, se alzan algunos chalets de caprichosa arquitectura que parecen casitas de muñecas colocadas al desgaire en un parque artificial.

A la derecha, los alegres edificios de Son Armadams, Son Alegre, El Terreno, que se elevan desde el mismo borde del rocoso acantilado, dando la sensación de un pueblo mágico, limpio y policromo, que emerge de las profundidades del mar obedeciendo al conjunto de la maravillosa varita de un taumaturgo todopoderoso.

Todo el trayecto está lleno de sorpresas agradables.

A cada nuevo avance por la asfaltada carretera se ofrecen nuevas perspectivas a cual más sugerentes y atractivas. Ya es una villa que se descubre bruscamente entre el jugoso follaje de los pinos; ya un trozo de mar que se vislumbra por algún claro espejeando como un lago de plata; ya un vallecico no mayor que un pañuelo, matizado por las flores con todos los colores del espectro; ya un grupo de casas circundadas de románticos jardines...

El auto cruzó raudo la aristocrática barriada de Porto-Pi que se empina monte arriba, entre fragancias y verdores. Una curva rápida. Desciende el coche en pronunciado declive. Un puente. Viraje a la izquierda. El acceso por la carretera de Génova se inicia.

Zigzaguea ésta por la falda de un áspero cerro. A la siniestra mano, una profunda barrancada y arrancando de su fondo mismo, bancales y casas que se escalonan hasta la cumbre. Almendros en flor. Cortinas de madreSelva que cubren paredones y setos. Macizos de geranios. Arriates...

Un túnel. Ruge el claxon. Trepida el motor mientras sube el coche, siguiendo las curvas y contracurvas de la carretera por las laderas del monte. Un altozano. La inmensa planicie azul intenso del mar hendida por la cuña pétrea de En de Rocat, se muestra despejada en todo su luminoso esplendor. Sobre la cresta de sus ondas cabrillea juguetona la luz solar, saltan destellos áureos, cabalgan retozones los hilos brillantes de la melena de Apolo. Desde esta altura se abarca en magnífico conjunto la vista panorámica de la ciudad espolvoreada de oro, y allá lejos, estrella de nieve sobre tapiz de esmeralda, se divisa el bello poblado de El Arenal, enclavado en el suave repecho de un cerrete, a la orilla del mar.

Adelante. Ahora recreáse la mirada en la contemplación de campos de almendros cuajados de flores níveas, de algarrobos robustos y frondosos, de olivos centenarios de rugosa corteza, retorcido tallo y hojas tenuemente plateadas. Génova. Pueblecito de ensueño situado al extremo de una especie de valle silencioso y poético, circundado de montañas y pequeñas eminencias de cambiantes matizaciones. No osa uno hablar fuerte en este bello lugar. Los movimientos se hacen pausados y solemnes.

La voz se torna un susurro. Los ojos se extasían en el regalo de la contemplación maravillada y maravillosa. El alma se prosterna y musita sin palabras una inspirada oda a la poesía. La ilusión de hallarse en un rincón del mítico Parnaso se hace tan viva, cobra tal fuerza, adquiere tal sabor de realidad, que no extrañaría uno lo más mínimo ver aparecer de improviso entre la fronda a las Musas eternamente jóvenes y gentiles con su cortejo de alegres y aladas doncellas, y cree a ciencia cierta que la brisa canta, acaricia y besa... En determinados pa-rajés, el turista se detiene, recógese en sí mismo, se sitúa fuera del tiempo y del espacio y, con los ojos de par en par abiertos, sueña quimeras imposibles. No se puede proceder de otro modo ante la augusta majestad de estos paisajes incomparables cuyas magnificencias aumenta el encanto supremo que les presta la luz sin igual de Mallorca.

Guillermo sentíase subyugado por los hechizos del ambiente que le embriagaban como un vino perfumado y generoso de respetable ancianidad.

¡Oh! ¡Qué magnífico! ¡Qué derroche de matices! ¡Qué orgía de luz! ¡Qué majestuosa grandiosidad! ¡Cómo se embellece, engalana y coquetea la Naturaleza en estos rincones hermosísimos de la mayor de las Gymnesias!

Siempre fue sensible al encanto de los paisajes de su Roqueta perdida en el bruñido espejo del mar de Ulises y por sus ondas azules arrullada y, a veces, azotada, cuando Aquilón enfurecido convierte los rizos en olas y las olas en

bramadores y briosos arietes, pero ahora, el placer de la contemplación estaba acibarado por una sensación dolorosa: debía partir. Era preciso abandonar todo aquello, olvidar, sobreponerse al veneno de la nostalgia, para librar una batalla gigantesca en pro de la dicha humana. Aquel pedazo de Edén situado sobre la azul transparencia del hermoso *mare nostrum*, formaba parte de su vida, de la esencia íntima de su ser. Le seducía poderosamente la sedante calma, la dulce molicie que en él gozaba, mas ya no le era posible continuar gustándola desde el día en que sus ojos abiertos a la luz se abrasaron en la visión dantesca del infierno pavoroso en el cual se contorsiona de dolor la Humanidad. No. Ya no podría encerrarse egoístamente en sí mismo, vivir para su goce, mientras de todo el haz de la Tierra, prisionera del odio, se elevaba un angustioso coro de lamentos, un griterío ensordecedor de blasfemias, una atronadora algarabía de coléricos alaridos.

Había que luchar, que tornar al poeta en guerrero, que hacer del soñador un apóstol. Era urgentísimo vencer todas las seducciones y con la frente alta marchar en derechura hacia el futuro no escuchando otros sentimientos que aquellos que le afirmaran en su amor hacia la desdichada familia humana que sangra por mil heridas, que ciega y dolorida se revuelca insensatamente en el tapiz tachonado de punzantes espinas del odio que desgarran sus carnes, encona sus llagas, y la impulsa a escribir con su propia sangre páginas bochornosas de crueldad y barbarie inútiles.

Toda la fiera gallardía de los antiguos mallorquines, raza de héroes, de atrevidos navegantes, de honderos aguerridos, latía en él con vigor inusitado, jaleada con el ansia aventurera y audaz de sus ascendientes andaluces. A la brecha, ¡qué diablos! El genio del hombre puede transformar nuestro planeta en una Mallorca universal en la que se aunen por modo logrado la belleza una y varia de los paisajes, las dulzuras del ambiente y la jocunda alegría de vivir, pero antes es necesario limpiar de abrojos los caminos, purificar las almas de las macas del vicio y del rencor, hacer posible que el trisílabo hermano tenga espléndida significación de ternura, de fervor fraterno, que no necesite para abrirse lozana y fresca la flor del sentimiento en el corazón humano del amargo rocío de las lágrimas, que todos los labios sonrían placenteros porque todos estemos libres de la coyunda del dolor.

El auto se deslizaba suave por la blanca cinta de la carretera que serpentea, sube y baja. El paisaje se abre y cierra como el varillaje policromado de un abanico decorado por Watteau, a medida que el coche avanza rápido. Ahora sigue un camino estrecho, difícil, pedregoso, lleno de baches. Precaución. El vehículo rueda a duras penas, bailando sin ton ni son cual si padeciera ataxia locomotriz progresiva. Trepa resoplando por un empinado repecho bordeado de paredones sin revocar. Vira rápido y henos ya en la casita de campo de Guillermo.

Es un edificio coquetón enclavado en una elevada

estribación, en la cumbre achatada de una loma frente a Génova. La construcción sencilla, modesta, sin pretensiones, no está desprovista de encantos. Como un dado de nieve en cuyas caras laterales se hubieran incrustado rectángulos de esmeralda encuadrados en marcos de berilo, se destaca bellamente sobre el fondo azul cobalto de las montañas. Amplia terraza la precede. Sobre la repisa de la balaustrada que circunda la terraza, sendos macetones dan su nota de color en primavera. A uno y otro lado de la puerta principal, dos macizos de geranios crecen pomposos y rebosando vitalidad.

Desde la terraza se goza una vista panorámica soberbia. Pinos. Almendros. Algarrobos. Olivos. A la derecha el mar inquieto que se peina, cubriéndose de encajes de espuma, contra las puntas peñascosas de que está erizada la costa brava, o se extiende manso, suave, con un rumor de besos, sobre la dorada arena de las playas. A la izquierda, en una llanura ligeramente ondulada, Génova. Casitas blancas, grises, rosadas, entre el blanco suavemente matizado de violeta de los almendros floridos y el verde oscuro de los pinares; y, más al fondo, en la misma dirección, entre bosques de pinos cuyas copas parecen besarse, recorta el castillo de Bellver su airosa silueta. Semeja un acrópolis de oro erigido sobre la cúspide de una gigantesca turquesa oval sin tallar. Allá, en lontananza, vése la O graciosa de la nueva Plaza de Toros, prisionera en sus cuatro gallardos torreones, y, como una bandada de gaviotas sobre la azulosidad del

mar, el caserío de Son Sardina. Desviando la mirada hacia la derecha, admírase en la curva de la bahía amplia y llena de reflejos, C'an Perantoni y los edificios versicolores del Molinar de Levante, y enfilando la aguda punta del En de Rocat, se ve emerger allá lejos, entre azulada neblina, la mole aguda obscura de Cabrera, la menor de las Gymnesias, que traza una especie de protuberancia mórbida sobre la cinta movable del Mediterráneo.

A espaldas de la casa y por su flanco izquierdo, se yerguen altivas masas montañosas por cuyas accidentadas pendientes se desparraman los pinos y ascienden hasta encaramarse en las crestas cimeras, desafiando las violencias del viento, ganosos de azul y de sol. Delante ondulan las lomas pobladas de almendros embellecidos por la temprana floración. Y por todos lados, luz, mucha luz, horizontes despejados, aire puro y balsámico que penetra como una bendición en los pulmones y se traduce en oleadas de vigor y vida nueva en el organismo.

Saltaron ágiles del coche. Abrieron puertas y ventanas y el aire y la luz penetrando a raudales, saturaron pronto la atmósfera de aromas de primavera. Margarita correteó toda la casa curioseándolo todo, criticando y señalando reformas tanto en el mobiliario como en la distribución de las habitaciones. Guillermo la dejaba hacer y decir. A decir verdad, aunque estaba instalado a todo confort, no carecía de detalles de mal gusto que la alegre joven veía al primer golpe de vista y señalaba con desenfado. Inútilmente, puesto

que desde la primera vez que estuvo en la casa venía indicando los mismos detalles a refinar sin que él hiciera lo más mínimo por complacerla.

No tardaron en salir dejándolo todo de par en par abierto, y se lanzaron a corretear lomas, cabezos y hondonadas.

¡Es tan precioso todo esto! –dijo Margarita con entusiasmo –. Y sano. Yo viviría aquí toda la vida, sólita, oyendo la música de la brisa en el ramaje y dejándome arrullar en la calma de la noche por las canciones del mar. ¿No te gustaría?

Guillermo la contempló en silencio unos instantes y repuso luego:

¡Bah! Te fastidiarías a la larga.

¿Crees tú?

Naturalmente. No es este tu escenario. Tú has nacido para brillar, para vivir en un ambiente de lujo y escándalo, y no es aquí donde hallarías tu ambiente natural.

Calló ella.

Habían escalado una especie de puerto, cara al sol, y se sentaron.

Un momento se absorbieron en la contemplación del panorama, ajenos a todo. Después dijo la joven:

A juzgar por las apariencias, yo soy como tú me pintas, pero, en el fondo, es muy distinto. Me gusta el lujo, la vida cómoda y fácil, todos los refinamientos que puede proporcionar el disfrute de la riqueza, mas el escándalo y el ruido, no. Ni tampoco la existencia que llevo.

¡Oh! –murmuró él.

No lo digo en son de queja. Si lo de ahora me gusta poco, menos me agradaba lo de antes de conocerte. Aquello era insoportable. Trabajar sin descanso, hasta agotarse, para reventar de hambre, vivir en un feo y sucio tabuco y vestir humilde traje de percal. Nadie sabe lo que eso significa en el alma de una jovencita que tiene imaginación y, acaso, excesivas ilusiones. ¿Te molesto?

No. Me agrada oírte. Sigue.

Ya está todo dicho. O, al menos, todo lo esencial. Debía pagar la honradez a un precio demasiado elevado y llegué a odiarla con toda mi alma y a desear deshacerme de ella cuanto antes. Entre la deshonestidad limpia y dorada y la decencia claudicante y fatigosa, durmiendo sobre basura, vistiendo cuatro andrajos y entreteniéndome el hambre, preferiría aquélla como la preferiría cualquier persona sensata. ¡Qué quieres! Los ditirambos a la honradez serán letra muerta mientras existan miserables. Sólo se hallan en condiciones de ser honrados los ricos, y éstos no necesitan serlo.

Guillermo la miró asombrado.

Jamás se le había presentado la joven bajo tal aspecto. Y lo peor era que tenía razón. ¿De modo, que la *cocotte* casquivana era en el fondo una mujercita reflexiva que sabía filosofar? Nunca lo hubiera supuesto.

Me parece que te estoy amargando el día –observó ella ante el silencio de él.

Quizá. Pero, a veces, son beneficiosos estos amargores.

¿Por qué?

Por las enseñanzas que de ellos se desprenden.

¿Es que no se te ocurrió nunca pensar en lo que he dicho?

Confusamente. A vuestro mundo rara vez me he asomado con otros propósitos que los de gustar un placer. Franqueza por franqueza.

¡Ah!

Las mujeres de placer me inspiraron siempre una compasión desdeñosa. Te prevengo que no he frecuentado mucho su trato. Lo nuestro es distinto. Tú eres para mí, quizá, un juguete de lujo un poco costoso, pero no una golfa.

Menos mal.

Confieso, sin embargo, que en tu conducta hay algo que me repugna.

¿El qué?

La naturalidad con que has aceptado nuestro connubio. Esto me hizo suponer en todo momento que habías nacido para... para esto.

Cada criatura tiene su sino. Yo no tenía nada que vender en nuestro mundo de mercaderes y me vi precisada a hacer almoneda de mi belleza. Nada más lógico. ¿O crees que una mujer joven y bonita y que no quiere morir de pena en un rincón sin haber vivido, va a pararse en pelillos cuando se trata de conquistar una posición inaccesible por el sendero recto? Yo no podía obrar de otro modo. Si las cosas estuvieran dispuestas de otra manera, no es esto lo que yo hubiera sido, puedes creerlo.

¿Qué hubieras sido entonces, vamos a ver?

No vale la pena pensar en ello.

¿Por qué no?

Porque no.

Pero, tonta; si ya me has dicho crudamente lo que podía herirme, ¿por qué no has de decirme lo demás?

Margarita rompió a reír, y luego dijo:

La verdad es que no he querido herirte, querido. Eres bueno como el pan aguantando mis bobadas. ¡Ea! Se acabó. Ahora no hay que pensar más en cosas serias. Lo más acertado es disfrutar del minuto a tutiplén.

Como quieras; pero, ¡me gustaría tanto continuáramos charlando como dos amigos!

Es un juego peligroso.

¡Bah! Yo lo puedo oír todo. No soy tan imbécil que crea me soportas por amor. Por otra parte, no te pido me hables de lo que eres, sino de lo que hubieras querido ser. Es algo que me interesa más de lo que puedes suponer.

Si te empeñas... Aunque no tiene importancia. Son ensoñaciones de jovencita cándida, tal vez boberías.

Esas boberías son, frecuentemente, lo mejor de nuestra vida.

Si no lo mejor, lo más bello. Por mí lo digo.

Tras una breve pausa, explicó:

Yo no he sido nunca una mogigata, al contrario. Ni me ha intimidado mucho la opinión ajena. Siempre me han gustado los cintajos y perifollos, los trajes llamativos y elegantes, la

vida alegre y holgada. Es decir, todo lo que en mi humilde esfera me estaba vedado. Por lograr el disfrute de eso, siquiera una temporadita, hubiera vendido mi alma al diablo. Claro que esto lo comprendo perfectamente ahora, pero no entonces. En aquella época no comprendía otra cosa que la imposibilidad de vivir según mis gustos con los menguados recursos de que podía echar mano. Tampoco comprendía que con un lindo palmito y una moral poco exigente una jovencita puede aspirar a mucho. Esto lo comprendí después, cuando la pubertad hizo de mí una mujer hermosa que con su sola presencia encalabrínaba a los hombres, y observé, y escuché proposiciones tentadoras. ¡Oh! Si yo hubiera querido... Sólo que todavía no quería. No me mostraba irreductible por escrúpulos de honradez que, a decir verdad, jamás me inquietaron. Es que soñaba. Creía que algunos de aquellos señores que me acosaban y decían beber los vientos por mí, se decidirían, al fin, a sacarme de la miseria casándose conmigo. ¡Fíjate qué tontería! Esperar que un rico se case con una pobretona, aunque ésta supere en hermosura a la diosa Venus, es el colmo de la candidez. Sin embargo, sobre esa base falsa cimenté el castillo de mis ilusiones. Casada con un hombre rico, veíame agasajada, mimada, en medio de una atmósfera de lujo y abundancia, madre feliz de algunos críos, respetable y respetada. Andando el tiempo me ingeniaría para inducir a mi esposo a edificar una casa señorial en algún paraje encantador de nuestra isla y vivir en ella como una reina, rodeada de mis pequeñines y protegida por la veneración de mis servidores.

Ya ves, la mujer que para vivir necesitaba, según tú, brillar en un ambiente de lujo y escándalo, se hubiera sentido muy feliz siendo una dama rica, madre joven y señora respetada, en cualquier rincón de Mallorca, siempre que en él no faltaran las comodidades que proporciona la riqueza.

Bueno. Pero ¿y el amor?

El amor es un sentimiento muy respetable y un bello motivo para componer novelas y poemas, mas yo no le podía dedicar ni el más leve espacio en mi alma. Lo que me preocupaba muy especialmente era salir de la miseria. Además, ni entonces ni ahora me ha parecido el amor una cosa tan esencial que debiera sacrificárselo todo. Ya sabía yo lo que era aquello, Mis padres cuentan que se casaron enamorados y no puedes figurarte el infierno que ha sido mi casa. Una amiga mía, hermosa y lozana como una rosa de Chipre, casóse loca perdida por un mocetón atlético, con una cara de bruto que mete miedo, y que, según ella, está enamoradoísimo, lo que no impidió que a los quince días de casados la tundiera a golpes, ni impide que cada lunes y cada martes le propine una somanta bestial. Otra contrajo matrimonio con un perdis la mar de simpático que la tenía embobada, y desde que se sintió madre la primera y única vez, la infeliz es objeto de los atropellos más atroces. Él no quiere más chiquillos, y para evitarlos y no privarse de los goces del matrimonio, la obliga a hacer las peores cochinas. Y así, por ese tenor, todas las parejas que conozco. Sin duda alguna la miseria tiene la triste virtud de

envilecerlo todo. Sea lo que sea, lo cierto es que yo no pensaba en el amor sino en un buen matrimonio. En el fondo una venta, pero, ¡qué le hemos de hacer!, lo primero es pisarle el cuello a la necesidad. Ser rica era mi aspiración y a ese fin orientaba mi vida. Tenía la seguridad de que conquistando una posición holgada, aunque fuera una pendona, todos se inclinarían reverentes a mi paso.

¿Y ahora?

Ahora la parte principal de mi programa se ha realizado. No me he casado, es verdad, pero voy en camino de ser rica. Y aunque tú me creas una golfa, mis antiguas amigas me envidian, la mayoría me respeta y yo estoy satisfecha. Después de todo, ser la amante de un hombre solo no es tan grave pecado. Mayor pecado es ser pobre.

Callaron.

Guillermo meditaba. No salía de su asombro. El tranquilo cinismo de Margarita le dejaba atónito, es cierto que nunca hizo alardes de pudor ni dejó de conducirse como una persona razonable y práctica que administra con tino su hacienda, pero jamás se expresó con tan cruda franqueza. No sabía qué pensar ni qué decir. Se sentía en ridículo. ¿De modo que él no era otra cosa para ella que el hombre que paga? ¡Magnífico! ¡Vaya con la muy... golfa! Siquiera por consideración debió haber fingido un poquitín. Como siempre. Pero, ¡bah!, ¿qué se puede esperar de estas

mujeres? En el fondo no le interesaba gran cosa. Mejor que mejor. ¿No buscaba un pretexto para romper? Pues ya le tenía. No tenía más que mostrarse ofendido y...
¡consumatum est!

Bueno. Sí. ¿Y qué? No por eso dejaría de tener ella razón. En una sociedad fundamentada en el poder del dinero, lo peor es carecer de él. Hay que apresurarse a conquistarle a toda costa, puesto que significa poder, bienestar, dicha, placeres. Por él vende el artista los frutos de su inspiración, el hombre de ciencia su talento, el obrero sus fuerzas, el militar su sangre. ¿Con qué derecho tildamos deshonoroso que la mujer venda su belleza?

Decididamente no aprovecharía la oportunidad para reñir. No era un rufián. Ya tratarían la cuestión con mayor espacio.

Hizo un esfuerzo para ser sincero, y dijo:

Es posible que alguna vez te haya tratado como se suele tratar a la mujer que vende sus caricias, pero te aseguro que no te considero una golfa. Entre tu conducta y la mía existe más de un punto de contacto. Los dos hemos perseguido el mismo fin, aunque por distintos caminos, claro está. Somos dos parásitos. Ni yo he realizado ninguna obra útil, ni tú tampoco. Somos tal para cual. Hay, sin embargo, una diferencia: que yo he llegado a la meta y me siento decepcionado, mientras que tú te hallas satisfecha antes de llegar. Es cuestión de temperamento, sin duda. Pues bien; tú

tienes razón, pero la vida es más. Hasta la presente, hemos sacado partido al mal para vivir bien, ¿no sería mejor estudiar el mal para combatirlo?

Yo, sólo aspiro a vivir.

Él se encogió de hombros y murmuró:

Después de todo, quizá estés en lo cierto: ¡vive!

No se habló nada más de provecho. El resto del día transcurrió en un soplo. Corretearon por el campo como niños juguetones. A todos los rincones llevaron el eco de sus risas. Hasta se amaron en medio del esplendor de aquella naturaleza bella y brava...

Empero, Guillermo no dejó de pensar. No la comunicaría sus inquietudes. ¿Para qué? Dejaría asegurada su existencia antes de lanzarse a la lucha. Después... ¡Oh! Después, la gran batida al dolor innecesario, ganaría campeones y adeptos y sobre la Tierra libertada florecería una humanidad dichosa que no tuviera que avergonzarse de nada ni tuviera que hacer de la vileza un medio de vida...

XII

Mugió sordamente el claxon. Viró el magnífico Hispano y abandonando el asfaltado pavimento de la calle, enfiló una amplia vía del ensanche, polvorienta y pésimamente urbanizada.

Excursión a Sóller.

Guillermo ha querido, antes de partir, despedirse de los lugares que más le gustan de la isla. Le acompañan Pepe, Gabriel y Nieto. Ninguno se halla al tanto de sus proyectos. Van alegremente a una jira que a todos entusiasma y agrada por igual, y no piensan ni remotamente que asisten a una especie de banquete de despedida.

Son las primeras horas de la mañana. El coche cruza sin prisas una llanura apenas ondulada cubierta de triguales tiernos, cebadales, almendros, olivos, algarrobos, frutales y rectángulos de huerta. Entre el verdor de los trigos y de las

sábanas de forrajes y cebadas, las amapolas, las margaritas, los acianos, ponen su nota de color vivo. Manchas de sangre, estrellitas de oro y de nieve, pinceladas de azul... Al frente, recortan su enérgico perfil las masas montañosas que envueltas en el cendal transparente de la neblina matinal parecen de cobalto azul suavemente sonrosado en las altas cumbres.

A poco, el camino se accidenta. Repechos y hondonadas. Pendientes que a cada trecho son más pronunciadas.

Han alcanzado las primeras estribaciones de la sierra. La carretera serpea como un monstruoso ofidio de plata que se enroscara a las montañas. Trepas el auto hacia las cimas, trepidando y bramando. Vueltas y revueltas. Escalada una colina se emprende el escaló de otra. A veces se hace uno la ilusión de viajar a bordo de un avión que planea en las alturas trazando una espiral gigantesca y ascendente en el piélagó azul del espacio.

La vegetación es tupida y lujuriosa. Desde el valle hasta las cumbres, se escalonan bosques de pinos, retorcidos olivos milenarios, pomposos algarrobos, almendros delicados y frágiles, achaparrados arbustos.

Se asoma el coche a simas profundas a cuyo filo la carretera se desliza; parece dispuesto a saltar en el vacío, a embestir contra cantiles de rocas rojizas, áureas, plumizas; avanza rugiendo en marcha precavida y lenta, segando,

zigzagueando, por entre la imponente majestad del áspero y jugoso paisaje, poblado de trinos y rumores, y cargado de aromas.

Una curva. Otra. Ahora otra. Y otra y otra... Diríase que se asciende por una colosal escalera de caracol que concluye en el cielo. Y a cada nueva revuelta, el alma estremecida se asoma a un paisaje nuevo, contempla un panorama inédito de indescriptible grandiosidad y belleza.

La llanura, salpicada de edificios y de huertas, es ya algo confuso, desdibujado, y sobre ella flotan filamentos de niebla brillante, nubecillas transparentes, ya azulosas, ya blanquecinas, de vapores; columnitas de humo azul que se deshacen en graciosas volutas con las cuales juguetea la brisa. Las casitas huérfanas, son algo irreal, diríamos dados de nieve, perdidos entre el follaje y a punto de licuarse bajo el beso apolíneo del dios del día. Cuesta trabajo creer que en esos puntitos minúsculos que motean de blanco la gaya inmensidad, viven seres de carne y hueso. Más bien semejan juguetitos de niños mimados abandonados momentáneamente en la frondosidad de un parque artificial. Casitas de cromo o de retablo. Miniaturas preciosas. Primorosas pinceladas en un lienzo divino animado por los pinceles de un paisajista genial, de un maestro insuperable, captador afortunado de la gracia suprema de la línea y de todas las gradaciones del color. Si algún rebaño paca, trisca, ramonea, en las laderas, la ilusión de irrealidad es perfecta. Se oye con extraña sonoridad el tintineo de las esquilas y

campanillos, el balido de las ovejas y la voz varonil del mayoral que canta o vocifera, y, sin embargo, se estima que aquello ha sido preparado de antemano, para dar sensación de realidad a un bello ensueño. Si alguien hablara de la riqueza explotable de esta naturaleza feraz y pródiga, se le tildaría, sin vacilar, de loco. Decoración, todo decoración. Estas montañas, estas vertientes soberbias ataviadas con un magnífico manto de follaje en el cual se combinan todos los matices del verde; estas casitas albas y estos rebaños, no tienen otra misión que la de embellecer el ambiente. Todo vive aquí porque sí, sin un fin de utilidad inmediata, para la belleza inmarcesible, para decorar las estrofas de un inspirado poema de égloga.

Ya arriba, desde la meseta del Coll, se divisa un trocito del hermoso tapiz del valle de Sóller, valle de oro que le llamaron los árabes de Mallorca, valle de oro, esmeralda y nieve, por las bolas áureas del fruto azucarado de sus naranjos, los azahares que lo perfuman, y el verdor de su exuberante y jugosa vegetación. Valle de ensueño y de gestas heroicas, por sus poéticas leyendas y por las sangrientas y esforzadas luchas de sus moradores contra las hordas de piratas berberiscos que hacían frecuentes incursiones ansiosos de botín y codiciosos de bellezas para los harenes de sultanes, atamanes y grandes señores del fastuoso Oriente.

Un breve descanso. Después, el descenso carretera abajo, bordeando precipicios, barrancadas y torrenteras, siguiendo la serie interminable de curvas y contracurvas del camino,

entre moles pétreas de montañas altísimas en cuyos flancos y en cuyas crestas, no es fenómeno raro ver turbantes y vellones de nubes plateadas, opalinas, o sombrías.

La impresión que produce el panorama, ofreciendo siempre nuevas perspectivas, es de las que no se olvidan. ¡Qué enérgica sensación de robusta vitalidad y fuerza! Y, ¡cuánta belleza hermanada con tanta bravura y solidez!

El coche desciende, desciende. Se hunde en las profundidades brumosas de las cañadas, explora recodos poéticos y acogedores. La mirada se posa ávida en los rápidos declives suavizados un tanto por la vegetación, y luego busca afanosa las crestas cimeras que se clavan agresivas en el zafir del cielo. Se siente uno tan poquita cosa en medio de esta naturaleza de gigantes, que teme desaparecer definitivamente, volatilizarse, ser absorbido por el ambiente brujo, y sólo respira a sus anchas cuando, al fin, de improviso y de una manera insospechada, se ofrece a sus ojos bruscamente y en todo su esplendor, el pueblo diseminado en el precioso y fértil valle, como un polígono irregular estrellado, estampado sobre la maravilla pictórica de un tapiz regio en el cual se hubieran combinado hábilmente y por modo logrado, todas las tonalidades y gradaciones de una escala cromática infinita.

¡Sóller! Valioso tapiz bordado por la seda policroma de las flores y guardado celosamente por un cinturón de montañas que apenas se abre en el mar. Valle espléndido, rincón de

Edén, fertilísimo y de sin par belleza, habitado por una despierta, enérgica y laboriosa raza, que sabe sacar partido a sus iniciativas y esfuerzos, y que, al contrario de la generalidad de los mallorquines, indolentes y soñadores, sabe soñar y sabe luchar con tesón indomable.

Días antes, con motivo de las copiosas nevadas, fenómeno poco frecuente en Mallorca, estuvo en Sóller Guillermo en compañía de Magda.

Rememoraba ahora el hermoso panorama.

El manto de armiño de la nieve se extendía por lomas, laderas y valles, prestando al paisaje un encanto nuevo. Se desparramaba por las vertientes y las colinas, con profundas estrías y lunares que correspondían a las oquedades y grietas de las torrenteras y quebradas. Convertía los árboles en quitasoles de alabastro o en hongos gigantes de plata bruñida. Se esparcía suave por las planicies formando en ellas pistas cubiertas de harina de flor reverberante.

Nada tan bello como aquel paisaje polar en medio de una naturaleza viva, a pleno sol, reverberando en matices azulados, destellantes, con irisaciones de marfil o nácar. No olvidaría fácilmente Guillermo aquella decoración espléndida, muy por encima de toda ponderación, que contemplaban centenares de personas, romeros de la belleza, que abandonaron espontáneamente el acogedor refugio del hogar, solicitados por el encanto de la

contemplación, por el extraño sortilegio que emana como un mágico efluvio, de lo realmente bello.

Ahora, el paisaje es luminoso, sugerente, bellísimo. La brisa saturada de perfumes, acaricia con suavidades femeninas, evoca carnes de blancura sonrosada y finura de terciopelo, pero entonces era otra cosa. La belleza ambiente no era lujuriosa y excitante, sino a la inversa, recóndita, evocadora, sedante, dulcemente velada bajo un amplio ropón de pureza de impoluta blancura.

Nuestros excursionistas atravesaron el pueblo, pulcro y limpio, sin detenerse en él. El plan convenido era comer en el Puerto, en ese mismo Puerto redondo como una O, poético como un lago de plata luminoso y tranquilo apenas rizado por las ondas, desde el cual san Raimundo de Peñafort embarcó, según la leyenda, sobre su manto y navegó en tan milagroso esquife hasta Barcelona.

De Sóller al Puerto, el valle seccionado por el río es un vergel. Flores. Peñachos de caña varia. Naranjos y limoneros. Frutales. Huertas que parecen jardines. Cuadritos de hortalizas que se diría pintados a la acuarela. Casitas y chalets multicolores. Mar, montaña y cielo, realzando la belleza maravillosa de este pedazo de paraíso eternamente sonriente y perpetuamente vestido de gala.

XIII

Encargada la bucólica al hotelero, emprendieron la ascensión a la montaña. Paseo obligado no sólo porque a él invita la belleza del paisaje, sino porque se desentumecen los miembros, que bien lo necesitan tras la prolongada permanecía en el coche, y se excita y estimula el apetito.

Carretera adelante, en dirección al pueblo, caminaron un trecho. La luz del sol juguetea y espejea en las rizadas ondas y presta al semicírculo policromado que trazan las edificaciones del caserío, alegres tonalidades. Por doquier se ven turistas, muy estirados, de rostro impassible y frío, los unos, rebosando alegría pueril, gozo de escolar en día de asueto, los menos. Muchos de estos turistas, con su aspecto de aburridos y sus sonrisas protocolarias, dan la sensación de viajar como maletas: en sus semblantes inexpresivos no se refleja una emoción espontánea auténtica.

Nuestros amigos abandonaron la carretera, decantáronse

hacia la derecha, sobre frágil puentecillo vadearon un modesto riachuelo y enfilaron un caminejo áspero, pedregoso, solitario y silente, que, faldeando la masa montañosa cubierta de árboles y arbustos, traza una diagonal desde la cumbre al llano.

Inútil empeño pretender describir el paisaje, siempre fastuoso y magnífico, que ofrece a cada trecho perspectivas singulares de un encanto singular intraducible en palabras. Cuanto se escriba acerca de esto, resultará pobre y anodino.

El pincel no sabría captar logradamente tanta riqueza y variedad de matices, y la pluma colorista del más hábil literato no podría transmitir de ello ni una pálida idea. Orgías del color. Bizarrías y caprichos de la línea. Sugerencias únicas. Belleza. Gallardía. Fuerza. Asperezas pletóricas de jugo. Vegetación bravía y lujuriosa que se destaca sobre peñascales soberbios y contra masas rocosas. Paralelogramos de verdor tierno y jugoso, junto a sombrías cortaduras abisales. Casitas humildes que diríase trepan por las laderas de la sierra, que ponen su nota de blancura por todas partes, desperdigadas a capricho, situadas sobre los repechos como miradores o atalayas.

Un mar de turquesa que se estrella contra los cantiles coronándose de hirviente espuma y sonrío manso y bonachón en el lago apacible y circular que semeja el Puerto, luminoso y extrañamente bello. Fantasía pictórica concebida por la mente de un genio poeta, y plenamente objetivada, a

toda luz, con loco derroche de preciosa pedrería por un opulento mago del misterioso Oriente...

Ganaron las alturas y frente al mar, despejado, de un azul intenso hermosísimo, encalmado y salpicado de vividos reflejos, se sentaron. Ahora el Puerto parece una descomunal oreja humana vaciada en cobre, cadmio y oro.

Un largo rato guardaron silencio. Los cuatro amigos, borrachos de azul, parecían absortos en la contemplación del panorama.

Guillermo fue el primero en hablar. Con cierta solemnidad que en otra ocasión y lugar hubiera resultado enfática y hasta ridícula, pero que aquí, en medio de tan soberbia decoración, suena con acentos de naturalidad, dijo:

Es bella nuestra tierra. Como una Venus recién emergida, limpia y esplendorosa, entre celajes de espuma, de las inquietas aguas del mar. Por algo la llamaron los antiguos, Gymnesias, Afortunadas, Eudomenas –isla de los buenos Genios– y Afrodisiadas –tierras del Amor–. Yo comprendo perfectamente el acendrado amor que nos inspira nuestra patria chica, ese amor que nos ata con fortísimos lazos a nuestra Roqueta, arrullada por el canto eterno de las juguetonas ondas y azotada por el poderoso y tenaz ariete de las olas. Yo la he amado siempre como a una novia ideal. Ya de pequeñín me agradaba sobremanera revolearme en su suelo y besarle con unción enternecida. La encuentro

sencillamente divina. En cualquiera de sus rincones me siento admirablemente feliz. Me agradecería tenderme cara al cielo y soñar, soñar, ir muriendo suavemente, convertirme poco a poco en una partícula de su ser. A veces, hasta me parece sentir latir en ella un corazón inmenso.

Romanticismo –murmuró Pepe.

A mí me sucede algo semejante, aunque no siempre –corroboró Nieto–. Me gusta viajar, escapar de vez en cuando de la zona de mis preocupaciones habituales y me basta cualquier pretexto para embarcar, pero en cuanto llevo en la Península tres o cuatro días, ardo en deseos de tornar como si Mallorca fuera a aventurarse a emprender un viaje fabuloso por las inmensidades del mar sin aguardarme. Y eso que, como sabéis, no tengo nada de poeta.

No es preciso ser poeta para eso: basta ser mallorquín –dijo Gabriel.

Pepe reflexionó un instante y tradujo después sus reflexiones diciendo:

Es el veneno dulce de nuestro paisaje, letal beleño que ha hecho de nosotros una raza de soñadores indolentes que se dejan mecer blandamente por los acontecimientos sin pretender de ningún modo modificar sus rutas ni aprovechar sus consecuencias. Como las olas del mar con un trozo de corcho, así juega con nosotros la vida. No somos otra cosa

que románticos contemplativos adheridos a nuestra patria chica como la lapa a la roca y como el musgo al tronco centenario.

¿Y qué? –exclamó Gabriel.

Nada –repuso Pepe –. Que nuestro medio nos mece y nos adormece, y, quizá, no nos deja vivir.

– Nos mece, nos adormece y nos induce al ensueño –amplió Guillermo–. Y se comprende. Su luz embriaga. Sus paisajes seducen. Sus variados y múltiples encantos, se apoderan de todo nuestro ser y nos subyugan y enervan. ¿Por qué no ha de ser eso vivir? Nada existiría más agradable que soñar, si no existiera el soñar en Mallorca. Isla de la calma la llamó Rusiñol, pero su calma es una calma preñada de seducciones, una calma que emana de la plenitud del goce, una calma nacida de la conciencia de no poder aspirar a más. ¿No será nuestra natural predisposición al ensueño, un privilegio más bien que un defecto? El torrente embravecido tiene más fuerza, pero no más vida que el plácido arroyuelo que canta en el valle entre festones de flores y campos de esmeralda. Cada cual vive a su modo. El uno rugie estruendoso y el otro canta melódico. Uno es la fuerza y el otro la gracia. Aquél es el ímpetu y éste la Poesía. Pero ambos viven su propia vida, precipitándose el uno y deslizándose el otro como una cinta movable de cristal o de argento. Así los pueblos. En Mallorca, la vida es un canto pleno de armonías suaves y recónditas como en otros

lugares de la Tierra es un combate y una fanfarria metálica de trompas bélicas.

¡Bah! –exclamó Pepe– Lirismos y pampiroladas. El mismo torrente que es fuerza en los quebrachos, es placidez en los remansos, poesía en los valles, flores en los jardines y frutos en la huerta. Nosotros, no. Nosotros somos estériles como una planta envejecida, agotada, decadente.

¿Decadente? –saltó Gabriel.

Sí –reafirmó Pepe.

No lo entiendo yo de igual modo –disintió Gabriel–. En mi criterio, Guillermo está en lo cierto. El individuo es la correspondencia con su medio y cada país reviste características especiales en armonía con su ambiente.

Eso del ambiente –observó Pepe– tiene mucho de cierto, pero muchas veces suena a falso. El individuo es una hechura del ambiente cuando el ambiente no es una hechura del individuo. Es decir, que cuando se es activo y se posee una buena provisión de energías, el ambiente se modifica. Repara que Mallorca tuvo su época heroica totalmente distinta de la actual blandengue y resignada, y el ambiente, en sus rasgos esenciales, permanece el mismo.

Cierto –concedió Gabriel.

¿Ves tú? –continuó Pepe–. Eso revela que hemos decaído.

Pero entonces nos hallábamos en la ruta del comercio mediterráneo y ahora no –opinó Nieto.

¿Y bien? –inquirió Pepe.

Que eso prueba –repuso Nieto– que las circunstancias han cambiado y el medio con ellas.

En cierto modo, sí –convino Pepe–, pero ello no niega nuestra decadencia. Decadencia que se manifiesta en nuestro horror a todo esfuerzo, en nuestra carencia de pasión y de ímpetu. Constituimos un pueblo rezagado que no tiene prisa.

Eso lo dices tú –protestó Gabriel.

Y la realidad lo prueba –contestó imperturbable Pepe–. No te atreverás a negar que pertenecemos, salvo contadas excepciones, al número de los que lo dejan todo para mañana.

Bueno –cedió Gabriel–. Lo que yo quisiera saber es si la vida vale la pena de ser otra cosa.

Pues, claro que sí –repuso vivamente Pepe–. La vida no es un paseo, sino un combate; no estriba en dejarse arrastrar, sino en pelear, en modificarla, en imprimirla nuevos rumbos, en marcarle con nuestro esfuerzo perseverante, una profunda impronta.

¡Uf! –bufó Gabriel –. Prefiero soñar, querido.

Como mallorquín de pura cepa –completó Pepe.

¿Y tú...? –indagó Gabriel.

¿Yo? Yo también soy de Mallorca –contestó riendo Pepe.

¡Ah, vamos! –suspiró Gabriel.

Callaron.

Un momento, cada cual quedó entregado a sus propios pensamientos, o quizá, ninguno pensaba.

El panorama, invitando a la contemplación, inspiraba sentimientos diversos sin estimular la acción de pensar, de igual modo que la gracia inspira suaves sensaciones que no tienen ningún parentesco con la violenta tensión que produce el pensamiento cuando lo solicita la penetración de algún enigma.

Contemplar no es penetrar. Es resbalar por la superficie ideal de las cosas, en tanto que pensar es ahondar, adentrarse y abismarse en el ignoto porqué, empeñarse en partir la dura cáscara y en hincar el diente en la almendra blanca y recóndita que atesora almíbar o acíbar.

Esta vez fue Nieto quien alteró la serena beatitud del silencio, diciendo:

– En realidad estamos haciendo el primo. No me parece que hemos venido aquí para filosofar y poetizar.

Todo es preciso –repuso Gabriel–. La meditación es un juego que tiene sus encantos como cualquier otro.

– No lo dudo –respondió Nieto–. Pero cuando se tiene en perspectiva una estupenda paella y unas sabrosas costillas...

¡Hombre! –protestó Guillermo–. No vamos a preocuparnos exclusivamente de lo que significa regalo para el paladar y alimento para el cuerpo. También el alma requiere lo suyo.

¿El alma? –arguyó Nieto–. Bueno. No me opongo. Muy al contrario. Procurando por el cuerpo, no echo en olvido al alma, puesto que ésta no se concibe sin aquél. Me parece que me explico.

No lo haces mal –contestó Guillermo–. Sólo que ese placer voluptuoso que experimentas a la sola idea de llenar la andorga, ¿cómo diré?, me parece repulsivo.

¡A buena parte vienes! –exclamó Pepe–. Para Nieto el alfa y omega de todo se halla condensado en las sabias fórmulas de un buen libro de cocina.

Has errado el tiro –replicó Nieto sin inmutarse–. El libro de cocina no me interesa: me agrada más una buena mesa. Se sobreentiende, una mesa bien provista de manjares apetitosos y selectos capaces de hacer palidecer de envidia

al mismo Lúculo y hacer de un inapetente crónico un Pantagruel.

¡Desde luego! –aprobó irónico Pepe.

Hay poesía en ello –continuó impertérrito Nieto– porque implica placer y alegría de vivir. El que sostenga lo contrario no posee ni un adarme de sentido común. ¡Hombre! ¡Si nada más que imaginándolo se me hace la boca agua! Y si a vosotros, mis queridos amigos, no os sucede lo propio, permitidme os compadezca y con sobrados motivos, pues en ese caso, sois unas pobres criaturas desdichadas que no saben lo que se pescan.

¿Quién ha dicho eso? –preguntó burlón Gabriel.

¡Nieto! –respondió en el mismo tono Pepe.

Sí, señores –aseveró Nieto –. Lo ha dicho Nieto y lo prueba, que al buen pagador no le duelen prendas. Imaginad si podéis, infelices dispépsicos, un comedor soleado y amplio, decorado con gusto y maestría. Las paredes, animadas por el pincel de un pintor bien nutrido y que entienda el sublime arte de la gastronomía, representan variadas escenas de un banquete pantagruélico y la más perfecta objetivación de los platos más atortelantes que ha creado a través de los tiempos el genio inmortal de los más ilustres reyes del fogón y del tridente. Doquiera poséis la mirada veréis; algo que excite poderosamente vuestro apetito. La mesa,

magistralmente aparada, con derroches de cristalería y platos de las más variadas formas, llenos de los más finos entremeses. Alrededor de la mesa, un grupo selecto de amables émulos de Anfitrión de ambos sexos, predominando, naturalmente, las anfitriones, señoras opulentas, redondas, de flancos poderosos y pechuga firme y arrogante, mujeres que no tengan de modernista sino la gracia picante, la adorable despreocupación y la sed de placeres y aventuras, pero que físicamente respondan al tipo llenito y mantecoso inmortalizado en el lienzo por Rubens. Al iniciar la elegante cuchipanda, vulgo banquete, desde el exterior y de manera que no dejemos de percibir netamente ni una sola nota, una buena orquesta nos proporciona el placer de regalarnos el oído con lo mejorcito de la mejor música creada hasta el día y admirablemente instrumentada y ejecutada con sin igual maestría. ¿Qué? ¿No os seduce la perspectiva? Pues, confesadlo. Vuestros filamentos nerviosos, son puro cáñamo; vuestra carne, cartón-piedra; y vuestra capacidad emotiva, nula.

¡Bah! Seguramente no hablas en serio –comentó Guillermo.

Pues ya ves que no me río –repuso Nieto.

Lo que equivale a confesar que todo tu ideal gira alrededor del ombligo –ironizó Gabriel.

–Casi, casi –concedió Nieto–. Ya habéis visto que al

desarrollar mi programa no me he olvidado del espíritu. Y no me refiero al contenido en los licores de marca que son imprescindibles en toda mesa bien provista para rociar debidamente los manjares. Recordad lo que dije de la pintura y de la música. En verdad no podéis tildarme de prosaico y vulgar.

Pues si así piensas verdaderamente –aconsejó Guillermo– no lo confieses tan de ligero, porque pueden confundirte con un cerdo.

De la piara de Epicuro –completó Nieto–. ¿No te parece bien?

No del todo –contestó seriamente Guillermo–. En mi concepto el hombre no ha venido al mundo con el solo objetivo de llenar la panza.

Ya estamos –concedió Nieto–. Ha venido al mundo para comer, trabajar lo menos posible, divertirse y... abrazar a las mujeres. Y también para pensar si le queda humor y tiempo. También, a ratos, pienso yo. Precisamente porque pienso puedo demostrar que toda nuestra dinámica se elabora en y para el saco digestivo. Las buenas y las malas ideas, las heroicidades y los crímenes, los sentimientos elevados y mezquinos, nuestro progreso social, espiritual y científico, todo lo que constituye la gloria, el martirio y la vergüenza del hombre, lo fragua la tiranía del estómago. El individuo es lo que come. Una persona bien alimentada, piensa

sensatamente y no se siente dispuesta a inferir al prójimo el más leve daño. Lo que ocurre es que los idealistas y los poetas han dado en la majadería de decir que comer es cosa sucia y grosera y todos los que sufren pujos de espiritualidad se han creído obligados a simular que les creen, aunque sin dejar de manducar, por eso, a dos carrillos. La poesía y la idealidad, son cosas buenas y bellas, pero necesito nutrirme y para ello nada más indicado que un biftec que sea medio buey, o un plato de riñones que no se lo salte un galgo. Cantar y soñar se hace muy bien con la tripa llena. Asegura a la Humanidad el modesto condumio diario y todo irá como una seda. El rencor, las ideas subversivas, los crímenes, toda suerte de violencias, no son otra cosa que delirios de gentes que no comen bastante. ¡Comer, comer! Nada mejor ni más imprescindible. El que no come... la diña. Y, ya se sabe: un muerto no puede hacer sino corromperse.

Bueno –observó Gabriel–. Pero hacer de ello un ideal...

¡Hombre! –interrumpió Nieto– ¡No me jorobes! ¡Si por sabido se calla que el ideal de todo bicho viviente es conquistar el pan y engullirlo tranquila y sosegadamente! Pues, ¡estás tú fresco! Confieso que, cuando tu soberana indolencia te lo permite, discurre con acierto, pero, lo que es ahora, querido, te vas por los cerros de Úbeda. Precisamente a los decretos invulnerables de Su Majestad El Estómago, lo debemos todo. Sí... No te rías. Se lo debemos todo, así como suena. Si no nos espoleara el hambre, no llevaríamos a cabo ninguna obra de provecho. Tiende la vista

a tu alrededor, medita un poco acerca del origen de cuanto el ser humano ha creado y verás que estoy en lo cierto. Inventos, maravillas del arte, calamidades, guerras, progreso, religiones, sistemas políticos y sociales, ciencias, todo lo que expresa la voz civilización, se debe al hambre. Al hambre que nos empujó al trabajo, nos obligó a solidarizarnos con nuestros semejantes, estimuló nuestra facultad de pensar y despertó y ensanchó los vastos dominios de la inteligencia. En el fondo y en la superficie de todos nuestros afanes, no hay nada más que eso: el miedo al espectro lívido del hambre. Lo primero es conquistar y asegurarse la manducatoria. Los ideales, los ensueños de arte, las lucubraciones filosóficas, la exaltación de los sentimientos, el amor a lo bello, vienen después. A ver si has creído que cuando me decido a hablar lo hago al buen tun-tún como cualquier poetilla almibarado y anémico. No, amiguito. He empollado bastante. Y lo prueba la brillante disertación que acabo de hacer dejándote patidifuso y perplejo. Confíesalo, hombre, y no te dé vergüenza, que estamos, como quien dice en familia.

Rieron todos de buena gana. Después, sin cesar de reír, dijo Pepe:

No se puede negar que hoy estás inspirado.

Nieto hizo un guiño picaresco y respondió:

¡Es natural! Soy muy sensible a los perfumes, y de todos, el

que mejor me inspira es el perfume de cocina... cuando se condimenta algo bueno que he de comerme yo.

Después, añadió, cambiando de tono y levantándose:

Bien. Cada cosa a su tiempo y sazón. Ahora que ya hemos poetizado, filosofado e idealizado bastante, ¿no os parece oportuno que nos vayamos aproximando a fin de dar prisa al cocinero?

Ninguno opinó en contra. Silenciosos se levantaron y emprendieron el camino de regreso.

XIV

Indolentes, sin apresuramientos, con desgana casi, comenzaron a desandar lo andado.

Nieto y Gabriel rompían la marcha. Charlaban animadamente, es decir, monologaba Nieto que, cuando se le calienta la boca, habla hasta por los codos y no deja meter baza ni al mismísimo Espíritu Santo en persona.

Guillermo y Pepe, silenciosos, quedaron un buen trecho rezagados.

De improviso y por hablar de algo, indagó Pepe en un tono mixto de broma y vera:

¡Hombre! Ahora caigo en la cuenta de que hace la mar de tiempo que no departimos acerca de tus famosas ideas de pacificación universal. ¿Qué hay de ello?

Guillermo, tras una breve pausa, respondió con sencillez:

Tengo ya ideado un plan.

¿Un plan?

Sí. Muy pronto me trasladaré a la Corte. Deseo fundar un negocio editorial amplio. Un diario, una revista, acaso la publicación regular y periódica de una novela corta, y la confección de un extenso Catálogo de obras selectas. No sé... Necesito estudiar la cuestión sobre el terreno, buscar asesores y colaboradores. Quizá dé mayor amplitud a mi proyecto, quizá lo reduzca. Veremos. Ello depende de las circunstancias y de las posibilidades de realización.

Pepe echó la sonda al alma de su amigo, diciendo con naturalidad:

Bien orientado puede resultar un negocio excelente y de muy saneados rendimientos.

¡Pchs! –se encogió de hombros Guillermo–. No me interesa el resultado económico de la empresa.

¿No?

No. Mis ediciones se venderán a precio de coste. Como comprenderás, deseo que la gente estudie y dar la mayor difusión posible a las ideas que tan vivamente me preocupan. No pretendo acumular una fortuna que no

necesito, desarrollando un negocio, sino llenar una especie de apostolado.

No está mal. Me gustaría conocer tus ideas en líneas generales.

Antes debería explicar cómo nacieron y se desarrollaron en mí esas ideas, y temo abusar de tu paciencia.

Si no es nada más que eso...

Pues, escucha.

Guillermo Arjona, concentróse unos momentos y expuso después, sin arrebatos, casi fríamente:

El hombre dícese que es un ser pensante y no me parece la definición rigurosamente exacta. Basta observar un poco para confirmar que la mayoría somos receptáculo y no laboratorio de ideas. Pensar, lo que se dice pensar, apenas si lo hace media docena de tipos entre la turbamulta abigarrada de cada generación y en toda la extensión habitada del planeta. No digo que esa media docena piense bien y de una manera personal, originalísima. Digo que piensa, sencillamente. El resto, los que integramos la gran masa anónima, no hacemos sino repetir ideas hechas, frases más o menos ingeniosas cuyo contenido expresivo rara vez solemos penetrar. Pero, llega un momento en que cualquier hecho, al parecer sin trascendencia, hiere vivamente nuestra emotividad y entonces, el cerebro, si no se halla

excesivamente enmohecido, si la inactividad no ha oxidado e inutilizado las delicadas ruedecillas de su complejo engranaje, gira como una devanadera mecánica accionada sin cesar por la corriente eléctrica y nos induce a revisarlo y revalorarlo todo. Es como un deslumbramiento que, unas veces dura un segundo y no deja huellas, y otras, inunda en claridad nuestro espíritu, da a nuestra vida una significación profunda y nos empuja hacia rutas nuevas hasta entonces enteramente insospechadas. Diríase que éramos ciegos y, de repente, hemos recuperado la vista, y con ella la facultad de descubrir un Universo complicado y maravilloso. Algo parecido me ha acontecido a mí.

Un instante guardó silencio Guillermo, mas como Pepe no dijera nada, continuó en el mismo tono reposado y tranquilo:

Hasta hace unos meses, tú sabes lo que yo era: un hombre que se ha creado una posición holgada, que cifra toda su dicha en vivir sin mayores inquietudes, que sostiene una querida, procura divertirse y lee novelas por distracción. Parecía que pensaba, pero no era cierto. De igual modo me conceptuaba individuo sensible, discreto y justo, sin serlo. No es sensible ni justo quien disfruta en la holganza de una fortuna cuyo origen no es moral, mientras tantos cientos de miles de criaturas carecen hasta de lo más elemental.

«Bien. Las cosas fueron por ese lado hasta que un día, inopinadamente, se situó en el primer plano de mi

consciencia, el problema de la guerra. Creo que fue aquel mi momento crítico, pues a partir de entonces no ha reposado mi cerebro un solo segundo. Ni puede reposar. Es como un potro joven, fogoso y desbocado que se disparara vertiginosamente por una cuesta abajo bastante pronunciada. Nada puede detenerle sino el agotamiento o la precipitación en el abismo. Sólo que mi cerebro, si bien inició una carrera loca, hay una luz que le guía y un freno que le modera. Esa luz es mi deseo de servir a la Humanidad, y ese freno el propósito firme y bien determinado de no agitarme inútilmente en el vacío.

«Decir que nuestro mundo me ha parecido una porquería, sería decir demasiado poco. Desde luego, es una ciénaga, pero una ciénaga que deseamos y nos empeñamos en presentar como un poético lago limpio y cristalino. En el fondo es algo peor que eso. Es una gusanera viscosa y repugnante en la cual nos agitamos incesantemente procurando morder y no ser mordidos, y en la que todo se halla organizado para que la vida sea una cruel manifestación de la brutalidad ancestral, una cadena sin fin de cobardes asesinatos, un coro ensordecedor permanente de lamentos, gritos de triunfo y alaridos de odio.

«Lo raro es que la contemplación de este espectáculo que se ofreció a mis miradas de improviso y como a través del desgarramiento de un tupido velo, no despertó en mí ni piedad ni odio y sí una intensa amargura, y el anhelo, que pronto fue necesidad imperiosa, de actuar de una manera u

otra para limpiar la Vida de semejante estigma. Hablaron en mí el sentimiento y la razón, pero la segunda ató corto al primero y no le permitió desmandarse y esclatar en lamentaciones y lágrimas. Comprendí pronto que el sentimiento, si bien es un poderoso acicate, es un mal guía. Para la obra que es preciso realizar se necesita ser implacable y duro por sistema. La piedad es una calamidad y una trampa. Además, hoy por hoy, es un impulso negativo. Para hacer del mundo un jardín bello, limpio, decoroso, pleno de matices y en el que la dicha humana sea posible, es de rigor seguir una ruta totalmente opuesta a la que siguiera un día el seráfico Pobrecito de Asís. Tenemos necesidad de ser crueles. ¿No te fastidio?

No. Me place y me interesa oírte. Continúa.

Es posible se me juzgue, oyéndome, insensible y frío. No obstante, jamás ardió con llama más viva en mi alma, la lámpara ideal del sentimiento y nunca vibró en mí la pasión más auténticamente que ahora. Es por amor al hombre que he comprendido la dura necesidad de ser cruel, del mismo modo que el amor a la paz nos induce a la guerra.

«Tú sabes que el fondo, la esencia íntima de cuanto tiene vida, lo constituye la crueldad más impasible. La piedad no es precisamente una cualidad de la Naturaleza. La vida es lucha, violencia, encrucijada y abismo. No superviven los seres más bondadosos sino los mejor equipados para el ataque y la defensa. En este feroz combate, en esta

tremenda pugna, la piedad está proscrita, es un signo de debilidad que nos conduce infaliblemente a la derrota. La primera condición vital es burlar y vencer al enemigo y la inmediata, comérselo.

«Pero, necesariamente, ¿ha de ser siempre así? Esta interrogación fue la primera que hube de formularme al enfrentarme con la realidad y mirarla sin antiparras. Y la respuesta no se hizo esperar mucho. No. No será siempre así. El hombre puede esclavizar a la Naturaleza, corregirla y obligarla a servir los intereses vitales de la especie humana. Sólo le falta saber y atreverse. ¿Empiezas a ver adónde me encamino?

Me parece que sí.

En tal caso, la exposición de mi teoría se simplifica bastante. Todo su fundamento radica en esta idea: es preciso dar a la vida un sentido nuevo. Hasta ahora, o ha carecido de él, o se le ha interpretado torcidamente, por incapacidad o por malicia. Quizá fue preciso, para que empezáramos a ver esto, el tremendo azote de la gran guerra que puso en evidencia la poca consistencia de todos los valores morales acatados y reverenciados por el hombre y el falso brillo de nuestra civilización fementida. Acerca de esto he meditado mucho y, aunque no carecen de interés mis meditaciones, no es necesario exponerlas con minuciosidad en este momento para que, comprendiendo las fases por que ha atravesado mi ánimo, se comprenda

asimismo el alcance del plan que he concebido y estoy dispuesto a desarrollar.

«Una conclusión saqué de mis cogitaciones: que la Humanidad en su desenvolvimiento ascendente ha seguido un sendero totalmente equivocado. Se explica uno perfectamente, en función del antagonismo existente por ley natural entre las especies, que la vida sea una carnicería y un odioso festín de caníbales. Lo que no se explica es que el hombre, que ha sabido trabajar y agudizar el instinto hasta convertirle en inteligencia y ha sembrado el mundo de maravillas, no haya caído en la cuenta todavía de que él es el llamado a imprimir un derrotero humano a la Vida, a darle sentido, a concluir con su brutalidad. Repara que digo humano. Esto conviene sea interpretado al pie de la letra y no en el sentido que suele dársele a la voz humanidad. Sentido humano en cuanto tienda a beneficiar al hombre y río en lo que tienda a inducirnos a tratar a todos los seres humanamente.

«Así, pues, habría que dividir a todos los seres vivos en dos grandes grupos: en uno, todos los irracionales que no beneficien directa y positivamente al hombre, y en el otro la raza humana. Y, acto seguido, iniciar una lucha a muerte y no interrumpirla hasta lograr el aniquilamiento de todas las especies innecesarias a los fines de la existencia humana. El hombre ha de hacerse hermano y aliado del hombre para apoderarse del planeta, destruir cuanto no responda a su concepto de la bondad y de la estética, y proclamarse y ser

verdaderamente, el rey absoluto de la Naturaleza. Tal es, a mi juicio y en líneas generales, el nuevo sentido que es preciso dar a la Vida.

«Sólo que esto, si bien ofrece un vano campo a nuestra actividad, no es suficiente actualmente. Vivimos en un mundo desconcertado y desconcertante. La Humanidad dividida en grupos rivales y los grupos divididos interiormente en clases y castas enemigas, no es campo abonado para que germine y polarice en bien sazonados frutos la semilla de esa idea. Lo primero es establecer entre los hombres la concordia, extirpar de la sociedad todo lo que sea causa generadora del encono y la rivalidad que nos enemista. Y aquí entra la verdadera dificultad de la empresa. ¿Cómo haremos para establecer entre los humanos relaciones duraderas de sincera cordialidad? Se necesita fundir todas las patrias existentes en una sola y hacer de la Humanidad una inmensa familia bien avenida. Pero, ¿cómo? Mientras la desigualdad económica nos agrupe en clases enemigas no es lógico esperar que esa necesaria concordia se establezca. Luego, es preciso empezar por combatir para acabar con esa desigualdad, vivero de tantos males y eficiente principal de todas las guerras.

¿Te sientes socialista?

No. Me siento hombre.

Hubo una pausa.

Habían llegado a un recodo del camino desde el cual se abarcaba una hermosa vista panorámica. Las casitas del Puerto destacándose contra la masa verdioscura del macizo montañoso, parecían irreales. El mar rizábase en suaves ondas de zafir con reflejos diamantinos y áureos y festoneadas de copitos de espuma alba.

Pepe ofreció un cigarro a su amigo. Encendió él otro. Lanzó al espacio una bocanada de humo azulado y dijo:

Bueno. Todo eso, como materia opinable, reconocerás que no es indiscutible. Desde luego, y sin comulgar en un todo en tus creencias, hay algo en ello que admiro sin reservas: tu deseo de dar a tu vida una orientación y un propósito con fines ideales. No es un fenómeno frecuente. Por regla general el impulso que nos mueve es el de la propia conveniencia. Supongo que tu plan editorial se halla en armonía con tus ideas.

– Naturalmente.

Me gustaría saber cómo lo enfocas.

A eso voy. Si me he detenido más en la exposición de mis reflexiones, resultantes de mi especial estado de ánimo, ha sido obedeciendo al deseo de que me comprendas.

«Quiero hacer constar que mis primeras impresiones no pecaron de optimistas. A primera vista, la visión de conjunto que me ofreció el mundo fue enteramente desoladora. Lo

hallé todo en ruinas. La postguerra se caracteriza por una confusión espantosa reinando como ama y señora en todos los sectores sociales y en todas las zonas del espíritu. En vergonzosa bancarrota todos los valores morales que llenaron de significación al siglo XIX y cuya inanidad bien probada dio origen a la mayor de las colisiones guerreras que ha sufrido la desdichada y mísera Humanidad, el hombre volvió la espalda a cuanto ofrece un matiz de espiritualidad, falso o auténtico, para pensar casi exclusivamente en el utilitarismo. Cesó de ser el individuo algo sagrado como chispazo fúlgido de una divinidad ignota, para ser un valor cotizable, en razón directa de su utilidad, en los mercados sociales. El idealista y el sentimental cesaron de privar en la vida y se les presentaba como un anacronismo, como algo ridículo y grotesco. Las generaciones posteriores a la guerra, sólo conceden valor a lo práctico. Así la juventud cultiva el músculo con preferencia al cerebro, desprecia profundamente cuanto amaron y fue norte y guía de nuestros padres. Falta de fe. Esto deduje. Y como sin una fe grande ninguna empresa de auténtica valía puede llevarse a cabo, me sentí decepcionado y sin ánimos para emprender nada en pro de la salvación del hombre, que por otra parte, no podía dejar haciendo cabriolas, inconscientemente, al borde del abismo.

«No me proporcionó esto pocos sinsabores y quebraderos de cabeza. Poco a poco empecé a ver oscilar una luz en el denso caos de sombras que me circundaba cual si me

hubieran sumergido en un océano de tinta china. Comprendí que, si habían perdido crédito los ideales antiguos que a pesar de su notorio predicamento no supieron ni pudieron evitar la ruina del mundo, no por eso se había hundido todo. Agonizaba una época y nacía otra. La confusión reinante no era sino la resultante de un orto y un ocaso que coincidían. Ocaso de un ciclo histórico y otro de un nuevo ciclo. Hombres desesperanzados, maltrechos y vacíos que no quieren realizar ni el más leve esfuerzo sin tocar de cerca una compensación inmediata, se me antojaron de pronto, pobres ciegos que buscan a tientas un camino. Sí. El utilitarismo de que está inficionada nuestra época, viene henchido de espiritualidad. No se odia lo sentimental sino lo retórico. No se vuelve la espalda despectivamente a lo ideal sino a la pomposa hojarasca que se utiliza para disimular su raquitismo. Se desea ver. No seducen ni entusiasman ya los himnos, los discursos y las garrambainas orales. Se quieren soluciones. La época de los charlatanes y de los cinceladores de frases huecas, ha finiquitado. Nada de palabras. Hechos. Se debe hablar sólo lo preciso para entenderse. Los ideales deben ser dinamógenos y dinámicos. Esto comencé a deducir del estudio atento de nuestra época de confusión y desordenado dinamismo cuando desvanecido mi pesimismo pude entregarme a la observación serena y reposada.

«Y entonces... Entonces aprecí la intensa espiritualidad de nuestro tiempo, porque entonces principié a comprender los falsos valores del pasado contra los cuales se rebela airada

nuestra juventud. La sentimentalidad que se concretaba en la fundación de sociedades protectoras de animales, sanatorios, hospitales y asilos, y en la celebración de fiestas de caridad, mientras iba preparando la bárbara guerra y mantenía a toda costa la iniquidad de la explotación del hombre por el hombre, no era sensibilidad sino sensiblería, pose, piel de cordero echada hipócritamente sobre los lomos del lobo. Los ideales que ofrecían desde la tribuna y por boca de sus líderes la realización aquí en la tierra de las bondades y bellezas del Paraíso y concluyeron aconsejando al hombre que fuera a romperse la crisma en los campos de batalla de Europa, no fueron sino adormideras aplicadas en buena dosis a quienes no padecían de insomnios y necesitaban, además, mantenerse bien despiertos. El romanticismo lagrimeante y lacrimógeno que hizo las delicias de nuestros abuelos, un necio cerrar los ojos a la realidad, o, so pretexto de los eternos valores del arte, disfrazar esa realidad y pretender hacer del hombre un tipo canijo, sin consistencia, lamentablemente llorón y claudicante. Justa es la repulsa implacable contra todo eso. Y necesaria. Como es necesario fomentar esa reacción saludable y abogar permanentemente por una Humanidad bien nutrida que se atreva a vivir y no abandone el objeto por la sombra que proyecta.

«Con esta apreciación de las cosas podía asegurar que pisaba tierra firme. Y nació en mí un hombre nuevo. Y el hombre nuevo se encaró con lo que constituye nuestra

civilización y lo analizó fríamente. Casi todo oropel y mentira. Sentimientos, idealidad, educación, cultura. O falso o mal orientado. Era preciso rehacerlo todo y... pensé en la editorial.

Bien. Pero el plan... el propósito...

El propósito está claro: recoger y propulsar la espiritualidad de nuestra época y robustecerla creando valores nuevos. El plan es otra cosa. Pienso recabar el concurso de todos los hombres de positiva capacidad y aprovechar para darle mayor intensidad y eficacia, el esfuerzo de cuantos se sientan inclinados a laborar en el sentido que entiendo debe orientarse nuestra vida. El libro, utilizado como arma de combate, como sugeridor, impulsor y difundidor de ideas nobles, como vulgarizador de la técnica de la producción y de la ciencia, y como desvanecedor de errores y puesto al alcance de todas las inteligencias y de todos los bolsillos. El periódico, verdadero paladín de la cultura, receptor y eco de todas las iniciativas valederas, no sujeto a los intereses, casi siempre inconfesables, de ningún partido político ni de ninguna industria, fiel servidor de la verdad, agente de progreso, voz vibrante y sincera que proclame en todos los tonos y en todos los instantes, con gallardía y claridad, lo que debe hacerse para que la Humanidad se regenere y salve. La revista que procure recoger y razonar los diversos motivos que en la hoja diaria, por su carácter efímero, no pueden tratarse con la necesaria extensión y reposo. La novela corta y la extensa, para estimular el amor a la lectura y el

sentimiento de lo bello y sugerir y hasta mostrar de una manera viva y amena, los falsos valores de nuestra civilización, lo que es y lo que debe ser la vida del hombre.

«Con tales elementos de lucha, manejados con el acierto que me sea posible, proyecto demoler y construir. Confiaré a educadores que posean en el más alto grado el sentimiento de responsabilidad inherente a su delicado ministerio, la misión de trazar y explicar con sencillez, claridad y concisión, la orientación y las nuevas normas que es preciso dar a la obra educadora para que el hombre vea con certeza cuáles son sus destinos y considere al hombre, sea cual fuere el pigmento de su piel y el país en que haya nacido, como su hermano y su aliado natural, e incluso, crearé y sostendré económicamente algún centro de enseñanza inspirado en el nuevo programa. Recabaré la colaboración de eugenistas competentes para exponer a la consideración del mundo, en obras de valor destacado y permanente, todo lo relativo al problema de la eugenesia en su relación con el individuo y con la especie. Pediré a sociólogos idóneos su ayuda para vulgarizar aquellos sistemas sociales que ofrezcan en la práctica las mayores garantías para el establecimiento de una sociedad razonable en la cual sean posibles la dicha, la paz y la armonía entre los hombres.

«Es un plan vastísimo que no puede tener otros límites que los que trace mi incapacidad y mis posibilidades económicas y en el cual cabe todo lo que tienda a hacer del hombre un Dios, amo y señor de sus destinos, capaz y dispuesto a vivir

su vida sin mancharse en la vileza. He ahí lo que proyecto. ¿Qué opinión te merece a ti todo esto?

Pepe no respondió en seguida. Meditó un rato y después dijo:

El proyecto, a mi juicio, es ingenuo, de difícil realización y de resultados más que dudosos. Tú lo has dicho: la mayoría no piensa. Si pensara, no sería necesario que el individuo tuviera que preocuparse de los intereses de la colectividad, pues cuidándose cada uno de sí mismo la colectividad, suma de todas las individualidades, estaría bien organizada y bien atendida. No se piensa. Y se lee poco, mal y aprisa. Puedes hacer un cálculo aproximado a ese respecto, sin salir de Mallorca. Consulta a los libreros y te dirán que de una obra que haya alcanzado un éxito muy resonante, se pueden colocar a duras penas en toda la isla una cincuentena de ejemplares. Calcula. Donde se lee tan poco no puede hacer el libro una labor muy notable, máxime teniendo en cuenta que los buenos libros son los que cuentan con menos lectores.

Al libro, hoy por hoy, se le pide distracción y deleite, y no enseñanzas. De otra parte está la absorbente lucha por la vida. Mientras el hombre no coma lo suficiente a cambio del menor esfuerzo, todos los problemas tendrán para él un interés secundario. Aunque no fuera así, tu labor, que ha de ser necesariamente subversiva, en cuanto tome incremento y represente una inquietud para los que se hallan bien

situados en esta sociedad que tú encuentras insoportable y que quizá lo sea, te barrerán de un papirotazo. ¿Has pensado en todo eso?

Sí.

Entonces...

No me arredra. Llevaré la lucha hasta donde me sea dable. Después, no faltará quien la continúe.

Bien. Yo no pretendo enfriar tus entusiasmos. Es más: aun no participando de tu optimismo, te admiro. No dice poco en favor de la valía moral de un individuo, ese quijotismo tuyo y en esta época en que cada quisque va a lo suyo importándole un comino que se estelle el prójimo contra una esquina. Lo que deseo es que no se termine demasiado pronto tu provisión de energía.

Ya procuraré renovarla.

Mejor que mejor. Lo que no acabo de ver claro es la actitud que adoptarás frente a la próxima guerra.

Esperaba esa observación. Mi labor llevará siempre un marcado sentido antibélico, pero, desgraciadamente, nada puede sólo contra esa locura sangrienta. Seguramente la guerra estallará si no se apresuran los pueblos a poner fin a los manejos de los que sistemáticamente y a toda prisa la vienen preparando. No me hago ilusiones.

Otra observación: ¿esperabas de mí una opinión o un consejo?

Las dos cosas.

Bueno. La opinión ya la tienes. Ahora, allá va el consejo: no te metas en ese fregado.

¿Por qué?

Porque lo arriesgas todo y sólo te espera el fracaso.

Guillermo tardó un rato en contestar.

Habían llegado a la carretera. Sin duda alguna Nieto y Gabriel debían llevar rato aposentados en sendos sillones de mimbrés en la terraza del hotel paladeando el vermut.

Al fin dijo Guillermo:

¡Bah! Nada me hará desistir. Considero buena mi obra y ni la seguridad del fracaso puede detenerme. En fin de cuentas, el verdadero objetivo de la vida del hombre, es o debe ser, henchirla de significación y belleza. Lucharé. Y hasta fracasando totalmente, cosa que desde luego no espero, habré vivido con notable intensidad. Al menos me quedará la satisfacción de haber procurado tender en nuestra inquietante época un puente sobre el abismo que amenaza tragarnos a todos. Y eso, ya es algo que vale la pena.

Pepe consideró inútil insistir y Guillermo no creyó necesario añadir a lo dicho nada más.

Lentamente, bajo la caricia luminosa y tónica del sol, caminaron silenciosos hacia el hotel.

XV

Regresaron por Deyá y Valldemosa.

Viaje de ensueño por entre paisajes que no se olvidan nunca.

Todos los parajes de la isla rebosan belleza cándida, delicada o bravía. En la costa, torrentes, calas y promontorios de un encanto supremo; ensenadas y bahías recoletas en las que las ondas juguetonas se persiguen unas a otras y entonan su eterna canción de besos; playas admirables en las cuales la arena centellea y recibe la caricia incesante del manso oleaje; cantiles soberbios que reciben a pie firme los rudos golpetazos de las olas y en cuyos socavones, hendeduras y grietas, muge, silba y bisbisea el mar. En la llanura, vegetación exuberante y jugosa; almendros, frutales y viñedos; olivos milenarios de rugoso y retorcido tronco lleno de protuberancias y grietas que parecen la representación simbólica de una fauna

monstruosa ya extinguida; casitas grises o blancas en las que el cuadrado torreón con su típico molino de viento parece un adorno más, destacando su masa y, a veces ocultándola, entre océanos de verdor y alegre fanfarria de colores vivos y brillantes. En las montañas nemorosas, de cambiante coloración, quebradas, torrenteras, rocas cuarteadas cual si las hubiera rayado en todas direcciones la zarpa de un terremoto, vallecicos y puertos propicios al ensueño, bosques frondosos que se dirigen en peregrinación colectiva desde las cumbres al mar de argento, oro y azur... Pero, este trayecto de Sóller a Palma por Deyá y Valldemosa, es de lo más hermoso y sugerente de Mallorca.

Hasta Deyá, viniendo de Sóller, el paisaje es lindo, coquetón, primoroso. Hay trozos de una belleza suma y de una vitalidad asombrosa.

Pasando de este pueblo que corona como un acrópolis la cúspide de un cerrete cónico y se desparrama por las vertientes entre cuadrilongos rectángulos escalonados de tierra cultivada y paredones dorados que son arriates en los cuales las flores trazan cenefas versicolores, dibujos originales, motivos decorativos, con derroches del color y bizarros caprichos de la línea, el panorama cambia, cobra fuerza y majestad, supera el esplendor de su lujoso atavío.

La carretera traza a media ladera una línea sinuosa blanquecina dividiendo como con una cinta de plata la maraña de los bosques que, en rápida vertiente bajan hasta

el mar o trepan hasta la cima de los montes teñidos de rosa claro.

En algunos trechos, doselados por la pomposa hojarasca de los encinares añosos y llenos de vida, el camino deja de parecer vulgar vía de tránsito para dar neta la ilusión de avenida bien cuidada y acogedora de magnífico parque urbano. Curvas, ya suaves ya rápidas, con primorosas calzadas. Cortinajes de madreSelva. Muros de contención en cuyas aristas y junturas, florecillas humildes y de esmaltados matices tremolan y bordan puntillas y festones bellísimos, mientras la hiedra los cubre, a trozos, con jugosos tapices verdioscuros. Manantiales ocultos que vierten sus aguas en el rústico tazón de alguna fuente y ofrecen al pasajero el regalo de su frescura y pureza.

Guillermo, todo ojos, no pierde detalle del majestuoso panorama. Se lo sabe de memoria. Ha soñado en todos sus rincones. Se ha embriagado de belleza desde todos y cada uno de sus numerosos y bien situados miradores. Ha brujuleado por sus vericuetos y escondrijos, requisado sus gargantas y hondonadas, faldeado sus ribazos, escalado sus cimas y recorrido sus trochas y senderos, de norte a sur y de oriente a occidente. No obstante, siempre lo halla inédito. El paisaje habla siempre a su alma un lenguaje nuevo, rico, sonoro y atrayente.

Sucédele con esto lo que con la música. La primera audición de una buena partitura, le asombra y emociona,

pero no le basta para penetrar su belleza recóndita, para percibir con justeza su hondo caudal emotivo. Ha de oírla muchas veces y a medida que se satura de ella, por decirlo así, más insospechados matices descubre, más tesoros escondidos ve surgir a la superficie, y más felizmente acorta el diapasón de su sensibilidad a la magia evocadora y sugestiva del poema musical. Después, aun conociendo y vibrando al compás de cada nota, la sinfonía le resulta siempre nueva. Es que siente la música. Y responde a su conjuro en armonía con su estado de ánimo en el momento preciso de la audición.

Así el paisaje. No es su belleza muda lo que habla a su espíritu, conmoviéndole, sino su poder evocador, las sugerencias que de él emanan. Sobre todo, este de Miramar por el que el auto se desliza ahora lentamente y el cual parecióle siempre la bien lograda objetivación de las bellas quimeras soñadas en momentos de febril inspiración por un poeta sin par.

¡Miramar! Ya el nombre mismo, eufónico y sugerente, es todo un poema.

Las montañas vestidas de una vegetación fastuosa, perennemente verde, con esa rica variedad de matices que ofrece el verde en la Naturaleza, emergen de un mar despejado, limpio y profundo, de un azul transparente de turquesa líquida, que se peina en los filosos peñascales de la costa brava, murmurando y jugando, cuando encalmado,

con burujones de hirviente espuma, inundado de claridad, borracho de luz, constelado de brillantes lentejuelas; y, estrellándose furioso contra los cantiles cuando la tempestad le encrespa hinchando sus olas y lanzando al aire surtidores de líquido espumeante.

Parece de cristal este mar. Bajo sus azogadas planchas se ven lechos de arenas blancas, rocas redondeadas y verdosas como lomos de cetáceos de leyenda, madejas movibles cual cabelleras sumergidas, de la misteriosa flora submarina, peces de plata que pasan como flechas, como hojas de acero bruñido, o trazan graciosas espiras ondulando el escamoso cuerpo al bogar en persecución de la presa codiciada o pretendiendo esquivar los ataques del temido enemigo.

La costa prolóngase hacia Bañalbufar ofreciendo una serie ininterrumpida de calas y promontorios entramados y dispuestos en diversos planos visuales y ostentando un cromatismo vario y espléndido que en gradación infinita va del rojo vivo a la azulosidad de las neblinas luminosas, pasando por el rosa suave, el ópalo, el cadmio, el ónice, el ámbar, el violeta...

Adentrándose en el bosque, los encinares, creciendo robustos y sólidos en la tierra plena de jugos, presentan aspectos inconfundibles, en determinados parajes, de selva legendaria. Calveros. Plazoletas. Claros deliciosos bajo fantásticas bóvedas de ramaje entrelazado. Diríanse pabellones de follaje creados por un genio para celebrar en

ellos una fiesta de trovadores y gentiles damas. Grutas encantadas, lugar de reunión de las hadas eternamente jóvenes. Quioscos improvisados para escenario de amorosos idilios. Templetos misteriosos erigidos para celebrar ritos extraños de un culto desconocido.

En otros lugares, la decoración cambia sin desprenderse de su majestad augusta. Sugiere un nuevo orden de sentimientos e ideas. No se espera ver aparecer el lúcido cortejo de una Corte de Amor, ni la regia cabalgata de un señor del medievo, ni sorprender el ingenuo idilio de Dafnis y Cloe.

El medio es adecuado para el holgorio y el bullicio jubiloso de una fiesta dionisiaca en la cual se desborden a torrentadas el placer y la dicha de vivir, la loca alegría de sentirse apto para un goce tan fortísimo y absorbente que no deje espacio al asombro.

Maravilloso este ambiente. En él volcó Naturaleza pródiga sus galas más brillantes y vistosas y prendió el Sol los alamares de oro de su luz. Hasta los vulgares pinos marítimos se elevan aquí esbeltos y frondosos, ofreciendo desde lejos suavidades tornasoladas de raso verdiáureo, entre las cuales resaltan, sobre la limpia azulosidad del cielo y el zafiro centelleante del mar, rotondas y miradores, balaustres y verandas que un enamorado de la belleza, de regia estirpe, hizo levantar en toda eminencia avanzada, cual si hubiérase propuesto abrir balcones a lo infinito.

Al aristocratismo, a la belleza singular de Miramar, únese, prestigiándole, el encanto de la leyenda y de la historia.

Guillermo rememora mientras el auto se desliza lento por la ancha cinta serpeante de la carretera.

Fue en estos parajes abruptos y encantadores donde el gran polígrafo y filósofo Ramón Lull decidió erigir, allá por el 1276, el colegio políglota conocido con el nombre de Monasterio de la Santísima Trinidad o de Miramar, situándolo casi en el punto medio de la distancia existente entre Deyá y Valldemosa, en la soledad plena de rumores de estos bosques, en la abruptez de estos montes, como un nido de águilas.

El propósito de Ramón Lull, incansable viajero y uno de los cerebros mejor organizados que ha conocido el mundo, era crear un Seminario en estas soledades para enseñar el árabe a una docena de discípulos escogidos y acometer después la empresa de conquistar para la fe cristiana a los pueblos del Islam del Continente Tenebroso.

Cruzada ideal muy propia de aquellos tiempos de fe ingenua aunque robusta, heroica y emprendedora.

Ramón Lull, caballero de lo ideal, entregóse en cuerpo y alma a esta idea, que fue al par el impulso y el fracaso glorioso de su vida y dejó unido para *in eternum* su nombre a Miramar.

También corresponde a estos lugares la gloria de haber oído gemir por primera vez en Mallorca los tórculos de la imprenta, allá por los últimos años del siglo XV.

El invento de Gutenberg que había de marcar a la Humanidad una ruta luminosa, empezaba a causar el asombro y la admiración del mundo, cuando un día, por ásperos caminos de herradura, arreando a cansinas bestias de carga, llegó al Monasterio de Miramar un hombre. Era maese Gaspar Calafat, portador de los modestos enseres de la imprenta que encerraban en sí más luz que una constelación de soles.

Poco después, en la primera mitad del siglo XVI, un perfume de mística beatitud se extiende por la comarca impregnándola de santidad. Hechiza y asombra a los sencillos moradores de Valldemosa la vida extraordinaria de una adolescente singular: la recientemente canonizada Catalina Thomas.

Sobre esta figura cae un caudal luminoso de mística poesía y preséntase adornada y prestigiada por el efluvio sobrenatural del milagro que tan poderosa influencia ejerce sobre las almas infantiles y crédulas.

Cuéntase que ya antes de nacer, cuando gestaba en las entrañas maternas, dio pruebas indudables de su predestinación a la santidad. Fue el séptimo retoño de sus padres y, sabido es que al número 7, cabalístico y sagrado, se le concede cierto valor misterioso. Durante el embarazo,

Marquesina, la madre de la bienaventurada niña, no podía tomar alimento los días de vigilia. Después, en todo el período de lactancia, ni un solo viernes osó tomar la pequeña el pecho materno. No sabe hablar aún con claridad y ya apetece el recogimiento y la soledad para rezar el rosario que, dada su tierna edad, nadie se ha cuidado de enseñarle y para cuyo efecto utiliza como cuentas hojitas de olivo y de lentisco. Detesta desde los albores de su niñez la comodidad y el lujo. Rechaza juguetes y golosinas. Es humilde y bondadosa. Se impone mortificaciones. Su mayor deleite estriba en aislarse y orar. Es seria y reflexiva como una anciana. Se le hacen visibles, la hablan, instruyen, guían y protegen, Santa Catalina Mártir, la Virgen María, San Antonio Abad, San Pedro, el Espíritu Santo y el mismo Jesucristo. Desde los cerros de Miramar oye la misa de la Catedral de Palma y se le hacen transparentes los pétreos muros de la basílica en el éxtasis de la elevación...

Milagros. Prodigios. Hábitos de auténtica santidad.

La humilde niña, la delicada sensitiva del predio de Son Gallart, santifica los ásperos senderos de Miramar antes de consagrarse enteramente a Dios en las soledades del claustro. Y su figura destácase a todo relieve, cada vez más embellecida, a medida que la fantasía popular va añadiendo nuevos adornos en torno de ella, en el fino cañamazo de la leyenda. Y todavía hoy se añaden nuevos milagros a la bien nutrida lista de los que se le atribuyen.

Guillermo, hombre de este pícaro siglo en el que la fe se halla en quiebra, sonrío a la evocación de esta figura y piensa, casi sin querer, en la frenología...

Continúa devanando la cinta mágica de sus recuerdos y ve in mente pasear por estos ámbitos la nobleza de su proscrición al ilustre Melchor Gaspar de Jovellanos. Después, irrumpe en ellos la Jorge Sand poniendo una nota de escándalo, de elegancia, de placer, de arte y de vida, en los paisajes que sólo habían visto pasar el burdo sayal y la ascética demacración del penitente. Y hasta el silencio recoleto de la Cartuja se interrumpe en la quietud de la noche, cuando al claro de Luna, Chopin, inclinado sobre el Pleyel, se obstina con mano convulsa en arrancar la delicadeza y la melancolía musicalizadas de sus baladas y nocturnos.

Más tarde, el archiduque Luis Salvador difunde por el mundo la revelación de estos panoramas y los abre a las peregrinaciones del Arte, peregrinaciones que no podrán interrumpirse ya mientras en el alma humana vibre una cuerda sensible y no se extinga en ella el amor a la belleza inmarcesible y eterna.

Pasa el auto. De pronto, Valldemosa, encaramada en una eminencia.

Cruzan el poblado. Callejuelas estrechas, tortuosas y en rampa. Después de bajar una cuesta rápida y atravesar una

profunda hondonada, la carretera se desliza por entre campos de almendros, de algarrobos, de olivos, trigales, viñedos...

Cae la tarde. Los campos se matizan de oro y arrebol. Las montañas se coloran del azul cobalto al rojo vivo, pasando por el violeta. Véspero de Mallorca. Orgías del color. Suavidades melancólicas. Poesía...

XVI

Se encontraron en el Bar Cristal, frente a la Estación del Ferrocarril.

Desde el día de la excursión a Sóller no habían tenido ocasión de charlar a solas.

Guillermo había deseado que Pepe se le uniera para coadyuvar en su obra. La inteligencia clara de su amigo, su preparación, su capacidad y su espíritu crítico, le seducían. Si no se lo propuso cuando le hizo partícipe de sus planes, fue porque no halló la calurosa aprobación que esperaba. Se había equivocado, sin duda, al juzgar a Pepe.

Por su parte Pepe no dejó de meditar acerca de la interesante cuestión. Desde luego, no se le había pasado por las mientes la idea de aportar sus esfuerzos a la empresa. Él, Pepe, era un teórico de café y de tertulia familiar. La acción

le era extraña. Teorizar, hacer alardes de discreto radicalismo, demostrar que se hallaba enterado y que discurría por cuenta propia, le satisfacía. Pero, realizar el menor esfuerzo, imponerse la molestia más insignificante por defender una idea o un principio, le parecía absurdo. No dejaba de comprender la necesidad de actuar, de imprimir un derrotero al dinamismo desordenado de nuestra época, mas de eso a imponerse él semejante tarea, mediaba un abismo. Además, en este caso concreto, ante la actitud francamente combativa de Guillermo, experimentaba un fenómeno raro. El que siempre había censurado a los teorizantes, aun admirando la decisión de su amigo, hubiera hecho cualquier sacrificio por obligarle a desistir. Diríase que pretendía escudar la propia irresolución en la irresolución de los demás.

– ¡Hombre! –exclamó Pepe–. Celebro verte.

– ¿Te aburrías? –indagó Guillermo,

–No. Precisamente hace un momento que me dejó Sureda quien, por más señas, me ha dado el gran latazo. Me place verte porque me agrada charlar contigo, y la verdad es que desde nuestro coloquio en el Puerto de Sóller, ardo en deseos de que conversemos nuevamente.

¿Sobre lo mismo?

Claro.

Pues por mí...

Ya lo sé. ¡Y qué! ¿Continúan los preparativos de marcha?

– Continúan. Resultan bastante lentos y engorrosos, pero lo tomo con calma. En realidad, no tengo prisa.

¿Falta de entusiasmo?

No. Sentido de la responsabilidad que contraigo. El entusiasmo en obras de tal naturaleza, no me parece de capital importancia. Claro que no debe faltar, pero lo esencial, a mi juicio, es la convicción y la decisión. Y esas te aseguro que no faltan.

Como responsabilidad, no es grano de anís la que contraes.

Lo sé.

Es tanta que, a veces, me pregunto si la habrás aquilatado justamente.

Me parece que sí. Intento desencadenar fuerzas de una intensidad que escapa a toda medida. Es como si barrenara un dique situándome delante del muro. Si mi labor resulta inútil, me lo habré jugado todo, y si no fracaso, la misma potencia ciega que pretendo desatar, me hará pedazos.

Exacto.

A pesar de todo es preciso correr serenamente el riesgo. El

hombre triunfa, en definitiva, de todo, pero triunfa en la Humanidad. Pensando cada cual en su propia tranquilidad y conveniencia, hemos provocado el estado caótico en que se debaten hoy las sociedades humanas. Nadie puede vivir así. La necesidad y el dolor juegan con nosotros a la pelota y ese juego resulta cada día más trágico. No hay más remedio que emprender una ruta nueva que nos distancie de esta realidad bochornosa y nos conduzca a otra realidad más digna del hombre. Para ello es necesario pensar en la Humanidad en cuanto al resultado práctico de nuestra actuación y en el individuo en cuanto a su acometividad y a su capacidad creadora. Aunque vaya errado en esto, desde el momento que así lo concibo, no puedo estarme mano sobre mano. No podría vivir.

Pues, hasta ahora, bien has vivido.

Cierto. Pero hasta ahora no he sido sino un tipo deformado por la sociedad que sólo veía las cosas a través de un falso miraje. En la actualidad es otra cosa. He logrado ser yo mismo. Es decir, un hombre. Y el hombre ve y comprende a derechas el papel que debe desarrollar en la vida y se dispone a desarrollarle sin titubeos. Siembro. Para el futuro será la cosecha. Es seguro que si nuestros padres hubieran arrojado al surco una semilla buena, ni la guerra pasada ni la que se avecina se hubieron producido. Es preciso que esta verdad se grabe a fuego en la conciencia humana, si deseamos que en el porvenir sonría la dicha a los que nos sucedan.

¡Bah! Después de mí...

Allá tú. Yo pienso de otro modo. El amor a mí mismo, no impide sino que impulsa mi amor a la Vida. Y la amo digna, superada, sin manchas de cieno o de sangre.

Pepe rompió a reír y exclamó:

Es original. Eres un millonario convertido al bolchevismo.

Te engañas. Ser bolchevique no me parece bastante. Soy un hombre que desea hacerse perdonar el delito de haberse enriquecido a costa de la miseria sórdida de la mayoría. Y si eso te parece duro, un hombre humilde que pone un caudal de buena voluntad al servicio de su raza, deseoso de rescatar el tiempo perdido en perniciosa ociosidad. Me pesa y avergüenza ser burgués.

A mí no.

Cuestión de temperamentos. Tú estudias y te enteras, pero careces del impulso necesario para emplear útilmente tu talento y tus horas. Yo, en cambio, no puedo cerrar los ojos a la razón ni estarme quieto cuando alguna empresa que considero útil solicita mi concurso.

Quizá lo que tú llamas carencia de impulso sea sentido de ponderación.

Quizá, pero no lo parece. En asuntos de esta índole, la

ponderación es un estorbo. No se razonan los impulsos, sino a posteriori. Los impulsos se viven.

¿Es que tú obedeces a un impulso?

Claro está.

Pero antes de lanzarte habrás estudiado el factor realidad.

Es natural. El estudio de la realidad ha originado mi impulso. Ahora la cuestión está en vivir ese impulso a toda costa. Después no faltará quien pondere su intensidad en función de los resultados. Eso no es asunto mío.

Yo lo estimo de otro modo. Nacido el impulso, comparo su intensidad con la resistencia del obstáculo que he de salvar o destruir, y si existe una desproporción apreciable entre la una y la otra, me abstengo prudentemente. A eso llamo yo sentido de ponderación.

Pues a mí me parece el comodín de los impotentes, dicho sea sin ánimos de ofender. Si los zoófitos pensaran así, no levantarían islas coralíferas y madreporicas desde el fondo de los mares.

Pero, criatura, deja a un lado la Historia Natural y dime qué puedes tú solo contra todo lo establecido. ¡A ver!

Eso no me preocupa. Yo me lanzo. Nadie puede asegurar que lo que yo pienso no lo piensan al mismo tiempo cientos

de miles de individuos. ¡Quién sabe! Yo, de todos modos, ofrezco un presente a los hombres. Eso me basta. Eso y la convicción firmísima de que no procedo mal. ¿Por qué no he de laborar, entonces, si ello me place y no se me puede demostrar que mi labor sea innecesaria ni perjudicial?

Porque te estrellarás y no harás nada de provecho.

Esa es una afirmación enteramente gratuita. ¿Cómo pueden resultar ineficaces para el bien las mismas armas que tan excelentes resultados han dado en la propagación del mal?

Por la sencilla razón de que el mal halla en el mezquino corazón humano terreno propicio para desarrollarse.

¡Atiza! Confieso francamente que no te creía tan... vulgar. Así razonaría cualquiera que no se distinguiera por su buen juicio. Es una vulgaridad impropia en ti. El hombre no es bueno ni malo. En él arraiga y fructifica todo. Y fructifica mejor lo que no contraviene su naturaleza, lo que favorece sus instintos vitales. Eso te lo he oído decir a ti un millón de veces.

Y es cierto.

Entonces...

Ya sabes que tenemos una marcada propensión a escaparnos por la línea que nos ofrece menos resistencia y que es bastante más cómodo ser malo que dejar de serlo.

¡Bah! Eso es una frase hecha y no de las que enaltecen el ingenio humano. No existe lo bueno ni lo malo. Se procura vivir y perdurar, sea como sea. Eso es todo. Si el individuo puede vivir íntegramente sin molestar al vecino, y claro está que puede, es bien cierto que no le molestará. Y es en ese sentido que pretendo orientar mis luchas.

No dejando en paz ni a Cristo.

Desgraciadamente. Aunque eso de la paz me suena a falso. Vivimos en perpetua guerra, y, lo que es peor, en guerra estúpida. Yo me propongo dar sentido a esa guerra y acelerarla para que advenga la verdadera paz y alcance en ella el individuo-hombre la plenitud de su desarrollo. Fácilmente se comprende que entre mi guerra y la que hasta el presente ha venido flagelando al mundo, existe la misma diferencia que entre la efusión de sangre producida por el bisturí del cirujano y la producida por el puñal del asesino. El uno salva y el otro destruye.

Silencio. Por la amplia acera cruzan sin cesar mujeres y hombres que pasean o van a sus quehaceres. Hacia la estación se encaminan carros y coches. Animación. Luz. Vida y movimiento. Los jardines de la Plaza ponen una nota de belleza y lozanía en el ambiente inundado de sol y perfuma el aire balsámico.

Pepe medita. Le sobra buen sentido para comprender el alcance de las ideas y propósitos de su amigo. Tentaciones le

acometen de aplaudirle calurosamente y animarle a poner en vías de realización cuanto antes sus proyectos. Pero, por una extraña contradicción, se empeña en hallar argumentos que posean la suficiente fuerza persuasiva para obligarle a desistir. Diríase que le avergüenza comprender y no actuar acto seguido, y por eso busca sofismas que evitando la actuación de Guillermo no pongan en evidencia su propia poltronería.

En vano se esfuerza. Se necesita más talento para defender contra la verdad el error, que para expresar lo evidente. Y Pepe ha comprendido. Recuerda ahora cuanto ha estudiado y cuanto ha visto. Efectivamente, el mundo marcha hacia su propio aniquilamiento y es criminal cruzarse de brazos y esperar tranquilamente que se produzca la catástrofe.

Cierto que, laborar en el único sentido lógico es ofrecerse en holocausto. Los primeros zarpazos de la fiera que es necesario desencadenar y hostigar, destrozarán sin remedio a los precursores, con mucho mayor motivo si éstos pertenecen a las clases privilegiadas. Pero, acaso, no actuando, ¿el resultado no será el mismo? En el horizonte social se anuncia esplendoroso el despuntar de una nueva aurora. La inmensa masa de los desposeídos se organiza en falange y aspira a conquistar su parte en el botín de la vida. Pretende ser dueña de sus destinos y lo será. Fatalmente. Los días del capitalismo están contados. Si antes de estallar la bárbara guerra que se prepara el pueblo, no ha hecho tabla rasa de todos los valores sociales que conspiran contra

la vida, la hará después o quedará aniquilada la civilización de Occidente. Sí, sí. Es preciso actuar. Pero...

¡Oh! ¡Qué bien se vive en esta encantadora Mallorca, paseando, soñando, divagando y no privándose de nada de cuanto puede intensificar el goce de vivir y hacernos amable la existencia! ¡Este Guillermo!... Siempre ha sido un poquitín fantástico. ¡Miren que ocurrírsele ahora meterse en tal fregado! No tiene perdón. Puede mamarse la gran vida y...

Bueno, sí. Mas, de todos modos, está en lo cierto. Es más digno ser león, aunque le cacen a uno a tiros, que ser el asqueroso parásito que vive en su melena. Ahora resulta que no solamente le admira sino que le envidia. Y no sabe por qué. Si él quiere... Pero, no. No puede. Aunque quisiera, no tiene madera de héroe. Comprende la belleza del gesto, pero siempre será espectador. Le falta impulso para todo lo que no sea teorizar.

¡Y qué! A lo mejor todo lo que se refiere a lo crítico y peligroso de la época, no son sino figuraciones, especies lanzadas a los cuatro vientos por los eternos alarmistas. Guillermo es un iluso. Lo fue siempre. Se aburre y le ha dado la ventolera por meterse a redentor. ¡Bobadas! Se cansará o le harán trizas. Allá él. No va a preocuparse ahora Pepe, con que si fue que si vino y tal y cual. Cada uno se rasque con sus uñas.

Se arrellanó más cómodamente en el sillón. ¡Ajajá! ¡Qué

bien se está así! Al diablo las cavilaciones. Si nos amenaza una hecatombe, razón de más para gozar con amplitud del momento presente.

Claro que era salirse por la tangente, mas, saliéndose, igual le daba a él que fuera por la tangente como por la secante.

Nada. Que no me convences –dijo, al fin, Pepe.

Ni lo he pretendido –repuso Guillermo–. Charlamos de esto, por charlar de algo, pero ni yo he pensado en ganarte para mi causa, ni tú te has propuesto hacerme desistir, creo yo.

Deliberadamente, no. Sin embargo, me gustaría influir sobre ti para que no te lanzaras a esa quijotada.

Pues pierdes el tiempo. Como es natural, no había de lanzarme, sin meditarlo bien, a una empresa semejante.

Ya lo considero. A pesar de ello, haría cualquier sacrificio por retenerte.

No veo por qué.

Temo.

¿Por mí?

Claro. No va a ser por el moro Muza. Te van a hacer polvo.

Fantasía. Hoy se puede intentar todo casi con la seguridad de salir airoso. Nuestra época es demasiado blanda para ofrecer una resistencia seria a quien esté dispuesto a luchar con firmeza.

Te lo parece a ti.

–Lo que es lo mismo que si lo fuera. Por otra parte, lo interesante no es aquilatar el peligro personal que yo pueda correr, sino la bondad de mis propósitos y la suma de mis posibilidades. No creas que voy a convertirme en un vocinglero ni que voy a catalogarme entre los voceros de la revolución. Seré un editor, simplemente. Pero, eso sí, un editor que no se afana por la ganancia y que está dispuesto a realizar una obra plena de significado humano. Puede ser peligroso, mas no tanto como para inquietarme, y, desde luego, insuficiente para desistir. El verdadero peligro no lo veo en mi actuación inmediata, sino en los resultados. Si logro crear una fuerte corriente de opinión y sacar a las multitudes de su indiferentismo sacudiendo su apatía, estas multitudes serán las que castiguen en mí lo que nuestra clase las ha hecho sufrir a través del tiempo. Ese es el peligro cierto, y me place desafiarlo porque será heraldo de un estado de cosas más llevadero.

Es lo que no logro comprender bien.

Porque no lo meditas.

O porque lo medito demasiado.

También puede ser.

Tu actitud me parece la del suicida.

Erróneamente. Hay que interpretar mi decisión con toda simplicidad. Yo amo fervorosamente la vida. Hasta ahora he caminado a tientas. En la actualidad descubro ante mí insospechados horizontes de una amplitud y de una luminosidad admirables, y no vacilo en explorarlos. No creo que todo estribe en vivir para sí mismo. El hombre tiene destinos más altos. Sólo es preciso seguirlos a todo trance. ¿Es que tú eres feliz viviendo como vives?

No soy desdichado.

Te lo parece. Tu vida, como la de todos nosotros, es un infierno. No te falta lo necesario para tu existencia animal ni para la satisfacción de los goces artificiales que proporciona el dinero en la civilización, pero eres un desdichado porque posees el suficiente sentido común para comprender que eres una larva herida que se agita en la purulencia de una llaga abierta en carne viva.

Sólo la armonía y la pulcra belleza del conjunto, puede proporcionarnos una felicidad auténtica y sólo puede hacernos olvidar nuestra miseria el esfuerzo que desarrollamos para destruirla. Estoy sediento de vida.

Esa es la clave de mi actitud. Y te participo que jamás he sentido palpitar en mí con más intensidad que ahora una vida rica en matices y motivos emocionales.

En fin –concluyó Pepe–. Cada cual interpreta las cosas a su manera. Si tú hallas un placer tan hondo en esa nueva orientación que imprimes a tus actividades, allá tú. Yo no me siento inclinado a imitarte.

Guillermo respondió con un gesto ambiguo.

Entre ambos amigos reinó, definitivamente, el silencio.

XVII

Domingo. Víspera de la partida. Día espléndido. Sol. Cielo de un azul purísimo. Animación. Bullicio. Alegría de pueblo en fiesta. Atmósfera tibia y perfumada. Jardines floridos. Rostros regocijados. Mayo.

Guillermo salió de casa. Deslumbróle la limpia claridad ambiente. La mañana esplendía, joyante de luz, como la sonrisa resplandece en el rostro de una virgen. Primera sonrisa de amor que florece en los labios de una bella que espera el primer beso del primer galán. Sonrisa que es anunciación y promesa. Y también realización. Una onda de claridad interior le substrajo a esta otra claridad del día. Le costaba trabajo aceptar como una realidad, que en tan limitado espacio de tiempo hubiera vivido tan aprisa y con tanta intensidad. Mayo. Y fue a fines de enero que empezó a cavilar. Es decir, que habían bastado apenas tres meses

para convertirle en un hombre nuevo. El pasado, su pasado, quedaba muy atrás, rezagado, casi oculto entre las nieblas de un ayer tan cercano, y, sin embargo, tan remoto, que a duras penas distinguíanse sus contornos.

Brava jornada. Preliminar de la obra gigantesca que emprendería sobre la marcha. Embrión de una empresa que no podría rematar, que apenas si clavaría un jalón en la ruta luminosa que había de emprender la Humanidad para concretar en realidad tangible el caro ensueño de la dicha sobre la Tierra liberada.

Estaba satisfecho de sí mismo. Ciertamente que aun no había comenzado su obra, que sólo había diseñado sus lineamientos generales. Pero no era poco haberla concebido y estar dispuesto a realizarla. Lo que más cuesta al hombre es decidirse a cambiar de rumbos. Especialmente cuando, como él, ha logrado situarse bien en la vida. Sí. No era poco lo logrado. Y sentíase verdaderamente joven. Era un hombre de su época. Energías insospechadas entonaban en todo su ser una canción de vida. Optimismo. Amor a la Humanidad. Confianza en que, al fin, pese a sus errores y a sus descalabros, y quizá a causa de ellos, saldría airoso de todas las pruebas. Y superaría, aquí en la tierra, todos los paraísos que los fundadores de todas las sectas religiosas situaron allende las fronteras de ultratumba.

Tenía lo que no tuvo nunca: fe. Fe robusta, dinámica, combativa. Y también vidente. No esperaba cambiar el

derrotero de las cosas en un abrir y cerrar de ojos. Ni le seducía. Era preciso efectuar la conquista de una manera segura, sin apresuramientos que redundaran en perjuicio de la solidez. De todos modos, el fruto no puede madurar sino a su debido tiempo. Por lo pronto había que sembrar, y sembrar mucho y sembrar bien. Después se cosecharía. No, no se hacía ilusiones. Lo que él podía hacer representaba una ínfima porción de la inmensa obra que debía llevarse a cabo de una manera continuada y con el concurso de muchas generaciones.

Quizá no viera Guillermo ni el tímido alborear de la época cercana en que la voz miseria dejara de tener significación en el vocabulario humano. Y eso que, según todos los síntomas, no tardaría mucho en despuntar.

No importaba. A trabajar tesoneramente. Cara al futuro hasta caer en la pelea santa. Después, que prosiguieran otros. Él habría vivido una bella vida. La del luchador que sucumbe en la contienda persuadido de que la victoria final sonreirá a los que a su lado y bajo los pliegues de su bandera combaten. Ya, ya daría que hacer, y ya proporcionaría serios motivos de inquietud a los espíritus retardatarios, a los cobardes y a los que se acantonan en el baluarte del egoísmo.

Así pensando desembocó en la calle de San Miguel. Frente al Hospital Militar halló a Sureda con su aire encogido y los grises ojillos ocultos tras los cristales ahumados de sus gafas.

Inmediatamente, y sin que Guillermo pudiera escabullirse, le abordó diciendo:

Calla. Estoy aquí haciendo el cadete desde hace más de una hora.

¿Enamorado? –gruñó Guillermo visiblemente contrariado por el encuentro.

Te diré. Enamorado, no. Un poquito encalabrinado nada más. Y te participo que vale la pena. La prójima es una payesita de esas que dan el opio. Un cuento, ¿sabes? Pero es una monada, eso sí. Hay curvas incitantes y protuberancias carnosas y afelpadas que atortolan. Y guapa. Y jovencita. Aunque desde la primera vez que le eché encima la visual, me dio mala espina, no teniendo la seguridad de que había tela cortada, ya comprenderás que me contuve. A lo mejor se lleva uno el gran chasco y no conviene jugar. Sin embargo, tengo un olfato excelente. Hace cuatro o cinco semanas, estaba yo en la terraza del Suizo, cuando la vi pasar de tiros largos y a poco pasó un punto que es una especialidad en estos asuntejos. Ni corto ni perezoso, echo detrás. Y, de pronto ¡zas!, uno detrás de la otra, se me cuelan en cierta casa de una calle que yo me sé. Espero. Un plantón de dos horas, chico. Pero me salí con la mía. Al fin atisbé a mi parejita salir muy amartelados para separarse a poco con inequívoca cordialidad. Bueno, me dije. Esto es cosa hecha. Ahora, en la primera oportunidad, no hay más que tirarse a fondo. Y no hubo obstáculo. Ella no es melindrosa ni se

recata mucho. Y te aseguro que es una preciosidad. Ya juzgarás cuando la veas. Por más que me parece que tú la conoces. ¿No recuerdas de una muchacha alta, bien plantada, trigueña, muy garbosa, que pasaba mucho por la calle de Colón tiempo atrás? Sí, hombre. Si tienes que conocerla... En fin. Ya la verás.

Guillermo no había dicho ni esta boca es mía. Le hacían poca gracia estos embrollos. Escuchaba por cortesía y sin dejar de buscar un pretexto para zafarse de las garras de ese sempiterno charlatán que es muy capaz de estar diciendo bobadas medio día, si hay quien se las escuche.

– Mallorca está completamente perdida –continuó Sureda–. Nadie puede figurarse lo que abunda el vicio. Como que no sabe uno con quien pega la hebra. ¡Se tira uno cada plancha!... La gente está por lo positivo. Lujo, diversiones, bailes. No se privan de nada. Cualquier criadita sale a la calle con más faralaes y fililíes que una marquesa. Y ¡claro! Como la soldada no alcanza para tanto, pues... ¡adivina de dónde sale! A propósito es que digo que Mallorca está perdida. Yo no sé adonde vamos a parar. La vergüenza cada día va más cara y más escasa. De pocos años a esta parte, la cosa está imposible. Un verdadero horror. Casadas y solteras van a su avío que se las pelan. Estoy enterado de cada cosaza... Así es que no me fío de ninguna. ¡A cualquier hora! Nacen ya sabiendo. Es de una inmoralidad desconcertante.

Guillermo aquilató el humorismo de la escena. Sureda, que

no estaba allí precisamente para pasar el rosario y que hacía un momento se vanagloriaba de sus andanzas non sanctas, convertido en moralista. Bien es verdad que casi todos los moralistas son por un mismo estilo.

Pensó hacerle comprender que del mismo pie que cojea Mallorca a ese respecto, cojean todas las ciudades de la Tierra, pero, con Sureda no hay manera de meter baza.

– Es una cuestión que conozco al dedillo –prosiguió–. Pero volvamos la hoja si te place, pues esto es el cuento de no acabar nunca. Me han dicho que te marchas a Madrid. Haces bien. Palma es un pueblo grande en el que se hace vida de aldea. Madrid da gusto. Ya sabes que yo cursé allá mis estudios. ¡Ah! Conservo de aquella época muy buenos recuerdos. ¡Qué juergas aquellas de la Bombi y de las tabernas de Pombo! La biblia en verso, chico. A la larga fastidia, no creas. Sin embargo, vivir allá una temporadita de vez en cuando, es pistonudo. Yo hace ya muchos años que no salgo de la isla. Se habitúa uno a estar aquí y aquí se queda. Luego, que siempre coge pereza viajar sin objeto. Tú haces bien. Puedes tirarte la gran vida y aquí no hay ambiente. Es muy posible que, cuando menos lo esperes, me presente yo por allá. Claro que no definitivamente. Una entrada por una salida, ¿sabes? No está uno ya para muchos trotes. Estoy muy gastado. Naturalmente, los años no pasan en balde y he hecho excesivamente el loco en esta vida. Por otra parte, mis intereses radican aquí y, además, ni Madrid ni San Madrid me agradan más que nuestra Roqueta. Esa es

la verdad. Ya sé que tú levantas casa y te vas de una, pero volverás. Llegará un momento que tirará de ti la tierra como el imán del acero. ¿Que no? ¡Bah! ¡Si lo sabré yo! Al principio, bueno. La novedad, el atractivo de un nuevo ambiente, las seducciones de una nueva vida... Pero, al final, todo cansa. Lo más extraordinario se hace vulgar y uno vuelve. Desde luego, no está mal respirar otros aires. Al contrario. Lo encuentro indicadísimo. Todos debíamos viajar con frecuencia. No sólo se remoja uno sino que se airean las ideas, se ensanchan los horizontes de su visión y se hace más comprensivo. Pero, ya te digo, al final se apetece terminar los días postreros en los mismos lugares en que vio uno la luz por vez primera. Es algo que gravita por encima de nuestra voluntad. Cuando yo residía en Madrid, nada me faltaba: tenía dinero, juventud, buen humor, amigos de mi cuerda, enredos amorosos... Pues a pesar de todo esperaba con verdadera impaciencia el fin de curso.

Y no era por disfrutar de un descanso en mis estudios, pues, a decir verdad, rara vez me tomaba la molestia de abrir un texto. Era mi anhelo de tornar a Mallorca. No lo podía remediar.

Y no me sucedía a mí solo. Puedes consultar a Massanet, a Obrador, a Coll y a cuantos estudiaban conmigo y te confirmarán lo que yo te digo. Por más que tú mismo lo tocarás con tus propias manos cuando lleves por allá una temporada.

Ya iba a cortar bruscamente Guillermo el monólogo lleno de contradicciones e incoherencias de Sureda, cuando acertó a pasar una payesa joven, alta, bien proporcionada, guapa, y, el inagotable hablador, esbozó un gesto malicioso y dijo tendiendo la mano a su amigo:

– Perdona, chico. Me voy disparado. Ya te harás cargo: me reclama el servicio de Venus.

Y escapó rápido.

Guillermo exhaló un suspiro de alivio y tomó más que de prisa calle de los Olmos abajo. ¡Uf! ¡Vaya tostón! Capaz es de hacer sudar a un palo seco. ¡Qué hombre! No calla nunca. Buen amigo, eso sí. Ideal... si fuera mudo. Menos mal que no duró la escena mucho rato.

No tardó en olvidar a Sureda. Asuntos más importantes, de índole personal, solicitaron su atención por entero.

Había salido de casa resuelto a liquidar con Margarita. No era empresa fácil. Hacía días que, con un pretexto cualquiera, hízole donación en toda regla de la casita de campo que poseía en las inmediaciones de Génova y que tanto agradaba a la joven. Después, aseguróle una renta suficiente para que pudiera vivir con comodidad y hasta con lujó sin tener que traficar con sus encantos. Todo ello fue fácil y hacedero. No lo era tanto plantear la cuestión del rompimiento.

Pensó primero dejar las cosas correr y salir del paso a última hora, con una carta de despedida. Le pareció brutal o, al menos, poco considerado. Era más noble plantear la cuestión francamente, en un plano de amistad y camaradería. Al fin y al cabo, habían llegado a ser dos amigos que podían tratarlo todo casi serenamente. Y se decidió por esto último.

Margarita había sido siempre muy razonable. Se mostraba zalamerilla y se desvivía por serle agradable, pero no al modo de una mujer enamorada, sino más bien como se trata en el comercio a un cliente distinguido de quien se espera mucho y a quien se deben atenciones. Puro cálculo. Por ese lado estaba tranquilo. No la produciría un pesar muy vivo el rompimiento, no habiendo, como no había, en aquellas relaciones, ninguna complicación sentimental.

Por otra parte, Margarita no era una romántica. Las novelas sensibleras que tratan del amor y de las cuestiones de alcoba, la aburrían. Ella no tenía la mayor fe en ese amor novelado. Consideraba que amar como en las novelas, era ridículo, insoportable y nada limpio. Claro que debe existir el amor, pero a ratos y desligado de todo ulterior compromiso. La cuestión sexual se resolvía, según ella, de una manera simple. Primero, tanto la mujer como el hombre, debían conquistarse su independencia económica. Después, si sentíanse mutuamente atraídos, establecer una especie de camaradería que durara tanto como el deseo o la pasión de ambos. Y luego... cada mochuelo a su olivo.

Todas estas razones daban margen a suponer que la joven, no representaría ninguna escena melodramática cuando él la comunicara sus propósitos y le alentaban a plantear la cuestión con toda naturalidad, máxime cuando la dejaba bien situada económicamente. No obstante, hallaba hartamente espinoso el asunto. Siempre había pecado en su trato con las mujeres, por un exceso de delicadeza.

Margarita recibióle con naturalidad y con agrado.

Charlaron un rato de asuntos indiferentes sin que él hallara ocasión de abordar la única cuestión que de momento le interesaba. Ella fue la que, inconscientemente, le dio la salida.

¿Sabes lo que me han dicho? –preguntó.

No.

Que te vas de Palma.

No te han engañado.

No será para siempre, digo yo.

Sí. Para siempre.

La joven, un tanto emocionada, pero luchando visiblemente para permanecer aparentemente serena, murmuró:

Entonces...

Guillermo, sin mirarla y casi sin mover los labios, completó su pensamiento diciendo con suavidad:

Sí... Esto acabó.

Después, no se sabe si sincerándose o procurando restar importancia al hecho, añadió:

– Alguna vez tenía que ser. Conservo de ti recuerdos gratos y recuerdos penosos. No has sido para mí sólo la amante. Has sido también la amiga. Y no lo merecía yo, en realidad, que quien compra las caricias de una mujer es un miserable. No ha sido esa mi única acción mala en esta vida. Y ahora...

Se interrumpió bruscamente. Sonrió con amargura y siguió en otro tono:

Pero observo que me pongo sentimental y eso es ridículo. Lo hecho, hecho está. Parto, porque la vida es así. Antes me zarandeó de una manera y me llevó hacia ti. Hoy me zarandea en sentido distinto y nos separa. Eso es todo.

Margarita estaba pálida. Temblaban sus labios. En sus hermosos ojos había humedad de lágrimas.

Guillermo la contempló un momento y dijo luego cariñosamente:

Es preciso tomar los tiempos según vienen, amiga mía. También a mí me apena esto, pues toda separación es dolorosa, pero, ¿qué hacer? La vida es así, ¡Vamos, tonta! ¡Anima esa cara! La verdad es que no pensé lo tomarías así.

Ella, con la cabeza baja, palma contra palma las manos y éstas aprisionadas entre ambas rodillas, repuso:

No pretendo retenerte ni hacer una escena. Tú tienes razón. ¡Alguna vez tenía que ser! Sólo que eso no impide que lo sienta. Una no es de piedra. Te he cobrado afecto y... esto es como si te murieras...

Y una lágrima rebelde, que ella se apresuró a secar, rodó por la suave tersura de sus mejillas.

Emocionado Guillermo, mintió:

Como si me muriera, no. Tendrás noticias mías. Sabrás qué pienso, qué hago, cómo vivo...

Sí...

Además, tú eres razonable y no tardarás, pasada la emoción primera, en juzgar las cosas con serena naturalidad. Para ti como para mí, comienza una nueva vida. ¡Quién sabe! Acaso algún día bendecirás desde lo más profundo de tu alma este momento. A mi lado no podías ser sino lo que eres. Ahora puedes orientarte, organizar tu existencia a tu modo, completarte. Yo pienso que en la vida todo ocurre para

mejor. Ojalá pudieras borrarame de tus recuerdos y de tu vida como se borran las imágenes de un mal sueño. Sería mejor.

¡Bah! No digas bobadas –protestó ella.

¿Bobadas?

Claro.

No tanto. En el ambiente de Mallorca esto nuestro te cierra muchos caminos.

– Lo sé, pero eso no es una razón para que yo procure expulsarte de mis recuerdos, ni siquiera para que lamente lo ocurrido. Yo no comprendo la virtud al modo corriente. Una mujer puede morir virgen y ser una verdadera pendona. Y a la inversa. No me tengo por santa ni nací para serlo, pero no soy chismosa ni mal intencionada ni haría mal adrede ni a mi peor enemigo.

Mi conciencia de nada me acusa y eso es lo que importa. Avergonzarme de haber sido tu querida, me parece una majadería. Cierto que lo he sido por el dinero, pero mi cuerpo es mío y tan indigno es vender el placer como vender las fuerzas o la inteligencia. Por otra parte, las honradas no valen más que yo a ese respecto. No sé en otras partes cómo será, mas aquí en Mallorca, la mayoría de los casamientos se hacen por conveniencia. No censuro. La mujer obra perfectamente procurando situarse bien. Yo, al menos, no me hubiera unido jamás a un pobre. Tanto como la buena

salud y la limpieza del linaje de mis pretendientes me ha preocupado su posición económica.

Con la miseria no quiero nada. Ni el amor. Para vivir como una puerca y rodearme de una prole churretosa y anémica, prefiero mil veces ser una de esas desgraciadas que venden caricias a bajo precio en los tugurios de la calle del Vidrio.

Guillermo aprobó. No sólo porque hallaba acertados los razonamientos de ella, sino porque prefería a las lágrimas la filosofía.

Ella prosiguió:

– Así, pues, no conceptúo una deshonra haber sido la amante de un hombre ni admito que tú seas un miserable por haberme comprado. Repara que no elijo los términos. Ya sé que la mayoría de las mujeres, si no odian, desprecian a quien las paga. Pero, querido, esas no son convencidas. En el fondo envidian, a las que son o parecen honestas y dan la razón, contra sí mismas, a la sociedad. Yo no soy así. A mi juicio, la sociedad que no se cuidó de asegurarme una existencia llevadera y digna en la honestidad, no tiene derecho a inmiscuirse en mis asuntos personales. Sin contar que el comercio sexual no tiene nada que ver con el honor. Cuando yo acepté tus proposiciones ya había meditado bastante y hecho mi composición de lugar. Tú u otro, me era indiferente. El amo no se elige. Entre estar diez horas al día en la fábrica, mal mirada, mal pagada y mal comida y

soportando los achuchones del contramaestre, o vivir con un hombre que me tratara bien y no me exigiera sino algunas caricias, la elección no era dudosa. Por eso no debe acusarte la conciencia. Tú sabes que no sé mentir. Digo siempre lo que siento, o callo. Pues bien; al principio te guardaba un poquito de rencor. No sabes fingir y me tratabas como a una perdida. Esto me escocía. Yo no era sino una pobre joven que tenía un miedo cerval a la miseria y no halló camino más expedito para huir de ella que ser la manceba de un hombre. Cavilé mucho por aquel entonces. Tu incomprensión me hacía daño. Y si la prudencia no me hubiera atado corto, para hacerte infeliz, para ofenderte, te la hubiera pegado con cualquiera. No llegué a ese extremo, porque no hubo oportunidad y porque comprendí que yo era para ti bien poquita cosa.

– Te engañas. Tú eras para mí todo cuanto podía ser una mujer. Un tiempo entendí el amor a la manera exaltada y retórica de los novelistas y de los poetas que tienen bastante capacidad de ilusión. Un suceso doloroso y ridículo me curó, afortunadamente, de aquella especie de sarampión romántico, y ya no pude ver en vosotras sino fisiología pura. Por eso te traté con una consideración un tanto irónica, hasta que me aficioné a tu trato y empecé a considerarte una amiga. De todos modos, no creo haber sido para ti un tirano.

No. No lo has sido. Aun siendo incapaz de comprender rectamente lo que vibra en el alma de una mujer, es preciso hacerte justicia y conceder que no siendo malo y no teniendo

necesidad de serlo, no lo has sido conmigo. A eso iba. Me has salvado de la miseria, me has educado, has procurado instruirme, has contribuido a desarrollar mi personalidad hasta el extremo que, entre lo que era y lo que actualmente soy, existe una ventaja bastante apreciable. Claro que no has obrado desinteresadamente, pero, ¿qué obligación tenías de ser desinteresado? Si yo hubiera sido fea y contrahecha, ni siquiera hubieses reparado en mí. Bien. De cualquier manera, lo menos que te debo es gratitud. Si ahora yo procurara pasar una esponja sobre mi pasado, sería una persona de poco más o menos. Por eso conceptúo una bobada que desees borre de mí tu recuerdo. No, hijito. Te recordaré siempre, no sólo por lo que de bueno has representado en mi vida, sino también porque te tengo afecto. No digo amor porque es una palabra muy desacreditada y porque no sé si la íntima complacencia que me inspira tu presencia y el dolor punzante que me proporciona tu partida, es amor o no lo es.

Tras un momento de meditativo silencio, dijo Guillermo:

– Ya comprenderás que me place veas las cosas bajo ese prisma, no por lo que ello personalmente me halaga, sino porque me induce a rectificar, gustoso, el concepto que me merecías.

Aun apreciando tus buenas cualidades, te creía muy predispuesta a seguir la ruta en que yo te inicié y esto me dolía en lo más vivo. Ahora puedo partir tranquilo.

¿Habías supuesto, entonces, que cambiaría fácilmente de amo?

Sí.

Pues no me conoces ni pizca. Ahora no tengo necesidad de venderme. Si fuera capaz de mendigar cariño, te pediría me llevaras contigo. No... No te alarmes. Cuando tú me has descartado de tu vida, tus razones tendrás. Yo sólo quiero decirte esto: no seré de nadie sino acuciada por el deseo o por el afán de tener un hijo que por evitarte complicaciones no has querido engendrarme tú. Ahora puedo ser madre en la seguridad de que el hijo de mis entrañas no se halla condenado a una desdicha irremediable.

¿Por qué se sentía ahora Guillermo un poquitín confuso y avergonzado ante Margarita?

Era ella más mujer que él hombre. Indudablemente. Sentíase subyugado. Tanto que, sin tantos prejuicios, la hubiera propuesto sinceramente:

¡Vente conmigo! Serás, si quieres, la compañera de toda mi vida y la madre de mis hijos.

Pero no era lo bastante grande para eso. Él, que acariciaba el ensueño de la fraternidad universal, no poseía el suficiente valor moral para unirse a su querida a cara descubierta y hacerla madre.

Como observara ella el mutismo triste de Guillermo, inquirió:

¿Te entristece lo que he dicho?

No. Me entristece no llevarte conmigo.

Tiene fácil arreglo: llévame.

Imposible. No voy a gozar, sino a trabajar.

Trabajaremos juntos.

No... Créeme. Vale más que tire cada uno por su lado. No debo asociar a nadie a mi empresa. Y menos que a nadie a tí.

Ella inclinó la cabeza resignada. No manifestó un dolor ruidoso, pero no dejó de ver Guillermo que sufría intensamente. Sin embargo, no cedió. Ni explicó sus planes. ¿Para qué? A pesar de todo, no era eso lo que él hubiera querido hacer...

XVIII

Rugió la bronca sirena estremeciendo el aire y desgarrando el tímpano. Quitaron la pasarela. Chirridos metálicos. Silbos. Escapes de vapor. El barco comienza a despegar. Las palas de la potente hélice baten las aguas verdosas y dejan en ellas estelas y manchones irisados y salpicados de espuma.

Está realmente bella la amplia bahía inundada de sol.

El Puerto ofrece una vista panorámica característica. Bosques de mástiles. Banderas de diversos colores que flamean al viento. Movimiento de carruajes. Trajín. Rechinar de herrajes. Tableteo de grúas. Animada algarabía.

El mar, como una lengua inmensa de azogue y azur destellante, penetra en el Puerto y se extiende manso lamiendo la parte inferior de esa postal preciosista que semejan Porto-Pi y El Terreno, destacando la abigarrada policromía de sus

edificios contra la pomposa lozanía del monte de Bellver. Diríase que quiere llegar, rumoroso y juguetón, hasta las palmeras del Paseo de Sagrera y contemplar la graciosa elegancia de la Lonja.

Al frente, la ciudad, dispuesta en anfiteatro, brinda una bella perspectiva. Destaca notablemente la Catedral de atrevida arquitectura y la llamada fachada del Ángel. En esta hora, el Sol la cubre con el polvo de oro rutilante de su luz, realzando su belleza sugerente y armoniosa.

Guillermo, acodado en la borda, mira con avidez.

Allá, sobre el muelle, quedan Pepe, Gabriel, Nieto, Sureda... Magda no está. Ha querido Guillermo evitarla el dolor de esta despedida. Es la primera vez que ambos hermanos se separan. No es por mucho tiempo. Hasta que él instale casa en Madrid. Después, ella se le reunirá y ya, los dos juntos, a mantener en alto la bandera de combate, a sembrar a voleo la semilla del bien...

El recuerdo de Magda intensificó la emoción de aquella hora. ¡Adorable criatura! Toda amor y feminidad, por Guillermo era capaz de todos los sacrificios. No veía claro ni se hacía muchas ilusiones respecto al resultado probable de la aventura en que se embarcaba su hermano, pero, puesto que era cosa de él... adelante. ¡Y no creía en los arranques del sentimiento! Quería parecer una mujercita reflexiva y serena, nada fácil a la emoción, y fue siempre la ternura y la

sensibilidad corporificadas. Bien lo sabía él. Y ahora se había patentizado una vez más. Callada, con serenidad demasiado impasible para ser natural, se había cuidado celosamente de cuanto podía ser agradable o cómodo al querido viajero. No olvidó ni un detalle. Como una madre, lo mismo que una buena madre. Y cuando llegó el momento de la separación, ¡cuán valerosamente sonreía como para pedir perdón por el raudal de lágrimas que bañaba sus mejillas! Guillermo la abrazó conmovido y... ¡lloró! Lloró sobre su hombro como un niño. ¿Por qué no rendir aquel tributo a su mutua ternura?

El barco había virado en redondo y enfilaba la salida del Puerto. Ya no se distinguían bien los que quedaban en el muelle. Una postrera agitación del pañuelo, al azar, y, asunto concluido. Allí quedaban Palma y sus miserias y bellezas. Allí quedaban sus afectos, sus afanes, sus errores, su pasado entero cara a una nueva vida. Las once y cuarto. Esta tarde, Ibiza, Mañana, al amanecer, Valencia. Y después... ¡Madrid! Su campo de batalla, la villa esplendorosa de la meseta castellana en la cual iba a encender una luz que quizá terminaría en fogata gigante.

Un momento se distrajo contemplando los accidentes de la costa. Después, revivió en su mente lo más saliente del último coloquio serio sostenido con sus amigos la pasada noche en el Círculo.

Se habían reunido Pepe, Gabriel, Nieto y él. Hablaron de

cosas indiferentes hasta que Gabriel rompió el fuego hablando del proyecto de Guillermo, con su parsimonia habitual.

He aquí lo más esencial de la cháchara:

Gabriel (a Guillermo):

– No comprendo qué bicho te ha picado para meterte en ese Belén. Sin duda es cosa importante la paz del mundo, pero no serás tú quien la imponga. Al contrario. Probablemente encenderás una enconada lucha. ¡Y el esfuerzo que es preciso derrochar! Sólo imaginarlo me deja quebrantado y rendido.

Guillermo. – Sin embargo, tú eres de los que opinan que se debe actuar para imposibilitar el estallido de una nueva guerra.

Gabriel. – Cierto. Pero una cosa es opinar y otra muy distinta meterse en esa faenaza.

Guillermo. – Lo que significa, no que estoy equivocado, sino que te asusta el esfuerzo que es necesario desarrollar.

Gabriel. – Es verdad, aunque sólo a medias. En el fondo no creo que hagas nada notable.

Guillermo. – Bueno. Eso está todavía por ver.

Pepe. – Yo coincido con Gabriel. Cuando las cosas siguen

en el mundo el rumbo que actualmente, es cándido esperar un cambio publicando libros y periódicos. El propósito es bueno pero de una dolorosa ineficacia.

Guillermo. – Más ineficaz resultaría matar el tiempo discutiendo en la mesa del café.

Gabriel. – Pero no exige ningún esfuerzo.

Nieto. – Cada loco con su tema. Para Gabriel el ideal consiste en pasarse la vida contemplándose plácidamente el ombligo. Para Pepe, en llevarle la contraria a todo el mundo. Y para Guillermo, en ser apóstol de la paz... atizando la guerra.

Gabriel. – En cambio para ti...

Nieto. – Ya lo sabemos. Para mí, buenas mujeres, buena mesa, un poco de música selecta de vez en cuando, ninguna preocupación, y... ¡a vivir que son tres días! Soy el más sensato de los tres.

Guillermo (con retintín). – Y si no que te lo pregunten a ti.

Nieto (con cómica gravedad). – Eso es, que yo no engaño a nadie.

Pepe. – No es que me plazca llevar la contraria a todo el mundo por sistema. Es que me gusta informarme y pensar con mi propia cabeza. En el proyecto de Guillermo admiro

sin reservas lo que encuentro de admirable: el gesto personal. Fuera de esto, apenas veo nada. Es, quizá, porque tengo en cuenta casi todos los factores del problema y no creo que arriesgándose en tal aventura se pueda llegar a un resultado positivo. Basta meditar un momento y barajar algunas cifras elocuentísimas, para comprenderlo. El mundo gasta anualmente en armamentos, según cálculos autorizados, 33.750 millones de pesetas. ¿Qué puede hacerse para contrarrestar el efecto antipacifista de esa enorme suma? No concibo, porque no soy totalmente idiota, que ese dinero se invierte en material de guerra para afianzar la paz, y no me cabe en la cabeza que el millonaje que puede reunir Guillermo y dedicar a la edición de libros que nadie lee en este estribo de Europa que es España, pueda luchar con ventaja aparente contra ese escuadrón de millones. Por otro lado, está ese recrudecimiento del sentimiento de nacionalidad que se advierte en todos los países. Somos más nacionalistas que nunca y sabido es que el nacionalismo no es un buen agente pacifista. Es muy extraño que después del descalabro sufrido en la guerra mundial el nacionalismo se manifieste con tanto impulso, pero es una realidad innegable. Parece que los pueblos abominan de la guerra, pero aplauden las arengas bélicas y pagan los preparativos de la próxima conflagración. ¡Y qué preparativos! Meditad. Italia que contaba en 1922 con un tonelaje en su flota de 19 mil toneladas, quiere elevar esa cifra a 405 mil en 1931. El presupuesto regular de la Armada de los Estados Unidos es de más de 379 millones de dólares,

y recientemente se aprobó un crédito de mil millones para construcciones navales. Y todas las potencias, grandes y pequeñas, del mundo, se preparan por un mismo estilo. No digamos de la guerra en los aires. Las últimas maniobras navales en Norteamérica, dieron el siguiente resultado: tres aviones de combate arrojaron, en primer lugar, 180 libras de bombas sobre el submarino alemán «U-117», seccionándolo en dos partes. Luego, se eligió como blanco, el cazatorpedero «G-112». La bomba entró por la chimenea y el buque voló. Después, el acorazado «Frankfurt», de 5 mil toneladas, zozobró bajo los efectos de la explosión de una sola bomba de 600 libras. Por último, y para no cansar más vuestra atención, el buque de línea «Ost Frieslang», de 22.800 toneladas, fue destruido en un minuto, disparando contra él 2.000 libras de bombas. El informe oficial de estas maniobras aseguraba que una sola bomba, y en el más breve espacio de tiempo, puede poner fuera de combate al acorazado más moderno. Quizá por eso desean contar los Estados Unidos con mil aviones de marina en 1933, y todas las naciones conceden atención preferente a la aeronáutica. Se comprende. Es un arma más eficaz y mucho menos costosa, por cuanto un buque de guerra cuesta millones y un avión unas decenas de miles de francos. Además, la dotación del buque consta de 1.200 a 1.400 hombres y la del avión no excede de la media docena. Teniendo todo esto en cuenta, ¿qué significa ni qué confianza pueden inspirarme los planes de Guillermo, que tiene sólo buena voluntad y la suficiente capacidad de ilusión para convertirse en un Quijote?

Ninguna. Como todos los Quijotes, inspirará conmisericación y burla y se encontrará todos los garrotazos que se pierdan por esos mundos de Dios.

Gabriel. – Verdaderamente es para intimidar al más templado.

Guillermo. – Pues a mí no me intimida, la verdad. De todo eso estoy detalladamente informado y no me induce a desistir. ¡Como que no demuestra otra cosa que la urgente necesidad de actuar! Si el mundo no estuviera como está, mi actuación en ese sentido sería innecesaria. Porque se prepara la guerra está indicado laborar por la paz.

Pepe (irónico). – ¿Editando libros?

Guillermo.– ¡Claro! Hay que crear una corriente de opinión antiguerrera y encauzarla. Paz. Internacionalismo. Transformación económica y política de la sociedad. He ahí lo que corresponde hacer al papel impreso. Y vale la pena intentarlo. Conforme se logre interesar al mayor número en estas cuestiones, de interés vitalísimo, la guerra será imposible. Bastará negarse a trabajar y a pagar para ella.

Pepe. – ¡Sueños!

Guillermo. – Bueno. Pues déjame soñar.

Pepe. – Por mí...

Guillermo. – No lo parece. Tu insistencia de argumentar contra mis propósitos prueba dos cosas: primera, que te preocupan más de lo que tú quisieras, y segunda, que no tienes mucha, fe en la firmeza de tus ideas.

Gabriel. – Creo que has dado en el blanco. Generalmente cuando se discute mucho una tesis, no pretende uno convencer sino convencerse a sí mismo.

(Pepe se encogió de hombros,)

Nieto. – Yo no os comprendo. Cuando os oigo hablar de este endiablado asunto, en lugar de entrar en ganas de hacer algo me acometen unos deseos atroces de tumbarme a la bartola y no imponerme la más insignificante de las molestias. ¡Palabra!

Gabriel. – A mí la idea de Guillermo no me parece mala, pero si tuviera yo que realizarla... ¡Uf! No cambio yo por nada mi apacible sosiego.

Guillermo (riendo). – Ya alteraré yo la placidez de tus digestiones.

Gabriel. – ¿Crees tú?

Pepe (con soma). – ¿Este? Este es capaz de creerlo todo.

Ahora, mientras el barco hendía las aguas azul fuerte del Mediterráneo, recordaba todo esto Guillermo.

Sí. Muy difícil su empresa. Tan difícil como necesaria y tan necesaria como gigantesca y seductora. Precisamente esto le daba bríos. ¿Que no triunfaría? ¡Bah! ¡Qué más daba! Derrota y triunfo apenas si significan nada en el ánimo del luchador de abolengo. Avanzamos por la vida repartiendo y recibiendo mandobles. De esta lucha se deriva el progreso del hombre. Adelante. A los pies de la Humanidad se ha abierto ella misma un profundo abismo. Es preciso salvarlo tendiendo sobre él un puente. En nuestra parte están el dolor, la barbarie y también la voluntad creadora. En la otra, en la opuesta, nos espera un futuro del que parten infinitas sendas que se orientan todas hacia el Superhombre. ¡Hala! A pesar de los perezosos, de los escépticos y de los malintencionados, ¡manos a la obra! A tender un puente sobre el abismo...

Levantó la frente cargada de ideas. Aspiró con avidez la brisa fresca y yodada. Paseó la mirada por la inmensidad rizada y azul del mar, y le acometió un deseo loco de cantar, de alborotar, de hablar a gritos como cuando era niño. Reprimióse. Pero sus ojos reían mientras sus labios se entreabrían para repetir una y mil veces la misma frase:

– Sí. Eso es. Un puente. Es preciso tender un puente sobre el abismo...

FIN



Higinio Noja Ruiz